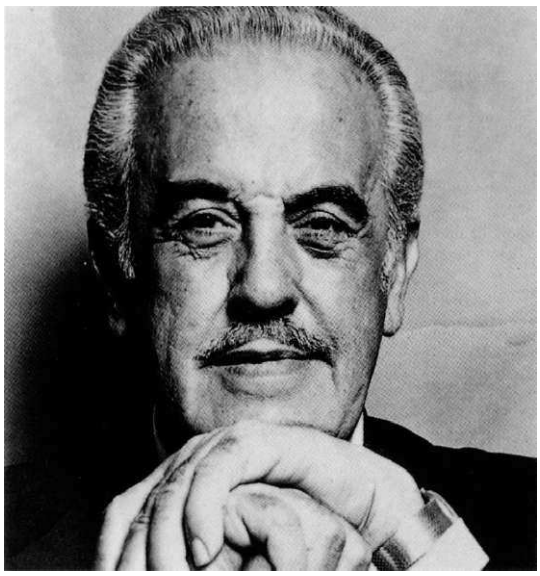
José Antonio Girón de Velasco

Si la memoria no me falla

El testimonio sincero y sin componendas de una de las personalidades políticas más importantes —y también más controvertidas— de los últimos cincuenta años.



Nacido el 28 de agosto de 1911 en Herrera de Pisuerga (Palencia), José Antonio Girón de Velasco cursó Derecho en las Universidades de Valladolid y Salamanca, licenciándose en 1932. Un año antes inicia su vida política en las Juntas Castellanas de Actuación Hispánica, fundadas por Onésimo Redondo, y posteriormente en las JONS y en Falange Española de las JONS. Jefe provincial de milicias en Valladolid al iniciarse el alzamiento militar, tuvo destacada intervención con las centurias que lucharon en el Alto del León, por lo que le fue concedida la Medalla Militar Individual, y fue propuesto por el general Ponte para la Laureada de San Fernando. Consejero nacional y capitán honorario de Infantería, en 1939 es nombrado delegado nacional de Ex combatientes y en 1941 ministro de Trabajo, cargo i^ue desempeñó hasta 1957. De su paso por el ministerio destacan la creación del Seguro de Enfermedad (1942), el Plus de Cargas Familiares (1946), la creación del Instituto de Medicina (3 Higiene y Seguridad del Trabajo (1944), el establecimiento de la gratificación navideña con carácter obligatorio (1945), la creación del Servicio ile Montepíos y Mutualidades Laborales (1946), ol Subsidio de Invalidez (1947), la creación 'le los jurados de empresa (1947) y la de las universidades laborales (1950). Fue procurador • m Cortes en todas las legislaturas en su condición 'le consejero nacional del Movimiento por 'lesignación directa de Francisco Franco, y posteriormente consejero del Reino.

171

«Ni está el mañana —ni el ayer— escrito.»
ANTONIO MACHADO
El dios ibero

1. La colección ESPEJO DE ESPAÑA, bajo el signo de Editorial Planeta, pretende aportar su colaboración, no por modesta menos decidida, al cumplimiento de una tarea que, pese a contar con tantos precedentes ilustres, día tras día se evidencia como más urgente y necesaria: el esclarecimiento de las complejas realidades peninsulares de toda índole —humanas, históricas, políticas, sociológicas, económicas...— que nos conforman individual y colectivamente, y, con preferencia, de aquellas de ayer que gravitan sobre hoy condicionando el mañana.

2. Esta aportación, a la que de manera muy especial invitamos a colaborar a los escritores de las diversas lenguas hispánicas, se articula inicialmente en siete series:

I los españoles
II biografías y memorias
III movimientos políticos, sociales y económicos
IV la historia viva
V la guerra civil
VI la España de la posguerra
VII testigos del futuro

Con ellas, y con las que en lo sucesivo se crea oportuno incorporar, aspiramos a traducir en realidades el propósito que nos anima.

3. Bueno será, sin embargo, advertir —puesto que no se pretende engañar a nadie— que somos conscientes de cuantas circunstancias nos limitan. Así, por ejemplo, en su deseo de suplir una biografía inexistente muchas veces, que cabe confiar estudios posteriores completen y enriquezcan, ESPEJO DE ESPAÑA en algunos casos sólo podrá intentar, *aquí* y *ahora,* una aproximación —sin falseamiento, por descontado, de cuanto se explique o interprete— a los temas propuestos, pero permítasenos pensar, a fuer de posibilistas, que tal vez los logros futuros se fundamentan ya en las tentativas presentes sin solución de continuidad.

4. Al texto de los autores que en cada caso se eligen por su idoneidad manifiesta para el tratamiento de los temas seleccionados, la colección incorpora un muy abundante material gráfico, no, obviamente, por razones estéticas, sino en función de su interés documental, y, cuando la obra lo requiere, tablas cronológicas, cuadros sinópticos y todos aquellos elementos que pueden complementarlo eficazmente. Se trata, en definitiva, de que cada uno de los títulos, en su unidad texto-imagen, responda a la voluntad de testimonio que preside las diversas series.

5. Sería ingenuo desconocer, empero, que este ESPEJO que, acogido a la definición que Stendhal aplicara a la novela, pretendemos pasear a lo largo del camino, según se proyecte a su izquierda o a su derecha recogerá, sin duda, sobre los mismos hombres, sobre los mismos hechos y sobre las mismas ¡deas, imágenes diversas y hasta contrapuestas. Nada más natural y deseable. La colección integra, sin que ello presuponga identificación con una u otra tendencia, obras y autores de plural ideología, consecuente con el principio de que ser liberal presupone estar siempre dispuesto a admitir que *el otro* puede tener razón. Aspiramos a crear un ágora de libre acceso, cerrada, única excepción, para quienes frente a la dialéctica de la palabra preconicen, aunque sólo sea por escrito, la dialéctica de la pistola.

6. Y si en algunas ocasiones la estampa que ESPEJO DE ESPAÑA nos ofrezca hiere nuestra sensibilidad o conturba nuestra visión convencional, unamos nuestra voluntad de reforma a la voluntad de testimonio antes aludida y recordemos la vigencia de lo dicho por Quevedo: «Arrojar la cara importa, que el espejo no hay de que»

RAFAEL BORRAS BETRIU
Director

Diciembre de 1973.

José Antonio Girón de Velasco

Si la memoria no me falla

EDITORIAL PLANETA BARCELONA

ESPEJO DE ESPAÑA
Dirección: Rafael Borras Betriu
Serie: Biografías y memorias

© José Antonio Girón de Velasco, 1994
© Editorial Planeta, S. A., 1994
Córcega, 273-279, 08008 Barcelona (España)
Diseño colección de Hans Romberg
Ilustración cubierta: anterior, foto archivo autor, posterior, fotos Archivo Editorial Planeta

Procedencia de las ilustraciones: Alfonso, archivo autor, Archivo Editorial Planeta, Camera Press/Zardoya, Campúa, Contreras, EFE, Europa Press, Francesc X. Rafols, Gamma/Flash Press, Goyenechea, Institut Municipal d'História, Keystone, Leal, Magnum/Zardoya y Orbis-Foto

Primera edición: octubre de 1994
Segunda edición: noviembre de 1994
Depósito Legal: B. 39.869-1994
ISBN 84-08-01216-9
Composición: Foto Informática, S. A.
Papel: Offset Nopaset, de Kymmene, S. A.
Impresión: Dúplex, S. A.
Encuademación: Encuademaciones Maro, S. A.
Printed in Spain - Impreso en España

INDICE

A título de introducción 11

I/Mi GUERRA EMPIEZA EN ORDUÑA 15
II/TIEMPO DE CANTAR, TIEMPO DE MORIR 23
III/HA EMPEZADO LA REVOLUCIÓN 37
IV/FRANCO, JEFE NACIONAL DE FALANGE 49
V/SE HA GANADO LA GUERRA. HAY QUE GANAR LA PAZ 61
VI/MINISTRO DE TRABAJO 75
VII/LA DIVISIÓN AZUL, UNA EMPRESA FALANGISTA 91
VIII/TIEMPO DE PAZ, TIEMPO DE AMAR 101
IX/MEJOR REALIDADES QUE ESPERANZAS 113
X/UNA VISITA DE GALA: EVA DUARTE DE PERÓN 131
XI/UNA FALANGE REDIVIVA Y JOVEN 145
XII/ERRORES DE CÁLCULO 157
XIII/VOLVER A VIVIR 169
XIV/UN LARGO SUPLEMENTO DE VIDA 185
XV/UNA LEY DE REFERÉNDUM 197
XVI/LA FALANGE HA MUERTO, ¡VIVA LA FALANGE! 207
XVII/EN VALLADOLID, CAMINO DE ESPAÑA 215
XVIII/DONDE TODO SE COMPLICA 227
XIX/EL PESO DE UN EMBLEMA 237

A modo de epílogo 243

Indice onomástico 249

En memoria de Francisco Franco, que me otorgó la satisfacción de conocer a la más dura, bronca, generosa e inteligente raza de trabajadores: los mineros de Asturias, con quienes partí a la conquista de una democracia social, libre y apacible, que diera a los españoles Patria, Pan y Justicia.

JOSÉ ANTONIO GIRÓN DE VELASCO

A título de introducción

Cuando hace seis años conocí a José Antonio Girón de Velasco no tenía una idea precisa sobre su personalidad. Soy de esa generación que en su adolescencia y primera juventud apenas hablaba o entendía de política; hija de una generación que, aunque sufrió la guerra civil, no intervino en ella por no contar con la edad suficiente para incorporarse a la lucha.

De Girón sabía que había sido ministro de Franco hacía muchísimos años (nací un año después de su cese en el cargo); que era falangista y uno de aquellos políticos que, de noviembre en noviembre, acudían a la madrileña plaza de Oriente a conmemorar la muerte de su Caudillo.

Quizá esperaba encontrar un hombre demasiado enérgico, con la intransigencia o la prepotencia con que se suele calificar al antiguo régimen; nostálgico de viejas glorias y encerrado en el pasado. La primera impresión que recibí fue la de un hombre sencillo, afable, algo tímido y franco. Tratándole día a día, a lo largo de seis años, le he encontrado a él. Al hombre desprovisto de poder, sin aduladores en su entorno que ensalcen o mitifiquen su imagen; despojado de méritos; traicionado por algunos, olvidado por muchos. Pero de ninguna manera abatido. Su fuerza, su grandeza, se arraigan en un alma a prueba de triunfos y olvidos, a la que no le cuadran el pelo blanco, los ademanes lentos y la piel marchita de sus ochenta y dos años. Juventud encarcelada en un cuerpo vencido que paga así el precio de su sabiduría.

Este hombre al que intuí encerrado en el pasado no ha perdido la capacidad de sorprenderse ni de disfrutar de todo. Sigue ávido de aprender, de saber. Y esta avidez va desde la consulta y contraste de palabras, datos y conceptos que surgen en la lectura; el interés y análisis de nuevas teorías y acontecimientos actuales; hasta el deseo que manifestaba recientemente de empezar a aprender algún idioma...

Al hombre que presentí demasiado enérgico le he visto

emocionarse con unos versos y conmoverse al escuchar flamenco.

Al tratar de esbozar el perfil humano de José Antonio Girón de Velasco, no puedo dejar de resaltar dos rasgos en él fundamentales: una generosidad desbordante y un elevadísimo concepto de la amistad que, a menudo, le llevan a ser la roca firme en que se apoyan muchos desalientos.

Sigue enamorado profunda y serenamente de los ideales falangistas. Muestra orgulloso su brazo derecho, tatuado con el yugo y las flechas que también lleva en el corazón, pulidas a fuerza de fidelidad. Entre sus ideales, el derecho del hombre a su dignidad representa para él una obsesión constante. En la defensa de este valor sí se muestra intransigente. De palabra y de hecho. De esta inquietud se deriva su afán por mejorar las condiciones de vida de los menos favorecidos; y quizá consecuencia de esa actitud intransigente son sus logros sociales.

La idea de escribir sus memorias no ha partido de él. Por el contrario, siempre se ha mostrado reacio a hacerlo, aduciendo el escaso interés que hoy pueden suscitar sus recuerdos. Somos muchos los que, seguros de su interés y convencidos del valor histórico que representa su testimonio, hemos insistido en que hiciera realidad este libro. Y por fin vemos el resultado de este empeño.

Al buscar en sus archivos documentos que ratifiquen las afirmaciones que contienen las siguientes páginas, he podido hacerme una idea más exacta de quién ha sido y lo que ha representado José Antonio Girón en España. La magnitud de su obra no me ha sorprendido. Su sencillez personal era ya un aval de su grandeza.

Su mayor motivo de satisfacción, de lo que sí se enorgullece abiertamente, es la creación de las universidades laborales, a las que concibió como el mejor instrumento para la transformación del trabajador, como hombre y como trabajador.

En la numerosa correspondencia que guarda, dirigida por políticos de la máxima relevancia en las diferentes etapas del franquismo, me llama la atención el denominador común que, en general, se da en ellas.- mezcla de admiración, adulación y respeto. Lo que me lleva a constatar el poder que ha conocido. Cuando le hago esta observación y le pido que me cuente hasta dónde llegaba su influencia, rechazando lo que pueda entrañar de vanidoso o incluso frivolo esta petición, habla de

su influencia como herramienta para conseguir que la cultura fuese patrimonio de los trabajadores, como el medio eficaz para su liberación.

Hoy continúa recibiendo cartas. Cartas de obreros, personas sin relevancia reconocida que siguen manifestándole su gratitud. Y es, sin duda, este reconocimiento lo que más le hace vibrar.

Se sabe querido y despreciado. Y sabe que su obra conoce la misma suerte: reconocimiento y desprestigio.

Girón, al que imaginé nostálgico de viejas glorias, hoy vive con el pensamiento dirigido a Dios. Y con fe sin fisuras, prepara su mejor empresa.- que Dios le encuentre digno de su gloria.

AMPARO REDONDO DE GIRÓN DE VELASCO

I/Mi guerra empieza en Orduña

Siempre admiré la serena elegancia de José Antonio cuando, recluido en la celda de la Prisión Provincial de Alicante, al redactar el preámbulo de su testamento, manifestaba el escrúpulo de si sería vanidad y exceso de apego a las cosas de la tierra el querer dejar en aquella coyuntura —dice, sólo horas antes de ser fusilado— «cuentas sobre alguno de mis actos».

Nunca fui partidario de las autobiografías, que suelen tener el mismo valor que tendría el monumento erigido por el propio destinatario del homenaje. Hago en este punto una pequeña inflexión para subrayar que no toda autobiografía puede ser contemplada a través de la óptica descrita. En ocasiones, una autobiografía ha sido el último modo de defensa para quien no ha tenido otro foro u oportunidad anterior de defender su honor, sus actos, o su vida, en suma; pero en la mayoría de las ocasiones suele ser producto de humanas vanidades y no otra cosa. Queda pues, acaso, que si alguien entiende que el conjunto de estos textos tiende a formar ilación de mi vida privada o pública, puede dejarlo en este instante.

Estos retazos, inconexos, si bien tendrán el soporte de un tiempo pasado, tienden a subrayar lo que pudieron tener de curiosidad algunos acontecimientos vividos por mí. Nada tengo que ocultar ni defender. Todas mis responsabilidades públicas están en el *Boletín Oficial del Estado,* en las interpretaciones certeras o caprichosas de muchos políticos, de muchos escritores y de muchos periodistas, y, en última instancia, en la historia de nuestro pueblo. Quienes me conocen, acaso con más precisión que la precisión que yo pudiera aportar al autorretrato, saben que he nacido y vivido en un siglo que ya culmina su vibrante cronología y que registra en la crónica de la humanidad un tiempo nada desdeñable a la hora de su valoración y estudio. He visto de cerca el declinar de

muchas formas de vida y el nacimiento de otras. Sobre los niños de mi tiempo gravitaban los desastres del 98 y la guerra de África, que solían traducirse en cancioncillas de corro infantil. El siglo XX ha escrito en su cuaderno de bitácora un tiempo trágico y formidable: dos guerras universales, el triunfo de la Revolución socialista, el nacimiento y muerte del fascismo, la volatilización del Imperio británico, la descolonización de Africa, el Concilio Vaticano II, el nacimiento de dos eras —la nuclear y la espacial— y, según cuentan los más enterados, el fin de la guerra fría. O lo que es igual, el agotamiento del reparto universal de Yalta. Vivimos en la plenitud de la ((revolución del ordenador», que ha reducido el mundo a la condición de «aldea global».

Tengo que añadir, sin énfasis alguno, que, por lo que a mí respecta, viví intensamente el dilatado capítulo de la historia de España que abarca desde el advenimiento de la Segunda República hasta la muerte, en la cama, de Francisco Franco, Caudillo de España. Mi vida pública está unida a dos adscripciones irrenunciables: el movimiento falangista desde su más remoto albor: Juntas Castellanas de Actuación Hispánica, *La Conquista del Estado* y las JONS, la Falange Española, fundada y dirigida por José Antonio Primo de Rivera (1933-1936), y el régimen del 18 de Julio, surgido como consecuencia del alzamiento de 1936. Este segundo periodo, que, para el análisis político, parte del Decreto de Unificación (19 de abril de 1937), tras los conocidos incidentes de Salamanca, culminaría cuarenta años después en la histórica sesión de las Cortes Españolas que aprobaron la ley para la Reforma Política (18 de noviembre de 1976). Ese día se suicidó aquel régimen. Le sirvió la pistola en bandeja de plata don Adolfo Suárez, del que tendré ocasión de hablar más adelante. Y como un símbolo, ciertamente significativo y doloroso, el mismo día que caía abatido el Movimiento Nacional en el palacio de la carrera de San Jerónimo, en un pueblecito del norte rendía su vida, abatida por el pistolerismo de ETA, el último jefe local de ese Movimiento.

Su sangre puso la rúbrica de la lealtad frente a tanta deserción.

Pero ¡nada de reproches solemnes! Si la memoria no me falla, quiero expresar con estos retazos lo trágico y lo cómico, lo edificante y lo demoledor, lo incógnito y lo curioso. Sin

ir más lejos, cuando oigo hablar de OVNIS o de cualquier otro tipo de fenomenología desconocida, recuerdo que, en 1947, el Consejo de Ministros, presidido por el Generalísimo, tuvo amplia noticia, a través del titular del Aire, creo, del avistamiento de algunos de estos artefactos en cielo español. ¡Como se ve, nada nuevo! Recuerdo, aunque la verdad es que el tema me preocupó poco, que hubo tesis para todos los gustos y que incluso se atribuyó a estas presuntas ((naves» orígenes y efectos más terrenos que galácticos: la peste porcina y otros ensayos de calamidades geofísicas se anotaron en el haber de aquellos ingenios de los que se han escrito millares de libros... En cualquier caso, el Caudillo hizo lo que solía cuando algún remoto o cercano riesgo podía inquietar la hermosa paz de los españoles, su laboriosidad innegable e incluso la alegría de aquellos años en que se acumulaban los indultos y se cerraba la cuenta del enfrentamiento fraterno con una reconciliación práctica como jamás se produjo otra: el Jefe del Estado se limitó a declarar el asunto «materia reservada» para despacharlo, cuando fuera preciso, con las autoridades de Defensa y de la Seguridad del Estado. Pero, ciertamente, el informe era exhaustivo, denso y, por lo que yo pude advertir, no se trataba de ninguna novela de ciencia ficción.

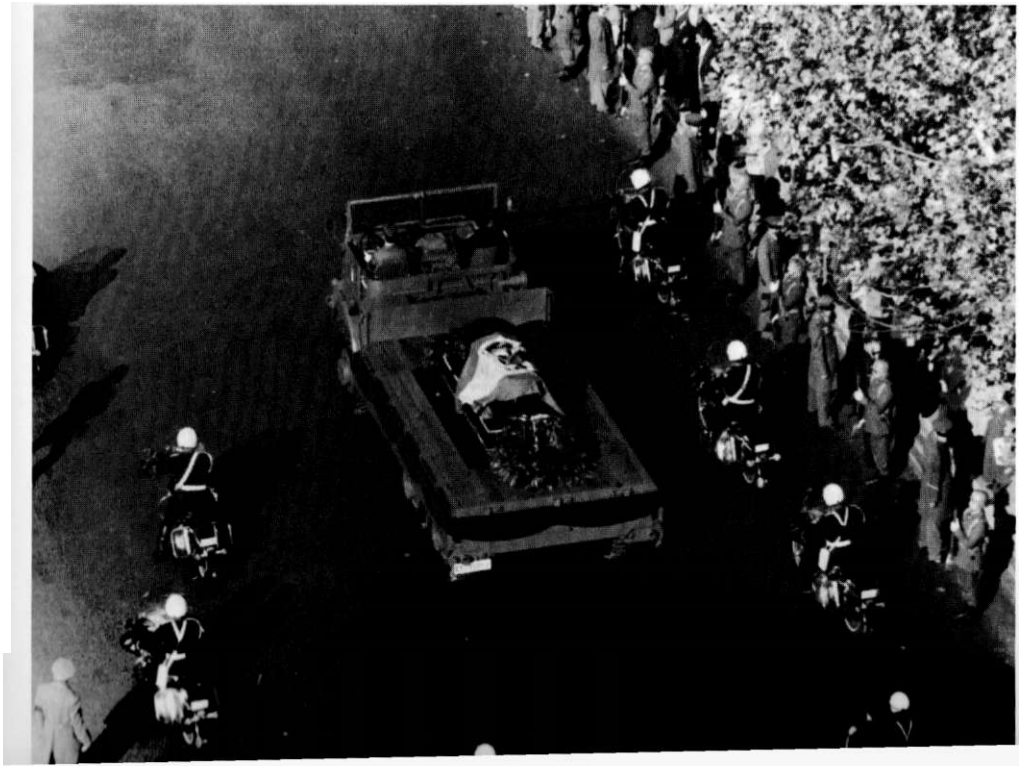
Decía que mi vida política quedó prendida en dos instancias irrenunciables: el sueño de rehacer a España desde sus cimientos, según la propuesta joseantoniana, y la inmediata tarea de no permanecer indiferente al toque de guerra que se avecinaba. De todo ello hablaré con calma. De hecho, la guerra civil se inició en el golpe socialista de octubre de 1934. Derrotada en las elecciones la izquierda, por unas derechas titubeantes e incapaces de entender el dolor de los humildes ni la generosa ambición de quienes buscábamos por los caminos del tiempo las raíces exactas de una España que había soportado dos siglos de humillaciones y derrotas, la izquierda, digo, provocó lo que históricamente se conoce como «guerra de los Quince Días» y, en el recuerdo de los que vivimos aquellas jornadas, la certidumbre de que había sonado la hora del enfrentamiento.

En eso no me engañé nunca. He aquí una anécdota menor pero reveladora de que la paz se hizo imposible. Coincidiendo con el final de mi carrera de Derecho (1931), se produjo el primer indicativo de lo que podía avecinarse: la quema de iglesias y conventos en Madrid y en diversas capitales de provincia, todas ellas al unísono, tal y como si obedeciesen a un

plan previamente trazado. La explicación más significativa fue la facilitada en *El Sol* por don José Ortega y Gasset, don Gregorio Marañón y don Ramón Pérez de Ayala, eminentes ciudadanos y cualificadísimos profesores que encabezaban la Agrupación de Intelectuales al Servicio de la República. Y que poco después verían con horror hasta dónde llegaría aquel primer acto de exaltación de las hordas. La nota decía así: «En Madrid, Málaga, Alicante y Granada humean los edificios donde vivían gentes que, es cierto, han causado durante centurias daños enormes a la nación española; pero que hoy, precisamente hoy, cuando ya no tienen el poder público en la mano, son por completo inocuas, porque eso, la detentación y el manejo del poder público, era la única fuerza nociva de que gozaban. Extirpados sus privilegios y mano a mano con los otros grupos sociales, las órdenes religiosas significan poco más que nada...» Ellos mismos, como digo, pudieron comprobar después que su juicio no podría figurar en la antología profética de la historia. La contienda civil, elevada a categoría de Cruzada de Liberación por la Carta Pastoral Conjunta del Episcopado Español, recabaría la atención del mundo para la desigual contienda que se iniciaba en el sofocante julio de 1936 entre quienes creíamos en la eterna metafísica de España y los que suponían que la patria como el Evangelio eran una pócima engañosa para destruir a los menestrales que ya se llamaban proletarios.

La transcripción sumaria de ese inicial período histórico provocó a lo largo de los años una lluvia editorial no siempre honrada ni veraz. Entre la legítima pasión de unos, la deformación rencorosa de otros y el vociferante coro de los ex (que aquí se manifestó con tanto entusiasmo a partir de 1975) se originó una confusión tan interesada como propia de toda inflación informativa, difícil de reducir a sus justos términos si ha sido promovida con el afán de hacer inviable la reducción a sus naturales límites. Ésta, y no otra, es la razón de que en tantas y tantas ocasiones me haya resistido a entrar en ese juego y la única que, en esta instancia, me mueve al relato de esos retazos a que antes aludía: precisar, sin ánimo de polémica y cuando ya nadie puede, evidentemente, atribuir al empeño beligerancia alguna, un puñado de cuestiones que también pertenecen al patrimonio de mis vivencias y recuerdos. Me agrada dejarlas aquí, en estas páginas; transcritas a unas cuartillas que no son —¡líbreme Dios del intento!— ni autobiografía ni estricta memoria política lanzada a la arena

Viví intensamente el dilatado capítulo de la historia de España que abarca desde el advenimiento de la Segunda República (en la foto superior, el comité revolucionario que se hizo cargo del Ministerio de Gobernación tras las elecciones de abril de 1931**) hasta la muerte, en la cama, de Francisco Franco, Caudillo de España.**



pública para participar en una esgrima que tantas veces terminó a navajazos y que no reportó al común de los conocimientos populares ni un ápice de verdad.

Después de ser asesinado don Antonio Cánovas del Castillo y de la llegada al poder de McKinley, se produjo el inevitable «noventa y ocho». Veinte años después, es decir, en 1918, este que os habla tenía siete años. Pues bien, con siete años decidió mi padre, Justo Girón, abogado, natural de Carrión de los Condes, trasladarme desde mi pueblo natal, Herrera de Pisuerga, al Colegio de los Padres Jesuítas de Orduña, Bilbao. Mi madre, Clementina María de Velasco, de Herrera de Pisuerga, había hecho, años atrás, cuando yo era un bebé, la proeza de trasladarme a Lourdes para bañarme en las aguas benditas del manantial de la gruta y procurar mi curación ante nuestra Señora, porque, según parece, yo estaba aquejado de una grave dolencia que los médicos «resolvieron» declarando mi desahucio de este mundo.

Mi madre, que gozaba de un recio temperamento, accedió a la voluntad paterna de que iniciase mis estudios con los citados padres jesuítas de la localidad vizcaína. Lo que probablemente no calcularon ninguno de los dos es que en los patios de aquel venerable centro educativo sostuve, como si de una premonición se tratase, mi primera guerra. Guerra unipersonal, por lo que a mi bando se refería: mis compañeros eran vascos; yo, castellano; y el fervor separatista que surgió tras la derrota de España en Cuba y Filipinas estuvo a punto de ponerme la cara hecha un Cristo. Resulta curioso que del mismo modo como el movimiento independentista de los pueblos de nuestra estirpe en América surge incontenible, tras la invasión francesa de 1808, Sabino Arana lanza sus cantazos dialécticos contra la sagrada unidad de España, cuando España sufre los golpes postreros de su poderío en los continentes americano y asiático: Cuba, Puerto Rico y Filipinas.

Desde el instante de mi llegada a la citada institución colegial ya advertí que cuando mis compañeros hablaban en mi presencia lo hacían de forma que yo no me enteraba de una sola palabra de lo que decían y que el eco del entusiasmo localista, incentivado por el PNV de la época (el colegio naturalmente era de derechas), iba a estrellarse contra mi cabeza. Eran peleas increíbles, cinco o seis contra uno, y aun así procuraba mantenerme en pie y sacudir cuanto podía... Pero a

ludas luces era una guerra perdida. Fui apartándome de mis compañeros y sólo conseguí hacer dos amigos. El hermano Robles y un perro mastín, castellano-leonés, junto al que me sentaba para recibir su afecto, traducido en tremendos lengüetazos que de alguna manera calmaban mis magulladuras. Tengo que decir en este punto dos cosas: mi gratitud para los padres jesuítas de Orduña. Y mi gratitud para mis condiscípulos. Los malos tratos que yo recibí me dejaron una profunda huella y empezaron a moldear mi carácter. Para completar la verdad diré: los compañeros de mi clase eran mayores que yo. Los más pequeños estarían en los diez años, yo en los siete. Todos eran vascos, como he dicho, de donde se deduce que, pese a todo, las bofetadas fueron para mí. De poco valían mis puños en solitario. El curso se hizo largo, tenso. Terminado el periodo escolar y hecha la primera comunión, los padres jesuítas aconsejaron a mis progenitores que me sacaran de allí y me llevaran a Valladolid, donde la Compañía tenía otra magnífica institución escolar. También lo pasé mal en el colegio de Valladolid, pero por razones distintas. Éramos un pequeño grupo de amigos a quienes se nos cruzó un hermano estrafalario y perverso que molía nuestras espaldas a estacazos. Lo recuerdo sin terror, e incluso extraigo de aquel suplicio cierto endurecimiento de mi propio carácter. Cuando advirtieron los padres jesuítas el enloquecimiento de aquel individuo, nos lo quitaron de en medio y jamás volvimos a verlo.

Después mi vida escolar transcurrió dentro de la normalidad de aquellos años; luego mi juventud, que bordea el espinoso camino que para España suponen los brotes de la agitación subyacente después de tanta desdicha.

II/Tiempo de cantar, tiempo de morir

Ni siquiera la caída de la monarquía milenaria aceleró el pulso de una buena parte de aquella España, resignada a dormir eternamente bajo la candente sombra de una encina. Poco a poco se desvanecía el sonido de un tiempo: las romanzas y los dúos de las zarzuelas daban paso al cuplé, que desfila por ese tiempo paralelamente al tango y que mantienen la sonoridad identificadora de unos años que pronto tornarían los compases de aquellas melodías, subproductos del romanticismo, por la música épica y de combate. Carlos Gardel y Raquel Meller eran los nombres en boga. El cinematógrafo despegaba no sólo en su definitiva versión artística, sino como un elemento de comunicación prodigioso para acercar a la inmediatez de nuestros contornos la información servida por noticiarios de procedencia extranjera. El fútbol no había alcanzado todavía la dimensión multitudinaria de este tiempo, pero ya se hacía notar, con paso recio, en las constantes que determinan a las sociedades de cada época. Para los remotos historiadores del siglo XX los campeonatos mundiales de fútbol serán tan importantes como las confrontaciones bélicas que conoció el mundo en esta etapa. Yo retrotraigo la acción a aquel tiempo del que os hablaba: el de la plenitud de mi juventud. Fueron, por lo que a España se refiere, años inquietos y decisivos que nacían bajo el sortilegio de los fenómenos ruso, italiano, alemán... Sólo la juventud tiene, acaso, la intuición suficiente para advertir el cambio. Nosotros sabíamos que algo profundo se desmoronaba y algo nuevo nacía.

Existe en aquel azaroso periodo de mi vida un hecho que de alguna manera relata la cobarde resistencia de las clases rectoras al impulso joven. Y lo que es más importante, a la pérdida por esas mismas clases rectoras del sentido de autodefensa. En diciembre de 1931 cursaba Derecho en la facultad. Mis actividades como miembro de las Juntas Castellanas de Actuación Hispánica, fundadas por Onésimo Redondo, me

valieron la expulsión de la facultad. En abril de 1932 hubo algunos disturbios estudiantiles. En aquel momento me enteré, por información de toda solvencia, que pensaban matar al rector de la universidad, señor Torres Ruiz. También pensaban liquidar a don Amadeo Melón, decano de Historia. La izquierda universitaria se adueñaba por momentos de los recintos docentes, Entonces busqué algunos amigos de confianza y les dije: «Vamos a evitar que estos individuos entren y cometan tamaña felonía.» Un exaltado, pistola en mano, conminaba: «¡Son las doce menos cinco! ¡Si a las doce no entregan los expedientes de los alumnos sancionados, os matamos a los dos!» No me fue difícil contener la intimidación y despejar a bofetadas el acceso. Tres días después me llamó el rector, me recibió y me dijo: «Le debo a usted la vida, pero si sigue organizando desórdenes, le expulsaré de la universidad, aunque, además de mi salvador, fuese usted mi propio padre.»

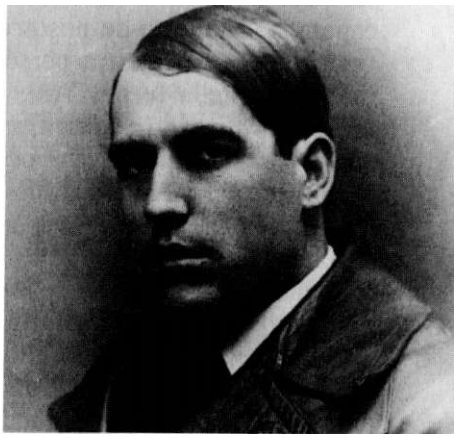
Convocado el claustro unos días más tarde, me sancionaron con prohibición de estudiar durante un año en todas las universidades de España y tres en la Universidad de Valladolid. Fue tal mi indignación que me presenté otra vez a ver a don Andrés Torres, rector, como digo, de la universidad. Me vio y se puso a temblar como un niño: «¡Máteme; máteme si quiere! Pero no he podido hacer otra cosa.»

En esto apareció una hermana suya, llorando y angustiada. La escena me produjo un asco profundo. Di un portazo y me marché. Creo que si en alguna ocasión pensé con firmeza en irme de España, fue ese día. Sin embargo, algo me decía que España iba a necesitar de muchos contestatarios como yo. Tampoco sé con exactitud, al cabo de los años, si no solicité el pasaporte por esta o por otras razones. Tampoco me preocupa demasiado: todos los españoles han pensado alguna vez en «hacer las Américas». Ahora tiene menos emoción porque el mundo, por la velocidad de las comunicaciones y la sutil red etérea de la información vía satélite, se ha convertido —dicen— en una aldea global. Es posible. A mí me parece más bien un villorrio.

Después de la fusión de las Juntas Castellanas de Actuación Hispánica, de Onésimo Redondo, con *La Conquista del Estado,* de Ramiro Ledesma Ramos, quedaron constituidas las JONS (Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista). Y poco después se celebraría en Madrid, independiente de estos grupos

De hecho, la guerra civil se inició en el golpe socialista de octubre de 1934.

Mis actividades como miembro de las Juntas Castellanas de Actuación Hispánica, lundadas por Onésimo Redondo (en la foto), me valieron la expulsión de la Facultad.



LA CONQUISTA DEL ESTADO

SEMANARIO DE LUCHA Y DE INFORMACIÓN POLÍTICA

25 céntimos

Director Fundador: RAMIRO LEDESMA RAMOS

EL NUEVO RÉGIMEN

LA PROCLAMACIÓN DE LA REPÚBLICA

Una fase de la revolución española. Muy pronto llegarán los minutos decisivos del porvenir hispánico.

¡¡ESPAÑOLES!! ¡¡ALERTA!!

La Conquista del Estado de Ramiro Ledesma Ramos (arriba).

iniciales, lo que por antonomasia se ha conocido con el nombre de Acto Fundacional. En el teatro romántico de la Comedia, de la calle del Príncipe, se anunció un mitin de «afirmación nacional» en el que intervinieron tres oradores: Alfonso García Valdecasas, Julio Ruiz de Alda y José Antonio Primo de Rivera, que pronunciaría un memorable discurso que quedó convertido en la primera piedra del edificio ideológico del movimiento falangista. De las otras intervenciones quedó el recuerdo de la frase del bravo Ruiz de Alda, el legendario aviador héroe del *Plus Ultra,* al definir la permanente espina del acoso europeo a nuestra patria con una frase tan rotunda como impecable: «¡España limita al sur con la vergüenza de Gibraltar!» Pero de aquel acto quedó el discurso de José Antonio como el trazado, todavía impreciso pero rebosante de intuiciones, que agruparía y pondría en pie de ilusión y en pie de guerra a la juventud española.

Nadie pudo calcular la trascendencia que aquel acto político del teatrillo de la calle del Príncipe alcanzaría en la vida española. Ninguno de nosotros pudo predecir, tampoco, la influencia que en nuestra personal aventura tendría al correr del tiempo, aquella fecha. Yo era entonces un joven más dado a la acción que a la retórica, más atento a la hosca circunstancia de cada día que a las voces que empezaban a clamar, aquí y allá, para poner remedio a la erosión nacional que se advertía. El eco del mitin no tuvo en el ámbito nacional grandes resonancias.

Muchos de los que años adelante, en las épocas posteriores al triunfo, cantaron hasta la saciedad el trémolo vibrante de aquel día, no estuvieron allí. Ni creo yo que se enterasen. Si la gente que, durante los años cuarenta y cincuenta, escribía en los periódicos o recordaba en conferencias oficializadas las excelencias de aquella mañana otoñal de 1933 hubiera asistido al teatro de La Comedia, el foro romano hubiera resultado insuficiente. No. El teatro estuvo lleno, el eco fue exiguo, pero profundo y contradictorio. Por ejemplo, muchos viejos seguidores del dictador muerto (me refiero, claro está, a don Miguel Primo de Rivera) sufrieron un profundo desencanto. El hijo de don Miguel había mirado con avidez escrutadora el futuro de España y no el pasado. No había dicho cosas terribles, sino verdades antiguas, como, por ejemplo, que a los pueblos sólo los mueven los poetas... No venía a restaurar nada del cuadro típico de la España decadente y ensimismada a la que don Miguel Primo de Rivera intentó

salvar en 1923 con el golpe de Barcelona. Pero que un aristócrata, grande de España, marqués y abogado eminente, con una juventud insultante, dijese que el socialismo había sido justo en su nacimiento, puso al borde del infarto de miocardio a muchos de los caballeros —«¡y otras calvas en otras calaveras brillaran venerables y católicas!»— que acudieron a escucharle con la esperanza de encontrar un remedio mozo, fuerte y prestigioso a tantos y tantos egoísmos inconfesables... Le entendimos otros. Le entendió José Ruiz de la Hermosa, un joven obrero del campo manchego que cayó asesinado ese mismo día tras haberle escuchado en Madrid. Dolorosa paradoja del destino. A José Ruiz de la Hermosa, le asesinó un marxista llamado José Ruiz de la Hermosa. Dos años después, cuando José Antonio revisaba la confección de un libro sobre los caídos, le dijo a los periodistas que lo realizaban: «No olvidéis a José Ruiz de la Hermosa.» No había vestido la camisa azul. No había cantado el *Cara al sol* para hacer más alegre su muerte... Vino, oyó, creyó y murió. Tenía la manera de ser de los mejores!»

En aquella época yo deseaba venirme a Madrid para preparar judicatura. Antes de aquello, probablemente por la vehemencia de mi juventud, choqué con Onésimo Redondo. José Antonio, que advirtió esa tirantez, me hizo acompañarle un día a Peñafiel y allí terminó la desavenencia con Onésimo, a quien por mi parte nunca había dejado de admirar. Onésimo Redondo, que era como un capitán de la Conquista, como un césar..., quiso que me quedara otra vez en Valladolid, de jefe de milicias. Tuve que convencerle de que me era imposible aceptar por mi dedicación en Madrid a las oposiciones a judicatura. Le sugerí que nombrase jefe provincial de Valladolid, en mi lugar, a Alfonso Suárez Granda. Así lo hizo y yo ya viví entre Madrid y Valladolid, viendo que la marcha de los acontecimientos podía dar al traste con mis aspiraciones estudiantiles. Falange Española y de las JONS se habían unido en un solo Movimiento. La rápida gestación de ese lógico entendimiento culminó con el acto celebrado en el teatro Calderón de Valladolid el 4 de marzo de 1934.

Ese mismo año, en octubre, se celebró el primer Consejo Nacional, en el palacete de Marqués de Riscal, esquina al paseo de la Castellana. Coincidió con el golpe socialista de Asturias, que marca, quiérase o no, la certidumbre de que la

tensión que vivía España se ventilaría en última instancia con las armas. Cataluña, que secundó la revolución de Asturias, en busca de su independencia, se rendiría después que los cañones emplazados frente a la Generalidad bombardearan, sin grandes reparos, el intento secesionista. En Asturias, las cosas fueron más duras y, como he dicho antes, la cuenca minera aguantó frente a las tropas regulares. Se saldó con la cifra de dos mil muertos. Oviedo apareció destruido ante las fuerzas del ejército de la República enviadas por orden de Francisco Franco, que permaneció en el despacho del palacio de Buenavista en comunicación directa con los jefes de las unidades hasta que terminó el conflicto. Después de Asturias, la paz —pensábamos los jóvenes falangistas— sería imposible.

La rendición de la Generalidad coincidió con la clausura del Consejo Nacional de Falange Española de las JONS. Consejo que fue decisivo para el futuro del partido, donde, entre otras cuestiones de importancia, se adoptó el acuerdo del mando único y fue elegido jefe nacional José Antonio Primo de Rivera, que, a su vez, tomó el mando de la Jefatura de la Primera Línea. Después de reanudarse la sesión resolvería, frente a distintas propuestas, el color de nuestro distintivo: la camisa azul mahón, «color —dijo José Antonio— austero, neto y proletario». La bandera roja y negra y el yugo y las flechas de Isabel y Fernando fueron aceptados como bandera y emblema del joven movimiento a propuesta de las JONS. José Antonio sabía que faltaba algo: una canción, un himno capaz de movilizar muchedumbres y de hacernos la muerte más racional y poética... El *Cara al sol* no nació allí; sus versos aún tardarían en ser compuestos, como su música. Pero de allí partió, sin embargo, la primera comparecencia de la Falange Española en la calle.

Madrid vivía bajo el estado de guerra impuesto por el Gobierno de la República tras los acontecimientos de Asturias y Cataluña. Se improvisó un escueto cartel que decía: «¡Viva la unidad de España!» Salimos del edificio de Marqués de Riscal. Éramos pocos: unos centenares contados los escuadristas que aguardaban en la calle. José Antonio se puso a la cabeza e inició la manifestación que desfilaba, sin algarabía, austera y decidida, hacia la plaza de Cibeles. Desfilábamos ante las ametralladoras emplazadas en la calle y bajo un bando estricto que prohibía caminar a más de tres personas juntas. Cuando desembocábamos en la citada plaza de Cibeles, un cornetín

Alfonso García Valdecasas, Julio Ruiz de Alda y José Antonio Primo de Rivera.

En el Consejo Nacional de Falange Española de las JONS fue elegido jefe nacional José Antonio Primo de Rivera.

El joven jefe nacional de la Falange se subió a unos andamiajes de las obras del Metro de la Puerta del Sol y desde allí pronunció un breve discurso de gratitud a los poderes públicos.

militar de órdenes advirtió a los soldados de nuestra presencia. El segundo toque sonó y las ametralladoras quedaron montadas, en disposición de abrir fuego. José Antonio no vaciló: no movió un solo músculo en su cara, no alteró el paso y, con él, toda la Junta Política. El tercer toque no sonó. La manifestación inició la subida hacia la Puerta del Sol. Los indecisos que nos vieron desfilar por el paseo de la Castellana y la plaza de Cibeles se sumaron. Ya no éramos unos centenares. Millares de personas, una muchedumbre, inundaron el centro de Madrid con el nombre de España en los labios. El joven jefe nacional de la Falange se subió a unos andamiajes de las obras del metro de la Puerta del Sol y desde allí pronunció un breve discurso de gratitud a los poderes públicos: «Gobierno de España: en un 7 de octubre se ganó la batalla de Lepanto, que aseguró la unidad de Europa. En este otro 7 de octubre nos habéis devuelto la unidad de España. ¿Qué importa el estado de guerra? Nosotros, primero un grupo de muchachos y luego esta muchedumbre que veis, teníamos que venir, aunque nos ametrallaran, a daros las gracias. ¡Viva España! ¡Viva la unidad nacional!»

Una ovación cerrada, unánime, jubilosa, subrayó las palabras de José Antonio. Ese día tuve la certeza, quizá por vez primera, de que nuestro paso ya era firme y de que por muy difícil y lejano que estuviera, el triunfo sería nuestro. Es decir, de España.

No quiero perderme en la evocación fácil de unos hechos que, por otra parte, están en la historia, aunque me temo que a estas alturas resulten inéditos para millones de compatriotas. El régimen que surgió del alzamiento civil y militar del 18 de julio de 1936 tuvo tantas cosas en que ocuparse, amorosamente, incansablemente, tenazmente, que apenas si atendió a la difusión de su propia historia. Desaparecido, después, aquel sistema que otorgó a España cuarenta años de libertad, paz, justicia y progreso, los más conspicuos restauradores del sistema partitocrático se cuidaron de reescribir la historia con el chafarrinón y la falsedad. Dos décadas han bastado para borrar de nuestros contornos las referencias más entrañables y exactas, tanto de las motivaciones de aquellos hechos como de la gigantesca obra realizada y del esfuerzo realizado por el propio pueblo para la apertura de un tiempo que fue infinitamente mejor que cualquier otro pasado.

La Falange fue creciendo con rapidez. Llegó el *Cara al sol.* Y con el *Cara al sol* y la camisa azul una mística, una forma de ser, un estilo, que se transmitirían después de generación en generación, pero que en aquel tiempo inicial se desbordaban por la espiral de destrucción que conmovía a toda España. En ocasiones pienso que aquel proceso, con mayor lentitud, con más sosiego, pudo haber evitado incluso la guerra civil, pero no se nos dio cuartel. Fuimos una generación, lo digo con una vieja frase de José Antonio, a la que le tocó dejarse la piel por los campos de España. Desde el propio planteamiento ideológico, pensábamos más con el corazón que con el cerebro, que era exactamente lo contrario que se proponía nuestro jefe nacional, cuando decía que el cerebro tenía también sus formas de amar... Y añadía: «Acaso como no sabe hacerlo el corazón.»

José Antonio peregrinó en aquel tiempo por todos los caminos de España. Parece imposible que una predicación tan corta alcanzase tanta profundidad en el pensamiento, y que su magnetismo prendiera de unas almas en otras, hasta entrañarse en la vida de nuestras gentes de forma indeleble.

En este punto rompo un instante el hilo del relato para hacer una consideración, no sé si oportuna o inoportuna, pero sí desconocida por muchos. Hoy día la figura y obra de Federico García Lorca parecen ser patrimonio de la izquierda. Si García Lorca no hubiera sido asesinado, probablemente habría sido el poeta de la Falange. No le conocí personalmente, pero camaradas cercanos a él me hablaron de su admiración, admiración con mayúsculas y en el sentido más amplio que pueda entrañar la palabra, del poeta hacia el jefe nacional.

José Antonio, dotado de una excepcional capacidad de mando, aquel hombre joven, elegante, duro, serio y valiente, recorrió los eternos caminos de la patria hasta sacarla de sus casillas y ponerla en pie de esperanza. Muchos años después, le oí contar a José Finat y Escrivá de Romaní, conde de Mayalde, una conversación mantenida por él con José Antonio, cuando la Falange no había alcanzado todavía un año de vida. Le encontró Mayalde bajo de forma, deprimido o melancólico; y cuando le preguntó por las causas de aquel estado de ánimo, le respondió: «La política me da asco; en estos tiempos es una tarea infame...» El conde de Mayalde le respondió con toda sencillez, aunque bien es cierto que sin pensarlo demasiado: «¡Pues déjalo!» José Antonio le miró a los ojos con firmeza y le dijo: «No puedo. Me sujetan los muertos.» De

José Antonio hablaré en muchos de estos retazos interdependientes, porque fueron su palabra y su ejemplo de vida y de muerte los que cautivaron a nuestra generación. Y los que cautivarían después a otras generaciones de jóvenes españoles: José Antonio, como el buen Rodrigo, también ganó batallas después de muerto.

Recuerdo que la última vez que vi al fundador de la Falange fue en Madrid, a la salida del cine de la Ópera. Le saludé brazo en alto y en posición de firmes, como correspondía a nuestro estilo. Las personas que salían del popular cinematógrafo o que transitaban por la plaza nos miraban de reojo y aligeraban el paso. No hay que olvidar que José Antonio había tenido ya cuatro atentados. Estaba avanzado el otoño de 1935. Le pregunté que cómo iban las cosas. «Todo está muy precipitado —me respondió y, sin expresarse con más claridad, me dijo—: Pronto tendremos que soportar acciones duras.»

Al poco tiempo tuve que marcharme a Valladolid. En realidad no fue la marcha de los acontecimientos lo que interrumpió mis estudios de opositor, sino un motivo muy distinto. Mi padre me anunció que estaba en la ruina. Los vientos de la República habían generalizado la idea de que las tierras serían expropiadas y mi padre se apresuró a vender las suyas, buenas fincas de regadío que poseía en el término de Herrera de Pisuerga. Aquello le reportó un capital bastante considerable que invirtió íntegro en una azucarera de Zaragoza que, al parecer, se vino abajo. Digo «al parecer» porque años más tarde se produjo un hecho que me llevó a dudar de que mi padre no hubiera sido víctima de una estafa. Al poco tiempo de nombrarme ministro, los antiguos «socios» le devolvieron la mitad del dinero que había perdido, arguyendo que la empresa se había remontado. Pudo ser cierto, no lo sé pero siempre he pensado que la casualidad y la coincidencia de mi nombramiento con aquella satisfacción eran un tanto sospechosas.

¡Pero, en fin, no nos perdamos en lucubraciones!

En aquella época anterior a la guerra, cuando vi truncada mi aspiración estudiantil, me puse a trabajar como temporero en la Diputación Provincial de Valladolid. Después de aquel empleo, en el periodo inmediatamente anterior al levantamiento, conseguí otro como profesor particular de un muchacho, hijo del conde de la Patilla, en Mojados. Josina, el chaval, me prestaba su bicicleta para ir los fines de semana a

En abril de 1936 fui detenido en la capital guipuzcoana. Me imputaron tres delitos conexos de tenencia ilícita de armas y colocación de explosivos. Me aplicaron la ley Maura de 1909 y el fiscal solicitó para mí cuarenta y dos años de prisión.

Si García Lorca no hubiera sido asesinado, probablemente habría sido el poeta de la Falange.

Valladolid. La ciudad estaba en plena efervescencia y yo no quería perderme los acontecimientos.

En una de aquellas ocasiones, Onésimo me confió una misión que me llevó a San Sebastián. Fue cuando empezaron las detenciones masivas de falangistas y la del propio José Antonio. Yo fui detenido en la capital guipuzcoana. Me cogieron con Luis Nieto Calvo, llamado *el Malo,* y con Tobalina. En un momento me separé de ellos para comprar tabaco y cuando volví estaban junto a un coche. Me acerqué al grupo:

—¿Qué pasa?

Y los individuos que estaban en el automóvil me dijeron:

—Que estáis detenidos.

A mí me imputaron tres delitos conexos de tenencia ilícita de armas y colocación de explosivos. Me aplicaron la ley Maura de 1909 y el fiscal solicitó para mí cuarenta y dos años de prisión. Los otros camaradas salieron libres y yo me quedé en San Sebastián. Entre los falangistas que habían detenido, quedó en la cárcel un chico asturiano que se apellidaba Amor. Yo estaba reclamado por otros juzgados. Pero él, al enterarse de que se me imputaba el delito de tenencia ilícita de armas, sin pensarlo más, se presentó y dijo que la pistola era suya. Fue pasando el tiempo y todo seguía igual, pero como yo debía tener una ficha poco recomendable, decidieron mi traslado a Valladolid. Amor quedó en la cárcel de San Sebastián junto con los hermanos Iturrino, falangistas de esta localidad con los que yo había estado compartiendo la celda, y allí fueron asesinados al iniciarse la guerra civil. El 27 de junio se hizo cargo de mí la Guardia Civil, que, en conducción ordinaria, me llevó de San Sebastián a Burgos. Mientras fuimos andando me pusieron las esposas en las manos. En el tren me colocaron los grilletes en los pies. Intenté tirar por la ventanilla una bolsa con el resto del «viático» que nos daban para la conducción. Lo tiré en el momento que pasábamos un puente. Rebotó aquello y me partí un brazo. En Vitoria se hizo cargo de mí otra pareja del benemérito instituto. Fue un turno mejor. Me quitaron las esposas y me llevaron suelto. Un tercer turno me llevó hasta Valladolid. Al bajar en la estación me volvieron a esposar. Me echaron una gabardina encima hasta llegar a la cárcel.

La prisión rebosaba de falangistas, en su mayoría estudiantes que hicieron una huelga de hambre porque querían que me vieran la fractura del codo en la Facultad de Medicina. Se negó la autoridad de la prisión y los falangistas ar-

marón un cisco importante, de forma que al final resolvieron llevarme. Me quedó un poco mal el brazo, pero después, seguramente del peso del fusil, él solo se fue estirando hasta alcanzar su posición normal. En aquellos días, Falange Española había sido declarada fuera de la ley. Sus jefes, encarcelados, y los centros, sellados, cuando no saqueados y destruidos, por la autoridad del Frente Popular. Gran parte de los escuadristas de Valladolid, con Onésimo Redondo a la cabeza fueron trasladados a la cárcel de Ávila, y un telón pesado, amargo después de tanta lucha, fue poniendo lentamente fin a la primera parte de aquella gran esperanza de ver a España unida y libre, dueña de sus destinos... Y a los españoles encarados a un futuro de libertad, paz y trabajo. En cualquier caso, nadie desfalleció y mantuvo tenso el brazo —a pesar de la fractura en mi caso— y bien dispuesto el ánimo. José Antonio había insistido siempre en que la alegría era el primer mandamiento de la juventud y de alguna manera cumplíamos su consigna. Estábamos escasos de enlaces, de comunicación con el exterior, y eso era desesperante. ¡Qué gran papel de limpias heroínas jugaron las mujeres de la Falange aquellos días! Novias, madres jóvenes o simplemente afiliadas a la balbuciente Sección Femenina se multiplicaban jugándose el tipo por las calles de una España dominada por la horda, por el odio y el rencor. En Valladolid, Chelo, la novia entonces de mi entrañable Francisco Carrascal, alcanzó méritos de Laureada, con un valor y una dignidad humanos propios del más bravo capitán de los Tercios...

III/Ha empezado la revolución

Ha quedado claro que estas páginas tienen un solo propósito: evocar unos recuerdos personales, de los que pudiera desprenderse algún tipo de enseñanza o ejemplaridad para quienes desconocen lo que representó el paso de Falange Española por los caminos de la historia de nuestro pueblo, o para aquellos otros que, desde perspectivas cordiales o adversas, sólo conservan una visión deformada. En pocas palabras: no trato de escribir la historia de un tiempo, sino de colaborar y hasta de animar a que se escriba con una frialdad que a mí me sería imposible adquirir para la empresa. De ahí que el orden cronológico quede sacrificado al interés de la evocación. Lo quiera o no, intervine en muchos de aquellos acontecimientos y no sería del todo sereno por mi parte el interpretarlos sin saber que están muy cercanos ya al juicio de los historiadores. Son muchos los años que tengo a las espaldas para embarcarme en una aventura de esta índole. Son, en cambio, los necesarios para contemplar todo con el respeto que mereces. Es más: con la serenidad, con el respeto y con ese pequeño guiño de humor que toda trascendencia adquiere cuando se contempla desde lontananza.

Ya sabemos que la distancia ejerce funciones de posteridad. Si esto sucede desde el plano puramente geográfico, en el tiempo acontece de igual modo. En eso reside la experiencia. En eso reside, a la vez, la arcaica tendencia, hoy desaparecida, de que la ancianidad constituya, en su más sencilla traducción, un alto grado de magisterio. Quizá por eso puedan existir quienes me afeen no detenerme más en este o aquel conflicto. Si la morbosidad se ha puesto de moda, prefiero navegar, como en los buenos tiempos, contra la imperiosa corriente de lo vulgar. Digo esto cuando he dejado las anotaciones en el instante en que a mí me dejaba la Guardia Civil en la Prisión Provincial de Valladolid, con un brazo averiado y una orden incumplida. El futuro no parecía halagüe-

ño, si a la petición fiscal me atengo: cuarenta y dos años a la sombra no son, precisamente, una canonjía para nadie. La vida, además, resulta sorprendente. Aquel muchacho que fui de veinticinco años iba a pasar de esa expectativa tan escasamente atractiva a tomar el Alto de los Leones al mando de un puñado de falangistas y de guardias civiles, entre los que, acaso, venía alguno de los que me habían conducido con los grilletes en las muñecas hasta la recitada prisión. Pero faltaban días y la realidad era que la Falange parecía haber quedado liquidada por la ferocidad operativa del Frente Popular. El jefe nacional y la práctica totalidad de la plana mayor de mando, en las cárceles. Los escuadristas en prisiones, escondidos por familiares y amigos o reposando para siempre bajo la sombra silenciosa y reverente de los cipreses... De ahí en adelante, poco más sabíamos.

El 17 de julio se produjo el Alzamiento en África. El nombre de Franco, de cuya adscripción al movimiento se dudó hasta el último instante, figuraba al frente de los sublevados. En la cárcel de Valladolid, las noticias eran imprecisas. Hasta que en la mañana siguiente el ejército hizo lo propio en la capital castellana. He aquí una anécdota, penosa y sorprendente: ¡había empezado la revolución! Los funcionarios de prisiones abrieron las puertas a todos los falangistas, menos a mí y a los que como yo, entre ellos Pepe Sáez de Miera, estaban sometidos a proceso judicial, y al mismo tiempo empezaron a meter en la cárcel a todos los adversarios. «¡Pues qué bien!», pensé. Y el recuerdo del patio del colegio de Orduña volvió a mi mente. Esta vez, en cualquier caso, me cogía mejor preparado a pesar de la lesión del brazo. Hasta la mañana del 20, compartí los patios y los pasillos con mis enemigos. Esa mañana Onésimo Redondo, que acababa de llegar de la prisión de Ávila, y un teniente de Asalto que se llamaba Mantecón, tras una discusión muy viva delante del general Saliquet, resolvieron mi libertad. Fue Mantecón a recogerme y él me acompañó a la Academia de Caballería, que se había convertido en Cuartel General de Falange Española de las JONS. Salí al patio de la institución castrense acompañado de Onésimo Redondo y de otros mandos. Y nuestro jefe territorial, dirigiéndose a las centurias formadas, les dijo:

— ¡Camaradas, aquí tenéis a José Antonio Girón de Velasco, jefe provincial de milicias de Valladolid!

El día 21, con los primeros efectivos, inicié la subida hacia el Alto de los Leones. Recuerdo que Pepe Miera, mi entraña-

El jefe nacional y la práctica totalidad de la plana mayor de mando en las cárceles. (Arriba, José Antonio Primo de Rivera con su hermano Miguel; abajo, con el equipo de fútbol de la cárcel Modelo de Madrid.)

¡DOS RESPONSABLES!

Mundo Obrero

PALABRAS DEL GOBIERNO:

"Se ha frustrado un nuevo intento criminal contra la República"

"Una parte del Ejército que representa a España se ha levantado en armas contra la República, sublevándose contra la propia patria"

"Los españoles han reaccionado de modo unánime y con la más profunda indignación contra la tentativa reprobable"

¡Viva la República democrática!

El pueblo vigila su victoria y no se la dejará arrebatar. ¡Escarmiento ejemplar a los traidores a la patria! ¡Suspensión de la Prensa incitadora del golpe de fuerza! ¡Incautación de los bienes de los traidores y de sus cómplices!

¡Acusamos a Gil Robles de principal culpable del criminal atentado contra la República!

¡EL MAXIMO CASTIGO PARA LOS RESPONSABLES POLITICOS!

¡ALERTA, MAS ALERTA QUE NUNCA EL PUEBLO!

Todos vigilemos al lado del Gobierno

El nombre de Franco, de cuya adscripción al movimiento se dudó hnstn el último Instnnto, figuraba ni fronto do los sublovndos.

ble, mi inteligente, mi heroico amigo, al ver que algunos miembros de la Guardia Civil remoloneaban sin mostrar lo que se dice un entusiasmo delirante por el comienzo de la aventura, se fue por ellos y con dureza los puso en orden de combate. Recuerdo también aquella centuria de muchachos, adolescentes, que nos mandaron como refuerzo. En cuanto oyeron los primeros disparos se tiraron al suelo y en algunos casos se pusieron a llorar. Pepe Miera y yo, haciendo de tripas corazón, los animábamos tomándolo poco menos que a broma; pero cuando asomábamos la cabeza, el silbido de las balas nos cortaba la digestión. ¡Santo Dios! En sólo días, aquellos muchachos se la jugaban de tal manera que nos ponían los pelos de punta. Recuerdo que, sosteniendo una posición, uno de ellos, que estaba junto al excelente y leal camarada Pedro Ojeda, saltó, decidido, con intención de avanzar. Le eché mano y me di cuenta que una granada le había vaciado el cuerpo. Creo que si un día lo olvidase todo, el recuerdo de aquel chico quedaría en mi memoria, el rostro sonriente, la acción decidida, la muerte atroz... En las guerras se viven situaciones asombrosas.

No quisiera dejar sin anotar el efecto que me hizo el comprobar personalmente la fuerza que puede tener una canción. José Antonio nos dejó dicho, ya lo he mencionado, «que a los pueblos sólo los mueven los poetas...». Pues bien, cuando quedó resuelto el frente en el Alto de los Leones, me destacaron a Riaño, donde el mando militar nos molía a inútiles marchas, probablemente en el afán de instruir aún más a las banderas, que ya empezaban a constituir unidades perfectamente organizadas. Compuestas por centurias de voluntarios, la gente pensaba, con razón, que no se habían enrolado para hacer instrucción en orden cerrado, sino para combatir... Total, que cogí el camino y me presenté en el Estado Mayor del general Gos. Había allí un capitán que se mostraba particularmente desdeñoso con los falangistas. Creo que se llamaba Peñaranda, aunque no lo recuerdo demasiado bien. Le expliqué el deseo de mis camaradas de permanecer en combate y no caminando de aquí para allá. Recuerdo que me contestó desabrido:

—No es lo mismo presumir por las calles de Valladolid que hacer la guerra. En el frente no creo que tengan demasiadas posibilidades...

Aquello me irritó de tal manera que estuve a punto de terminar con mi interlocutor como en el rosario de la aurora; pero nos habían puesto mando militar, y los mandos naturales de centurias y banderas carecíamos de autonomía para tomar decisiones por nuestra cuenta. Lo cual, por otra parte, era hasta cierto punto razonable. Tras muchas reticencias fui autorizado para volver a la lucha. Puse en marcha las unidades y más tarde acampamos en San Emiliano. Me parecía que lo prudente era que descansáramos. Dormimos unas horas y por la mañana nos dispusimos para entrar en acción. Un coronel me dio dos horas para tomar Puerto Ventana. Entramos en Torre Barrio a las cuatro de la tarde, después de un tiroteo infernal. Los de enfrente nos volvían locos tirando, de tal forma que parecía imposible atravesar aquella barrera. Nuestra gente empezó a caer bajo el fuego enemigo de una forma aparatosa. Tan dura fue la cosa, que volví al capitán Peñaranda. ¡Qué más quería él! Reanudó sus ironías, esta vez apoyadas en nuestro inicial fracaso.

—¡Pero, hombre..., los chicos de Valladolid están bien para pasear por la calle de Santiago! ¡Pero esto es otra cosa!

—Le ruego que me deje intentarlo otra vez.

Estuvimos discutiendo un largo rato, pero al cabo volvió a consentir. Formé a los falangistas y los arengué:

—Camaradas: esto es fácil y lo podemos conseguir. Vamos a hacerlo bien y lo haremos. Iremos abriendo fuego, sin detenernos. ¡Ya veréis cómo el enemigo abandona la posición!

Yo era licenciado en Derecho. No en táctica. Ni en estrategia, pero algo me decía que, con decisión y arrojo, nada falla. Era todavía noche cerrada. Algunos de mis hombres, escarmentados por la escabechina anterior, decían:

—No subáis a los camiones, que nos llevan al matadero.

—Nos van a freír a tiros.

La cosa no se ponía fácil. Llamé a los jefes de centuria. Todos menos uno eran del parecer de que nos marcháramos, en vista del estado moral de la tropa. Por mi parte hubo un momento en que no sabía qué hacer. En ésas estaba cuando me llama el teniente Llamazares, que luego acabaría trágicamente, abrasado vivo. Le expliqué lo que me pasaba.

—En lenguaje militar —me respondió— esto se llama deserción frente al enemigo. No tienes más que una solución: matarlos.

Y añadió:

—Cuando me hagas una señal, tú te tiras al suelo y yo

mando hacer fuego a la sección de ametralladoras. No dejamos ni uno.

—¡Ni hablar! Lo que hay que hacer es darles moral. Y ejemplo. ¡Verás cómo luchan!

El teniente Llamazares me miró a los ojos y con un punto de ironía en la mirada contestó:

—Haz lo que quieras. Pero te matarán a ti.

Con la primera luz del alba los puse en pie. Volví a la arenga y de pronto, cuando se me acababan las palabras, no sé todavía por qué, corté el discurso e inicié el *Cara al sol.* Fue unánime, recio, asombroso. Subieron a los camiones. La caravana arrancó y pelearon como arcángeles. Tres horas y media después, Puerto Ventana había sido conquistado. Al capitán Peñaranda no se le volvió a ocurrir bromear sobre la capacidad de lucha de los falangistas vallisoletanos. ¿Qué había pasado? El *Cara al sol.* Única y exclusivamente aquella canción que nos llevó a la guerra para volver con las banderas victoriosas al paso alegre de la paz.

Dejo para mis viejos y jóvenes amigos, los periodistas que dio la propia Falange Española durante cerca de medio siglo, la sugerencia de relatar un día lo que esa canción supuso en la historia de España a lo largo del tiempo vivido, desde que fueron escritos sus versos por José Antonio y su música, sobre el pentagrama, por el maestro Tellería. Esta canción sobrepasó los límites de la Falange y fue la canción de los españoles que en torno a la insigne figura de Francisco Franco caminaron en paz por la historia del mundo, hasta el amanecer del 20 de noviembre de 1975. Cada una de las grandes jornadas, felices o amargas de ese tiempo, fueron subrayadas por esa canción con la que yo comprobé en difícil y precaria situación que, efectivamente, a los pueblos sólo los mueven los poetas.

Al regreso de Puerto Ventana, ya en Valladolid, me enteré de que se había abierto un voluntariado para ir a Alicante, a salvar a José Antonio.

Andrés Redondo, hermano de Onésimo, era entonces delegado territorial de Falange. Le había nombrado Hedilla a la muerte de Onésimo, suponiendo en Andrés la misma grandeza del hermano. Nada más lejos. Creo que lo único que sabía de Falange era que llevábamos camisa azul.

Me presenté a él para comunicarle mi decisión de ir a rescatar a José Antonio.

— ¡De ninguna manera! ¡No te lo consiento! —dijo enérgico—, Yo no puedo prescindir de mi mejor capitán —añadió de forma grandilocuente.

— Pues lo siento mucho. En esto no acepto el mando, ni la orden ni nada. Voy a intentarlo.

Entonces me fui a Sevilla, donde se encontraba Agustín Aznar, jefe nacional de milicias, a quien Franco había dado una cantidad importante de dinero para cubrir los gastos que hubiera en el salvamento. El plan era sobornar con ese dinero a los vigilantes de la prisión para que nos permitieran entrar allí y, una vez dentro, sacar a José Antonio como fuera.

Aznar me aceptó inmediatamente para realizar la misión.

Después de la entrevista con él, entré en un café para comer algo y un individuo de los que había por allí me dijo:

— ¿Usted también es de los que van a Alicante a rescatar a José Antonio?

Se me cayó el alma a los pies. Aquello era un secreto a voces. Precisamente al día siguiente llegó a Sevilla el representante de Alemania que venía de Alicante y nos avisó:

— No se les ocurra ir. Los están esperando y van a caer todos con José Antonio.

Aquello se paró y nadie fue. No era la primera tentativa fallida. Anteriormente hubo otros intentos de rescate, pese a los que más tarde insinuaron que Franco no había hecho nada por salvar al jefe de Falange.

Raimundo Fernández Cuesta, que estaba entonces preso en zona roja, tuvo ocasión de hablar con Indalecio Prieto, quien, mucho más astuto que Largo Caballero, le aseguró que si en su mano estuviera él soltaría a José Antonio. Seguramente pensando en provocar un choque entre él y Franco. Sin embargo, Largo Caballero ya le había condenado a muerte, y contra eso nadie, ni siquiera Prieto, podía hacer nada.

Regresé a Valladolid con la rabia y frustración que son de suponer por no haber podido ni rozar el objetivo. Ocupé el puesto de Andrés Redondo de jefe territorial de Falange.

De aquella época entresaco una anécdota que acude a mi memoria de forma entrañable. En el mes de febrero de 1937 pasó por Valladolid el célebre tenor Miguel Fleta. Era falangista. Tuve ocasión de saludarle y en seguida nos entendimos. Pasamos el día juntos. Comimos y cenamos en una casa de comidas y después salimos a dar una vuelta por la ciudad, que era como ir por una bodega oscura; no había una luz, ni se encendía un cigarro en la calle por miedo a la avia-

ción. Andando, caímos por la calle de la Victoria, el sitio más céntrico de Valladolid. Todo era silencio, no se veía un alma, y entonces le pedí:

—Hombre, anímate, canta algo bonito.

—Pero tú crees que ahora...

—Sí, hombre, sí; ya verás cómo tienes un éxito bárbaro.

Se animó y empezó con el «Ay-ay-ay». No había emitido ni la décima parte de la canción, cuando empezaron a abrirse las ventanas, con luces, gente asomada. Durante esos instantes el miedo parecía haberse esfumado. La voz de Fleta pudo más. La ovación que recibió fue de gala. Después de aquello no volvería a verle más.

En marzo de 1939 recibí una orden de la Jefatura del Movimiento, para que me presentase en Vitoria. Me presenté en Vitoria, creo que fue el día de San José. Allí me enteré que formaba parte de una misión que, presidida por Raimundo Fernández Cuesta, se dirigía a Roma. Recuerdo que entre los miembros de la misión iba Luis Carrero Blanco. Creo que nos conocimos allí y durante nuestra estancia en Roma tuve la oportunidad de hablar mucho con él y de iniciar una relación amistosa que, con independencia de los lógicos roces que toda relación política comporta, se mantendría hasta su trágica muerte en Madrid el 20 de diciembre de 1973. Era una gran persona, serio y afable. En varias ocasiones salimos los dos a pasear por Roma y a charlar. Roma vivía el esplendor que precedió a su derrota. La verdad es que a Benito Mussolini le conocí en ese viaje. Fue Rafael Sánchez Mazas quien me preguntó:

—¿Me acompañas a ver al Duce?

Y con él fui. Su figura era imponente. Por encima de los chafarrinones con que le presentó la dialéctica beligerante del tiempo posterior, la Historia, escrita con mayúscula, le rescatará un día, porque su balance de errores fue muy inferior al de sus aciertos y porque la más severa crítica será la que contemple su apasionada y frenética devoción al pueblo italiano. Recuerdo que asistimos invitados con las autoridades a una gigantesca concentración fascista. El Duce arengaba y al mismo tiempo dialogaba con la multitud: «¡Cantaradas, ¿cuál es nuestro primer deber?!» La muchedumbre, que escuchaba el requerimiento de Benito Mussolini en un silencio absoluto, contesta unánime: «¡Creer! ¡Obedecer! ¡Combatir!»

General Saliquet.

El autor, capitán de complemento de Infantería, en 1939.

Agustín Aznar, jefe nacional de milicias.

Raimundo Fernández-Cuesta. (En la folo, junto al ganornl Quelpo de Llano, 1938.)

Mussolini relaja complacido su tensa posición de mando. La humaniza, sonríe y contesta a su pueblo: «¡Bien, camaradas!»

Claro está que había mucho de escenografía en aquel aparato. Pero también lo había de poético. Y ya sabemos que a los pueblos sólo los mueven los poetas. No me entregué de todas formas con embeleso a la contemplación de aquel espectáculo al que quizá le faltase un punto de austeridad castrense. O acaso de autenticidad. Debajo de aquella orgía de entusiasmo latían otras cuestiones que el propio Duce ignoraba o deseaba ignorar. Esa noche, en una cena, me tocó sentarme al lado del conde Ciano, cuyo trágico destino hubiera parecido imposible en aquella circunstancia:

—¿Usted es...?

—José Antonio Girón, capitán del ejército de España y falangista.

Estaban el Duce y su esposa, Ciano y la suya. Precisamente junto a la hija de Mussolini me tocó sentarme a mí. La cena, seguida de una especie de baile, me hizo comprender muchas cosas. Recuerdo que la frivolidad y la corrupción moral habían hecho presa, cuando menos, en la alta cumbre del aparato del partido. Ciano, en presencia de su propia mujer, medio desnudó a una joven, señora o señorita, que no creo que alcanzara los veintidós años. Yo no salía de mi asombro. En cambio, quienes veían, como yo, lo que sucedía, parecían ignorarlo. Era una chavala de impresión, pero la condesa Ciano permanecía inmutable. Como permanecía inmutable yo; aunque no me faltaron ganas de preguntarle al ministro de Asuntos Exteriores de Italia: «¿Me concede el relevo?» Decididamente aquella Italia estaba lejos de aquella otra, sencilla y unánime, con la que dialogaba el Duce en el apogeo de su gloria. Faltaban casi cinco años para que Grandi, Federzoni, De Bono, De Vecchi, Ciano, De Marsico, Acerbo, Pareschi, Cianetti, Balella, Gottardi, Bignardi, De Stefano, Rossoni, Bottai, Marianelli, Alfieri, Albini y Bastianini abatieran con sus votos al Duce en la histórica sesión del Gran Consejo Fascista. Como abatirían su vida los partisanos cuando sobre el cielo de Roma habían cruzado ya los últimos fogonazos de la contienda. Veinte años de vida italiana robusta, emprendedora, imperial cayeron en diez horas de debate en el palacio de Venecia.

Nuestra presencia en Italia se prolongaba. No puedo decir a estas alturas ni siquiera cuál era la misión real que llevaba ante el gobierno de Italia Raimundo Fernández Cuesta, pero

recuerdo perfectamente que al salir con Luis Carrero Blanco del hotel, para dar un paseo, nos dimos de cara con los grandes titulares de los periódicos: *«La guerra e finita.»* Se refería claro, a la guerra de España. Era el 1 de abril de 1939 y, sin saber por qué —¡o quizá sabiéndolo muy bien!—, se me llenaron los ojos de lágrimas. Creo que Carrero y yo nos dimos un abrazo, pero mi pensamiento estaba en las calles de Valladolid, en el Alto de los Leones, en la Casilla de Camineros, en los riscos de Puerto Ventana o en las calles de Burgos que vivirían como las de Madrid unas horas gloriosas de júbilo. Tenía en mi cabeza la imagen de Onésimo, la de José Antonio, las de mis queridos muertos, caídos a mi alrededor cuando sólo eran niños un poco crecidos. En aquella Roma, la ciudad sin ocaso, pensaba para mí que en España, ¡por fin, empezaba a amanecer!

IV/Franco, jefe nacional de la Falange

— ¡Eh..., mi general: quieren hablar con usted estos cantaradas!

El Generalísimo Franco me miró, escrutador, atento. Sonriente. Estábamos en Valladolid, en alguna ceremonia, cuando faltaban muy pocos días para que se promulgase el Decreto de Unificación (19 de abril de 1937). En aquel instante no podía ni siquiera intuir que iba a permanecer casi cuarenta años voluntariamente a las órdenes de aquel hombre. Recuerdo, sí, que le sostuve la mirada y que me sugirió un pequeño aplazamiento para el encuentro. En mayo, le visité. En abril, y tras los sucesos de Salamanca, me había designado consejero nacional del Movimiento, lo cual no me impidió que empezase diciéndole:

—Verá usted: antes que nada, quiero decirle una cosa. Los falangistas no estamos acostumbrados a que nos nombren los jefes por decreto. El Movimiento Nacional puede jugar muy malas pasadas al empeño revolucionario de Falange...

El Caudillo me interrumpió:

— El Movimiento es Falange Española. Lo demás, se le suma...

— Sí, pero...

— No tema usted ni teman los jóvenes falangistas. Como jefe nacional de FET y de las JONS, seré riguroso y fiel con la doctrina del fundador, José Antonio. En la medida que España pueda ir alcanzando las metas de todo aquello que ahora pudiera parecer ilusión, esa ilusión se convertirá en realidad. Si ve usted algún día que soy infiel al servicio de la España ipie quiere la Falange, puede decírmelo.

Creo que no volví a hablar con él en toda la guerra. Puedo decir sin embargo que, a lo largo de los años, en las legítimas discusiones de gobierno, contradije en muchas ocasiones sus indicaciones. Sólo en una ocasión y en servicio del régimen tuve con él una discusión tensa, larga. Pero hay mucha

tela que cortar en este relato hasta llegar a la contemplación del ocaso de un tiempo que puso a España en pie, tras dos siglos de indignas y humillantes postraciones o derrotas. Por otra parte, el Caudillo era un profundo conocedor de los hombres. Sin la trascendencia de aquel durísimo encuentro dialéctico que se registra en las postrimerías de su vida terrena, tuve otra discusión tremenda con él cuando fue abolida la obligatoriedad del saludo nacional. Todavía no comprendo cómo tuvo la paciencia de escucharme a lo largo de la mañana, durante las deliberaciones de la Junta Política y, con posterioridad, en la conversación que por la tarde mantuve con él en su despacho del palacio de El Pardo.

Pero volvamos al segundo encuentro. Esta vez, en el despacho del palacio de La Isla, de Burgos. Quiero hacer un breve paréntesis antes, para recordar que poco tiempo después de la jornada del 20 de noviembre de 1975, y cuando el clamor de los ex alcanzaba sus posiciones más delirantes, escribió Antonio Tovar un artículo en el que me aludía en una forma poco cortés, si se considera que su vinculación al falangismo fue inequívoca y conocida. Oí que decía, al hablar de mí, que en la Falange Española anterior al 18 de julio de 1936 yo era tan insignificante que no existía; o que, si existía, era en papeles secundarios, inadvertidos para la inmensa mayoría de los camaradas. Le contestó, con un admirable artículo, publicado en *El Alcázar,* el eminente Rafael García Serrano, que se nos fue cuando comprendió que «su» guerra había concluido hacía muchos años. Recuerdo con gratitud esta intervención, aunque en rigor, nunca dije que yo figurase en los cuadros directivos de la Falange, en cuya primera fila estarán siempre los nombres de José Antonio Primo de Rivera, Ramiro Ledesma Ramos, Onésimo Redondo, Julio Ruiz de Alda, Manuel Hedilla Larrei... y tantos otros cuya relación permanece todavía en el corazón de los supervivientes de aquella excepcional etapa de la vida española. Dicho esto, aclararé que formé parte de las escuadras del joven Movimiento desde que amaneció ante las largas llanuras de Castilla, como respondiendo a la augusta voz conocida de la historia, y que me moví en los grupos jerárquicos, cumpliendo sus órdenes e incluso aceptando, alguna vez, el ingrato deber de tomar la iniciativa. Pronto asumí funciones de mando directo, y, en virtud de ellas, se produjo mi segundo encuentro personal con Francisco Franco en el palacio de La Isla, de Burgos, en el verano de 1939. Ese día me habló de lo que había represen-

Luis Carrero Blanco. (En la foto, con el general Franco, J. A Suanzes y Nicolás Franco.)

Ciano. (En la foto, con R. Serrano Suñer y J. Moscardó.)

tado la contienda para España. Y de lo que tendría que representar para el futuro el ingente movimiento de paz, libertad, trabajo y justicia que había que poner en marcha.

—De momento, vamos a pasarlo mal. ¡Habrá que apretarse el cinturón y habrá que pedirle a este pueblo magnífico más sacrificios todavía! Media España está aniquilada en sus centros de producción y la reincorporación de los hombres que han luchado al trabajo y a la vida cotidiana será difícil.

De vez en cuando paraba: me miraba y pestañeaba. Yo le escuchaba con una atención absoluta, particularmente cuando me dijo tras uno de aquellos silencios:

—Por otra parte, la guerra en Europa es inminente.

Se levantó y, con un puntero en la mano, se acercó a un mapa de Europa y Asia, desplegado. Luego, como quien explica una lección, me dijo:

—El pacto germano-ruso durará lo que dure la indecisión de Inglaterra. Luego se romperá...

Y comenzó a explicarme la guerra que estaba por venir con la rotundidad del profesor que ofrece una conferencia sobre un tema estudiado concienzudamente.

—... Alemania se verá obligada a prescindir de Rusia. Se verá obligada a prescindir de Rusia, si es que Rusia no le hace antes una jugada a la propia Alemania para intentar destruirla.

La conversación terminó con una frase tremenda:

—... Por último, los Estados Unidos entrarán en el conflicto, y desde ese momento se iniciará una guerra sin cuartel entre los invencibles y los inagotables.

De nuevo volvió a guardar silencio.

—¡... Ganarán los inagotables!

Nunca creí que el Generalísimo pensase en la victoria germana. Hendaya es una prueba de ello, como lo fue cuanto hizo entre el 1 de setiembre de 1939 y el día en que Adolfo Hitler puso fin a su existencia en el bunker de la Cancillería de Berlín. Desde agosto de 1939, mis contactos con el Caudillo fueron más asiduos de lo que lo habían sido en los años de la contienda.

—¿Está el señor ministro?

—No está.

—Bueno, pues adiós.

El ordenanza me miró:

—Por favor, ¿quién es usted?

—El capitán José Antonio Girón de Velasco, de la Tercera Bandera de Burgos.

—¡Quédese aquí! Ahora vendrá el señor ministro.

Efectivamente, Serrano Suñer tardó como diez o quince minutos en llegar. Tira de cartas y me enseña una que le escribía Martínez de Bedoya, a la sazón delegado nacional de Auxilio Social y en la que calificaba de traición la composición que se había dado al gobierno y que él atribuía a un triunfo de la CEDA. Con la carta, trasladaba su dimisión irrevocable y añadía, creo recordar: «Con mi actitud, están totalmente de acuerdo los más destacados falangistas vallisoletanos y madrileños.» Citaba a Montes, Valdés, Alfaro, entre otros varios.

—¿Qué opinas de esta carta?

—No tengo elementos de juicio suficientes para juzgarla.

—Lee esta otra.

Y me larga otra del jefe provincial de Auxilio Social en Madrid. Se llamaba Teodoro Jiménez. Era el mismo texto que el anterior, pero dirigido a Martínez de Bedoya, para que Martínez de Bedoya se la mandase a Serrano Suñer.

—De esta carta ya tengo algún elemento de juicio: está dictada por el propio Martínez de Bedoya —le dije.

—¿Vamos a dar una vuelta?

—Como quieras.

La noche caía sobre la ciudad, que, con el fin de la contienda y la euforia, tan legítima como lógica, de la victoria, vivía un especial apogeo. Burgos era todavía la capital de la España liberada. El Jefe del Estado permanecía en la ciudad que registraba una ebullición como acaso jamás la vivió. El calor no era sofocante y el hecho de que el día fuera festivo mantenía concurridísimos los paseos, las calles y las plazas. En la parsimonia arrogante de Ramón Serrano Suñer tuve la sensación de que más que pasear con un joven falangista, me exhibía como quien luce a un tigre.

La verdad: me sentía incómodo. Pero, de una parte, la disciplina debida al mando y, de otra, la curiosidad por ver en qué quedaba aquello frenaban el impulso de darme media vuelta y regresar a Madrid. Con lo que me había dicho de

Martínez de Bedoya me sobraba para suponer que, efectivamente, el joven y eficaz delegado de Auxilio Social y de Auxilio al Combatiente había sembrado su propia cosecha de confusión sobre otros sectores de Falange respecto a la crisis en la que salieron Larraz, Benjumea, Alarcón de la Lastra... Pero la conversación seguía. Más que la conversación, puntualizaré, el monólogo de quien ya había conquistado a pulso el mote de *cuñadísimo,* lanzado tanto por la aparente influencia de Ramón Serrano Suñer en Francisco Franco, como por el ingenio del propio pueblo español. Total, que el ministro del Interior seguía con lo suyo, al tiempo que caminábamos por el Espolón.

—Martínez de Bedoya se ha portado peor que un radical socialista. Y por aquí no voy a pasar. Fíjate —me decía— que yo hace tiempo, al terminar la guerra, le dije a Franco: «Mi general, ha llegado el momento de hacer una crisis que dé satisfacción a todos los ex combatientes, que justifique, en lo puramente personal, el enorme esfuerzo realizado por todos ellos, la sangre vertida, las calamidades. Creo que debes hacer una crisis en la que primen los nombres más gratos y cercanos a la juventud que ha luchado durante tres años para sacar a España adelante...»

Serrano hacía de vez en cuando pequeñas pausas, como pidiéndome, sin pedirlo, mi asentimiento. Yo guardaba silencio, aunque sin perderme un ápice de sus palabras ni de sus gestos.

—Ya sabes cómo es el general —insistía el ministro del Interior—. No me dijo ni una sola palabra. Pero yo a los pocos días insistí en el tema y entonces me contestó: «Prepárame una lista.» Y le di la lista que ha salido, con la sola excepción de Martínez de Bedoya. Cuando confeccionaba la relación, llamé a Martínez de Bedoya y le dije: «Bedoya, hay que sacrificarte y tú tienes que hacerte cargo de los Sindicatos.» «¡De ninguna manera!», me contestó. Y añadió «Yo, para actuar en política, necesito tener en la mano los resortes de mando o no acepto...» «¡Si es que no me dejas terminar! Escucha: no seas impaciente, hombre. Tienes que hacerte cargo de los Sindicatos.» «¡He dicho que no!», insistió. «Escucha: he dicho de los Sindicatos y a la vez del Ministerio de Trabajo.» Bedoya abrió los ojos y me contestó: «¡Ah! Eso ya es otra cosa...»

La conversación empezó a interesarme. Le escuchaba por encima del espectáculo de aquel Burgos repleto, festivo, feliz.

—Empecé a trabajar en la lista de gobierno. Martínez de Bedoya me hizo un organigrama del Ministerio de Trabajo y Acción Sindical. Entonces él y Albujan incluyeron algunas correcciones sobre el esquema vigente durante la gestión de Pedro González Bueno. La verdad es que quedó bastante perfeccionado y se marchó a Madrid en espera de noticias. Pero, mira por dónde, se le ocurrió al general don Juan Vigón ir a visitar al Caudillo. Se trataba de una visita de amistad, sin otra trascendencia. Pero Franco aprovechó la presencia de don Juan Vigón y le explica: «Mira, hacía falta crear el gobierno de la victoria; es decir, tenía que hacer una crisis para que el gabinete pudiera encauzar, ya en la posguerra, todo el esfuerzo de la juventud combatiente. Tengo aquí los nombres —le dijo Franco a Vigón— y me gustaría que te llevaras la lista para estudiarla y que me dieras tu opinión.» «De ninguna manera, mi general —contestó Vigón al tiempo que añadía—, lo que tú hagas, para mí está bien hecho.» Hubo un pequeño forcejeo, pero ya conoces a Franco. «Tú llévate esta lista, la estudias y, si encuentras algún reparo, me lo dices.» Vigón siguió resistiéndose, pero al final aceptó. Luego de leerla detenidamente, le hizo una objeción que a mi modo de ver —me decía Serrano Suñer— tenía mucho sentido común. Era ésta: ((Todo me parece perfectamente, mi general. Es gente capacitada, preparada y que ha demostrado el suficiente valor. Si acaso te diría que no me parece demasiado acertado el poner a Martínez de Bedoya, con sus veinticuatro años, en el primer gobierno de la paz. Quiérase o no, éste será el primer gobierno de los combatientes y este chico no ha pisado un frente. Ni ha oído un tiro. ¿No crees que puede ser como una bofetada para todos los que se han jugado la vida? No quiero decir con esto que la labor realizada por él no merezca ese puesto, pero a mi entender es lo suficientemente joven y tiene tiempo de esperar.»

La razón del general don Juan Vigón era evidente. Eso no tenía que explicármelo Serrano Suñer. Por eso comprendí que 110 se le pudiera objetar nada. De nuevo Serrano me sacó de mis pequeñas cavilaciones.

—Pues, fíjate, le llamé y después de ensalzar una y otra vez su labor de auxilio a las poblaciones liberadas, su extraordinario sentido de la organización, e incluso de añadir por mi cuenta y, por suavizar las cosas, que yo no compartía la tesis de los militares, según la cual primero había que demostrar valor y luego ser ministro, me dijo: «¡Claro, lo que

ellos querían es que yo fuera a la guerra! ¡Pues ni a ésta, ni a ninguna otra iré jamás!»

El ministro del Interior siguió paseando, pero en silencio. Yo no decía ni una sola palabra, pero al cabo de un buen rato siguió:

—En aquella ocasión le disculpé. Fue una actitud de soberbia, pero en cierto modo me pareció comprensible. Pero de pronto recibo esta carta que te he enseñado. Esta carta la va a hacer circular y yo te aseguro que a este miserable le meto en Fuerteventura hasta que se pudra.

Llegábamos a Las Garitas. Me paré y le dije:

—¿Tú para qué me has llamado? ¿Para contarme esto o para que te dé mi opinión?

—Para decirte la verdad e informarte.

—Ni tú ni nadie va a convencer a los falangistas de que esto que tú haces no es un atropello...

—Estoy dispuesto a ir uno por uno, si fuera preciso...

—Eso no lo vas a hacer. ¿Mi consejo? Que te olvides de Martínez de Bedoya.

Yo me figuraba que me iban a nombrar algo y tal y como estaban las cosas me dije: «¡Uf, me marcho!» Así que por la mañana, me acerqué a ver a Serrano Suñer para despedirme: «Como tengo que cerrar las nóminas de la compañía, me voy.» Le dije esto, como le podía haber dicho que me quería comprar un dirigible. Fue lo primero que se me ocurrió. El ministro del Interior me miró a los ojos con cierta angustia.

—¡Hombre! ¿No puedes esperar un poco?

—No. Ya no puedo esperar más. Si no quieres nada...

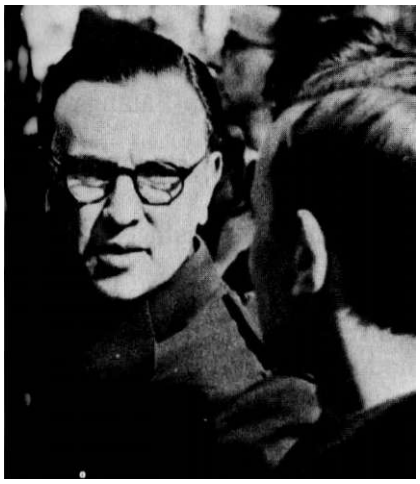
Y tras cuadrarme respetuosamente, me di la vuelta y me marché. Lo que no sabía yo es que en Madrid me estaba esperando la Guardia Civil. Pararon el coche y, tras saludarme, el oficial me dijo: «Vuelva usted inmediatamente a Burgos. Preséntese al general don Agustín Muñoz Grandes.»

El general Muñoz Grandes había sido nombrado en aquellos momentos ministro secretario general del Movimiento. Total: di media vuelta y volví a Burgos. Creo que serían alrededor de las nueve de la noche cuando entré en el edificio, al tiempo que salía el ministro. Se paró y me miró:

—¡A la orden de vuecencia: se presenta el capitán de infantería José Antonio Girón de Velasco!

—¡Ah! ¿Es usted Girón?

Antonio Tovar: Su vinculación al falangismo fue inequívoca y conocida. (En la foto, entre D. Ridruejo y R. Serrano Suñer.)



Martínez de Bedoya, delegado nacional de Auxilio Social.

Itiimón Serrano Suñer había conquistado a pulso el mote de *Curadísimo,* lanzado Imito por su aparente influencia en Francisco Franco, como por el ingenio iInl propio pueblo español.

—Sí, señor.

—Venga conmigo.

Echamos a andar por los soportales para ir a cenar al hotel Condestable. Y allí me dijo:

—Usted está nombrado delegado nacional de Ex combatientes.

—No, señor —respondí.

—¿Por qué?

—Sencillamente. Creo que voy a servir mejor a la Falange sin ser delegado nacional de ex combatientes.

Muñoz Grandes, enjuto, cetrino, de mirada inquisidora, contestó:

—Muy bien. Le voy a dar la oportunidad de satisfacer su deseo. ¡Péguese un tiro!

—No me resulta financiera su proposición: acepto.

Me volví para Madrid. Pero antes fui a Valladolid, donde Rivero Meneses, a la sazón gobernador civil, Luis González Vicens, y algún otro, estaban preparando un tinglado de abrigo, incitados a ello seguramente por la interpretación que de la crisis les había ofrecido Martínez de Bedoya o las personas que Martínez de Bedoya puso en circulación con tal fin. Me dijeron, sin rodeos, que no aceptaría nadie ningún cargo, como protesta. Me hablaron de solidaridad. De unidad. De fortaleza. O sea, que el que aceptase un cargo del flamante gobierno quedaba desterrado de los contornos afectivos e ideológicos de Falange Española. Los escuché con toda atención. Cuando se cansaron de hablar, les dije:

—Pues yo ya he aceptado. He sido nombrado delegado nacional de ex combatientes. Ahora bien, como no quiero llevaros la contraria, vamos a resolver el asunto en un momento. Me levanto y me doy media vuelta, echo a andar y entonces me pegáis un tiro por la espalda y asunto concluido.

Naturalmente, no me pegaron ningún tiro. González Vicens me pidió, incluso, que le acompañara a ver a Ramón Serrano Suñer para que le desmilitarizara. Acepté y le presenté a Serrano Suñer.

Entonces se sacó de la manga una historia truculenta según la cual yo le había denunciado ante don Agustín Muñoz Grandes. La historia era, más o menos, que advertí al ministro secretario general del Movimiento de que Luis González Vicens estaba preparando una rebelión de la Falange. Como nunca fui amigo de las medias tintas, aproveché que en octubre iba una comisión de Valladolid a la Secretaría General

del Movimiento, para, cuando estaban todos reunidos, en presencia de Muñoz Grandes, interrumpir el protocolo y decir:

—¡Perdón, mi general! Como todos los aquí reunidos somos de Valladolid, yo quisiera rogarle, si no le sirve a usted de molestia, y si lo considera oportuno, que conteste a esta pregunta: ¿En algún momento he denunciado ante usted a algún falangista de Valladolid o de cualquier otro lugar?

Don Agustín Muñoz Grandes quedó realmente sorprendido.

—Pero ¿cómo dice usted eso?

—Simplemente para que lo sepan estos señores.

V/Se ha ganado la guerra. Hay que ganar la paz

El Caudillo permaneció en Burgos ajeno a la bulliciosa recuperación administrativa de Madrid, donde ya residían los ministros y funcionaban las sedes de los departamentos, hasta el 17 de octubre de 1939. Ese día se despidió de lo que había sido durante toda la Cruzada de Liberación la capital de España. Circuló por aquel tiempo la especie de que Franco pensaba prescindir de Madrid y situar la sede capitalicia en otra ciudad. Tengo que decir que a mí todo aquello me sonaba a música celestial, pero simultáneamente añadiré que no creí una palabra. Pues bien: sí hubo esa intención, aunque no por parte del Caudillo, sino de personas vinculadas al nuevo Estado que, contagiadas con la dialéctica de la época, soñaban con el «imperio». Se pensó en Sevilla, por su salida inmediata al mar y por su proximidad con África. La España católica consideraba, efectivamente, que África era «misión de España»... El Generalísimo, que jamás desatendió una sugerencia que pudiera tener un solo punto de interés en beneficio de su concepto de la patria, llegó a trasladarse a la capital hispalense y recorrió —creo que en compañía de Ramón Serrano Suñer y de la exaltación poética que solía acompañar al ministro del Interior— la ciudad de Sevilla minuciosa y detenidamente.

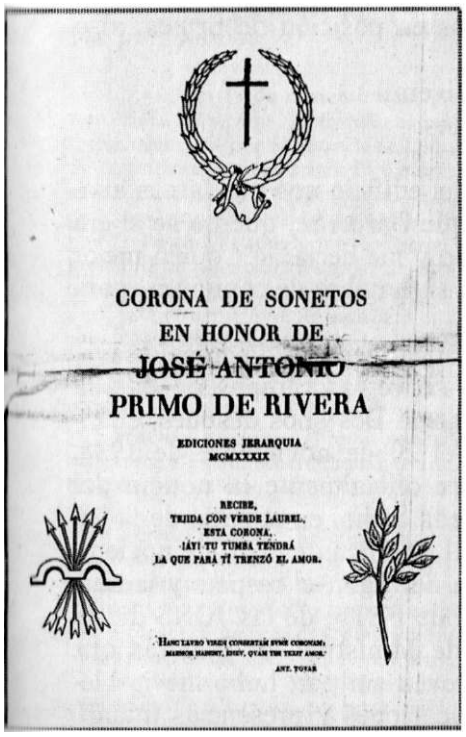
Se encerró después en su mutismo y así quedó zanjada la sugerencia. Franco no contradijo la resolución que en 1561 adoptó Felipe II. Madrid volvería a ser capital de España sin necesidad de proclamar pragmática o decreto alguno, como un hecho natural. El Caudillo tenía en cambio una idea bastante clara de lo que quería que fuese Madrid, tantas veces acusada de ser el zángano de la colmena nacional. Cualquier atento observador no podrá evitar ante la contemplación del Madrid de nuestro tiempo, un hecho evidente: la metamorfosis urbana sufrida por la Villa y Corte fue de tal envergadura que no tiene parangón con ninguna otra ciudad de España.

Se despidió Franco de Burgos, como digo, el 19 de octubre de 1939. El Caudillo no quiso habitar el palacio de Oriente, que quedó reservado para escasas funciones, como la presentación de cartas credenciales de embajadores y las ceremonias del 1 de octubre y de la Pascua Militar. Él señaló el palacio de El Pardo, antigua fundación de Enrique III de Trastámara, rodeado de cuarteles y, aunque lejos de cualquier zona industrial, situado en la orilla de un pueblecito. El palacio de El Pardo fue residencia del coto de caza de la Casa Real, aunque allí se retirase Carlos III, viudo, y allí muriese Alfonso XII, a los veintiocho años de edad, aquejado de una tisis irreversible. Cuando Franco llegó a Madrid, el palacio no reunía la menor condición de habitabilidad, por lo que el Caudillo tuvo que alojarse en la residencia del Soto de Viñuelas, que pertenecía, creo, a los duques del Infantado. Desde allí recorría la sierra en busca del lugar donde proyectaba levantar un monumento funerario donde recibirían sepultura los caídos de uno y otro bando.

Existía sin embargo una cuestión que resolver con cierta urgencia: el entierro de José Antonio Primo de Rivera, cuyos restos yacían no en la cárcel de Alicante, donde fue ejecutado, como se ha dicho erróneamente, sino en un nicho del cementerio de Alicante, donde fue depositado por sus familiares tras exhumar sus restos de la fosa común que acogió su cadáver en la triste jornada del 20 de noviembre de 1936.

Creo que ha llegado el momento de detener por unos instantes el mínimo orden cronológico con que me he propuesto redactar estos recuerdos, tratando de obtener de ellos, no sólo la verdad desinteresada de cualquier contingencia, sino la lección que puedan obtener quienes me concedan la merced de asomarse a estas páginas. Llegó, pues, Franco a Madrid, tras despedirse de Burgos el 17 de octubre de 1939, en los días finales de este mes. En este momento, como digo, retrotraigo el relato al día en que yo conocí la noticia del fusilamiento del fundador de Falange Española de las JONS. La noticia la conoció el Consejo Nacional en la misma fecha del fusilamiento. El Consejo Nacional, probablemente de acuerdo con el Caudillo, que aún no asumía la Jefatura Nacional, porque faltaban seis meses para que se promulgara el Decreto de Unificación, llegó al acuerdo de mantener el secreto de la muerte de José Antonio para evitar que la desmoralización y el desánimo cayeran sobre la juventud combatiente... Ello dio lugar a que naciese el mito del *Ausente* y de tal suerte caló en el

General Muñoz Grandes, ministro secretario general del Movimiento. (En la foto, junto a R. Serrano Suñer y A. García Valdecasas, en el acto de traslado de los restos de José Antonio Primo de Rivera.)



CORONA DE SONETOS
EN HONOR DE
JOSÉ ANTONIO
PRIMO DE RIVERA

EDICIONES JERARQUIA
MCMXXXIX

RECIBE,
TEJIDA CON VERDE LAUREL,
ESTA CORONA.
¡AY! TU TUMBA TENDRÁ
LA QUE PARA TÍ TRENZÓ EL AMOR.

ANT. TOVAR

El Consejo Nacional, presidido por M. Hedilla (en la foto) **y probablemente de acuerdo con el Caudillo, decidió mantener el secreto de la muerte de José Antonio para evitar que la desmoralización y el desánimo cayeran sobre la juventud combatiente.**

Si en la España roja le fusilaron n tiros, en la España nacional estuvieron a punto de fusilarle a versos.

Franco se dispuso a trasladar a José Antonio al sitio adecuado a la importancia de su figura, de su obra y de su sacrificio: la basilica de El Escorial.

alma popular y en la de los combatientes que todos esperaban el retorno de José Antonio para recoger de manos de sus camaradas el laurel de la victoria. El Consejo Nacional, como digo, se reunió en Salamanca, bajo la presidencia de Manuel Hedilla Larrei. Lo que pasó dentro del Consejo nunca lo supe. Pero después del almuerzo, el jefe de la junta provisional de mando, con todos los consejeros en posición de firmes, alzó el brazo y dijo:

— ¡José Antonio Primo de Rivera!

Y todos contestaron unánimes:

— ¡Presente!

Cuantos estábamos dentro del edificio nos quedamos abatidos. Recuerdo, sin embargo, que Garcerán, que no sé si era consejero, lloraba a moco tendido y me decía: «¡Y quién mejor que yo, que he sido su pasante, su hombre de confianza, para sustituirle!))

Siguió la guerra, dura, dramática, heroica, dolorosa, brava. Y el mito del *Ausente* se alzó sobre los campos de batalla como una promesa y una esperanza. Dos años después, cuando la guerra estaba decidida, el 20 de noviembre de 1938, Francisco Franco dio a conocer oficialmente la noticia del fusilamiento acaecido, como queda dicho, en el patio de la enfermería de la Prisión Provincial de Alicante el 20 de noviembre de 1936. Con independencia del rigor, el respeto y la austeridad con que el jefe nacional de FET y de las JONS dio la noticia y dispuso en Consejo de Ministros los honores que España debía tributar a aquel joven sin par, hubo inevitablemente un movimiento de justificaciones y presencias inauditas, de tal manera que si en la España roja le fusilaron a tiros, en la España nacional estuvieron a punto de fusilarle a versos. Le lloró de verdad el pueblo. Le lloró la juventud, le lloró aquella guitarra que todavía en las trincheras lanzó al aire el llanto de la jota inolvidable:

Échale amargura al vino
y tristeza a la guitarra:
nos mataron, compañero,
al mejor hombre de España.

Por entender que su lectura resulta altamente aleccionadora y en cierto modo esclarece muchas de las posiciones que luego fueron decantándose a lo largo de los años y los lustros, uno a este relato, como nota, el texto íntegro del decreto

de la Jefatura del Estado por el que se precisa la conmemoración de la muerte del fundador de Falange Española. Esa ley tuvo, entre otras, tres virtudes: la buena disposición de Francisco Franco hacia José Antonio, la inteligente planificación y el carácter educativo de esos honores. Y, por último, la triste realidad de que no se cumplieran sus más importantes previsiones.[1]

1. «El día 19 de noviembre de 1936 fue asesinado, en Alicante, José Antonio Primo de Rivera. El Estado español, que surge de la guerra y de la Revolución Nacional por él anunciada, toma sobre sí, como doloroso honor, la tarea de conmemorar su muerte. El ejemplo de su vida, decididamente consagrada a que fuese posible la grandeza de España por la honda y firme comunidad de todos los españoles, y el ejemplo de su muerte, serenamente ofrecida a Dios por la Patria, le convierten en héroe nacional y símbolo del sacrificio de la juventud de nuestros tiempos. Su llamamiento a esa juventud española, cuya alma partida supo ver con dolorosa pasión, será motivo de perenne recuerdo para la que heroicamente combate en los campos de batalla. En consecuencia, como Jefe del Estado y de la Revolución Nacional Española, vengo a disponer:

»*Artículo primero.* Se declara día de luto nacional el 20 de noviembre de cada año.

nArtículo segundo. Previo acuerdo con las autoridades eclesiásticas, en los muros de cada parroquia figurará una inscripción que contenga los nombres de sus caídos, ya en la presente Cruzada, ya víctimas de la revolución marxista.

nArtículo tercero. Se creará una Cátedra de Doctrina Política en las universidades de Madrid y de Barcelona, destinada a explicar y desarrollar las ideas políticas de José Antonio Primo de Rivera. Ambas llevarán el nombre de "Cátedra José Antonio" y no serán ocupadas por titular fijo, sino por sucesivos profesores nombrados por el jefe nacional del Movimiento. Las cátedras serán subvenidas con fondos del Movimiento.

nArtículo cuarto. El Ministerio del Interior, Prensa y Propaganda queda encargado de abrir un concurso nacional, en el que se premien los mejores trabajos artísticos, literarios y doctrinales sobre la figura y la obra de José Antonio Primo de Rivera.

nArtículo quinto. Para perdurable memoria de José Antonio Primo de Rivera en el seno de la juventud española, llevarán su nombre las primeras instituciones que se organicen con carácter nacional para la formación y disciplina políticas de la juventud y para la educación artesana de los obreros.

nArtículo sexto. El Ejército español, encarnación genuina del pueblo para el servicio de la Patria con las armas, se une al homenaje a José Antonio Primo de Rivera y, al efecto, llevarán su nombre una unidad de nueva construcción de nuestra Armada, otra unidad del Ejército de Tierra y otra del Ejército del Aire.

nArtículo séptimo. Para conmemoración definitiva de José Antonio Primo de Rivera, en su día se erigirá un monumento de importancia adecuada a los honores que en el presente decreto se le señalan.

nArtículo octavo. Los Ministerios de Defensa Nacional, del Interior y de Educación Nacional, así como la Secretaría General de Falange Española Tradicionalista y de las JONS se encargarán de dictar cuantas disposiciones sean necesarias para dar cumplimiento en lo dispuesto en el presente decreto.

»Dado en Burgos, a dieciséis de noviembre de mil novecientos treinta y ocho. III Año Triunfal. FRANCISCO FRANCO.»

En cualquier caso, durante aquel noviembre de 1938 España entera se vistió de luto. En la catedral de Burgos se celebraron las primeras honras fúnebres oficiales por su eterno descanso. La oración fúnebre fue pronunciada por el arzobispo de Valladolid. El día 20 de noviembre Radio Nacional de España hizo público el parte oficial de guerra del Cuartel General del Generalísimo. Decía así: «En el sector del Segre nuestras tropas han arrojado al enemigo de algunas de sus posiciones en la zona de Seros, haciéndole gran cantidad de bajas y cogiéndole mucho material y armamento y unos mil doscientos prisioneros. Actividad de la aviación: a las 12 horas de hoy nuestra aviación bombardeó con flores la cárcel y cementerio de Alicante en homenaje al glorioso fundador de la Falange, José Antonio Primo de Rivera, asesinado y enterrado en aquella ciudad. Salamanca, 20 de noviembre de 1938. III Año Triunfal. De orden de S. E., el general jefe de Estado Mayor, Francisco Martín Moreno.»

Decía, y con ello retorno al inicio de esta anotación, que Franco quedó alojado en octubre de 1939 en el Soto de Viñuelas. La actividad política vivía un momento febril, tras el estallido de la guerra mundial. Franco se dispuso a trasladar a José Antonio al sitio adecuado a la importancia de su figura, de su obra y de su sacrificio: la basílica de El Escorial. El entierro fue emocionante. Los servicios de la Secretaría General organizaron el traslado del féretro a Madrid, a hombros de falanges y centurias... Quinientos kilómetros entre el cementerio y la basílica del Imperio. La respetuosa contemplación de aquel cortejo, digno de la España más creyente y austera, fue seguida por todo el pueblo español. Luego las calles de Madrid, su lugar de nacimiento y la capital donde su palabra se oiría por vez primera en el empeño de llevar a España al mejor instante de su vida. Honores militares y honores políticos, pero, sobre todo, lágrimas sencillas del pueblo. Fue Dionisio Ridruejo quien acuñó la frase que repetirían miles de gargantas: «¡Qué maldición de siglos ofenderá la memoria de quienes no sepamos defender, con la vida y la muerte, esta fresca esperanza!» El historiador Suárez Fernández, al recordarla, afirma, muy justamente por cierto: «En sus memorias —se refiere a Ridruejo, claro— nunca aclaró qué relación establecía entre esta sentencia y su comportamiento político posterior.»

Dionisio Ridruejo.

El Caudillo de España tenía una especial simpatía por la figura de Benito Mussolini.

El mariscal Pétain quedó impresionado por la serenidad de Franco, por su confianza en la providencia de Dios.

Por fin, el 20 de noviembre de 1939, el Ejército, la milicia del partido, la Sección Femenina y las organizaciones juveniles, despedimos al fundador tras las solemnes honras fúnebres oficiadas en la basílica. Al final de ellas, Franco se acercó a la losa que cubrió los restos mortales del fundador y con voz quebrada por el llanto dijo:

—José Antonio, símbolo y ejemplo de la juventud, cuando te unes a la tierra que tanto amaste, repetiré ante tu tumba las mismas palabras que tú pronunciaste ante el primer caído: que Dios te dé su eterno descanso y a nosotros nos lo niegue hasta que sepamos ganar para España la cosecha que siembras con tu muerte.

Luego, alzando la voz y el brazo, dijo:

— ¡José Antonio Primo de Rivera!

La respuesta fue fuerte, clamorosa:

— ¡Presente!

No sería la basílica de El Escorial, la basílica del Imperio por antonomasia, el lugar definitivo para acoger aquellos gloriosos restos mortales. El Generalísimo tenía muy clara la creación de la basílica de la Santa Cruz del Valle de los Caídos, que se inauguraría veinte años después. Es justo, sin embargo, recordar que durante aquel tiempo y en aquel lugar ocurrieron muchas cosas dignas de mención que yo no quiero dejarme en el tintero, antes de que la memoria me falle. De momento creo que a los padres agustinos no les hizo ninguna gracia que el enterramiento de José Antonio se verificase en El Escorial. Por su parte, algunos correveidiles, que nunca faltaron, y siempre hicieron daño, iniciaron una campaña de crítica por el hecho de que el fundador de Falange Española hubiera sido enterrado en el mismo lugar en que reciben sepultura los reyes de España. Durante una de las entrevistas celebradas en Las Cabezas por el conde de Barcelona con el Caudillo, don Juan se quejó de que los restos de José Antonio estuviesen enterrados en El Escorial, panteón de reyes. Franco respondió de forma cortés y rápida: «Han informado mal a vuestra alteza: José Antonio no está en el panteón de reyes, sino en la nave central, frente al altar mayor, que es sitio más importante.» Muerto Franco y refundado el movimiento falangista —desgraciadamente sin la solidez y la coherencia debidas—, se estableció una discusión estúpida sobre el falangismo o no falangismo del Caudillo. ¡Qué más querían los adversarios! ¡Qué más querían quienes pretendían subirse al nuevo aparato oficial con un «aquí no

ha pasado nada»! De ese tema yo podría decir algo, pero, precisamente para evitar ciertas susceptibilidades, prefiero aducir, como nota a esta evocación, un artículo aparecido en el diario *El Alcázar* escrito por Antonio Izquierdo, que poco tiempo después, por cierto, sería designado director del diario a cuyo frente permaneció diez años.[2]

2. «De una cosa estoy seguro: si hubo chantaje histórico con la Falange Española, yo no tengo la culpa. Llegué a ella cuando al parecer no existía y entonces siento la angustia metafísica de suponer que mi vida infantil, juvenil y madura se ha desarrollado bajo el sortilegio e influjo de un ectoplasma, de un fantasma impenitente, que ha cruzado su vida real por la existencia española gimiendo y llorando ausencias o sufriendo vasallajes. ¿A qué responsabilidad tengo que atribuir, pues, no sólo mi ideal político sino la enorme huella socializadora que se impuso sobre la vieja y amarga faz de la España heredada? Si procedo, como hijo postumo, de un ente fenecido por decreto, ¿en función de qué razón se me educó en una doctrina y en una ilusión imperecederas? En esta hora de renacimiento me asaltan muchas dudas y lamentaría tener que llegar a la conclusión de que he sido estafado, vilmente estafado, brutalmente estafado.

»Es hora de unidad: hago firme promesa de respetar todas las instancias que pudieran serme más o menos ajenas, pero también deseo que sean respetadas las mías. Cerrar un paréntesis entre la Falange lúcida y heroica de la fundación y la que ayer se adivinaba entre lógicos dolores de parto, me parece una estupidez. Si nada existió, si nada fuimos, si nada colaboramos, ¿por qué nuestras más señeras figuras fueron fieles al régimen? Podría asaltarme el temor de que lo único serio y auténtico de todo este período de historia fue un hombre: Francisco Franco; pero si llegase a esa conclusión, tendría que negar la existencia de otros hombres y de otras adhesiones y de otras empresas realizadas bajo la ilusión y el empuje brioso de una generación de españoles que no merecen ni el desdén ni el olvido. No puedo creer, ni creo, que Falange Española haya servido con sumisión cobarde a un dictador; creo que obedeció aquel mandato porque estaba en la conciencia de que servía limpiamente a España. Si se arranca el nombre de Francisco Franco de la historia falangista, habrá que expulsar de la futura a quienes le otorgaron dos palmas de oro y le ofrecieron tres luceros. Si se ha vuelto a izar la bandera y si la Falange Española es necesaria en este país, felizmente liberal, quisiera dejar en claro dos cosas: una, que no renuncio a mi condición joseantoniana; otra, que tampoco renuncio a mi devoción personal por el Caudillo, a cuya sombra crecí y viví en paz. Si en atención a nuevas instancias fuera preciso renegar de aquella memoria o de los hombres que tan generosamente le sirvieron, no dejaré de ser falangista, pero que no cuenten conmigo. Tengo la impresión de que a largo plazo —quizá no tan largo como desearía— el mundo se dividirá definitivamente en dos grandes frentes; en dos entendimientos: el cristiano y el marxista. Las grescas o las rencillas menores, los oportunismos o los personalismos de esta hora, podrían producir risa si no produjesen tristeza.

«Franco no fue falangista. Fue un soldado ejemplar y un estadista que, entre otras cosas, dispuso, seguramente por decreto, que yo y los hombres de mi generación fuésemos falangistas y fuésemos educados en el irrenunciable mensaje de José Antonio. El que niegue esto niega la evidencia o quiere camuflar, bajo el azul definitivo de nuestra historia, un contrabando ideológico que, a mi edad, ni puedo ni debo admitir. Franco es patrimonio de España. Pero también es patrimonio de la Falange. Ciento veinte mil falangistas combatieron voluntariamente a sus órdenes. A lo largo de esos años se contarían por millones los que le siguieron con fe y sin desmayo, hasta el día en que fue

Pero volvamos, de momento, a otro lugar y tiempo de la narración. La entrevista de Franco y Mussolini, en Bordighera.

En febrero de 1941 formé parte del séquito que acompañó al Caudillo a Bordighera, donde iba a celebrarse la entrevista con Benito Mussolini. No sabría decir por qué fui elegido para formar en esta misión. ¿Sería tal vez por mi condición de delegado nacional de ex combatientes? Nunca participé de los corros o intervine en las conversaciones a media voz que suelen darse en estas circunstancias. De hecho acudí allí con lógica curiosidad; pero, por otra parte, el curso de la guerra seguramente lo conocían mejor los comentaristas de los periódicos —los hubo excepcionales—, porque mi vista estaba puesta en el destino de la Falange y de la propia España. Franco y Mussolini se reunían, según parece, tras el fracaso de Hendaya, porque Hitler se había convencido de que sería incapaz de inclinar el fiel de la balanza de la posición del Generalísimo en favor de la entrada de España en el conflicto universal. Es probable que el Führer pensase que de latino a latino sería más fácil convencerle. Por otra parte, los servicios alemanes de información eran lo suficientemente eficaces como para saber que el Caudillo de España tenía una especial simpatía por la figura de Benito Mussolini. Así era. Y Franco jamás lo ocultó, hasta el extremo de que en 1958, el diario francés *Le Fígaro* publicó unas declaraciones del Jefe del Estado acerca precisamente de la entrevista de Bordighera. Franco, que podía haber evitado esta declaración o la respuesta, insistió en que profesaba estrecha amistad a Mussolini, pero no le dejó cumplir la misión asignada. Y añade el Caudillo en *Le Fígaro:*

—Le hice una pregunta. Le dije: Duce, si usted pudiese salir de la guerra, ¿lo haría?

—Claro que sí; hombre. Claro que sí.

De esta conversación sí fui testigo. Fue durante el almuerzo. Mussolini se quedó luego pensativo y la charla entre los

depositado su cuerpo en el Valle de los Caídos y cubierto con una losa de mil quinientos kilos. Para los hombres de mi generación, quiérase o no, el binomio Franco-Falange es el que explica nuestra existencia política. Si esto no fuera así, yo arriaría complacido mi bandera y me pondría a meditar, como Sancho, a la sombra de una encina. No deseo verme identificado con quienes cuando le vieron vencido se atrevieron a escupir ante su tumba. Es decir: a lo único que no estoy dispuesto a renunciar es a mi condición de hombre y a mi viejo y entrañable estilo falangista.»

Muchos suponían que Serrano Suñer quedaba situado de tal suerte que sería el intocable por mucho tiempo. Tengo para mí que también él se lo creyó. (En la foto, junto a Franco y el autor.)

Miguel Primo de Rivera. (En la foto, con S. Dávila, su hermano José Antonio y el capitán de Infantería que los defendió ante el consejo de guerra)

«Girón, va a ser usted ministro de Trabajo» (Franco al autor). (En la foto, el autor, primero por la izquierda, en el gobierno de 1941.)

comensales se animó. En otro momento volvió Franco a dirigirse al Duce:

—Llevan ustedes muy mal la guerra en el desierto. La guerra en el desierto es como en el mar, donde no se pueden apartar los efectivos del aprovisionamiento de combustible.

Mussolini miraba a Franco con atención y con simpatía. Su estampa, recia, noble, no traducía a la que la publicidad fascista servía al mundo con un Mussolini siempre en gesto de arenga y de mando. En un momento determinado dirigió su mirada a mí. Se quedó fijo y yo me limité a sostenerla, sin pestañear. Luego, sin perder del todo su atención, se inclinó hacia Serrano Suñer para decirle algo al oído. De que se refería a mí, no tengo la menor duda. Lo que le dijese quedó en el arcano de Ramón Serrano Suñer.

Cuando abandonamos Bordighera nos dirigimos a Montpellier. Era el 13 de febrero de 1941. Franco se entrevistó allí con el mariscal Pétain, a quien acompañaba, creo, un almirante. Los españoles llevábamos un convoy de veinte automóviles. Las autoridades francesas nos recibieron con gran pompa y afecto. El mariscal Pétain quedó impresionado por la serenidad de Franco, por su confianza en la providencia de Dios. Aquello ponía los pelos de punta. Recuerdo que había una gran muchedumbre y que las bocacalles estaban custodiadas por carros de combate. Franco se movía con una soltura asombrosa. De pronto se paró y con él, claro está, todo su séquito. Alzó el brazo e inició el *Cara al sol.* Fue un *Cara al sol* que nos puso a todos un nudo en la garganta y al mariscal Pétain un asomo de admiración y temor en los ojos. No hacía más que mirar a los tejados, como esperando que de algún lugar abriese fuego un comando partisano o cosa parecida. El clamor popular, contagiado por la actitud del Caudillo, subió de tono. No hay que olvidar, se diga lo que se quiera, que la Francia de Vichy conservaba, en torno al noble mariscal, un alto grado de honor nacional. Todavía me emociono cuando recuerdo aquella imagen de Franco, en la inmensa plaza cantando ante las autoridades francesas el himno de la Falange y cerrando la canción con las invocaciones falangistas de «¡España Una, Grande y Libre!» Hermosa lección que nadie querrá exhumar porque vivimos en unos tiempos de claudicaciones y renuncias. Franco, en suelo francés, ante una de sus más heroicas y dramáticas figuras, subrayando su actitud ante el mundo en defensa de España y, de paso, de la Falange. ¡Cuánta historia queda por escribir!

El general Pétain no mereció morir en prisión. No es cuestión que debamos juzgar los españoles, pero el héroe de Verdun, el hombre llamado cuando Francia había sido arrollada por los ejércitos del III Reich para servir de intermediario entre su pueblo vencido y el invasor triunfante, será algún día rescatado por la historia como ejemplo de consecuencia, de patriotismo y caballerosidad. Llegué a conocerle en Madrid, pero no hablé con él. Cuando fue reclamado por Francia, él era embajador en España. Franco le aconsejó que no fuese, que permaneciese en España. El mariscal le dijo:

—Yo no puedo desoír la voz de mi patria. Y menos ahora.

VI/Ministro de Trabajo

He leído que la crisis de mayo de 1941 supuso, de alguna manera, la vuelta de Falange Española a la disciplina. En este punto quisiera precisar que a la hora de enjuiciar para el análisis un tiempo tan lejano, deberían aportarse mayores precisiones. Desde el incidente de 1937, protagonizado por Manuel Hedilla, cuestión por otra parte de sobra conocida y debatida, Falange Española estaba integrada en el Movimiento Nacional (FET y de las JONS), del mismo modo a como en 1934, Falange Española había unido su suerte, sus esfuerzos, sus riesgos y sus ilusiones, al inicial grupo de las JONS. En el nuevo aparato político los falangistas, en cuanto a participación popular se refiere, representaban la mayoría abrumadora. Los dirigentes, en cambio, no; entre otras razones, porque nuestros fundadores murieron asesinados durante el conflicto civil: Onésimo Redondo, aquel gigante sencillo y valeroso, en la emboscada de Labajos; Julio Ruiz de Alda en la inicua matanza de la cárcel Modelo de Madrid; como Ramiro de Ledesma Ramos, que cayó al ser conducido al cementerio de Aravaca. Y con ellos, José Antonio después de ser «juzgado» por un tribunal popular en Alicante. Demasiado jóvenes los militantes de la primera hora, eran pocos los que podían acceder a esa definición de «jerarquías».

Otra cosa fueron los que a partir del 19 de abril de 1937, tras el citado Decreto de Unificación, se sumaron dentro del aparato oficial al sector falangista. Como caso más característico podría señalarse a Ramón Serrano Suñer, antiguo diputado de la CEDA, al que no le unía con Falange Española ningún vínculo. Fue condiscípulo y amigo de José Antonio y era cuñado de Francisco Franco. En torno a Serrano se agruparon, sí, algunos falangistas y todos le consideramos como un hombre más del nuevo Movimiento que, por lo que a doctrina política se refiere, se fundamentaba en el esquema de José Antonio y en la fuente de nuestra más pura tradición

nacional. Dentro del mismo Movimiento, o en sus proximidades, la plutocracia y el conservadurismo español, ¡a qué negarlo!, acechaban el torrente juvenil falangista al que contemplaban con recelo probablemente por nuestra irrevocable vocación revolucionaria. Franco estaba situado ya muy por encima de estas contingencias y la mayor parte suponía que Serrano Suñer quedaba situado de tal suerte que sería el intocable por mucho tiempo. Tengo para mí que también él se lo creyó. Total, que en este juego de presiones, de tiras y aflojas, de cuchicheos y de pequeñas pasiones, en tanto el Caudillo miraba con serena atención el inicio de la segunda guerra mundial, en mayo de 1941 había bastante inquietud en los medios falangistas. Habían dimitido algunos gobernadores civiles y jefes provinciales, entre ellos, creo recordar, Miguel Primo de Rivera, que era gobernador y jefe provincial del Movimiento en Madrid. Los delegados nacionales vivíamos como una especie extraña de huelga. O de predimisión; Pilar Primo de Rivera había hecho llegar a Ramón Serrano Suñer la suya, firmada aunque sin fecha. Recuerdo que unos días antes había llegado de Alemania Gerardo Salvador Merino, delegado nacional de Sindicatos. Y recuerdo también que en una cena a la que asistían unas cuarenta personas hizo un canto, con ciertas reservas, de la organización de los alemanes. Yo le estuve escuchando en silencio. No me gustó el asunto, así que a la salida aligeré el paso hasta alcanzarle:

—Merino, todo eso que has dicho no me parece correcto, porque estamos viviendo unos días bastante difíciles, y, por otra parte, nosotros, por nuestro propio entendimiento de la vida, no podemos aceptar determinadas cosas.

Se quedó un poco confuso y se disculpó.

Serrano Suñer no me había dicho nada que se refiriese a mí, pero sí recuerdo con toda claridad que el día 16 me llamó para decirme:

—Hay crisis de gobierno y al Ministerio de Trabajo puede ir Jesús Rivero Meneses o tú.

No me habló una sola palabra más del asunto. Entre los delegados nacionales —miembros de la Junta Política— que permanecíamos como digo bastante desorientados, se suponía que Serrano tenía preparada la crisis según sus preferencias. Creo recordar que se había publicado en *Arriba* un artículo de Antonio Tovar que enrareció más una cuestión que se presentaba como de influencia del gobierno alemán o del

Juan Antonio Suanzes abordó la revolución industrial dotando a España de una estructura jamás conocida.

Rafael Cavestany, a quien vi enloquecer de pasión por España en su afán de transformar la amarga faz de nuestro pueblo desde el medio rural, agrícola y ganadero.

Llegó incluso un momento en que el ministro secretario general José Luis de Arrese me prohibió hablar al Frente de Juventudes. (En la foto, el autor, J. L. de Arrese y D. Carceller.)

Algunos sectores do In luInnIn se movieron en un pormnnanIn recelo hacia loa InInnu>*tna

Partido Nacional Socialista sobre el grupo falangista más cercano a Ramón Serrano Suñer. El generalísimo cortó las especulaciones enérgicamente. En la obra del historiador Luis Suárez Fernández *(Francisco Franco y su tiempo)* puede leerse este párrafo referido a la citada crisis de 1941:

«Franco llamó a Arrese, a Miguel Primo de Rivera y los convenció de que él no era el enemigo de Falange. Todos tenían un rasgo común: falangistas sinceros, eran más católicos que socialistas, más racionalistas que hegelianos, más españoles que ninguna otra cosa. Remodelando a fondo el gobierno les entregó puestos clave. Arrese ocupó la Secretaría General del Movimiento. Girón fue ministro de Trabajo, en donde, durante una intensa labor de dieciséis años, crearía una nueva y formidable estructura para las relaciones entre empresarios y obreros. Miguel Primo de Rivera fue nombrado ministro de Agricultura. Sustituyó a Larraz Benjumea, hermano del conde de Guadalhorce.»

Esto dice el eminente catedrático de historia. En rigor y con concreción a los acontecimientos de aquellos días, poco podría añadir. El día 17 me llamó el Caudillo. Como digo, vivíamos en una especie de extraño conflicto que, por lo menos por lo que a mí se refiere, no se aclaró jamás; por lo que, a pesar de la advertencia de Ramón Serrano Suñer, la llamada del jefe nacional podía ser interpretada de muchas maneras. Franco me recibió sonriente, amable. Y sin más me dijo:

—Girón, va a ser usted ministro de Trabajo.

Jamás había pensado ni en ese ministerio, ni en otro; por lo menos hasta aquel instante. Tenía veintinueve años y estaba demasiado abrumado por la incorporación a la vida civil de miles y miles de ex combatientes. De manera que con la espontaneidad con que siempre le hablé, sin recovecos ni valores entendidos, le contesté:

— ¡No me haga usted eso, mi general! ¡Yo no sé una palabra de ese departamento!...

Me miró. Por unos instantes dejó de sonreír y se limitó a transformar la comunicación anterior en una orden. No lo dijo así, pero en la expresión de su rostro se daba por entendido sin lugar a equívocos.

—No tiene más remedio que aceptar. No se preocupe.

El día 19 de mayo de 1941 se publicó mi nombramiento,

junto a los demás ministros, entre ellos José Luis de Arrese y Miguel Primo de Rivera, que, como he dicho, habían sido protagonistas de aquel incidente que ahora mismo no sé precisar. Recuerdo que se nombró también jefe de milicias de Falange Española al laureado general Moscardó, héroe del Alcázar de Toledo. No son pocos los historiadores que consideran que aquella crisis vertebró bastante al Movimiento. Los más perspicaces dicen que también sirvió de aviso para el bueno de Ramón Serrano Suñer.

Tras las ceremonias habituales de juramento y toma de posesión, me presenté en el ministerio y ocupé el despacho. Había visto en las caras de los altos dirigentes del departamento una cierta ironía, probablemente por mi juventud. O acaso porque suponían que frente a sus brillantes historiales administrativos, el joven ministro podía vacilar. Ignoraban algo bastante importante: en el Ministerio de Trabajo entraba un ministro que desconocía los organigramas del ramo. Pero ignoraban también que ese ministro era un falangista con las ideas doctrinales muy claras y con la certidumbre de que los españoles llevaban más de cien años esperando la hora de la justicia social. ¡Aquel joven ministro había visto morir junto a él a muchos muchachos por esa misma idea! <(Para luego es tarde», me dije. Y empecé a llamar uno por uno a los directores generales para comunicarles su cese. Entraban sonrientes, con cara de guasa; salían pálidos, pisándose la barbilla. A uno de ellos, don Víctor Fernández González, alto cargo de la Dirección General de Trabajo, podía cesarle en su función política, pero no en su función administrativa. Me lo quedé mirando y sin rodeos le solté este discurso:

—Sé que usted es alto funcionario de esta casa. Pero para que no haya dudas, le diré que si observo en usted la más ligera desviación de mis propósitos falangistas en la política del ministerio, en veinticuatro horas le traslado a Barcelona. Luego a La Coruña, después a Cádiz...

Tengo que decir en honor de ese caballero que fue un colaborador eficientísimo y admirable. En uno de los momentos más amargos de mi vida, cuando la insania del capitalismo, junto a la envidia de algunos políticos menesterosos, había abierto en torno a mí un cerco de calumnias, se presentó en mi despacho y me dijo sosteniéndome la mirada:

—Señor ministro: ahora más que nunca estoy a sus órdenes. Nadie podrá hacer más que usted. Cuente conmigo.

Faltaban muchos años para que Francisco Franco me dispensase del peso de aquel tiempo. Pero jamás he olvidado aquel gesto tan noble y digno. Cuando a duras penas dicto los textos de estas anotaciones de mi vida, me llega la noticia del fallecimiento en Madrid de don Víctor Fernández González. Como vivo prácticamente aislado de toda relación exterior, la noticia no la esperaba. Sabía, sí, que su salud era delicada, pero no pensé en un fatal desenlace tan inmediato. Murió el 24 de febrero de 1994. Sus familiares trasladaron sus restos mortales al panteón familiar de La Carriona-Avilés, hasta donde quisiera que llegara, con mi recuerdo, una sentida oración por este ejemplar caballero.

No sólo esa fe rotunda del combatiente que fui, me animaba en el instante de enfrentarme con la dirección del Ministerio de Trabajo: Falange Española, desde su origen, fue algo más que una alegre, heroica o bulliciosa tropa juvenil que seguía a un líder y a una bandera. Nosotros irrumpimos en la vida española con el ánimo de romper el círculo vicioso en que venía debatiéndose la vida de los hombres a lo largo del tiempo: el liberalismo económico, criatura de la Revolución francesa, había obtenido una amplia cosecha de retórica formalista, y, junto a ella, el espejismo, atractivo, ¡qué duda cabe!, de la libertad y la igualdad. Pero la libertad y la igualdad son conceptos de grueso calibre que, más allá de la encendida o exquisita retórica, no sirven para nada si el hombre no puede aspirar a ellos en igualdad de condiciones con los demás hombres.

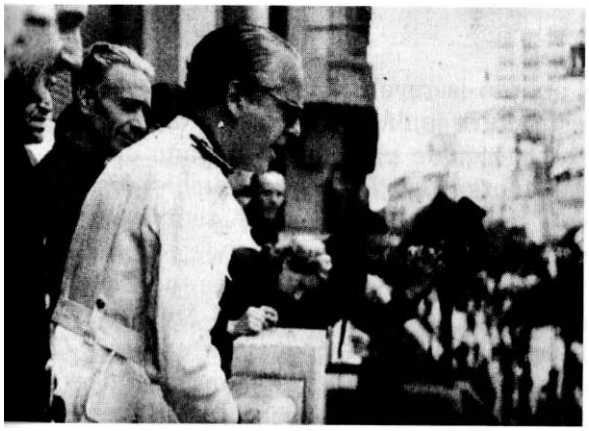
Desde el instante augural de la fundación, había dejado José Antonio impresa en las mentes de la juventud que le seguía una síntesis didácticamente irreprochable. Esa definición, al cabo del tiempo, alcanza en nuestros días un valor todavía más aquilatado, cuando hasta las más altas instancias del magisterio humano claman por el poder de una síntesis superadora: «El Estado liberal —nos dijo el mismo 29 de octubre de 1933— vino a depararnos la esclavitud económica, porque a los obreros, con trágico sarcasmo, se les decía: *Sois libres de trabajar lo que queráis; nadie puede compeleros a que aceptéis unas u otras condiciones; ahora bien, como nosotros somos los ricos, os ofrecemos las condiciones que nos parecen; vosotros, ciudadanos libres, si no queréis no estáis obligados a aceptarlas; pero vosotros, ciudadanos pobres, si no*

aceptáis las condiciones que nosotros os impongamos, moriréis de hambre, rodeados de la máxima dignidad liberal.» Y añadía: «Por eso veríais cómo en los países donde se ha llegado a tener parlamentos más brillantes en instituciones democráticas más finas, no teníais más que separaros unos cientos de metros de los barrios lujosos, para encontraros con tugurios infectos donde vivían hacinados los obreros y sus familias, en un límite de decoro casi infrahumano...» «Por eso tuvo que nacer, y fue justo su nacimiento, el socialismo. Los obreros tuvieron que defenderse contra aquel sistema, que sólo les daba promesas de derechos, pero que no se cuidaba de proporcionarles una vida justa. El socialismo, que fue una reacción legítima contra aquella esclavitud liberal, vino a descarriarse, porque dio, primero en la interpretación materialista de la vida y de la historia; segundo, en un sentido de represalia; tercero, en una proclamación del dogma de la lucha de clases.»

¿Qué diría ahora José Antonio cuando el socialismo se ha convertido en el mejor aliado del sistema liberal capitalista? El mundo se dividió en dos grandes imperios: el capitalista y el socialista, pero al cabo del tiempo vuelven a fundirse en una versión estremecedora en la que el perdedor sigue siendo el hombre desposeído. Para justificar la compleja desvirtualización del origen de una y otra teoría —liberalismo y socialismo—, todos juntos han creado una forma de híbrido coexistente, primero en los imperios y después en la sociedad general, decaída, por otra parte, de los valores trascendentes de la vida, llamado sistema democrático. Ha sido una manera de uniformar totalitariamente el más puro concepto democrático, clásico y muy anterior —desde Pericles hasta nuestros días— de los sistemas en boga. Sobre todos ellos se iza, como tina quimera conquistada, la palabra libertad. ¡El mundo es libre!, ¡la sociedad es libre!, ¡el hombre es libre! ¿Libre de qué? Ya por aquellos días de mi llegada al Ministerio de Trabajo sabíamos los falangistas que para alcanzar la plena libertad humana, era preciso dotar al hombre de la única palanca posible para alcanzarla: el dominio de la cultura. Ese dominio que llega cuando, reconstruyendo desde los cimientos mismos de la sociedad, se alcanza una igualdad de oportunidades, sin exclusión alguna. Desde esa idea partí: primero incorporando a los hombres al trabajo; segundo capacitándolos para evadirlos de la esclavitud del peonaje irredento; tercero protegiéndolos frente al infortunio y los temores

de su futuro individual, para llegar al primer gran peldaño que fueron las universidades laborales, a las que se alude en otro lugar de estas evocaciones. Nada es consistente si el hombre no goza de esa plenitud humana que le da el saber, no se puede hablar de revoluciones si no se parte de este principio. En algunas ocasiones se ha discutido sobre el nacionalsindicalismo, tratando de confundir lo que era netamente español con las modas de este o aquel tiempo. No. El nacionalsindicalismo trató de recuperar al hombre, esto es, de sacarlo de su inseguridad o indigencia, para que pudiera realizar su auténtico destino —salvarse o condenarse— dentro de los cauces de la más estricta naturalidad. Dios le otorgó libre albedrío, por eso una corriente ideológica que nacía de las fuentes de nuestra más depurada tradición, tenía que arrancar de esta raíz teológica. Hoy, cuando el socialismo ha quedado domesticado, envuelto en la parafernalia de la socialdemocracia, y el patrón y la empresa han sido engullidos por las multinacionales que se permiten dominar el destino de los hombres y de los pueblos, se escuchan voces en la búsqueda de una versión superadora de tanta anomalía. Nosotros la tuvimos en la mano —la tenemos—, y desde ella fuimos capaces de otorgar a España un tiempo desconocido durante los dos siglos anteriores.

En el instante mismo de iniciar el dictado de estos recuerdos dije —y repito ahora— que no pretendía hacer ni una defensa de nada ni un ataque a nadie. Reiteradamente desdeñé toda tentación a estas fórmulas, porque entiendo que son otros quienes han de juzgarnos. El sistema de recordatorios, gozosos o tristes, es otra cuestión, pero tengo que decir que si en última instancia he dado rienda suelta a ese cúmulo de recuerdos es al contemplar, al cabo de tantos y tantos años, el hundimiento vertical de la fórmula de democracia social que sobre un sistema de representación orgánica logró para España —economía, trabajo, convivencia— el período de tiempo más brillante de su historia contemporánea. Se partió de cero y se culminó no sólo en la sociedad del bienestar que en 1975 acogía a la totalidad del censo nacional, sino, simultáneamente, al engrandecimiento de nuestro pueblo y en su laboriosa actividad relacionada con el mundo entero. Trabajo, Industria y Agricultura fueron las plataformas de lanzamiento para alcanzar la plenitud. Y, al citar estos tres puntos exactos de la Administración pública, quiero tener un expreso recuerdo de emocionada admiración hacia mis compañeros Juan



«¡Rusia es culpable!», dijo Serrano Suñer desde el balcón de la Secretaría General.

La División Azul constituye un hito en la historia de España y, simultáneamente, on la historia de la Falange.

En los medios falangistas Agustín Muñoz Grandes era una de las figuras del Ejército más estimadas. (En la foto, con Hitler.)

Antonio Suanzes, que abordó la revolución industrial, dotando a España de una estructura jamás conocida, y Rafael Cabestany, a quien vi enloquecer de pasión por España en su afán de transformar la amarga faz de nuestro pueblo desde el medio rural, agrícola y ganadero. Su pasión y sus prisas le llevaron a un agotamiento físico que obligaría al Jefe del Estado a otorgarle un relevo prematuro si a la magnitud de su empeño nos referimos. Ésa fue la gran virtud del Movimiento Nacional, al menos hasta que una tecnocracia, exenta de emociones y virtudes nacionales, anegó los manantiales ideológicos en servicio de no sé qué extraña eficacia. Esa fue la gran frontera del régimen de Franco. Cuando en 1968 se debatía en las Cortes Españolas el Estatuto Orgánico del Movimiento, escribió el periodista Ismael Herraiz un alegato formidable en *Diario SP,* del que extraigo la definición hecha por el gran maestro del periodismo, la parte en que describe en grandes rasgos, lo que fue el Movimiento Nacional entre 1937 y 1957.[1]

1. «Ante todo, unas afirmaciones previas y personalísimas. Creo, igual que Miguel Primo de Rivera, que esta España —Dios quiera que por muchos años- vive al amparo, como un pueblo bajo una gran encina, de la figura más esclarecida que ha producido la raza española: Francisco Franco. Creo también que Franco es un espíritu hecho, en pura rectitud, para la democracia, en su sentido último y trascendente. Magnánimo —no conozco una sola persona a quien Franco haya hecho objeto de inquina o de persecución—, ha gobernado con los elementos QUE LE HA OFRECIDO EN CADA ETAPA LA SOCIEDAD ESPAÑOLA, sin personalismos, camarillas ni arbitrariedades. Llegó al mando cuando esa sociedad se lo pidió, enloquecida de angustia y, desde el poder, con los retazos válidos, pero multiformes, de la sociedad surgida de la victoria, formó sus gobiernos sucesivos, ponderando atentamente las fuerzas y sin dejarse llevar de las tendencias vengativas de la burguesía española y de su gusto tradicional por la gresca y el cabileñismo. Si la Falange sobrenadó en ese conglomerado amorfo fue porque Franco cerró el paso a todas las tendencias que se concitaron mordazmente —y desde el día siguiente de la victoria— contra el izquierdismo latente e irrevocable del ideario falangista.

«Personalmente, no me duele lo más mínimo la desaparición de la Falange como rótulo, ni estoy dispuesto a marchar a pie detrás de mi propio entierro. Estoy, en cambio, decidido a luchar hasta la extenuación por aquel manojo de principios joseantonianos que aún estimo válidos e inaplicados, y no por obstinación y petulancia política, sino porque nada se ha inventado para sustituirlos y de ahí la desorientación anárquica, el yermo de ilusiones y las tétricas drogas espirituales de tanta pobre juventud.

»Acepto, sin graves reparos, la existencia de un monopolio político; pero siempre que se reconozca que el Monopolio I entrega el testigo al Monopolio II a principios del año 1957 y que este segundo y aplastante monopolio —de signo diametralmente opuesto al primero— avanza en progresión geométrica creciente y amenaza con arrollarlo todo en la mayor impunidad y en el calculado silencio. Naturalmente, ni el señor Bailarín ni yo hemos hecho voto epistolar alguno y no podemos tomar en consideración los distingos que se quieren sugerir entre la independencia austera y mística del movimiento y la liber-

Desde el Ministerio de Trabajo empecé a tomar contactos con los trabajadores: los mineros y los obreros de la construcción fueron los primeros objetivos de mi despliegue. Ellos me otorgaron su confianza y empezamos a funcionar a toda prisa. Tengo que reconocer que me desvinculaba adrede de la burocracia jerárquica del partido y que operaba, fundamentalmente, dando cuenta a quien para mí era, además de Jefe del Estado, jefe nacional de Falange Española.

Inicié, en compañía de los falangistas que conmigo colaboraban, permanentes contactos —muy eficaces por cierto— con grupos de la CNT, anarquistas que me respondieron maravillosamente, tanto en el norte minero como en los portua-

---

tad plena de sus asociados. Tanto el movimiento que monopoliza la política del primer período como el que nos encadena en el segundo disponen, dentro de sí, de una rica variedad de individualidades, con ideas propias y permitidas, pero sujetos rígidamente a todos los principios fundamentales, a la unidad de mando y a la disciplina absoluta del respectivo Movimiento.

»Por otra parte, la variedad política del Monopolio 1 fue (y sigue siendo, marginalmente) infinitamente mayor que la del Monopolio II. Y, por supuesto, jamás fue la Falange el *primus ínter pares* de aquella situación histórica. ¿Cómo hubiera podido serlo? Si descontamos la fraternidad de armas y la simpatía del ejército, los falangistas encontramos siempre, un día tras otro —política y hasta humanamente— la hostilidad biliosa de todas las fuerzas reaccionarias que desde hace siglos condicionan el poder político español. La Falange fue encargada, como los demócratas cristianos, los gilroblistas, los tradicionalistas o los juanistas, de tareas específicas y lo que da al Monopolio I su signo triunfal e impulsa la valiente transformación de la amarga España de 1939 es la diversidad de hombres y de ideas y la colosal magnitud de sus realizaciones. Todo les era hostil: desde el ánimo del mundo hasta la desolación de Europa; desde una victoria obtenida sobre las ruinas, la sangre y la división de los españoles hasta la conspiración internacional que, durante varios años, impulsó el terrorismo y el crimen sobre el territorio de la Patria. Y asombra pensar un instante en la descomunal empresa cumplida por los gobiernos del Monopolio I. Parece innecesario evocar ahora la Revolución —con mayúscula— ganada desde el cero absoluto por los dos gigantes del sistema, Suances y Girón; pero son, igualmente, otros hombres, con sus personales ideas políticas y económicas, los que penetrarán hasta la medula en el proceso renovador de una España desnuda sobre el desierto de ruinas. La política internacional de Artajo, por ejemplo, traduce de modo tan fiel la voluntad y la ira de los españoles que un buen día —el 9 de diciembre de 1946— España entera exalta en las calles el nombre de Franco, Caudillo de la neutralidad con honor; Cavestany, como si presintiera que se iba a morir mañana, plantea, frenética y victoriosamente, la renovación técnica de nuestra agricultura; el insigne Larraz pone en orden la Hacienda española en la desembocadura angustiosa de nuestra guerra y en medio del cataclismo mundial; Arburúa, sin arredrarse ante el acoso exterior, abre a empellones nuevos mercados y comienza, audazmente, la liberalización de nuestra economía; Fernández Cuesta lleva a cabo, con mano maestra, la renovación de la magistratura y docenas de leyes que aseguran y amparan la independencia del poder judicial...»

rios de Valencia. Vivía prácticamente en el ministerio y, salvo las obligaciones que me competían en mi condición de miembro del Consejo de Ministros y de la Junta Política, mi dedicación se alejaba del Movimiento Nacional, que, por otra parte, desplegaba sus velas hacia conquistas que dieron un indudable fruto: la Sección Femenina, todavía sin valorar en su justa medida, y el Frente de Juventudes, y dentro de él, las Falanges Juveniles de Franco, iniciaron y le consiguieron dar continuidad —pensamiento, autenticidad, estilo— no al Movimiento Nacional sino a la Falange fundacional, a cuya raíz se sintieron vinculados desde el primer instante. Aquellos años constituyeron un retazo cronológico verdaderamente excepcional: el mundo en guerra, España devastada por la contienda y tratando de rehacerse desde sus cimientos y los españoles, de todos los colores y tendencias, mirando al futuro con un coraje admirable y dispuestos a conquistar lo que se les venía negando de antaño. Fueron los años de los sucedáneos, de las tonadilleras. A la cabeza de ellas Conchita Piquer, ¡qué duda cabe!; de la transformación del fútbol en espectáculo de multitudes, de las últimas grandes figuras de la torería clásica en las que destaca de forma imperecedera el nombre de Manuel Rodríguez *Manolete,* aquel torero de Córdoba con el que yo mantuve amistad y del que espero hablar páginas adelante. Era la España de la nada y del sucedáneo, como digo: donde no había gasolina había «gasógeno»... ¡La imaginación española no brilló tanto desde los tiempos de la conquista! De otra parte, acaso por el atroz martirologio sufrido por la Iglesia católica durante la persecución marxista, la religiosidad del pueblo estalló triunfante como el trigo en los campos de Castilla. En cierto modo, España no tenía nada, pero lo tenía todo. Voluntad de vivir y ese toque mágico que siempre movió a los pueblos de nuestra estirpe: la fe.

No todo era brillo. También había sombras. El Partido Único, quizá intramuros de Alcalá, 44, de Madrid, que fue su sede, registraba desavenencias y problemas para dar y tomar. Es necesario recordar que Falange Española, tras el sacrificio de sus fundadores, acudió acéfala, aunque briosa y potente, a la construcción del Movimiento Nacional que por aquel tiempo de norte a sur y de este a oeste, el buen pueblo español lo conocía escuetamente por el nombre de «Falange».

En cierto modo fui víctima de aquellos desajustes, pero como el Caudillo nunca me puso una sola pega, yo permanecí en la tarea asignada sin ocuparme demasiado de las críti-

La invasión de la URSS constituyó un pequeño respiro en la presión permanente de Alemania para que España entrase en la guerra.

El conde de Mayalde, embajador de España on Alemania. (En la foto, junto a H. Himmler, R Serrano Suñer y E. von Stohrer.)

El Führer, más que admiración y respeto, era miedo lo que suscitaba.

cas o los elogios. Tengo que decir que llegó incluso un momento que el ministro secretario general, José Luis de Arrese, me prohibió hablar al Frente de Juventudes. Todavía no sé por qué, aunque lo sospecho. En aquel tiempo, el ministro secretario general de FET y de las JONS tenía una lógica autoridad implícita sobre el resto del Consejo de Ministros. En algún momento incluso llegó a investigar mi vida privada, porque, ¡el signo de los tiempos!, entendía que mis pocos ratos de asueto —yo tenía treinta años y permanecía soltero— no eran todo lo ortodoxos que según el secretario general debieran serlo dada mi condición jerárquica. Como nunca me ha gustado andarme por las ramas, en el despacho cotidiano con el Caudillo, le dije:

—Mire usted: soy joven y soltero y mi vida privada me corresponde a mí. No conozco ninguna norma que autorice al ministro secretario general a controlar el número de mis amigas... Vamos, digo yo que en Alcalá, 44, habrá otros problemas más importantes que resolver o que investigar.

El Caudillo se sonrió de forma sincera y abierta y me contestó con una machada que guardo para mí por dos razones: porque no me la creí y porque advertí que la actitud «oficialista» le pareció tan estúpida como a mí, aunque no me lo dijera.

Mis relaciones con la jerarquía eclesiástica fueron siempre cordiales, pero de eso tendré ocasión de relatar algunos hechos poco conocidos o malformados por las gruesas interpretaciones de unos y de otros. Particularmente mis contactos fueron excelentes con los hombres de la Compañía de Jesús que me educaron, miembros inolvidables de la Compañía, como el padre Caballero, que compartieron conmigo después de los rigores y esperanzas durante la dura contienda, otros quehaceres de la paz. Dios les habrá premiado tanta ejemplaridad como sacrificio. Tuve amistad personal con destacadas figuras de la Iglesia española. Por cierto: entonces todavía lejano el Concilio Vaticano II, nadie usaba gentilicios para distinguir o dividir a la Iglesia, cuya titularidad era única: católica, apostólica y romana, de donde se deducirá que al referirme a aquellos años, a los hombres de la Iglesia católica, no aludo ni por asomo a los miembros de la Conferencia Episcopal Española, sino a quienes ejercían sus sagrados ministerios en nuestra patria. Uno de estos hombres fue el doctor don Leopoldo Eijo Garay, obispo de Madrid-Alcalá y patriarca de las Indias Occidentales. Títulos sonoros, pero

sin influencia práctica ninguna. Con él mantuve una sincera relación. En rigor algunos sectores de la Iglesia se movieron en un permanente recelo hacia los falangistas. Tiempo adelante pude saber, por ejemplo, que cuando su santidad Pío XII nombró a don Leopoldo Eijo Garay asesor nacional espiritual del Frente de Juventudes, nombramiento que el eminente prelado aceptó de todo corazón, su legítima aspiración al capelo cardenalicio quedó volatilizada... Muchos de aquellos sacerdotes que habían sido consuelo y amor para tantos y tantos combatientes durante las penalidades de la guerra, acudieron a la llamada de don Leopoldo Eijo Garay para la colosal tarea que les ofrecía Franco. Con las nuevas generaciones —niños, adolescentes, jóvenes— realizaron una espléndida labor. El obispo de Madrid-Alcalá eligió para capellán de la nueva organización juvenil falangista al padre don Ramiro López Gallego, del que guardan todavía un profundo recuerdo millares de españoles. Pues bien, ni Eijo Garay fue cardenal, ni don Ramiro alcanzó la dignidad de obispo. Es curioso que estos hechos, ¡tan lejanos ya!, hayan aflorado recientemente con ocasión de haberse celebrado en la discreta intimidad de sus viejos afiliados, el Cincuenta Aniversario de lo que el propio Caudillo denominó «obra predilecta del régimen» y a cuyos muchachos, como ya he explicado, no me pude dirigir, salvo en contadas ocasiones, por orden expresa del ministro secretario general.

Vil/La División Azul, una empresa falangista

Pero sigamos. Tiempo tendré de ofrecer mi modesta opinión sobre las generaciones que nos sucedieron y por las injustas marginaciones políticas que en ellas se produjeron. Tengo que referirme aquí a un episodio que para mí resulta singular y del que no tuve noticia hasta hace tres o cuatro años. Como es bien sabido, la Wehrmacht, ¡casi nadie al aparato!, se puso en marcha en la primavera de 1941 e iniciaba la conquista de la URSS. En Madrid se produjo un estallido de júbilo. «¡Rusia es culpable!», dijo Serrano Suñer desde el balcón de la Secretaría General —Alcalá, 44— ante una muchedumbre de falangistas, en su mayoría universitarios, que invadió el polígono urbano más característico de la capital de España en el mundo y cuyos pormenores son de sobra conocidos. Los banderines de enganche abiertos en las jefaturas locales se vieron desbordados por el ardor y el entusiasmo juveniles. Por mi parte, recién nombrado ministro de Trabajo, me limité a solicitar la debida licencia para inscribirme como voluntario. Recuerdo que el Generalísimo me llamó y cortó en seco —lo digo con la más estricta sinceridad— mi deseo fervoroso de unirme a las unidades falangistas que se disponían a combatir al comunismo culpable — ¡Rusia en rigor era la víctima! — de gran parte de los males del mundo en que vivíamos. Los años dieron la razón a los divisionarios: el día que cayó el muro de Berlín debió ofrecerse un homenaje a los supervivientes de la proeza española.

A lo que iba. Hace algunos años se publicó en España el libro *La división española de Hitler,* del que son autores Gerald R. Kleinfeld y Lewis A. Tambs y que, según algunos amigos míos, personas, por otra parte, conocedoras del tema, constituye uno de los documentos históricos más apreciables de aquella hazaña. En él se dice que la Falange, «decidida a controlar la expedición, hacía presión con un candidato propio para el mando divisionario», y citan mi nombre para tal

empresa. Pues no. Desde que Franco cortó mi propuesta de voluntariado —sin otra aspiración de mando que la que me pudiera corresponder por mi condición de capitán honorario del ejército— no volví a ocuparme de esta cuestión. Lo digo por varias razones: en primer término, porque aun en el caso de que algunos camaradas hubieran postulado mi nombre para la empresa, lo hicieron sin mi conocimiento y sin mi consentimiento, de donde yo podría deducir a estas alturas que a lo mejor la propuesta, si la hubo, fue de algún «camarada» que quería verme lejos de España. Dicho esto, a título de retruécano, añadiré, en segundo lugar, que Franco, que desde el primer momento se negó a mandar unidades ordinarias del ejército, no hubiera puesto a tan espléndida y heroica juventud en manos de aficionados. La División la hubiera mandado en cualquier caso un general y las unidades hubieran sido mandadas, como lo fueron, por profesionales del ejército que también voluntariamente se ofrecieron para combatir en Rusia. El nombre de Agustín Muñoz Grandes, una importante biografía militar y vinculado a la Falange como ex ministro secretario general, va unido a la epopeya. Con ese nombre, otros muchos, particularmente el de los jóvenes capitanes que mandaron las compañías. Permítaseme que desde este vago recuerdo simbolice a todos ellos en quien fue uno de sus más bravos oficiales: el teniente general don Jaime Milans del Bosch y Ussía, separado hoy del ejército por los sucesos acaecidos el 23 de febrero de 1981.

En cualquier caso, la División Azul constituye un hito en la historia de España y, simultáneamente, en la historia de la Falange. En el citado libro se asegura que la designación de dos Agustín Muñoz Grandes para mandar la recitada unidad fue sugerida por Ramón Serrano Suñer al Generalísimo. Ramón Serrano Suñer —dicen R. Kleinfeld y A. Tambs— se inclinó por don Agustín Muñoz Grandes con el deseo de mantenerle lo más alejado posible de España... Franco, en cambio, puso en manos de don Agustín la División Azul por dos razones: por el prestigio profesional del general y porque en los medios falangistas era una de las figuras del Ejército más estimadas. Su relación con la Falange fue, como digo, directa tras su paso por la Secretaría General, como Ministro y jefe de milicias del partido.

La invasión de la URSS constituyó, por otra parte, un pequeño respiro en la presión permanente de Alemania para que España entrase en la guerra. Franco tenía su particular y cla-

Manuel Valdés Larrañaga: Por más que yo lo Intentaba, no me entendía con él. (En la foto, **junto a D. Ridruejo en 1941.)**

Sin merma de nuestro propósito revolucionario, se habían Introducido en las áreas de mando del partido hombres que nada tenían que ver con nosotros.

Serrano Suñer se hizo con un equipo «azul», cuya figura más sobresaliente, en cuanto a su origen político,

rividente visión del conflicto y los acontecimientos iban dándole poco a poco la razón. La División Azul cumplió muchas funciones para el equilibrio de aquella difícil posición, de aquella neutralidad con honor que el Caudillo se había propuesto. España mantenía su posición anticomunista, que fue precursora del ((universal anticomunismo» que originaría la caída del Muro de Berlín. Los jóvenes que combatieron en Rusia con tanta bravura como generosidad, le sirvieron a Franco para ofrecer, sin ofrecerlo, un punto de referencia a Hitler sobre lo que podría ocurrir si las divisiones alemanas cruzaban los Pirineos. Y, por último, España cumplía con la deuda de gratitud que mantenía con Alemania desde 1936. Adolfo Hitler no tenía una admiración excesiva por el latino como combatiente. Al menos por lo que se refiere a los españoles, cambió de criterio radicalmente asombrado por hazañas como la del lago limen. Contaba el conde de Mayalde, embajador de España en Alemania, que su gestión fue dificilísima. Cuando Hitler se convenció de que no podía contar con nosotros para sus propósitos, mantuvo una postura poco amable para nuestros representantes diplomáticos. Retrasó hasta el límite casi obligado la ceremonia de recibir las cartas credenciales de nuestro embajador. Y según el propio José Finat, la ceremonia fue tensa y fría. Cuando Franco le retiró de embajador —me contó Mayalde—, se encontró con un Adolfo Hitler completamente distinto. No tan firme y seguro. Durante la conversación salió el tema de la División Azul y le hizo un canto al embajador de España de la gallardía y el valor de los jóvenes españoles que allí combatieron en defensa de la libertad del Occidente.

Yo no conocí a Hitler, pero a quien tuve la ocasión de conocer, y no me cabe en absoluto el honor, fue a Himmler, el responsable de las SS. Tengo un recuerdo poco preciso, y no puedo concretar dónde me lo presentaron, si dentro o fuera del ministerio. Era un hombre de estatura media, ancho, de complexión fuerte. Ya de entrada se me derrumbó la moral por la compañía que llevaba: tres o cuatro «efebos» que se permitían con él cierto tipo de bromas que indicaban que allí había una intimidad morbosa.

Después de las presentaciones, decidimos ir a Villa Rosa, una conocida sala de fiestas de la época. Allí nos sentamos a una mesa, un poco apartados del público para no llamar la atención y, por hablar de alguna cosa, hablamos del estraperto. Él sostenía que el estraperlo era un mal que se produ-

cía siempre que había escasez, y contra el cual no había posibilidad de luchar.

— Recuerdo —comentaba Himmler— una anécdota que nos hizo mucha gracia. Encontramos en la publicidad de un periódico un anuncio que decía: «Se ha perdido un pavo. El que lo devuelva será recompensado con dos mil marcos.» Ahí está el estraperlo. Hay una cosa que no se tiene, se desea y se anuncia que se ha perdido; pues vamos allá. A esos hombres había que hacerlos colaboradores nuestros —decía sin el menor reparo—. Se los cogía, se les incautaba todo lo que tenían y se les decía: «Ahora a hacer estraperlo... bajo nuestra vigilancia.» De modo que ganaban con una limitación de la subida del precio que era para nosotros, para el Estado. De esta manera conseguimos que los estraperlistas fueran nuestros colaboradores.

Aquello me dejó helado. Aunque no hizo más que afianzar la primera y desagradable impresión que tuve de él. Apenas hablaba español, pero, incluso traducidas, sus palabras resultaban de una dureza escalofriante. Se habló poco de Hitler, pero pude sacar la impresión de que el Führer, más que admiración y respeto, era miedo lo que suscitaba.

Vuelvo con el recuerdo a la vieja sede del Ministerio de Trabajo: un edificio destartalado, incómodo, poco acogedor, cuestiones que advierto hoy con más claridad que cuando entré en la casa con la fogosidad y el empuje de los pocos años. Ya he relatado el día de mi llegada y el torrente de ceses en cadena que decidí apenas llegar. El primer problema, sin embargo, fue otro. La Subsecretaría del Departamento la ocupaba Manuel Valdés Larrañaga, ¡ahí es nada!, miembro del equipo fundador del Sindicato Español Universitario, de cuya organización tenía el carnet número 2, amigo personal de José Antonio Primo de Rivera y hombre vinculado al movimiento falangista desde el primer instante. Todo ello componía un meritísimo *curriculum vitae* que no evitaba que Valdés Larrañaga me resultase inaceptable como subsecretario del Ministerio de Trabajo. Por más que yo lo intentaba, no me entendía con él. Puedo asegurar que lo intenté todo para que la confianza y el entendimiento se produjesen, pero no se producían... Total, que transcurridos algunos meses, se lo planteé a Serrano Suñer:

—Voy a cesar a Manolo Valdés.

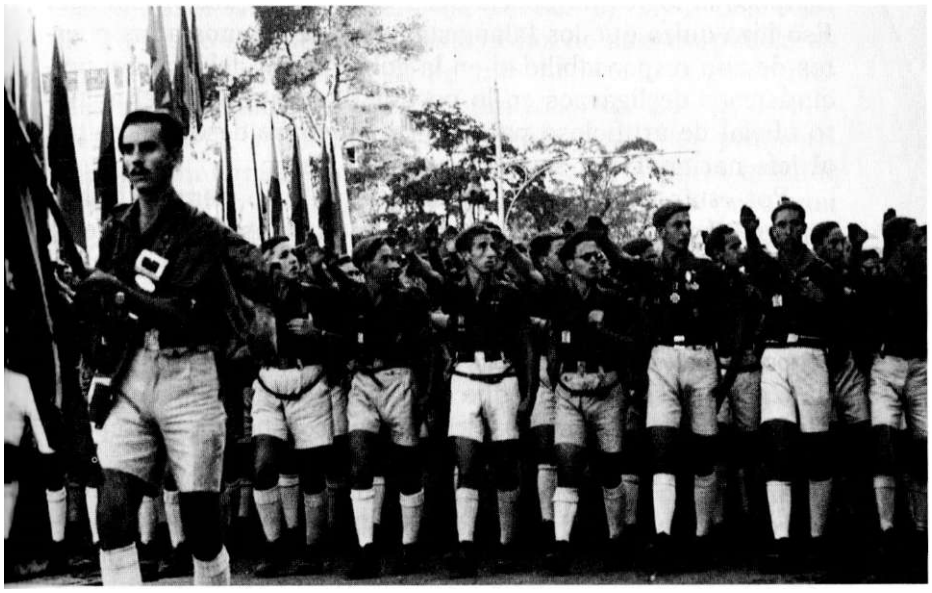
—No hagas eso, ¡por Dios! —me contestó Serrano Suñer. Y añadió—: Lo que falta es que se diga que llega un ministro falangista al Ministerio de Trabajo y lo primero que hace es cesar a otro falangista.

Ramón Serrano Suñer insistió mucho, de modo que de momento archivé mi propósito. Pero aquello no funcionaba. Volví de nuevo a entrevistarme con Serrano Suñer y a replantear mi decisión y repitió, más o menos, los mismos argumentos que el primer día. En cualquier caso, como debió de advertir que mi posición era todo lo firme que se podía esperar, me aconsejó que hablase con el ministro secretario general. Así lo hice. José Luis de Arrese se mostró también contrario a mi opinión, pero yo ya había decidido el cambio: de manera que, cansado de las visitas, de las conversaciones y de permanecer en un círculo vicioso que no se rompía por ningún sitio, en el primer Consejo de Ministros que se celebró, muy próximo a la última conversación mantenida por mí con el ministro secretario general, cesé a Manuel Valdés Larrañaga y le sustituí por Esteban Pérez González, hermano de Blas.

La táctica operativa para mí estaba clara: echaba sobre mis espaldas una tarea sensiblemente política y social. Llegaba tras haber recorrido toda las vicisitudes del movimiento falangista desde las Juntas Castellanas de Actuación Hispánica, de Onésimo, a la Falange Española de las JONS de José Antonio Primo de Rivera. Había vivido intensamente los años de lucha y simultáneamente la grave desaparición de los hombres que formaron el grupo fundacional de ese movimiento. Desde 1937 Francisco Franco había asumido la Jefatura Nacional de FET y de las JONS, al tiempo que, sin merma de nuestro propósito revolucionario, se habían introducido en las áreas de mando del partido hombres que nada tenían que ver con nosotros. Desde los incidentes de Salamanca, la Falange ocupó un lugar preeminente en la estructura política del Estado que nacía a una con el fragor del combate. Serrano Suñer se hizo con un equipo «azul», cuya figura más sobresaliente, en cuanto a su origen político, era Dionisio Ridruejo, y del mismo modo surgieron tras de cada una de las personalidades supervivientes las inevitables capillas. Todo ello permanecía unánime en el servicio, porque la figura del Generalísimo y jefe nacional impedía cualquier actitud secesionista. La uniformidad de la época —¡vigente en toda Europa!— llevó a los nuevos dirigentes «falangistas» a un mimetismo ramplón que concordaba bien poco con el escueto propósito joseanto-

El suicidio del búnker dejaba caer, pesado, trágico y oscuro, el telón sobre el escenario de la tragedia.

Sólo el Frente de Juventudes mantendría dignamente la presencia de nuestras camisas azules, de nuestras banderas y de nuestras canciones en las ciudades, on los pueblos y en los campos de España.



En abril de 1945 un grupo de procuradores en Cortes, de filiación monárquica, se disponía a servir al interés de don Juan de Borbón con olvido del compromiso que, como tales procuradores en Cortes, tenían con el Caudillo.

Carlos Pinilla: Un abogado del Estado que se enrola de escuadrista para hacer la durísima campaña del este de Europa

niano que le llevó a imponer, como única uniformidad, la camisa azul. Es justo reconocer que en aquel tiempo esto que ahora puede parecer incluso grotesco, constituía el signo externo de una modernidad cuya esencia doctrinaria residía exclusivamente en la Falange, y por la peculiaridad españolísima de la Falange, ajena a cualquier confusión filosófica con los movimientos europeos, en la doctrina tradicionalista que soldaba esa modernidad con la gloriosa ejecutoria de España en el mundo. Esa gloriosa ejecutoria, venida a menos por la influencia anglofrancesa de dos siglos. No podemos olvidar tampoco la lógica influencia del Ejército en la acción política. Eso hizo quizá que los falangistas que accedíamos a los puestos de alta responsabilidad en la gobernación del Estado, procurásemos desligarnos en lo posible de lo que tenía el aparato oficial de artificioso para operar, siempre desde la lealtad al jefe nacional, por nuestra cuenta y riesgo.

Por estas razones, probablemente yo tuve siempre la animadversión soterrada de los sectores que más fraternalmente estaban vinculados a mí. Llegó un momento en que, salvo en las reuniones de la Junta Política y en los Consejos de Ministros, apenas si tenía relación con los mandos falangistas. Un grupo de fieles camaradas de filas formaron mi equipo de confianza, porque yo sabía que la envergadura de la obra que debíamos acometer me exigiría contar con hombres preparados, de todas las tendencias afines y necesitaba en la base de mi «estado mayor» una primera línea fiel, combativa e inequívocamente falangista. Desde 1940 me instalé, en régimen de «imperio» (denominación de la época, sustitutoria de las antiguas «repúblicas», como residencias de jóvenes estudiantes) en un piso del número 6 de la calle de Goya. Allí convivíamos Enrique Silva Reoyo, Miguel García Rico, Francisco Carrascal Antón, los hermanos Marcelino y Jesús Rodríguez Álvarez, Francisco Gómez Sabugo, Francisco Chomón Ruiz y Ángel Santos Conejo. Estos eran los «internos», pero allí convivíamos con Pepe Miera, Cándido Sáez de las Moras, Julián Isla-

Pronto me di cuenta de que para mí empezaba otra guerra. No era la que se había ventilado al aire libre para rescatar a España de las garras de sus enemigos seculares. Era el cerco de quienes suponían que habíamos hecho la guerra para que ellos pudieran seguir disfrutando del privilegio mientras el pueblo permanecía desposeído de casi todo. Era también la lucha generada por la envidia, por las pasiones que nos

apartan de las grandes ocasiones históricas. Pero si el familiar silbido de las balas no nos había detenido, poco iban a lograr los geniecillos de la confusión y el desorden. Nosotros no dejamos la revolución «pendiente», tópico que parte de la ramplona interpretación de un dictamen joseantoniano: José Antonio dijo con rigurosa exactitud histórica que España tenía una revolución pendiente. El régimen surgido bajo la capitanía de Francisco Franco la abordó profundamente: lo social, lo industrial y lo agrario fueron la cumbre de una operatividad política desconocida que le ofreció a España, cuando menos hasta la Ley de Reforma Política de 1976, una edad de oro y que transformó la amarga faz de nuestro pueblo en el rostro sonriente del mejor tiempo vivido a lo largo de muchos siglos de historia. Esa idea tan concreta, síntesis de muchas horas de meditación, me obligó a desoír los pequeños conflictos internos, para poner en marcha la parte que me había confiado el mando. El Caudillo jamás me puso una pega, aunque a veces yo veía que mis prisas y ambiciones jóvenes por alcanzar nuevas metas para la España trabajadora, ponían en su mirada un gesto de responsable preocupación. Siempre me dijo: «¡Adelante!» Jamás paró mis iniciativas. En el Movimiento era otra cosa.

VIH/Tiempo de paz, tiempo de amar

Y sobre los cielos de Europa cruzaron los últimos cañonazos del combate.

La guerra en Europa había terminado. El suicidio del búnker dejaba caer, pesado, trágico y oscuro, el telón sobre el escenario de la tragedia. Las explosiones nucleares de Hiroshima y Nagasaki hicieron que un escalofrío de asombro y terror corriera por la epidermis del mundo entero. Se abría una era nueva sobre la que los hombres de entonces estimaban toda suerte de predicciones futuristas. Recordaba yo en aquellos días las lejanas explicaciones que me ofreció Franco en mi visita a Burgos de junio de 1939. En Europa y África la guerra había transcurrido tal y como él la previo. No sé si existirá alguna otra referencia de alguien a quien el Generalísimo le hiciera partícipe de su criterio sobre el conflicto que se avecinaba... Puedo dar fe de que todo cuanto puntualizó se había cumplido.

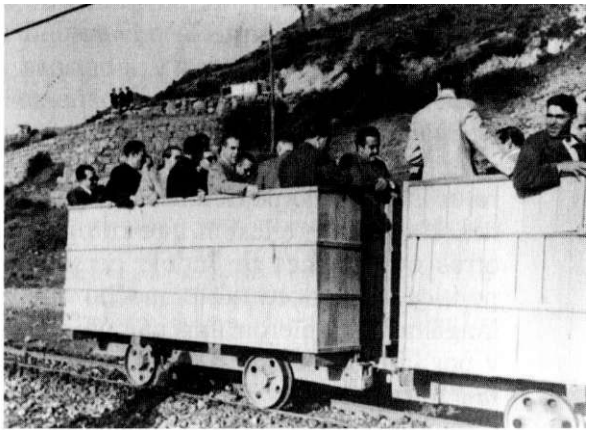
Tal vez por eso el Generalísimo permanecía en aquellos días de 1945 atento al acontecer del mundo, pero visiblemente despreocupado y sonriente. Muchos recordarán que la guerrilla infiltrada, en nuestras serranías y el terrorismo subversivo habían acelerado su actividad. Nadie en el Consejo de Ministros conocía la marcha de aquella guerra sorda que duró hasta el inicio de la década de los cincuenta. El pueblo español —el que estaba sin reservas con Franco y el que había advertido en su figura, y en su obra, un propósito de noble empeño político— miraba al mundo con temor. Pero con el instinto españolísimo de crecerse ante la adversidad. Fue antes de iniciarse la primavera de 1945 cuando se produjo en Madrid el asesinato de dos falangistas en un modesto centro del Frente de Juventudes, de Cuatro Caminos, en la calle Ávila, creo recordar. Mora y Lara se apellidaban aquellos hombres: el primero ocupaba un modesto puesto en la Jefatura Política del distrito; el segundo, era conserje del local. Nuevamente el

adversario elegía a dos hombres de la Falange para fertilizar con su sangre la tierra de la España prometida. Él gobernador civil y jefe provincial de Madrid, Carlos Ruiz —el inolvidable y heroico general, con quien mantuve una sincera amistad a lo largo de toda mi vida—, se limitó, con una austeridad espartana, a convocar a la Falange de Madrid al entierro de los dos caídos, cuya capilla ardiente se instaló en la Jefatura Provincial, en la calle García Gutiérrez esquina Génova. Jamás pudo pensarse en la reacción del pueblo madrileño, en admirable gesto ante una convocatoria a la que apenas si había sido invitado. De pared a pared, el paseo de la Castellana acogió, creo yo que a la mayor parte del vecindario. Fue una manifestación clamorosa, airada. En los rostros de las gentes se podía adivinar que no estaban dispuestos a tolerar nuevos quebrantos a la paz y a la victoria ganadas con tanto esfuerzo.

El día uno de abril se celebraba, como todos los años, el desfile de la Victoria en ese mismo paseo de la capital de España. La tribuna del Jefe del Estado quedaba situada en la desembocadura de la calle Ortega y Gasset, frente al palacete del Marqués de Riscal, donde tuvo Falange Española durante algún tiempo su sede y que en 1945 estaba ocupado por la Delegación Nacional del Frente de Juventudes. El rumor, tan consustancial a nuestras propias características, había invadido por «el todo Madrid» la especie de que el Caudillo ante la situación de emergencia que parecía vivirse, acudiría al desfile en coche blindado. Fue una mañana primaveral, admirable, despejada, cuando el clamor de la muchedumbre ganaba las más altas cotas registradas en aquel tiempo: el Generalísimo inició a caballo la revista de las fuerzas que le rendían honores y de las unidades que posteriormente desfilarían ante su tribuna. Cuando concluyó el desfile, la muchedumbre se dirigió a la plaza de Oriente que aquel día inició la tradición de tantos y tantos encuentros entre Francisco Franco y su pueblo.

Ese día, sin embargo, fue el último en el que participaron las unidades de Falange Española, guardia de Franco y Frente de Juventudes en la parada conmemorativa de la victoria de las armas nacionales. Los hombres de Falange Española iban a prestar a España un doloroso servicio: el discreto apartamiento de Falange Española del paisaje público. Sólo el Frente de Juventudes, a fin de cuentas organización juvenil, mantendría dignamente la presencia de nuestras camisas azules, de nuestras banderas y de nuestras canciones en las ciudades, en los pueblos y en los campos de España.

Hasta el 31 de julio de 1945 no fue posible la celebración de mi matrimonio.



Llegué a la conclusión de que la acción del ministro tenía que estar donde estuvieran los trabajadores y no en un despacho recibiendo saludos y comisiones. Conque cogí el portante y la media manta y, después de trazar como un joven capitán, que aún lo era, su propio plan de operaciones, elegí como primer destino las cuencas mineras del Norte.

La Secretaría General del Movimiento lanzaría su última consigna antes de la crisis de julio de ese mismo año: «¡Amamos los tiempos difíciles porque ellos harán la depuración de los cobardes!» Francisco Franco reorganizó el gobierno y, como digo, Alcalá, 44 se quedó sin titular. Raimundo Fernández-Cuesta, ministro de Justicia, despachaba los asuntos del Movimiento en el Consejo de Ministros. Las delegaciones nacionales permanecían a las órdenes de un vicesecretario general: Rodrigo Vivar Téllez.

Yo estaba absorbido en el Ministerio de Trabajo. Vivía, sin embargo, con la máxima atención el discurrir político. No quiero seguir adelante sin sacar de esta anotación la lección ética y moral que ofreció Falange Española en ese tiempo. Los falangistas fueron punta de lanza en la lealtad que rodeó al Caudillo ante la adversidad que se avecinaba. Fueron la vanguardia tenaz y laboriosa del gigantesco retablo, que sobre la amarga faz de España se levantaba para un tiempo mejor y fueron por último los atentos centinelas para que al amparo de la noche y de las sombras el enemigo no pudiera asestar un golpe definitivo a la esperanza del pueblo español. Hago esta reflexión interrumpiendo, bien sea brevemente, otras evocaciones de índole personal o de inferior categoría política, para decir sin empacho que en aquellos años los falangistas escribieron una página épica en la lucha por la paz y por la independencia, más amenazada que nunca, de España. Eran otros los que empezaron a crear interferencias, aquí y allá, los que buscaban «soluciones estables» a lo que ellos suponían la inestabilidad que cercenaba el régimen de Franco. Eran otros los que urdían pactos y maquinaban componendas para subsistir con lo que viniera. Franco había dicho unos años atrás que creía en España porque creía en la Falange; con más razón hubiera podido decirlo en aquellos instantes en que los falangistas tenían que renunciar a cuestiones legítimamente conquistadas en servicio, ¡nunca mejor dicho!, del bien común. Todo aquello tuvo, claro está, su parte tragicómica, como acontece en todas las grandes coyunturas de la historia. En aquel abril de 1945 que Franco inauguró desfilando a caballo por el paseo de la Castellana, un grupo de procuradores en Cortes, de filiación monárquica, se disponía a servir al interés de don Juan de Borbón, con olvido del compromiso que, como tales procuradores en Cortes, tenían con el Caudillo. Franco tuvo en su cabeza desde el primer momento el propósito de la restauración y posibilitó, como

tiempo después se vería, el retorno de la Casa de Borbón al trono de España. En este instante de la narración deseo expresar, sin rodeos, algo que creo haber dicho en otra ocasión: para mí estuvo absolutamente claro que el Generalísimo, a despecho de este o aquel grupo monárquico y de cualquier tendencia ideológica dentro o fuera del Movimiento Nacional, llegada la hora propondría para su sucesión un rey. Si los comentaristas, tan dados a hablar, en ocasiones de oído, o movidos por pequeñas o grandes pasiones, observaran que una de las primeras disposiciones del gobierno de Franco, cuando se rozaba con los dedos el final de la contienda, fue la derogación de la condena que, dictada por las Cortes Constituyentes de la Segunda República, pesaba sobre don Alfonso XIII y sus descendientes, me darían la razón.[1] No es de

1. «Las Cortes Constituyentes declaran culpable de alta traición, como fórmula jurídica que resume todos los delitos del acta acusatoria, al que fue rey de España, quien, ejercitando los poderes de su magistratura contra la Constitución del Estado, ha cometido la más criminal violación del orden jurídico del país, y, en su consecuencia, el Tribunal soberano de la nación declara solemnemente fuera de la ley a don Alfonso de Borbón y Habsburgo Lorena. Privado de la paz jurídica, cualquier ciudadano español podrá aprehender su persona si penetrase en el territorio nacional.

»Don Alfonso de Borbón será degradado de todas sus dignidades, derechos y títulos, que no podrá ostentar legalmente ni dentro ni fuera de España, de los cuales el pueblo español, por boca de sus representantes elegidos para votar las nuevas normas del Estado español, le declara decaído, sin que pueda reivindicarlos jamás ni para él ni para sus antecesores.

»De todos los bienes, derechos y acciones de su propiedad que se encuentren en territorio nacional se incautará, en su beneficio, el Estado, que dispondrá el uso más conveniente que deba darles. Esta sentencia, que aprueban las Cortes soberanas Constituyentes, después de sancionada por el gobierno provisional de la República, será impresa y fijada en todos los ayuntamientos de España y comunicada a los representantes diplomáticos de todos los países, así como a la Sociedad de las Naciones.»

Ocho años después (20 de diciembre de 1938) el *BOE* publicaba la siguiente ley de la Jefatura del Estado:

«La ley de las Cortes Constituyentes de la Segunda República, de veintiséis de noviembre de 1931, por la que se declaró culpable de alta traición y privado de la paz jurídica a don Alfonso de Borbón y Habsburgo Lorena, adolecía de tan sustanciales defectos formales y de tan radicales vicios de fondo, que, cual ha ocurrido con otros textos de la misma procedencia y análogas circunstancias, no necesitaría una explícita revocación. Pero la injusticia notoria de sus disposiciones y de otras dictadas con igual propósito por el poder público, exige la promulgación de una ley como la presente, en que se reconozca la nulidad de aquellas resoluciones, para que puedan deducirse y aplicarse las consecuencias prácticas de dicha nulidad y pueda darse a ésta la publicidad que el caso requiere.

»En su virtud, DISPONGO

nArtículo primero. Se declaran nulas y dejan sin efecto la ley de las Corles Constituyentes de la Segunda República, de veintiséis de noviembre de mil novecientos treinta y uno, por la que se declaró culpable de alta traición y

extrañar que en 1945, ante el oportunismo de quienes eran parte integrante del Estado nacional que iba construyéndose en favor de una restauración improvisada y oportunista, el Caudillo se sintiera irritado ante aquel cabildeo poco digno en medio de la grandeza histórica que se vivía. En el Ministerio de Trabajo seguía ocupando la Subsecretaría Esteban Pérez González. Pues bien, de pronto, una mañana de aquel abril inolvidable entró en mi despacho y me puso la dimisión... La jugada estaba clara: conectar con aquel grupo de procuradores en Cortes adeptos a don Juan y, de paso, sacudirse el polvo que el masivo azul de aquel caserón de la calle de San Bernardo, donde residía el ministerio, no le empañara el futuro. Fui demorando la aceptación por unos días y cuando comprendí que Franco había resuelto el «problema» de los procuradores, le llamé y sin más le dije:

—Comprendo que no puedo retenerte y ya he resuelto tu relevo. Tu dimisión ha sido aceptada.

Se puso pálido, porque naturalmente ya no quería cesar. Empezó a resisitirse, y yo a mantenerme rigurosamente firme en mi posición. Don Eduardo Aunós hizo todo lo posible para que permaneciera Esteban Pérez González en la Subsecretaría de Trabajo y yo empecé a sentirme discretamente molesto con las presiones. Total, que una tarde me dijo Aunós, refiriéndose a Esteban Pérez González:

—Mire usted: no sólo es subsecretario; es que su condición de alto funcionario de Trabajo le otorga unas condiciones extraordinarias para que usted le mantenga. De algún modo es la cabeza del ministerio...

Interrumpí secamente al bueno de Aunós:

---

privado de la paz jurídica a don Alfonso de Borbón y Habsburgo Lorena, así como las demás disposiciones anteriores o posteriores, por las que se produjo limitación o expoliación en su patrimonio privado, o en el de sus parientes por consanguinidad y afinidad dentro del cuarto grado.

»En consecuencia se le restituyen todos los derechos que en su calidad de ciudadano español le corresponden. Y se ordena se le reintegren, así como a los parientes citados, en propiedad o en posesión, según el carácter con que antes los disfrutaran, todos sus bienes, derechos y acciones de que fueron despojados, por las mismas u otras disposiciones.

nArtículo segundo. A esta ley se dará la misma publicidad que se ordenó se diera a la que se anula de veintiséis de noviembre de mil novecientos treinta y uno, debiendo notificarse a los mismos organismos y personas.

nArtículo tercero. Por los ministerios que corresponda se dictarán las disposiciones complementarias para la aplicación de los artículos que anteceden.

»Así lo dispongo por la presente ley, dada en Burgos a quince de diciembre de mil novecientos treinta y ocho. III Año Triunfal. FRANCISCO FRANCO.»

—Pues sí, señor: será la cabeza, las piernas y las manos del ministerio; pero los cojones son los míos.

Así resolví el problema que, como se habrá advertido, estaba determinado por una actitud poco caballerosa de mi colaborador en su posición respecto al Jefe del Estado en aquel momento de zozobra y de temor. Carlos Pinilla sustituyó en la Subsecretaría al cesado Esteban Pérez. Carlos Pinilla era abogado del Estado y falangista. No procedía de la Vieja Guardia, aunque andando los años fue su cabeza visible. Pero en su honor hay que decir que, con una brillante carrera y mucha juventud por delante, se fue a la División Azul de «guripa)). No sé si se daría otro caso como el suyo: un abogado del Estado se enrola de escuadrista para hacer la durísima campaña del este de Europa.

El lector va a perdonarme que cierre esta primera evocación de la década de los cuarenta, justamente en 1945, para tratar de fijar uno de los momentos más difíciles de aquel tiempo. Luego tendré que volver al inicio de aquellos años para seguir con la ilación en aquello que más cerca me tocaba: la política social proyectada y la política social ejecutada desde el departamento. Volvamos, pues, al sofocante verano de 1945. Junio había traído la paz a Europa. Sólo se combatía ya en el Lejano Oriente, aunque los pepinazos de Hiroshima y Nagasaki estaban al caer. Del mismo modo a como aquel grupo de procuradores en Cortes inició sus movimientos para ((resolver» la amenaza que se cernía sobre España, y de igual modo —ya lo he dicho— a como la Falange, aparentemente «hibernada» apretaba filas en la lealtad a Franco; los sectores vencidos en la contienda, con la colaboración de los vencedores en Europa —o del gran vencedor en Europa, Stalin—, se disponían a poner en marcha un frente antifranquista para concluir con la España que había renacido de sus propias cenizas; en las filas del aparato político oficial, compuesto siempre por la participación de las distintas familias ideológicas que colaboraron en la guerra civil, empezaron a ponerse nerviosos. O a sentir miedo. Vamos, pánico, ¡para qué andar con eufemismos! Al terminar una reunión del Consejo de Ministros se me acercó don Demetrio Carceller y me dijo:

—¿Puedes venirte conmigo en el coche a Madrid?

—Sí, pero ¿por qué?

—Quiero hablar contigo y creo que el mejor sitio puede ser el automóvil.

Salimos del recinto del palacio de El Pardo y el automóvil, con la divisora de cristal subida, enfiló hacia Puerta de Hierro. Empezó Carceller a dar vueltas a un tema que yo no entendía demasiado en cuanto a su fin se refería:

—¿Tienes seis hombres de confianza, dispuestos a todo?

—¿Seis...? ¡Seis mil! No te preocupes.

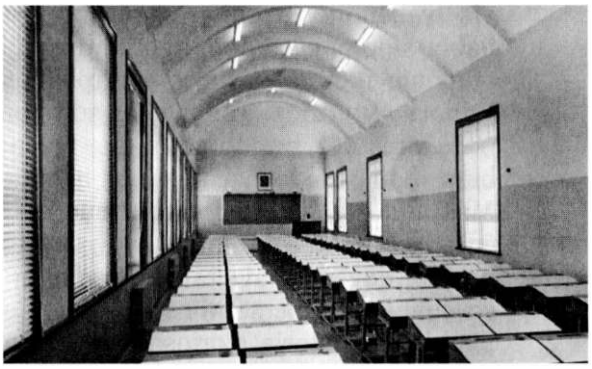
—¡No, no...! No me entiendes. Sólo necesitamos seis. Eso sí, de toda confianza. Hasta cruzar la frontera por Portugal. Lo tengo todo dispuesto.

Creo que me puse rojo de ira. No recuerdo exactamente lo que le dije. Habíamos llegado a la plaza de Colón y en medio de aquel conocido paisaje urbano, le pegué un bocinazo al conductor para que parase en seco. Me bajé del choche con un portazo ante los sorprendidos ojos de mi colega en el gobierno del Caudillo. Eché a andar hacia Goya, donde residía. Me quedaban pocos días, porque la fecha de mi boda estaba fijada para el día 31 de julio y no era cuestión de aplazarla porque las cosas estuvieran un poco feas. En ese orden existían para mí tres argumentos inamovibles: La confianza en la habilidad de Francisco Franco. La firme resolución de que no iba a darle la espalda al enemigo y que si en España las cosas se ponían feas, no los seis mil que le había dicho a Carceller, sino seiscientos mil falangistas estarían dispuestos a defender palmo a palmo el territorio de España. Y, por último, que no estaba dispuesto a que se estropeara mi boda con Josefa Larrucea.

Este episodio decisivo de mi biografía queda aquí reseñado por dos razones. La primera, por rendir el reconocimiento y la gratitud que debo a la mujer que ha compartido conmigo la vida. En segundo lugar, porque casarse en 1945, siendo ministro de Trabajo con treinta y cuatro años de edad y con la íntima sospecha de que de nuevo habría que coger el fusil, no deja de ser curioso. En 1943 conocí a la que iba a ser mi mujer y a su amiga Maruxa Vierna, hija del Almirante del mismo apellido. Hizo las presentaciones uno de los ocupantes de aquel entrañable «imperio» de Goya, 6. Nos habíamos ido a bañar a la piscina del canal de Isabel II y allí la vi por vez primera. Tengo que decir que me quedé sorprendido hasta el extremo de que ese mismo día le dije a Miguel García Rico:

La ramplonería con que la Delegación Nacional de Sindicatos operaba bajo la dirección de Sanz Orrio (en el centro de la foto).

Universidades laborales: Me apasionó la idea de su creación porque en ello veía posible la consecución de mi más profundo ideal falangista: acabar con la lucha de clases.



Franco, acompañado por el gobierno, desde el balcón del palacio de Oriente recibía complacido y emocionado la respuesta de sus gentes.

—Con esa mujer me casaría yo en quince días.

García Rico no se lo creyó demasiado. Tampoco fueron quince días, sino dos años. El proyecto del seguro obligatorio de enfermedad, junto con otros asuntos planificados en servicio del trabajador español absorbían de tal modo mi trabajo que hasta el 31 de julio de 1945, como he dicho, no fue posible la celebración de mi matrimonio. Fueron padrinos, mi padre, don Justo Girón y Gutiérrez, y doña María Samaniego, baronesa de Camporredondo, madre de mi mujer. La ceremonia religiosa se celebró en el palacio episcopal de Segovia, y bendijo la unión el obispo, don Daniel Llórente, que había sido el sacerdote que bautizó a la novia. Fruto del matrimonio fueron nuestros cuatro hijos: José Antonio, Javier, Eduardo y Carlos. Todos ellos son hombres de su tiempo, conocedores del mundo en el que viven; pero todos ellos, también, han sabido hacer honor a los apellidos que ostentan. Más allá del fraternal cariño que me une a todos, tengo que agradecerles el que jamás utilizaran su apellido en servicio propio, que mantuvieran la tradición ancestral de su estirpe en cuanto a saberse hijos de Dios, de España y parte de un pueblo de historia gloriosa que siempre eligió a sus mejores para el sacrificio. Especialísimo ejemplo tienen ellos de esta profunda verdad en su propia estirpe.

La familia Larrucea Samaniego estaba constituida en 1936 como perfecto arquetipo del hogar español: la fe, el honor, el valor, la verdad, la fidelidad en todo aquello en que se cree y en todo aquello que se ama. El padre, don José de Larrucea y Lambarri, abogado, un español vizcaíno, que solía decir que era tanto como ser dos veces español, porque sentía el orgullo de pertenecer a esa raza de hombres de más vuelo empresarial que dio España. La madre, doña María Samaniego y Martínez-Fortuni, pertenecía a una noble familia de Álava, de los altos valles del Ebro, donde se levantaron y aún permanecen en pie, los torreones primeros de la Reconquista. La familia residía en Segovia, porque el padre se ocupaba allí en negocios propios. Tres hijos varones y dos muchachas eran la gala de aquel hogar: Javier, teniente de artillería e ingeniero; Jaime, teniente de artillería e ingeniero, también; Carlos, abogado; María de los Ángeles y María Josefa. En los nombres de pila de los varones se adivina la tradición carlista de los padres. Los hijos fueron enlaces entre aquella tradición y un cierto pulso revolucionario en el que se adivinaba un posible resurgir de España. Los dos mayores encuadrados en el

Ejército. El más joven, consecuente con su generación y en el ambiente polémico de aquellos años, se sintió atraído por el verbo encendido y exacto de otro joven abogado: José Antonio Primo de Rivera. Ello no supone que se arriase en el hogar de los Larrucea una sola de las banderas familiares, pero con el aire juvenil de Carlos entró en aquel hogar el viento agreste de la Falange y se consumó, bajo la mirada patriótica del padre, la unidad que España exigía antes de que la impusieran los muertos. En este orden siempre he recordado un hecho sobrecogedor y quizá poco valorado en la historia del Movimiento Nacional: José Antonio Primo de Rivera fue fusilado en el patio de la enfermería de la Cárcel Provincial de Alicante junto a dos falangistas y dos requetés, cinco meses antes de que se promulgara en la España nacional el Decreto de Unificación que uniría para esa nueva reconquista de la patria, a lo mejor de la juventud española de esta o aquella procedencia.

He de insitir, por filial respeto a mis propios hijos, en el emotivo relato del sacrificio último de los varones de esta familia. Don José Larrucea y sus hijos Javier y Carlos fueron detenidos en San Sebastián. Javier, por ser militar y no haberse presentado a prestar servicio al Ejército rojo; Carlos, por ser falangista. Don José, por ser padre de los dos y por ser conocidas sus ideas políticas. Los gobiernos militares de Vizcaya y Guipúzcoa se disputaron estas presas. Trasladados a Deva, capital de Vizcaya, le ofrecieron a Javier el ascenso a comandante si accedía a mandar el fuerte de San Marcial o el de Guadalupe, que ya estaba siendo atacado por las fuerzas nacionales. Javier se negó. Previamente había recibido el acuerdo de su padre y de su hermano Carlos. Le dieron tres días para pensarlo mejor. La negativa fue rotunda. Llamaron a don José para que influyese en sus hijos y sirviesen al «gobierno de Euzkadi». Todo fue en vano. Don José permaneció en la misma honrada actitud de sus hijos. Nuevamente fue llamado Javier a presencia del gobernador militar de Vizcaya. Nuevamente le volvieron a formular ofrecimientos. Sus respuestas eran sencillas y elementales: él sabía lo que tenía que hacer y lo que arriesgaba haciéndolo. Y lo hizo. El *Cabo Quilates,* convertido en prisión y fondeado en el puerto de Bilbao, recibió a los tres prisioneros. Cuando cayó la noche fueron ametrallados en la cubierta. Se cree que Javier murió en el acto. La muerte de don José y de Carlos fue de una infinita crueldad: acribillados a balazos fueron arrastrándose el uno

hacia el otro hasta quedar abrazados. Sólo Dios sabe qué hermosas palabras se cruzaron entre el padre y el hijo menor. El padre murió a medianoche. El hijo, cuando empezaba a amanecer.

Por su parte, Jaime, el otro artillero de la familia, después de participar con bravura en el intento del levantamiento de Madrid, inició un trágico éxodo hasta ser localizado por miembros de la FAI. También se le pidió que se inscribiese en el ejército del Frente Popular. Jaime sabía lo que tenía que hacer, y lo hizo. Fue conducido a la «cheka» y soportó con una entereza que asombraría a sus propios verdugos, al tiempo que se negó a declarar sobre cuanto le habían preguntado. La tortura fue de tal grado que el bravo artillero murió en ella.

IX/Mejor realidades que esperanzas

En este viaje de la memoria por el tiempo el lector me permitirá que vuelva a la calle de San Bernardo, en Madrid, y al instante donde inicié mi gestión como ministro de Trabajo. La guerra endurece y madura a los hombres, los curte, los hace observadores... Estas y no otras razones fueron las que me llevaron a la conclusión de que la acción del ministro tenía que estar donde estuvieran los trabajadores, y no en un despacho recibiendo saludos y comisiones. Incluso, pensaba yo, en alguna ocasión tendré que hacer «novillos» y fumarme las reuniones del Consejo de Ministros o de la Junta Política, como quien se fuma un cigarro puro. He de añadir que, desde el primer instante, observé en Franco una tolerancia que, en buena medida, respaldaría mi acción política sin temor a los navajazos que me tiraba al cuello —lo diré de forma eufemística— la plutocracia que en España siempre tuvo mucha fuerza. ¡Con Franco no tanta! ¡Y siempre menos que la que ha tenido en doce años de gobierno del PSOE! La vida es así. O sea, que sin dejar de atender a las cuestiones más acuciantes de la vida política y desdeñando la ramplonería con que la Delegación Nacional de Sindicatos operaba bajo la dirección de Sanz Orrio, decidí, por lo que más urgía: conversar con los obreros. Después de todo, las Cortes Españolas no se habían constituido aún y no era cuestión de esperar a que trabajadores, técnicos y empresarios, tuvieran su propia representación en la Cámara Legislativa. Conque cogí el portante y la media manta y después de trazar como un joven capitán, que aún lo era, su propio plan de operaciones, elegí como primer destino las cuencas mineras del norte. Recuerdo que me reunía con ellos en los «chigres», sacaba un bloc del bolsillo, una pluma y en torno a la mesa empezaba las negociaciones. Me miraban entre sorprendidos y desconfiados. Yo me limitaba a tomar nota de sus necesidades más apremiantes... Era terrible la vida en la mina. Luego, para celebrar solem-

nemente la asamblea, los desafiaba a un «pulso» y nos tirábamos mucho tiempo en la faena. Tengo que decir y lo digo con la melancolía de las disminuciones impuestas por la edad, que jamás me tumbó el brazo ni uno solo. Ahora me lo llevarían alguno de mis nietos. Después de aquellas primeras reuniones, me vine para Madrid. Me fui al palacio de El Pardo:

—Mi general: esta gente es espléndida. Dura, maltratada... Quiero que su excelencia conozca sus peticiones más urgentes, porque luego en el Consejo de Ministros las cosas se complican lo suyo.

Franco contempló aquellas primeras peticiones. Luego me dijo:

—Mire, Girón; olvídese del Consejo de Ministros, salvo para las grandes leyes que proyecte. Lo urgente, que es mucho, sáquelo por orden ministerial. Usted encontrará siempre mi apoyo.

Qué más quería oír yo. Cuando cesé de ministro de Trabajo se habían promulgado algunas leyes y decretos de gran envergadura, pero se había legislado todo el edificio social de España con nueve mil órdenes ministeriales, firmadas por José Antonio Girón de Velasco y sancionadas por Francisco Franco Bahamonde. Pero sigamos.

En el segundo viaje a Cuenca, el cuaderno que me había guardado en el bolsillo para echarle el pulso al primero de los mineros, se había traducido en disposiciones publicadas en el *Boletín Oficial del Estado.* Volví a reunirme con ellos. Fueron más. Observé tres cosas; así, al primer golpe de vista: que había crecido, como digo, el número de interlocutores, que había satisfacción en algunas caras y rasgos evidentes de mala leche en otras y que entre los concurrentes, por si volvíamos a echar pulsos, habían metido de rondón alguno que ellos suponían invencible. De pronto levanta un tío la mano y me dice:

—¡Oiga! Quiero decirle que yo soy comunista.

—Lo siento por usted: se ha equivocado de camino, si es que espera algo del comunismo.

El hombre se quedó como desarmado. Lo mismo pensó que iba a llamar a la Guardia Civil. Así que le dije:

—¡Siéntese, hombre! Vamos a ver qué propuesta me trae usted mientras lleguen los suyos, ¡que eso va para rato!...

¡Qué buen tipo aquel muchacho! Y casi todos... Era gente bronca, acostumbrada a romperle las entrañas a la tierra, a partirse el alma en defensa del pan. Tengo que decir por fi-

1947 representa el avance prometedor de mis escuadras en pos de una revolución que yo no dejé pendiente. Tampoco sustituí el nacionalsindicalismo por el híbrido de sindicalismo nacional. Eso fue Pepe Solís (en la foto).

Siempre he pensado que a Manuel Rodríguez *Manolete* le mató Antoñita Bronchalo Lupesino, que le volvía loco...

Emilio Romero.

delidad a la verdad que yo inicié mi contacto con los mineros de una manera calculada, porque me di cuenta que ese obrero era el que más impacto dejaba en el mundo trabajador y porque lo que se conquistase socialmente tras el lastre de la revolución de 1934, produciría un impacto en todo el ámbito laboral español. Luego me fui a Valencia, con los portuarios que eran cenetistas en su mayoría; Sevilla... Pero el recuerdo de Asturias me gana la batalla en el corazón. Con ellos bajé a la mina y me metí a bastante profundidad. Tenía que andar con linternas mientras explicaban, como si uno no lo supiese, lo que suponía el grisú, el polvo de carbón, ¡todas las terribles trampas que tantas vidas se cobran! Era gente brava. Durante la revolución del año 1934 ellos habían practicado ya lo del kamikaze, que luego se inventarían los japoneses en la guerra de Asia. Hubo tíos de aquéllos que cogían una bomba de mano y no la soltaban hasta hacerla estallar en un sitio peligroso para el ejército; por ejemplo, en un camión de municiones. Cuando se convencieron de que el ministro no iba a Cuenca para probar su fuerza física con los más fuertes de la mina, ya tenía allí muchos amigos. En una ocasión, debía de ser cuando la guerra en Europa tocaba su fin, un grupo de «maquis», que sabían que yo iba a ir por allí, quisieron sorprenderme en una de las tascas donde me reunía con los trabajadores. Pero éstos, que naturalmente no hubieran denunciado nunca a sus antiguos compañeros enrolados en la guerrilla comunista, les enviaron un recado bastante contundente: «Si aparecéis por aquí cuando estemos con Girón, no os dejamos vivo a uno solo.» Me lo contaron mucho tiempo después. Era cierto.

Luego fueron ellos los que empezaron a venir por Madrid a verme en mi despacho. No solamente mineros de Asturias, sino obreros de toda España. A los cenetistas se los acusaba desde Francia de estar contemporizando con el ministro de Trabajo.

De aquellos cenetistas recuerdo especialmente a uno de sus cabecillas, llamado José María Chornet Capilla. Y le recuerdo especialmente por las reflexiones que me hizo antes de morir. Era un hombre duro, con un temperamento luchador y un sentido de la justicia fuera de lo común. Traté mucho con él. Cierto día me enteré de que estaba gravemente enfermo, a las puertas de la muerte, y me fui a verle. Él, que siempre se había declarado ateo, me hacía partícipe de lo que debía ser el resultado de una profunda meditación:

—El hombre es capaz de pensar, de crear; de luchar..., y cuando muere ¿se acaba todo? ¡Eso es imposible! Sería la peor injusticia que se le puede hacer al ser humano. ¡La nada, no! ¡La nada es mentira! Si he de condenarme, lo prefiero a la injusticia de la nada...

Reivindicaba el derecho a la otra vida, no con el argumento de la fe, sino con el argumento de la justicia. El suyo fue, sin pretenderlo, uno de los testimonios que más me han impactado a lo largo de mi vida.

Esta década de los cuarenta registra a escala universal los acontecimientos más importantes del siglo, hecha sea la excepción de la llegada del hombre a la Luna, cuestión que se produjo en julio de 1969. Para mí la década de los cuarenta, como para casi todos los hombres de mi generación, une a nuestra memoria el colosal esfuerzo realizado para poner a España en marcha después del brusco y traumático paréntesis de la contienda civil. El régimen en aquellos primeros años iba echando los cimientos de lo que sería luego el colosal edificio que pudo hacer viable, incluso, la denominada transición democrática. Superada la guerra, la ebullición latente del conflicto de Europa mantenía pequeños brotes de excitación política, aquí o allá. Uno de los más comentados, por el interesado propósito de un sector de la vida española, fue el incidente de Begoña. En realidad aquel triste suceso, que se cerraría con la ejecución de un falangista, tuvo motivaciones absolutamente estúpidas. Una bronca entre un grupo de falangistas y de requetés, una bomba de mano que por fortuna no causó ninguna muerte, ni ningún herido de gravedad, y, como digo, la interesada versión de los acontecimientos. El general Varela, a la sazón ministro del Ejército, asistía, dentro del templo, a la ceremonia religiosa, y cuando dio cuenta de los incidentes que se originaron fuera de la basílica le dijo al Caudillo:

—Contra mí no ha sido...

Pero, ¡siempre un pero!, alguien se acercó al oído del general para decirle: «¡Está usted loco!» Para decirle eso y muchas cosas más... De modo que desde ese momento Varela empezó a decir que se trataba del atentado a un príncipe del Ejército. Franco se cogió un berrinche importante, Serrano Suñer estaba desorientado y la Secretaría General del Movimiento, como casi siempre, desmarcada. Pero el hecho es que

Calleja, Rivadulla, Domínguez... y algunos otros fueron condenados a muerte. En esos días no hice otra cosa que ir y venir al palacio de El Pardo para tratar de salvar a los camaradas que querían fusilar.

Uno de aquellos días, mientras esperaba para entrar en el despacho de Franco, vi salir de él a don Valentín Galarza, ministro de la Gobernación. Salía sudando, congestionado, de tal modo perturbado que le pregunté la causa.

—¡Ah! Yo creo que las cosas importantes y graves —me contestó— hay que venir a decírselas a Franco, aunque no le gusten. Y he venido a decirle que como siga con esta política ya hay un grupo muy numeroso de generales que han hecho la guerra dispuestos a venir a El Pardo para exigirle el cambio de política, la disolución de Falange y el establecimiento de una dictadura militar.

—¿Y qué le ha dicho Franco? —le pregunté.

—¡Pues eso es lo que me descompone! —decía indignado—. Ni se ha inmutado, y me ha contestado: «Dígales que vengan, que los espero con la espalda pegada a la pared.»

Después entré yo y, efectivamente, el Caudillo no estaba alterado en lo más mínimo.

En el Ejército había malestar, como lo había en la Falange. Franco fue revisando cada uno de los casos: eran camaradas que se habían batido como leones en la guerra civil y en Rusia, miembros de la compañía que asombró al mundo con la gesta del lago limen. Uno a uno fueron indultados a toda prisa por el Caudillo. Pero también había un forcejeo de embajadas y la inglesa había denunciado con documentación abundante las actividades de espionaje de Domínguez. Éste fue el muro en el que nos estrellamos. Según parece, el expediente también estaba en manos que escapaban a nuestra influencia. La sentencia del Tribunal Militar fue ejecutada. Le quedaba luego a Franco resolver la tensión política: cesó a Vareta y a Galarza, ministro de la Gobernación, y, según parece, Luis Carrero Blanco, que no era ministro, pero que despachaba con el Caudillo por ser subsecretario de la Presidencia, le dijo a Franco:

—Creo que su excelencia ha resuelto la crisis de forma incompleta al cesar a dos militares, aunque uno de ellos esté al frente de un departamento civil. Esto hará que algunos digan, con perversa intención, que en este pulso entre el Ejército y la Falange usted se ha puesto del lado falangista.

Quienes sostienen esta tesis, atribuyen a Carrero Blanco

la sugerencia del cese de Ramón Serrano Suñer. Personalmente creo que, si bien Carrero Blanco pudo aconsejar al Generalísimo, el Caudillo aprovechó la oportunidad para quitarse de en medio a su cuñado. De hecho, como he dicho en una de estas anotaciones, el profesor Suárez Fernández, al relatar la crisis de 1941, anterior a estos acontecimientos, ya señala que la solución del Jefe del Estado pasaba por un discreto aviso, muy a la gallega, dirigido a Serrano Suñer. En cualquier circunstancia, el incidente se superó y yo pude volver a mi pacífica guerra de dar coherencia jurídica al propósito revolucionario de la Falange.

Para que pueda entenderse la labor que se realizó desde el Ministerio de Trabajo entre 1941 y 1956, tengo que ofrecer, inevitablemente, una breve explicación: yo me encontraba con una España trabajadora que había sido desposeída de casi todo lo poco que tenía y que además vivía el inicio de la durísima posguerra. Esto me obligaba en gran parte a operar sobre la marcha, tapando agujeros aquí y allá... Pero ya he dicho que cuando crucé el portalón del edificio que albergaba la sede del departamento, llevaba muy clara la idea de que el mando de la Falange —y el proletariado español, de paso— me exigirían la aplicación del concepto falangista de lo «social», que es tanto como decir, del hombre. Eso me llevaría a planificar y ejecutar operaciones a largo plazo.

El primer objetivo que me propuse fue dignificar moral, profesional y económicamente al trabajador. Para contemplar este principio de dignificación tenía que partir de la idea de que el trabajo no es solamente un medio de subsistencia, sino una actitud humana encaminada a empujar al hombre hacia una meta de llamamientos, ambiciones e ilusiones jamás alcanzada. Pero, como decía, tenemos en el primer plano necesidades de dignificación inmediata que nos hacían olvidar, de momento, cualquier finalidad lejana para sentirnos acuciados por ella. La primera y más urgente era el establecimiento del Seguro Obligatorio de Enfermedad. Había que cerrar el paso a la inevitable catástrofe que antes se cernía sobre el trabajador con la presencia de la enfermedad. Necesitaba un seguro que le proporcionara no sólo una asistencia sanitaria completa, sino también que supliera, hasta donde fuera posible, la falta de ingresos que el trabajador padecía durante su enfermedad.

Esta ley fue la primera y la que me costó más disgustos.

En primer lugar los médicos se opusieron porque creían que pretendía socializar la medicina y, por tanto, la profesión o más bien la clase médica iba a sufrir un considerable desprestigio. Nada más lejos. Después entenderían perfectamente todo el planteamiento y pude contar con su apoyo y colaboración. La mayor dificultad la encontré en el Instituto Nacional de Previsión, al que estaba asignado el Seguro de Enfermedad, que lo dirigía Jordana de Pozas. Éste tenía un meritísimo curriculum que le había puesto al frente del INP y le gustaba llevar las cosas con tranquilidad, demasiada para mi urgencia. Así que un día me fui a verle y le dije:

—El Seguro de Enfermedad tiene que estar funcionando dentro de cuatro meses (le di la fecha exacta).

Se echó a reír y me dijo:

—Ponle cinco años más...

—No me vale, va a ser este año.

A Jordana no le gustaron demasiado mis prisas, pero yo tenía claro que este tema no podía esperar y creé las «entidades colaboradoras», haciendo un llamamiento a las empresas que quisieran colaborar en la creación del seguro acatando unas normas determinadas, mucho más flexibles que las que podía imponer el INP.

A los cuatro meses el Seguro estaba en marcha.

Se distinguieron en la creación del Seguro Obligatorio de Enfermedad don Sebastián Criado del Rey, que desde el principio llevó la Caja del Seguro; don Ramón Díaz Fanjul, que llevó la dirección del Seguro y que más tarde ocuparía el puesto de Criado del Rey, y don Daniel Pérez Sáenz de Miera, médico militar de aviación, que pasó al cargo que Díaz Fanjul dejaba vacante. Como inspectores nacionales del Seguro, don José Gómez Sabugo y don Enrique Silva Reoyo. Los tres primeros recorrieron toda Europa para conocer el desarrollo de este seguro en los distintos países. Con esos conocimientos vinieron a España y se creó un seguro de enfermedad muy superior al que se disfrutaba en las demás naciones.

Otro punto clave en cuanto a la dignidad del trabajador, consistía en garantizarle la estabilidad en su empleo. Había que protegerle contra la injusticia en que un empresario podía incurrir, especulando con lo inseguro de su puesto de trabajo. La provisionalidad debía estar subordinada al carácter del trabajo que realizaba, no al capricho del empresario. Había quien argumentaba que el no poder prescindir de un trabajador en cualquier momento, fomentaba en los obreros la indo-

Para mí el año 1947 tuvo el trabajo añadido de acompañar durante casi un mes a doña Eva Duarte de Perón. (En las fotos, el autor con Eva Duarte y Carmen Polo.)

Eva Perón: «Allá creíamos que era el suyo un país de sotanudos y chupahostias.»

lencia y la vagancia, puesto que ya no existía el miedo a perder el puesto de trabajo. Para mí estaba claro que no se podía comparar el estrago causado por un obrero indolente con el estrago catastrófico que podía producir el despido injusto de un obrero al que se le privaba de la renta única para mantenerse a sí y a su familia. Si la empresa estaba defendida contra la huelga, el trabajador tenía que estar igualmente defendido contra el despido injusto.

En cuanto a la política de salarios, la meta era hacer realidad el salario del trabajador justo y suficiente para todo su núcleo familiar. Nuestras reglamentaciones laborales no iban dirigidas solamente a fijar el salario base. Establecimos los premios por razón de antigüedad; aumentos especiales por causa de la penosidad o peligrosidad de ciertos trabajos; pagas extraordinarias conmemorando la Navidad y el 18 de julio; remuneración del trabajo a destajo, primas por tarea y otras formas de remuneración mediante incentivo. De este modo se hacía al trabajador partícipe en los beneficios por aumento de producción y se incrementaba la condición del salario como renta del trabajo.

Para nuestra política laboral, la unidad no era el trabajador, sino él y su familia. Partiendo del principio del reconocimiento y protección a la familia como fundamento de la sociedad, vimos la necesidad de perfeccionar el subsidio familiar creado en plena guerra. Así, en 1942 establecimos por primera vez el «Plus de cargas familiares» o de «puntos», generalizado y unificado en 1945. La finalidad era procurar a todos los trabajadores, cualquiera que fuera su condición, una ayuda igual atendiendo al número de hijos. Había que tratar de que la prole numerosa, por otra parte tan necesaria para el porvenir de la patria, no produjera un desequilibrio en el hogar.

Establecimos la preferencia en materia de colocación a favor del cabeza de familia numerosa; preferencia para colocación en la empresa de los hijos y huérfanos de los trabajadores que trabajaban o habían trabajado en ella. En casos de reducción de personal por causa de crisis, establecimos también la preferencia de los cabezas de familia por orden del número de hijos; y en el caso de crisis de empresa y decretados los despidos competentes, los últimos en abandonar la empresa serían los cabezas de familia, y en el caso inevitable del despido de éstos la indemnización sería directamente proporcional al número de hijos.

Las familias numerosas eran preferidas para los economatos de las empresas que los tuvieran donde se proporcionaba a los trabajadores alimentos a precios inferiores a la tarifa oficial.

Se estableció la reducción y aun la supresión del impuesto por renta de trabajo y se creó el derecho a la matrícula escolar gratuita o semigratuita en todos los centros oficiales del Estado para los miembros pertenecientes a familias prolíficas.

Iniciamos la creación de los «huertos familiares» para dotar a las familias de pequeñas porciones de tierra de las que pudieran tener un suplemento para sustento. Para ello se parcelaron algunas antiguas fincas de señorío y se entregaron a familias campesinas dotándolas de maquinaria, aperos y fertilizantes y concediéndoles préstamos para poder hacer frente a los primeros años de explotación. Esto se consiguió de manera bastante satisfactoria en algunas zonas de Extremadura y Andalucía; sin embargo no se llegó a extender demasiado y no tuvo la resonancia de otras disposiciones porque no estaba regulado con carácter definitivo.

Otro objetivo fundamental era conseguir la cobertura universal de todos los riesgos y necesidades que pudieran referirse al trabajador y a su núcleo familiar. De este objetivo nació la Seguridad Social. Nos encontrábamos con que en España, en este campo, no había absolutamente nada, con excepción del seguro de accidentes y un tímido seguro de maternidad y otro no menos tímido seguro de vejez, conocido como «seguro de la perra gorda»; ambos más simbólicos que reales. Por tanto nos pusimos manos a la obra a crear todos los seguros, hoy de sobra conocidos. Además de los seguros sociales de vejez, enfermedades, subsidios, etc., tuvimos que ampliar la idea de seguro social a un tipo de prestación, que suponía un seguro contra el paro, originalmente española, motivada por los años de sequía que estábamos padeciendo. Este seguro especial se llamó PODFE (Paro Obrero por Escasez de Fluido Eléctrico). La tremenda sequía de cuatro años llegó a paralizar hasta el cero las fuentes de energía eléctrica. La famosa política de pantanos de Franco aún no había llegado a cristalizar y miles de pequeñas industrias dependientes para su marcha de la energía eléctrica estaban abocadas a la desaparición si no se compensaba la falta de salario y se indemnizaba a los trabajadores por el paro involuntario.

Aparte de esto buscábamos afanosamente medios indirec-

tos de seguro contra el paro y el camino de la mitigación del paro mediante el trabajo, y no mediante la protección de un seguro; lo que nos llevó a la creación de la Comisaría del Paro, una institución de seguro indirecto. Esta comisaría, en relación con las Juntas Provinciales de Paro y a la vista de las necesidades evidentes y de paros reales concedía a fondo perdido a entidades municipales o a entidades de solvencia moral y económica cantidades importantes para la realización de obras que absorbían gran cantidad de trabajo de asalariados: caminos, carreteras, canales, obras de roturación, drenaje de aguas, escuelas, etc. ¡Estaba todo por hacer!

Era una fórmula provisional para resolver el problema de los desocupados, cuyos resultados no podíamos prever. Parte del torrente financiero de la Comisaría de Paro se desviaba hacia la construcción de viviendas urbanas y rurales, necesidad apremiante en España después de sufrir los estragos de la guerra.

Se nos planteaba otro problema. ¿Qué ocurriría con las prestaciones de jubilación, orfandad, viudedad, nupcialidad, natalidad y asistencia sanitaria en aquellos casos en que el Seguro de Enfermedad hubiera agotado su prestación reglamentaria de seis meses? Como respuesta a esto concebí la idea de las mutualidades y montepíos laborales, como las instituciones que prestarían esos servicios complementarios. El principio que informó su creación era un principio democrático: el de que el trabajador estaba capacitado para gobernarse en materia de previsión, sin riesgo de desviarse. En aquel tiempo era delegado nacional de Sindicatos Fermín Sanz Orrio, a quien le ofrecí la idea. Le ofrecí a los Sindicatos en la persona de su delegado nacional esa baza, y Sanz Orrio me respondió que «no estaba para esos trotes ni para esas fantasías». La respuesta no me conmovió nada y decidí hacerme cargo del tema personalmente. Aquello sí que fue la gran revolución. Tuvo un éxito formidable y los obreros lo entendieron perfectamente. Hubo quien quiso divulgar que los fondos de nuestra Previsión Social, representados en las reservas de los montepíos laborales, se sustraían a la economía nacional. Totalmente incierto. Salían de los trabajadores y de los empresarios, hasta el último céntimo.

El Servicio Nacional de Montepíos estuvo dirigido por don José Manuel González Fausto, al que más tarde sucedió don Luis Nozal López.

En el marco de las prestaciones de estas instituciones con-

cebimos un préstamo muy singular: el Préstamo Facial. Su nombre obedecía a su garantía: era el préstamo por la cara; sin avalistas, relación de bienes, ni todos los requisitos considerados necesarios para un crédito. Se trataba de que si un trabajador deseaba adquirir un préstamo para montar un negocio o una pequeña industria, se estudiaba su caso y, si su capacidad laboral, su capacidad emprendedora y la idea que presentaba eran satisfactorias, se le concedía. En la concesión del Préstamo Facial, nosotros no interveníamos; lo discutían entre empresarios y obreros.

El aumento de producción constituyó otra de nuestras grandes aspiraciones. Los años de escasez, de bloqueo, de estiaje en divisas y dificultades en todo orden nos enseñaron crudamente que lo peor que le puede ocurrir a un pueblo es tener que distribuir la miseria. Distribuir la riqueza no es problema. Lo difícil es que haya riqueza; lo difícil es aumentar la producción. Siempre ha existido pugna entre los partidarios de la distribución de bienes y los partidarios de la producción de bienes. La nuestra era una postura intermedia: se trataba de producir, de descubrir y de aplicar los mejores procedimientos para la obtención de las cosas necesarias. La apetencia de necesidades era cada vez mayor, por lo que el progreso en el descubrimiento tenía que ser mayor. Pero si algo veía con claridad era que de ningún modo este progreso podía ser exclusivamente material. Debía ser también un progreso moral, puesto que para el buen uso de los bienes de la civilización se requiere una preparación moral que no convierta los bienes mismos en esclavizantes de la persona y finalmente de la sociedad. Por tanto, teníamos que llevar conjuntamente una política de producción y una política de aumento de capacidad de disfrutarla. La primera quedó plasmada en nuestras reglamentaciones laborales, en el capítulo «Trabajo a destajo, prima o tarea de remuneración con incentivo».

De la segunda nació la idea de las universidades laborales.

Las universidades laborales pretendían ser una mezcla de escuelas de preparación profesional y de universidad para el obrero. Me apasionó la idea de su creación porque en ello veía posible la consecución de mi más profundo ideal falangista: acabar con la lucha de clases.

Siempre he tenido el convencimiento de que para acabar con la lucha de clases sólo existe una fuerza capaz de acortar distancias y fundir paredes aislantes: la cultura. La cultura entendida como el aire: de universal patrimonio.

Una vez atendida la primera «linea de flotación», es decir, las necesidades apremiantes del hombre: alimento, vivienda, vestido y asistencia sanitaria, creo que la igualdad de los hombres en la cultura es la única base sólida para la paz social; mucho más sólida que la que ofrece una igualdad económica, por otra parte imposible. El que proclama sólo el derecho al bienestar material, con secular criterio inmediatista, es un explotador de la ignorancia, porque, repito, la incultura puede transformar los bienes materiales en desgracias morales.

El trato continuo con los trabajadores me dio la seguridad de que la aspiración más profunda del proletariado era dejar de ser una clase. Cuando del proletariado se decía que apetecía más el poder que cualquier otra participación era porque así, los que interpretaban su deseo, pensaban arrancarles el poder y llevarlo en su nombre, puesto que ellos no estaban capacitados para ejercerlo.

Pero incluso la división de la enseñanza hasta entonces existente, en tres grados —primaria, secundaria y universitaria—, me parecía clasista porque la gran parte de la población no poseía ninguno de estos grados y la mayoría de los que poseían alguno, sólo tenía el primero, lo cual era insuficiente para la participación del hombre en la cultura de su tiempo y por tanto le hacía indiferente a ella, o incluso enemigo. Se hacía necesario dilatar el límite de la enseñanza del pueblo e incorporarlo a la tarea de la cultura desde cualquier sitio en que se encontrara: el taller, el campo, la mina, la nave. Había que mirar más allá de la preparación propia del trabajador para el trabajo que realizaba. Había que ponerle en condiciones de realizar misiones más trascendentales que le condujeran a participar en *toda* la vida de su tiempo. Esto ya era una meta superior a las conocidas hasta entonces.

Las universidades laborales darían a los futuros trabajadores una formación universal, una universalidad de conocimientos para conseguir esa participación (de ahí el nombre de universidad), y a la vez haría de ellos unos técnicos especialistas en distintos ramos: industriales, agrícolas, pecuarios, comerciales, de transportes, de navegación.

Se pidió a los montepíos laborales que invirtieran sus excedentes, una vez garantizada técnicamente la cobertura de sus riesgos normales, en levantar estos centros. Y así lo hicieron.

La primera universidad laboral fue la de Gijón. Su dirección la puse en manos de hombres avezados a la enseñanza:

El ministro secretario general, lorcuato Fernández Miranda, reunió n los directores de la Prensa y Radio del Movimiento, en la hostería ilcl **Valle de los Caídos, para decirles: «El señor Girón se ha puesto al borde del Código penal.»**

Franco dio cuenta al Consejo de Ministros de una oferta de Stalin al Jefe del Estado español para establecer relaciones con España.

En 1945 Ramón Serrano Suñer reclamaba el licenciamiento con honor, pero definitivo, de la Falange Española... (En la foto, con J. Ortega y Gasset.)

Juan Antonio Suanzes, a quien la socarronería del tiempo y un capitalismo de onzas en los calcetines, cupón y prudencia, apodaba «Julio Verne». (En la foto, junto a Eva Duarte y Carmen Polo.)

Arturlto Pomar, el niño genio que le echaba partidas de ajedrez a Franco.

los jesuitas. De la segunda, que fue la de Córdoba, se ocuparon los dominicos, cuya capacidad para enfrentarse con las necesidades del hombre y ayudarle a recorrer el camino de su perfeccionamiento estaba más que demostrada. La tercera universidad, en Sevilla, y la cuarta en Tarragona, la dirigieron hombres seculares dispuestos a hacer de su vida una inquietud por formar a la juventud y potenciar al máximo sus capacidades.[1]

Hubo quienes se obstinaron en no comprender adonde íbamos a parar con aquellos colosales edificios que, según decían, eran un lujo intolerable en una nación pobre. La victoria que buscábamos valía el sacrificio y los trabajadores lo comprendieron y lo apoyaron con sus montepíos.

Si un alumno de estos centros mostraba unas aptitudes especiales, una predisposición para una actividad que no fuera la de técnico con carácter general, la universidad laboral le daría la posibilidad de continuar su formación en una universidad del Estado; de realizar cualquier carrera universitaria que costearían las propias universidades laborales.

La tarea era delicada porque tenía que desarrollarse dentro de los límites del perfeccionamiento gradual y no caer en la pedantería de pretender formar seres excepcionales de una sola vez. Insistí siempre a los directores que tuvieran muy presente que la formación del hombre tenía que atender al inmediato pasado, al presente y al futuro. Cualquier procedimiento precipitado que rompiera el desarrollo a que ha de estar sometida la preparación intelectual, podía romper el equilibrio necesario entre un momento y otro y dar lugar a una formación desproporcionada que haría peor servicio al ser humano que la ausencia de este esfuerzo, creándole el falso convencimiento de estar en posesión de una cultura que podría llevarle al desprecio de sus orígenes y conducirle, sin duda, al resentimiento.

Tratábamos de dar fin a la división estudiante-obrero y hacer de la clase trabajadora también clase dirigente, y arrebatar no por la fuerza ni la subversión, sino por la fuerza de la razón, por la luz de la inteligencia, por la cultura, en suma, el centro de mando en la sociedad a una sola clase y ofrecérselo a la sociedad entera sin distinción ni privilegio.

1. La Universidad Laboral de Zamora había sido creada como escuela de formación profesional por Carlos Pinilla, poniéndola en manos de los salesianos por considerarlos suficientemente cualificados para dirigirla. Más tarde se incorporaría a las universidades laborales como una universidad más.

La firme decisión de incorporar a los trabajadores a la rectoría de todos los servicios sociales del país me llevó a la creación de los «jurados de empresa». Los jurados de empresa pretendían hacer realidad la participación del trabajador en la empresa como un miembro más, su participación en la dirección de la comunidad del trabajo, su intervención en los consejos de administración. A los empresarios, en general, no les gustó la idea y, en un principio Suanzes, seguramente influido por el capitalismo, trató de pararlo, pero el decreto de Jurados de Empresa se promulgó el 18 de agosto de 1947. Sin embargo había que ir despacio porque el obrero no estaba suficientemente preparado y podía verse arrollado dialécticamente, técnicamente por sus contradictores dentro del consejo de empresa; podía verse sumido en la mayor mudez, no entender lo que escuchaba o interpretarlo erróneamente. En 1953 empezó a funcionar en muchos sitios, tras haber hecho ensayos parciales sobre áreas de trabajo muy reducidas.

En cuanto a los problemas laborales que pudieran surgir de la relación entre obrero y patrono, siempre creí en la necesidad de la intervención del Estado. La inhibición de esta intervención da lugar a la resolución por querella en ambas partes, y la consecuencia sólo podía ser una: la lucha de clases con su trágica alternativa de dominio y dictadura, o la dictadura del dinero o la dictadura del número.

Nosotros reivindicamos la intervención del Estado partiendo de las reglamentaciones elaboradas en común por empresarios, obreros y técnicos y vigilando su cumplimiento mediante un sistema de sanciones en cada caso de infracción, cuya interpretación correría a cargo de los jueces y no a cargo de los litigantes. Para el capitalismo y el marxismo era muy conveniente que todas las cuestiones laborales se dirimieran por los protagonistas. El liberalismo capitalista, tan celoso del establecimiento de leyes y códigos, quería libertad para hacer lo que le diera la gana y además tener a su servicio el aparato represivo y la fuerza material. Por su parte, el marxismo ponía a salvo una de sus armas más queridas: la huelga.

En todos los ordenamientos laborales anteriores a nosotros, relativos a la jurisdicción contenciosa laboral, se entregaba tan delicado material a los tribunales mixtos, en los que no se hacía otra cosa que continuar la querella y resultaban inútiles. Rompimos con el pasado y creamos la jurisdicción judicial laboral, desempeñada por magistrados y jueces pro-

cedentes de la carrera judicial y fiscal. Contra su fallo cabía el recurso ante un tribunal supremo de carácter laboral.

Nuestros objetivos, expresados aquí a grandes rasgos, calificados a menudo de demagógicos o utópicos, quedaron respaldados por unas realizaciones que nada tuvieron de ficticio; y el hacer una relación de ellos responde a mi deseo de subrayar que todos nuestros logros sociales no fueron fruto de la gestión más o menos acertada del ministro de Trabajo, sino de la fe y aplicación de unos principios que, si muchos llamaron «socialistas» por el afán de liquidar la lucha de clases, por la ambición por lograr la justicia social y por la defensa de los intereses de los obreros, nosotros pretendimos que fueran más allá de los objetivos propuestos por el socialismo, imprimiendo en ellos una visión cristiana que no podía ignorar todos los valores espirituales del hombre.

La obra está de sobra estudiada y por mucho que la sepulten siempre servirá de testimonio acusatorio. Después de toda la matraca que le dieron al régimen de Franco, años después de que el Caudillo muriese en una cama de la Seguridad Social, la OIT reconocía, sin proponérselo expresamente, que el trabajador de mayor poder adquisitivo y dotado de mayor sistema defensivo fue precisamente el trabajador español durante el régimen político anterior... No quiero perder ni el buen humor ni la serenidad con que dicto estas palabras, ni dar rienda suelta al énfasis ni a la nostalgia. Permítaseme decir, aupado sobre mi alta cronología, que aquel muchacho del caserón de la calle de San Bernardo de Madrid puede hoy cerrar los ojos y contemplar los rostros de José Antonio Primo de Rivera y de Francisco Franco sin sonrojarse.

X/Una visita de gala: Eva Duarte de Perón

Nada podía esperar España de las potencias vencedoras en el conflicto universal y, sobre todo, en el conflicto europeo. Del mismo modo a como la represión en Francia alcanzó proporciones de terror —¡qué poco se ha escrito de esto!—, el gran vencedor de Europa, Stalin, a despecho de los generales Pathon, Montgomery y de aquellos que veían, con lógica militar, tan próximo, el peligro soviético, puso inmediatamente sus ojos en España. En España, en 1939, se había derribado el «muro de la vergüenza», ¡se había derribado cuando aún faltaban muchos años para que el poder comunista lo levantase en Berlín! El comunismo no había conocido ninguna derrota militar, salvo la que le propinó el Generalísimo Franco en el suelo de España... ¡Las carantoñas y las promesas de otros países aliados, como Inglaterra o los propios Estados Unidos, de nada nos iban a valer! Las Naciones Unidas dictaron su conocida resolución contra el régimen de España. Pero... se equivocaron. España venía de Sagunto, de Numancia y, sobre todo, de haber peleado inicialmente sin nada frente a todo para derrotar en nuestro suelo al marxismo que, al cabo de sesenta años, empieza a ser anatematizado por todo bicho viviente. Creo que fue Winston Churchill quien comentó: «Franco tiene la razón, pero yo como inglés no puedo dársela. Pienso de todas formas que la condena de las Naciones Unidas va a serle más útil que perjudicial. España no acepta injerencias en sus asuntos. Creo que hasta los antifranquistas se alinearán con Franco.» Era cierto. Un siglo atrás, Napoleón había escrito, como en el retazo de un dibujo, estas tremendas palabras sobre nuestro pueblo: «¡Nunca entendí a los españoles! Les llevé la modernidad, les puse un rey... Pero ellos sólo atendieron al agravio. Son hombres de honor y no pudieron ver otra cosa más que el agravio. Recordando su increíble bravura pienso que merecían mejor suerte.»

La condena puso en pie de bronca a España. La marcha

de los embajadores despertó la santa ira de este viejo pueblo, que se limitó a gritar por todo el territorio español una consigna con la fuerza de un trueno: «¡Si ellos tienen ONU, nosotros tenemos dos!» Franco, acompañado por el gobierno, desde el balcón del palacio de Oriente, recibía complacido y emocionado la respuesta de sus gentes. España seguía teniendo buenos vasallos; pero en esta ocasión tenía también buen señor. La manifestación del 9 de diciembre de 1946 fue la más importante manifestación que conoció España a lo largo de toda su historia. Y con Madrid, Barcelona, Valencia, Sevilla, Burgos, La Coruña, toda, toda España, clamó brava, resuelta, generosa y sin titubeos ante la amenaza que iba concretándose allende los Pirineos en un ejército voluntario, dispuesto a iniciar la invasión. Frente a aquella multitud de la histórica plaza madrileña, viendo el espectáculo, pensaba que los niños de 1936 eran ya adolescentes... Muchos de ellos, enrolados en las filas juveniles de la Falange, treparon por los árboles, se encaramaron a las farolas o a la estatua ecuestre de don Felipe IV. Cuando Franco terminó su breve discurso —¡nunca fue un orador brillante, ni siquiera un orador!—, el clamor era ensordecedor. Y se hicieron unos segundos de silencio, como en Montpellier, ante Pétain, el Caudillo, desde el micrófono instalado en el balcón, dijo:

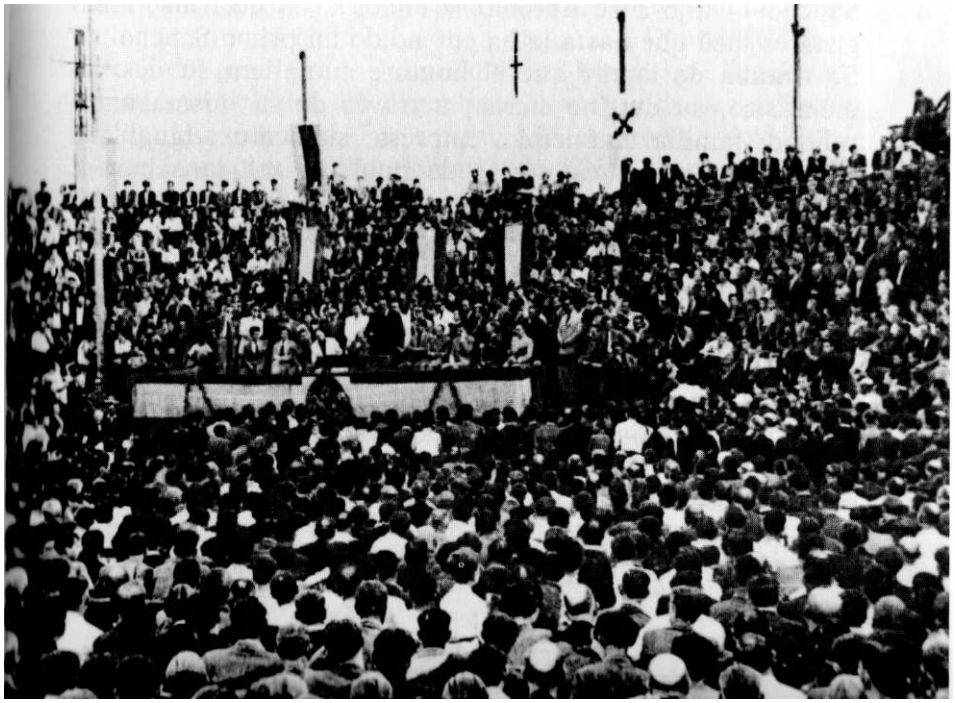
—¡Cantemos nuestros himnos!

El *Cara al sol* brotó de la plaza como un cañonazo cuyos ecos se contagiarían, como en una reacción en cadena, hasta en los más modestos lugares de España. No sé por qué —mejor dicho, sí sé por qué— me vino a la memoria el *Cara al sol* de Puerto Ventana, como me había venido el de Montpellier y el recuerdo de aquellos otros que iban marcando con el cuño de nuestros versos los jalones más decisivos en la conquista de un tiempo formidable. Cuando las últimas invocaciones subían al cielo de Madrid, pensé que la condena se quedaría, frente a aquella reciedumbre humana, convertida en papel pasado por agua... Sin embargo iba a retrasar el paso resuelto con que España había empezado a caminar. Un día de aquéllos, el ministro de Asuntos Exteriores, Martín Artajo, despachaba con el Jefe del Estado en el palacio de El Pardo. Estaba angustiado ante el cierre de fronteras y la cancelación de productos... El Generalísimo le escuchaba atento, y cuando su interlocutor aludió a que nos quedaríamos sin una gota de gasolina, Franco, impávido, respondió:

—Pues volveremos a la diligencia...

El autor hablando ante una concentración multitudinaria en Gijón, 1949.

El autor dirigiéndose al público concentrado en Ciudad Real, 1949.



La Falange, de cara al exterior, permanecía discretamente marginada. Franco no se exhibía con el uniforme de jefe nacional, salvo con el yugo y las flechas y los tres luceros de jefe nacional que jamás se los quitó de su uniforme militar. Como ya he dicho en otra ocasión, el Frente de Juventudes, en sus secciones de Aprendices, Rurales y particularmente en las Falanges Juveniles, iba preparando una generación bajo el santo y seña joseantoniano, a la que yo tendría un acceso directo cuando esa generación había cruzado holgadamente la mayoría de edad. Sin ministro secretario general del Movimiento, como también he explicado, desde la crisis de julio de 1945 y con Raimundo Fernández Cuesta en el Ministerio de Justicia, me propuse tres cosas: mantener mi absoluta fidelidad al jefe nacional, seguir desarrollando el esquema doctrinario del nacionalsindicalismo y no parar ni un solo día, ni un solo instante, en la obra emprendida desde el Ministerio de Trabajo.

Había que seguir apretándose el cinturón —frase típica y tópica de la época—, pero los puntos que se aflojaran se conquistarían —como que yo me llamo José Antonio— para mejorar la vida del español. El nacionalsindicalismo no era tan difícil como suponían servidores del egoísmo histórico... En una ocasión —y queriendo tratar con buen humor a su «primo Sancho»— dijo José Antonio: «¡Fijaos si la doctrina falangista es fácil que hasta la ha entendido mi primo Sancho!...» Se trataba de lograr que el hombre cumpliera su destino metafísico, su destino eterno, a través de su misma naturalidad: familia, municipio, empresa, sindicato... Igual que las venerables contestatarias de final del **XIX** lanzaban el «¡Abajo los consumos!», los falangistas del campo, del taller o la universidad pudimos lanzar este otro «¡Abajo los intermediarios!».

Para mí 1947 representa el avance prometedor de mis escuadras en pos de una revolución que yo no dejé pendiente. Tampoco sustituí el nacionalsindicalismo por el híbrido de sindicalismo nacional. Eso fue Pepe Solís.

Y lo que son las cosas: cuando había transcurrido mucho tiempo y ya se había echado demasiada agua liberal al vino de la revolución, le oí decir un día a Franco en presencia de otras autoridades:

— ¡Solís! Luz en la calle y la casa a oscuras.

1947 registró algunos acontecimientos dignos de evocación por una u otras razones: la promulgación de la Ley de Sucesión a la Jefatura del Estado, con el consiguiente referéndum nacional. El Jefe del Estado volvía a hablar desde el plano jurídico y legislativo y dejaba, sin lugar a dudas, abierto el camino para la monarquía. Los monárquicos, sin embargo, no estaban de acuerdo. No advertían las enormes dificultades que el Jefe del Estado encontraba para una operación que en aquel momento no contaba con la aceptación popular y que si aquella actitud podía superarse era por la rotunda confianza de los españoles en las decisiones de Franco. Nunca entré ni salí en los incidentes, en las discusiones o en las pequeñas conspiraciones de salón. Llevaba muchos años viendo de cerca a aquel hombre, para dudar de sus aciertos o para poner en tela de juicio su rigurosa firmeza cuando entendía que el bien de España le exigía algo, aunque ese algo no estuviera entre sus preferencias más íntimas o queridas. Por eso, y salvo el incidente con Pérez González en la Subsecretaría de Trabajo, jamás tomé parte en operación alguna, que con buena o mala voluntad hubiera entorpecido la fecunda labor del Caudillo.

También en 1947, como digo, sucedieron otras cosas: la más popular, aunque yo tenga mis reservas personales, o mis cuestiones de matiz sobre aquel asunto, fue la visita a España de la primera dama argentina, doña Eva Duarte de Perón, esposa del general don Juan Domingo Perón, que llevaba entonces a la práctica, en Argentina, el apogeo de la revolución de los descamisados. Ese mismo año se produjo accidentalmente la explosión del polvorín de Cádiz, con la práctica desaparición del barrio de San Servando, cuestión que me exigió trasladarme desde Málaga a Cádiz a petición del inolvidable Carlos María Rodríguez de Valcárcel, que era gobernador y jefe provincial del Movimiento en la ciudad siniestrada. Pocos días después *Islero,* un toro de Miura con un par de pitones bien puestos, acababa en la feria de Linares, Jaén, con Manuel Rodríguez *Manolete,* aquel torero de Córdoba... Tuve amistad con él y fue un espléndido colaborador durante el convenio entre toreros españoles y mexicanos. Murió, como he dicho, en la plaza de Linares de una cornada al entrar a matar a *Islero,* un Miura de padre y muy señor mío, aunque yo siempre he pensado que a Manuel Rodríguez

Manolete le mató Antoñita Bronchalo Lupesino, que le volvía loco... Un día entro en Chipén y me acerco a la barra. Allí estaba *Manolete,* con la mirada fija en algo que tenía en la mano. Al advertir mi presencia, respetuoso y cordial, me dice:

—Señor ministro, ¿cómo está usted?

—Bien, bien, Manuel. ¿Y tú?

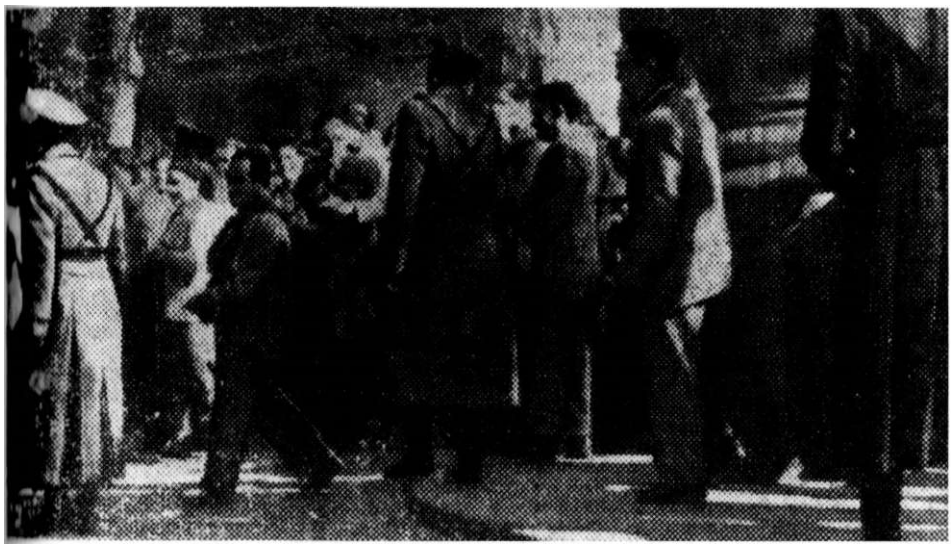
—¡Mal, señor ministro! Esta hija de puta me va a matar, no puedo vivir sin ella.

No sé qué le dije, pero tenía en la mano la foto de la popular Lupesino, novia del héroe de la tauromaquia, del triunfador, del millonario... Salía de Madrid para ir a torear a algún lugar cercano. Llamaba a la puerta; llamaba, pero ella, o le contestaba con un desplante desde dentro o no le contestaba. *Manolete* empezó a suministrarse anfetaminas hasta que la muerte —¡muerte digna de una gloria de la torería!— acabó para siempre con el embrujo. Llegó a tal influencia esta mujer, que durante una temporada en México le pidió al torero que le regalase un «tres cuartos» confeccionado con onzas de oro; cuando Camará, su apoderado, se enteró, tuvieron una bronca:

—Manuel, si se lo compras, te dejo. Esto es intolerable; pero ¿qué más quiere esa mujer?

Manolete guardó silencio. No mandó confeccionar el «tres cuartos» con las monedas de oro, pero, en compensación, le compró un juego de esmeraldas que valía un fortunón. Cuando ella tuvo noticia de la cornada y de la situación irreversible del diestro, se presentó apresuradamente con la intención de casarse con él *in articulo mortis.* La serena y recia actitud de Domecq lo impidió. Si no hubiera sido por la intervención del caballero del rejoneo, doña Angustias se queda sin un duro. Recuerdo que vino a verme a mí, con todo su indudable atractivo... La miré sonriente y le dije: «¿Con la mujer de un mito muerto?... ¡No, hija, no...!» Luego se marchó. Se casó con un mexicano que se llamaba como *Manolete:* Manuel Rodríguez, pero que la llevaba a punta de revólver de un lado para otro. Un día le descerrajó un tiro en el muslo. Tuvo un final terrible: murió de un tumor cerebral, siendo muy joven todavía.

Boda de Carmen Franco Polo con el marqués de Villaverde, en la que el autor fue el único testigo del gobierno, abril de 1950.



La huelga de la primavera del cincuenta y uno fue un fracaso para sus organizadores, pero un punto de atención, muy sensible, para quienes nos afanábamos en la gobernación del Estado.

El autor con su esposa, María Josefa Larrucea Samaniego, en la recepción del palacio de la Granja el 18 de julio

que consideré más oportunas y me dirigí a los gaditanos, que en aquella ocasión tenían una leche de avispa, y con razón. Luego algún miserable envió informes a Franco, señalando mi intervención en la tragedia como una intromisión con fines más o menos calculados. Me limité a informar —esta vez por escrito— al Jefe del Estado. Nunca supe lo que Franco pensó de todo aquello.

Para mí el año 1947 tuvo, sobre todo, el trabajo añadido de acompañar, junto con mi esposa, durante casi un mes a doña Eva Duarte de Perón. Recorrimos muchos lugares de España y tuve ocasión de presenciar cosas emotivas y cosas chuscas. El pueblo español la recibió con la caballerosidad con que solía y con el añadido de la gratitud por ser la primera visita de rango importante que rompía, sin escrúpulos y con valor, el bloqueo establecido por la ONU. El doctor Radío, embajador de Argentina en España, la acompañó también a lo largo de ese viaje, del que nacería el protocolo Franco-Perón. En todo lugar, Eva recibió el cariño del pueblo español. Se contaban también mil cosas de las cuales podían ser ciertas doscientas cincuenta, si se sigue el sabio proverbio eclesial: «En dinero y santidad, la mitad de la mitad.» Pero sí existen avales suficientes para dar por cierto el hecho de que, conocida la intención de don Juan Domingo Perón de enviar a su mujer a España en visita oficial, el presidente de los Estados Unidos de Norteamérica, Harry S. Truman, telefoneó al mandatario argentino, para solicitar información de por qué rompía el cerco de forma tan ostensible. Perón se limitó a responder:

—Yo no pregunto al señor presidente de los Estados Unidos dónde envía de viaje a su esposa: ni acepto que el señor presidente de los Estados Unidos se preocupe ele dónde viaja la mía...

Ella era una mujer bastante guapa. Si a ese «bastante» se le añade la estimación popular y el entusiasmo editorial con que se la contemplaba, el «bastante» quedará elevado cuando menos al cubo: era, pues, bellísima, aunque yo personalmente no viera nada de particular en ella. En rigor, Eva Duarte tenía en el proletariado argentino, en los ((descamisados» un fervor como jamás alcanzó otra dirigente política; pero ese fervor no le venía ni por ser esposa de Juan Domingo Perón» ni por ser una mujer ilustrada, que no lo era, o una agitado-

ra de masas tal **y** como el siglo **XX** ha contemplado a otras; era un magnetismo que prendía sin saber por qué. Yo he visto documentos filmados de grandes concentraciones peronistas donde las madres le tiraban a los chiquillos a los brazos en una especie de delirio colectivo, como poseídas por una misteriosa imantación. Eso era en Argentina, en España fue otra cosa, como digo. Se recibía a la primera dama en cuya persona, el pueblo de España, rendía homenaje a la nación Argentina. No hay que olvidar que la condena de España sólo la votaron en contra seis naciones, todas ellas de estirpe hispana.

El calendario de la visita fue extenso. La recibió Madrid, ciudad que le tributó un extraordinario homenaje, visitó El Escorial —desde el monasterio y la basílica del Imperio, hasta el frágil y hermoso campamento juvenil, situado en La Herrería y denominado desde su fundación, en 1940, Santa María—. Allí fue recibida por las autoridades de la Secretaría General del Movimiento. Fue José Antonio Elola Olaso quien, en presencia de los mandos del Frente de Juventudes y de las centurias de las Falanges Juveniles, diría: «Desde hoy, señora, este campamento adoptará el nombre de Campamento Nacional Santa María del Buen Aire, tal y como los españoles rotularon la hermosa ciudad bonaerense... En él se izará, junto a las banderas de España y del Movimiento, la bandera de Argentina, en memoria de vuestra presencia en esta tierra y en permanente y fraternal abrazo con nuestros hermanos del Cono Sur.» Se daba la circunstancia de que José Antonio Elola Olaso había nacido en Argentina, hijo de diplomático y navarro de origen. Tras la ceremonia en la pradera del campamento allí quedó para siempre por deseo de la Falange más joven, la bandera de Argentina. Luego visitó Medina del Campo, donde recorrió las instalaciones del castillo de la Mota acompañada por Pilar Primo de Rivera, delegada nacional de la Sección Femenina, y de la plana mayor de la organización de mujeres falangistas. Después fue a Granada; de Granada a Sevilla, donde rezó ante la Macarena. Por último a Barcelona, donde volvió a acudir el Caudillo acompañado de su esposa.

A lo que iba: el fervor popular no tenía las razones que movilizaban aquella ebullición en Argentina. Por deseo del Caudillo la acompañé a distintos actos en los que participaron obreros españoles.

Recuerdo que mientras íbamos en el coche hacia Montjúic, donde iba a celebrarse uno de estos actos, me preguntó:

— ¿Dónde está la masa?

— Se ha optado por hacer esta concentración en un sitio cerrado por evitarle a usted las situaciones desagradables (mareos, desmayos) que pueden originarse por el calor y la masificación excesiva...

No pareció muy conforme con la idea.

Iba espléndidamente arreglada y, reparando en lo ostentoso de sus alhajas, me permití sugerirle:

— Señora, creo que las joyas que lleva no son lo más adecuado para dirigirse a los obreros. Tenga en cuenta que en España estamos atravesando una etapa difícil y la vista de esas alhajas puede llegar a ofender...

Traté de explicárselo lo mejor que pude. Ella, sorprendida, me contestó:

— Pues en Argentina, cuando mis «descamisados» me ven dos días con el mismo traje, o sin joyas, me dicen: «Evita, ¿estás enferma?»

En aquel acto se largó un discurso sin levantar un aplauso. Para mí fue violentísimo. Yo hablé como telonero, como para darle paso y para que el auditorio entrase en calor. Pero cuando inició ella su turno, entre leer y hablar —creo que las notas las había preparado el padre Benítez—, el ambiente se enfriaba por momentos. Vi que empezaba a ponerse nerviosa y de pronto hace una especie de pelota con los papeles que llevaba en la mano y los tira. Se dirige a los obreros y dice, literalmente:

— ¿Saben ustedes presentes que tenemos que ser fieles a sólo esto? ¡Menos pobres, menos ricos y caiga quien caiga!

Nadie dijo nada.

Era una situación desagradable. Luego me decían algunos camaradas cercanos a mí: «Pero ¿qué es esto? ¡Y así habla a los "descamisados"! ¡Pero si es una chorrada! En breve contestación, les pedí que colaboraran más. Aquella mujer era la esposa de uno de los seis presidentes que se habían puesto frente al mundo por España y ya podía contarnos la historia de los siete césares o salir por soleares, para que nosotros nos rompiéramos el pecho aplaudiendo. Luego, más sereno, les dije: «Pensad que el nivel político y sociológico de Europa no es equivalente, particularmente en expresión, al de los pueblos hispanos.»

Después tuvo lugar un almuerzo en el que su natural espontaneidad le llevó a comentar la idea que había en Argentina sobre España:

Mi conversación con Su Santidad Pío XII no fue un éxito precisamente. El Papa se mostró frío, aunque yo tuve la precaución de no tocar el tema de las HOAC.

Mi gran asombro fue el encuentro con monseñor Montini, prelado doméstico de S. S., con quien sostuve un diálogo denso, tenso, comprensivo y hasta alentador. (En la foto, monseñor Montini, J. Ruiz-Giménez y el autor.)

En 1953 Rafael Calvo Serer, miembro del Opus Dei, elevaba la bandera de la tercera fuerza que, arrancando de la antigua «Acción Española», diese a la monarquía por venir el contenido doctrinal que necesitaba.

—Allá creíamos que era el suyo un país de sotanudos y chupahostias...

Habló del Papa, al que se refería como «el viejo pajarón reblandesío»... Su espontaneidad no nos cogía de sorpresa. Recuerdo que en otra circunstancia, en el transcurso de una conversación sobre la censura, en la que estaban presentes Franco y doña Carmen, había comentado directamente al Caudillo:

—Nosotros no tenemos censura, porque como no tenemos nada que tapar...

Pues bien, después de aquel almuerzo fuimos a visitar a la Virgen de Montserrat. Cuando aquella mujer entró en el templo, tuve la impresión de que se fue encogiendo, como si tuviera frío, conforme avanzaba hacia el altar de Nuestra Señora. Por otra parte no iba vestida según las normas de la época, en condiciones para entrar en el templo. Mi mujer se acercó y le echó sobre los hombros una chaqueta. Para que las gentes jóvenes que lean estas anotaciones se den una ligera idea de cuáles eran aquellas normas —y para que de paso se partan el pecho de risa contemplando las de hoy—, diré que la única discordancia en el vestuario de Eva Duarte y las normas eclesiales, era la falta de mangas en el vestido. En cualquier caso, cuando doña Eva Duarte abandonó España y pudo constatar nuestra situación en Europa, se convirtió, según algunos tratadistas, en una apasionada defensora de nuestra patria y de su régimen. Fue en algunos momentos indiscreta, y llegó a decir: «Cuando hablo con el Papa de la obra de Franco, Pío XII cambia de conversación.»

La vida de esta mujer quedará escrita de forma indeleble en el alma Argentina, como el peronismo. Paloma San Basilio, intérprete de la ópera *Evita,* ha hecho más por la estilización de aquella figura que deslumhró a su pueblo, que casi todos los exegetas de aquel tiempo. Los ingleses, que siempre han sido muy puñeteros, cuando la guerra de las Malvinas, arrancaron el desfile de la victoria con el tema musical, transportado a marcha militar, de *No llores por mí, Argentina.*

En el año 1947, claro está, pasaron muchas más cosas, pero por lo que a mí respecta, seguía en mi guerra, cumpliendo con fidelidad y en lo posible con antelación, las consignas del mando, recibiendo los hachazos del capitalismo y de algunos ilustres camaradas y con una preocupación que creía

que sabríamos vencer a largo tiempo... ¡Éramos todos tan jóvenes!... La falta de coherencia de los falangistas que, siendo base mayoritaria del sistema, en cuanto número, doctrina y penetración en las gentes, no teníamos como el resto de los grupos o familias políticas que colaboraron en el 18 de julio, una figura capaz de ejercer las funciones directivas del propio grupo falangista. Eso para Franco era más cómodo, desde luego, pero no era suya la responsabilidad. Insistiré una vez más en que el 19 de abril de 1937, Falange Española de las JONS había quedado acéfala por la brutal saña del adversario. Quizá por eso, andando el tiempo, vi en el Movimiento Nacional la posibilidad de que Falange Española fuese el eje de la concurrencia política, debidamente ordenada, pero también debidamente identificada: el mismo compromiso, pero cada cual con su nombre y apellidos.

Lo dije en Valladolid (4 de mayo de 1972, hecho del que hablaré en su momento con la debida extensión) y me entendieron tan bien, que cayó sobre mis pobres espaldas una lluvia de palos. Sólo Franco comprendió y, como tantas veces, animó mi intención. Pero el ministro secretario general, Torcuata Fernández Miranda, reunió a los directores de la Prensa y Radio del Movimiento, en la hostelería del Valle de los Caídos, para decirles: «El señor Girón se ha puesto al borde del código penal.»

Días después de que yo supiese el jugoso dictamen de Fernández Miranda, el alcalde de Madrid, don Carlos Arias Navarro, al terminar una conferencia de prensa en el ayuntamiento, retuvo al periodista Antonio Izquierdo, mientras los demás abandonaban el despacho de la alcaldía. Culminaba por entonces Izquierdo una brillante etapa de su carrera de periodista y escritor político, como columnista. Arias Navarro le contó que había estado en una cacería con el Caudillo y que, durante el almuerzo, varios de los ministros que asistían a la jornada cinegética empezaron a lanzar alfilerazos al que suscribe, todos ellos relativos a la propuesta de apertura que yo había formulado en Valladolid. Aquello fue creciendo y creciendo hasta que, de pronto, Franco, que no había dicho una sola palabra, interrumpió su pacífica degustación de sopa y dijo en voz alta:

—Girón es un monumento humano a la lealtad.

Don Carlos Arias Navarro le contó a Antonio Izquierdo que desde ese momento hubo silencio y desorientación. El ci-

tado periodista, con quien mantengo una entrañable amistad, guarda en su archivo profesional datos muy sabrosos de aquellos días, a los que llegaremos a su debido tiempo. Lo anoto por curarme en salud, que es una buena práctica para que nada que pueda resultar cuando menos curioso, se volatilice como la rosca de humo del cigarro puro.

XI/Una Falange rediviva y joven

Hacía diez años que Radio Nacional de España había dejado de emitir el «parte» y «La hora de la España liberada», pero los españoles seguían llamándole «parte», aunque el «parte», en rigor, había concluido el 1 de abril de 1939. Los oyentes seguían aplicando el lenguaje bélico a los diarios hablados de Radio Nacional de España, por un mimetismo lógico y hasta por una intuición inconcreta: los españoles vivían el largo túnel que supuso nuestra posguerra, nuestra forzada posición de no beligerantes y nuestra neutralidad con honor durante el sexenio 1939-1945 en que se bate el mundo entero en la más cruenta guerra de toda la historia; y, por último, nos endosaron la condena impuesta por la ONU, por considerar que España constituía un peligro para la paz. En la manifestación de la plaza de Oriente de Madrid, de la que ya hablé en el capítulo anterior, unos cachondos izaron un palo pletórico de cebollas manchegas debajo de las cuales podía leerse este cartel: «¡Bombas atómicas fabricadas en Ocaña!»... Y, sin embargo, la guerra, en rigor, no había concluido ni en 1939 ni en 1945. Existen historiadores que sitúan el final de la guerrilla en la primavera de 1953, y es muy posible que así fuera. Lo que ocurre es que el maquis compartía desde dentro o desde fuera posiciones cercanas a la vida española. En el Pirineo llegaron a cercar a una unidad de división del ejército regular. Pero aquella guerra sorda fue resuelta heroicamente por la Guardia Civil y, ¡cómo no!, por voluntarios falangistas para operaciones muy especiales. Tiempo adelante, el excelente periodista y escritor Emilio Romero ganaría el Premio Planeta con *La paz empieza nunca,* en la que relata la impresionante intervención de un grupo de falangistas voluntarios y de guardias civiles en una de las operaciones definitivas contra el hostigamiento que el marxismo se empeñaba en mantener a la paz de España. Lo que probablemente no sabían los ma-

quis ni los marxistas, ni la resaca de la revolución y las guerras que se unieron a la condena de la ONU para llevarla hasta sus últimas consecuencias, fue que por aquellos años Franco dio cuenta al Consejo de Ministros de una oferta de Stalin al Jefe del Estado español para establecer relaciones con España. Solicitaba un determinado número de consulados, previstos estratégicamente, y, a cambio ponía en manos de Franco la ¡liquidación física, el exterminio! de cuantos comunistas estorbasen. «Este hombre —dijo el Caudillo en el Consejo— no sabe que para nosotros antes que comunistas son españoles.» Sabía el Generalísimo, por otra parte, que Stalin veía con profunda preocupación un hecho que resultaría evidente muy poco tiempo después: el mundo libre, Occidente, necesitaría reconocer que su único leal centinela había sido Francisco Franco. La reiterada negativa de España al pacto diplomático con la URSS originó las primeras campañas del *agit-pro* acusando a Estados Unidos y España de concomitancias imperialistas cuando todavía los vencedores de la segunda guerra mundial seguían considerando las cebollas como brillantes y olorosas bombas atómicas fabricadas en los arcanos de la España metafísica, en la España de don Alonso Quijano, el bueno...

Como todos los años, 1949, después del diario informativo, o «parte» de Radio Nacional, retransmitió por los cielos de España las doce campanadas del viejo reloj de la Gobernación: habían nacido los años cincuenta. La guerra fría iniciaba su escalada. No era tan bella como la guerra caliente, en el lenguaje italiano, pero efectivamente, era más cómoda. El zar rojo, Stalin, tenía puestos los ojos en el Lejano Oriente, donde MacArtur hacía su política de jaque mate y exclamaba iracundo: «guerra total a China y se nos habrán acabado para siempre los dolores de cabeza.» Un tiempo definitivamente duro y hermoso, austero y ejemplar se abría paso a empellones. Caían las cartillas de racionamiento, la obra social en la que tanto amor puse avanzaba imparable por el empuje de los propios trabajadores. También la industria española se expandía bajo la mano inteligente y cordial de Juan Antonio Suanzes, a quien la socarronería del tiempo y un capitalismo de onzas en los calcetines, cupón y prudencia, apodaba *Julio Verne.* Caía lentamente el telón de una singular década y en todos los terrenos de la vida las glorias juveniles empezaban a ma-

Eugenio Montes (en la foto) **recordó que José Antonio había rechazado constantemente la aceptación del término «fascista» para su movimiento.**

I os que creyeron que en 1945 Franco Iba a clausurar a la Falange, se habían quedado con tres palmos de narices.

Laureano López Rodó, por aquellos años, estaba a punto de dar su primer salto formal hacia el imperio del poder y de la gloria. (En la foto, con el príncipe Juan Carlos.)

durar o envejecer: Eizaguirre, Ipiña en el fútbol, que ya era el «deporte rey»; Arturito Pomar, el niño genio que le echaba partidas de ajedrez a Franco; Adolfo Torrado, Maruchi Fresno, Armando Calvo, en el teatro; Arruza, *Gitanillo de Triana,* en la tauromaquia; *Manolete,* desde aquella tarde del verano del 47, se había convertido en un símbolo del honor y de la bravura nacionales. Poco a poco caían las miserias y la penuria. El mundo nos contemplaba con cierta sorpresa, tanto como el turismo, cuyas avanzadillas tomaban posiciones en la Costa del Sol o en la Costa Brava. ¡Los años cuarenta acababan de morir!, y un tiempo nuevo se abría paso para España.

—¿Qué vamos a hacer con la Falange? —se preguntaban muchos falangistas por aquella época.

En cierto modo eso nos correspondía contestarlo a todos. Y en especial a Franco, que, a despecho de tanto consejero, de tanta sujerencia, de tanta iniciativa, desde 1945 no había permitido ninguna operación de licencia de Falange Española, incluida en estas sugerencias la de Ramón Serrano Suñer, que en 1945 reclamaba el licénciamiento con honor, pero definitivo, de la Falange Española...

Entro definitivamente en un pasaje de estos retazos de mi vida, tan vinculada entonces a la propia vida de España, en los que toda vuestra atención me va a parecer poca. He querido dar adrede un carácter difuso — ¡casi doméstico!— a unas anotaciones que ahora entran en su momento más delicado y complejo. Los años cincuenta asisten en España a muchas cosas, buenas y malas, mejores y peores. Pero asisten, sobre todo, a un gran pulso de la historia. Y ese pulso tiene que ser relatado con objeción, con sinceridad plena, de tal suerte que su realidad depurada de cualquier querencia personal, lo convierta en un relato apasionado. Durante la década de los cincuenta, como digo, iba a decidirse el destino de España. Cuando esa década terminó, la España que nos propusimos desde los lejanos días de las Juntas Castellanas de Actuación Hispánica o desde el glorioso amanecer del 29 de octubre de 1933, iba a ser distinta. En quince años, tras el deslumbrante «milagro español» que se había cocido en los hornos del esfuerzo y el sacrificio populares que se iniciaron el mismo día de la victoria, la fisonomía de nuestro pueblo cambiaría radicalmente. Es una historia difícil y está por desentrañar, con la torpeza de quien no tiene por oficio el de historiador, pero que tuvo el oficio de hacer historia,

trataré sólo a título de clarificación de dejar las cosas en su sitio.

Se había ganado una guerra increíble, se había superado una paz alegre y dolorosa, al mismo tiempo habíamos vencido a una resolución injusta de la ONU... Lo habíamos hecho todo; pero a la vez, habíamos hecho algo más difícil: sobre el querido y viejo solar de España se vislumbraba, ya airoso, el edificio de un *modus operandi* distinto en el que lo que importaba era servir y no ser servido. No sólo el entramado del estado social cuya construcción puso en mis manos Francisco Franco, sino en todos los otros órdenes de la vida —desde la política hidrográfica a la revolución industrial— se perfilaba ya el amanecer de un nuevo tiempo, perfectamente mejor que cualquier tiempo pasado. El adversario nos había combatido en las trincheras y le vencimos. Nos había combatido con la guerrilla y el terrorismo y mordió el polvo bajo el imperativo del estado de derecho... La conspiración, que siempre existió, fracasada en todos los frentes anteriores, se disponía a dar la batalla en España en un terreno inédito, porque el pueblo español había sido una piña durante la adversidad y la adversidad empezaba a quedar lejana. En 1951 se produjeron los primeros brotes de violencia laboral. El marxismo, que recibía significativas ayudas y consignas del exterior, entraba en el área de la agitación interior. Contemplados hoy aquellos amagos de huelga en Cataluña, Vizcaya y Madrid, resultan prácticamente inapreciables. Pero para un pueblo que había vivido en paz podía significar cuando menos la certidumbre de que no todo estaba ganado. La pertinaz sequía había desaparecido y la abundancia de las aguas ofreció, por vez primera, el hermoso espectáculo de los embalses llenos. Caía el racionamiento y nacía la abundancia. ¡Estábamos al borde de la sociedad consumista! Por lo que a Trabajo se refiere, el SOE había levantado ya sus primeras y sólidas residencias y ambulatorios: la legislación laboral protegía por igual a todos, sin dañar en exceso los intereses del patrono, en particular del patrono modesto. Las universidades laborales eran, como en el caso de Gijón, una portentosa realidad augural; los planes agrícolas tenían acotaciones específicas en el mapa de España y los pueblos de colonización empezaban a surgir como un añadido de modernidad a los viejos paisajes monótonos del agro. España empezaba a cobrar lo que había pagado en sangre. Por eso, acaso don José María Pemán escribiría en *ABC* uno de los más bellos artículos de esta etapa que estaba reclamando efec-

tivamente la lira de un poeta épico.[1] La huelga de la primavera del cincuenta y uno fue un fracaso para sus organizadores, pero un punto de atención, muy sensible, para quienes nos afanábamos en la gobernación del Estado. Se sumaba a esa inquietud otra naciente: la juventud falangista, los que fueron niños adolescentes y jóvenes en la gran operación for-

1. «Del lujo de la sangre al lujo de las flores.

»La Sociología es la ciencia —y la práctica— que más blanco presenta a la crítica. Por los dos flancos se la tirotea. Se la empuja porque no hace bastante y, en cuanto hace algo, ya se dice que es demasiado. Se quiere que transforme rápidamente el mundo y se pretende que no se la sienta, que ande de puntillas. Se la llama a voces para que evite la revolución y, a veces, se la critica por el poquito de revolución que ella necesariamente significa. Porque la Sociología, como su nombre indica actúa sobre la sociedad. Y la Sociología no la forman unos pocos; la forman todos: los beneficiados y los que han de contribuir al beneficio. La Sociología no tiene cuenta corriente propia en ningún banco. Ha de trabajar con las cuentas de todos. Y hay que darle. ¿Mucho? ¿Poco? No es ésa la medida. La medida es ésta: tanto como se le pide.

»En esta perplejidad de peligros, con tiroteo por un lado y por otro, yo creo que hace muy bien el sociólogo o el gobernante que se decide por el exceso. Tarea de sustancia y fundamento cristiano, le va muy bien un punto de locura. La Sociología —a pesar de su feo nombre híbrido— es, en el fondo, una construcción teológica de justicia y caridad. Debe ser una ciencia exacta sobre cuyos totales se echa el corazón por superávit. Dios es el último presidente de toda institución de previsión social. Y con Dios se hace siempre buen negocio jugando al alza.

»Al alza se ha jugado, con sueño y con poesía, en esta cadena de instituciones sanitarias —residencias, ambulatorios— que ha construido por toda España, con velocidad apasionada, el Seguro de Enfermedad. Preparados para el tiroteo, los realizadores de la magna obra han preferido el flanco de "¡qué locura!" al flanco de "¡qué cicatería!".

»Se ha ido resueltamente tras el establecimiento "modelo", con las mejores clínicas, los mejores aparatos, las mejores comodidades. Se ha ido con valor, a dar el pecho a los que parece que querrían que todo lo de los pobres fuera pobre. Un vaso con flores en la mesilla del enfermo; una "radio" empotrada en la pared, a su cabecera, parece que están gritando: "Criticadnos, decid que nos hemos vuelto locos de amor." Y se critica, efectivamente, la desproporción entre el establecimiento sanitario, donde la enfermedad se esquiva y perfuma y embellece, y la vivienda ordinaria del pobre, donde mil veces la miseria no ha sido del todo ahuyentada. Pero ¿no es esto desplazar la crítica de lo malo a lo bueno? ¿No es la vivienda —y no la residencia o el ambulatorio— la que tiene que sonrojarse? En cualquier caso, ¿el que murmura no ha jugado quizá su boleto en la lotería de aquel diario o comercio que ofrecía, como premio, un viaje a la Costa Azul, tan lejos de sus ordinarias posibilidades? ¿Es que no cabe en la Sociología esa dimensión humana —el sueño— que, desde niño, forma en el repertorio de las elementalidades tanto como el hambre, el frío o el dolor?

«Por eso en esa carrera de excesos impacientes, en este 18 de julio, ha llegado la hora de ese poético y expresivo bautizo nacional que ha rotulado las instituciones del Plan Sanitario con nombres de héroes caídos para eso: para que fuera posible, en paz y alegría, que la justicia terminara en Amor y la Ley en poema. Una lista de muertos magníficos va a coronar, como una guirnalda, los frontispicios de esas casas que luchan con la muerte. Porque fueron "caídos" en una guerra de liberación inevitable, hicieron posible un orden que impli-

mativa del Frente de Juventudes mostraba su abierta inquietud en todas las áreas de la vida donde se proyectaban —campo, fábrica, universidad...— por el malestar del retorno de la monarquía previsto desde el referéndum de 1947. Y por último la Iglesia... La Iglesia que iba a registrar el campanazo del Concilio Vaticano II no era indiferente a la infiltración de agitadores perfectamente determinados en las HOAC y en las JOC. Por aquellos días recibí un honroso encargo del jefe del Estado español:

—Girón, está usted designado para representarme en la ceremonia de canonización de san Pío X, en Roma...

No era necesario que el Caudillo me dijese nada. La avanzada gestión en torno al Concordato con la Santa Sede, los problemas surgidos con el cardenal Segura Sanz por la cues-

---

caba estas grandes tareas sociales. Pero ellos fueron más que eso: más que "bajas" de la batalla. Fueron héroes. Sus nombres evocan todo un anecdotario de majezas, de despilfarras, de entrega y valentía. Murieron también con lujo, con locura y poesía. Su sangre en la tierra reclamaba algo más que leyes y sociología. Exigía flores en la mesilla del enfermo.

«Porque ¡qué lujo de muertes, qué antología de modos de caer la que palpita en esa lista! Sanjurjo, que muere, como Moisés, a la orilla de la tierra de promisión; Mola, que desafía las balas y es alcanzado por el accidente; Matías Montero, que tuvo prisa por morir; Yagüe o Solchaga, que murieron sin prisa, poco a poco, con esa vejez prematura de los héroes que estrujan en su sonrisa —nervios, bazo, hígado— todo un organismo con la cuerda siempre a punto de saltar. Porque el que da todos los días la cara a la muerte parece que empapa muerte en su vida, hasta que es ella la que acaba, un día, por dar la cara en su cuerpo. Y luego, Vierna, tragado por el mar; Zamacola, caído en tierra; Fernando Primo de Rivera, asesinado porque el hado de su apellido no autorizaba vocaciones de paz. Fernando y José Antonio fueron dos veces héroes, porque le entregaron a la muerte no sólo dos juventudes, sino las dos ilusiones vocacionales y científicas de un médico y un abogado. Duele más morir en violencia con un bello y acariciado programa de paz por delante. Y luego la serie apasionante de los "hermanos". "Hermanos Laulhé", en San Fernando. "Hermanos Pedrosa Posada" se llamará la residencia de Lugo. En Irún habrá un ambulatorio "Hermanos Iturrino". En Madrid, otro "Hermanos Aznar". Y otros "Hermanos Miralles", "Hermanos Sangro". Pero ¿es —dirán las generaciones— que en España se moría en familia como en un pro-indiviso de gloria y de audacia? ¿Es que se iba a la muerte como al trapecio, como una alegre y sonriente pirueta, anunciándose; "Hermanos Tales"? Nadie medirá nunca del todo la lección que enseñan esas fraternidades de sangre; todo el arraigo de convicción, de herencia histórica que significa este darse tres, cuatro, cinco hermanos en un solo ideal. Faltaban frontispicios, faltaban dinteles para tan largo martirologio. Ha habido que abreviar y agruparlos por familias. Y todavía quedan esperando tantos y tantos: Maeztu, Pradera, Oreja, Elósegui. Tantos y tantos. La Muerte corrió más que la Sociología con andar ésta tan acuciada y galopante. La tierra de España parece que grita: "Haced casas y casas de alivio al dolor, que nombres —estad seguros— no os han de faltar."

»¿Y os asustaréis todavía de que haya unas flores a la cabecera del enfermo? Con lujos de vida, alivio y gozo hay que indemnizar tanto lujo de muerte. JOSÉ MARÍA PF.MÁN.»

tión del protestantismo y, particularmente, los problemas de la HOAC durante las huelgas de marzo y abril denunciaban unos roces en los que nadie habría creído unos años atrás. En compañía de mi esposa acudí a Roma. Mi conversación con su Santidad Pío XII no fue un éxito precisamente. El Papa se mostró frío, aunque yo tuve la precaución de no tocar el tema de las HOAC. No sucedió lo mismo con el cardenal Tardini, que se mostró no sólo comprensivo para la posición del régimen respecto a las HOAC, sino que, incluso de forma muy sincera, me ofreció su intervención en este tema. Coincidí con el cardenal Segura y las cuestiones se trataron con rigurosa corrección; es más, el cardenal Segura mostró un afecto y una deferencia que yo mismo no esperaba. Pero mi gran asombro fue el encuentro con monseñor Montini, prelado doméstico de su santidad, con quien sostuve un diálogo denso, tenso, comprensivo y hasta alentador. Yo advertí a Montini —futuro Pablo VI— de la infiltración marxista en las HOAC. Me consta que Montini hizo de mi preocupación una causa y reiteró a Tardini cuanto yo ya le había dicho a él.

Desde 1939 no había vuelto a Roma. El tiempo libre que me permitieron mis obligaciones oficiales y privadas —ceremonia de canonización de san Pío X y conversaciones en torno a la infiltración marxista en España— lo utilicé para pasear con Pepita por la Ciudad Eterna... Fue como si de pronto me quitaran una gigantesca losa de encima, como si todo tuviera otro color. Estábamos sentados en una terraza y yo no sé dónde tendría mi pensamiento, pero de pronto mi mujer me sacó de la pura abstracción.

—¿Qué piensas?

—Pienso que llevo muchos años de ministro. ¡Demasiados!

También pensaba en otras cosas. Había luchado en la última cruzada de liberación de la historia del mundo y, doce años después de que yo viese en aquellas mismas calles los rotulares de los periódicos dando la noticia del final de la contienda, aquel día en que me eché a llorar, me veía de nuevo en Roma para advertir a la jerarquía de que las primeras avanzadillas de una nueva contienda tomaban posiciones y precisamente en los lugares que por ser sagrados para todo español bien nacido, fueron los primeros en ser liberados.

Alberto Martín Artajo.

La joven generación falangista veía con inquietud creciente la salida monárquica del régimen, cuando en rigor había sido formada, por razones que no alcanzo a valorar, en una opción distinta.

José Antonio Elola Olaso. (En la foto, con Franco y **J.** L. de Arrese.)

En 1953 el escritor Rafael Calvo Serer, miembro del Opus Dei, publicaba en París un artículo en el que quería analizar la situación real de España, partiendo de lo que él entendía por las fuerzas con capacidad operativa en el propio Consejo de Ministros. Estas fuerzas eran, según Calvo Serer, la izquierda falangista y la derecha democristiana, a cuya cabeza ponía a Martín Artajo y a Ruiz-Giménez... Esa derecha, según el recitado comentarista, se inclinaba cada vez más a un acuerdo con el liberalismo, en vista de lo cual Rafael Calvo Serer elevaba la bandera de la tercera fuerza, que, arrancando de la antigua Acción Española, diese a la monarquía por venir el contenido doctrinal que necesitaba. Iban a cumplirse los veinte años del nacimiento de la Falange: el día 29 de Octubre de 1953 se alcanzaría esa fecha jubilosa. Francisco Franco —y no otro— convocó el Congreso Nacional de Falange Española, que se celebraría en Madrid y reclamó para sí el honor de pronunciar el discurso de clausura.

Falange Española vivía en aquellos momentos un instante de oro: superadora de la etapa fundacional, de la preguerra; combativa hasta la heroicidad en tres años de contienda, había llevado a combatir a sus hombres hasta las puertas de Leningrado con la gloriosa División Azul. Había hecho mucho más: ultimaba el edificio de un sistema social como jamás había conocido España otro, había puesto en pie la industria, el campo y se había enraizado en el alma y en la tierra de España de forma indeleble. La generación que había nacido cuando se pronunciaron las palabras proféticas del teatro de la Comedia, que ahora alcanzaba la veintena de años, se sentía en gran parte atraída por la limpia empresa revolucionaria. Naturalmente, Francisco Franco sabía que no necesitaba de terceras fuerzas ni siquiera para llegada la hora de establecer el relevo en la Jefatura del Estado. Para la Falange llegaba la oportunidad de demostrar todo el profundo valor inédito de la democracia orgánica y de impulsar el movimiento político hasta convertirlo en la realidad que fue. El congreso, lo digo sin amargura pero con un lejano acento de tristeza, no estuvo a la altura de su profundo significado. El 24 de octubre de 1953 la voz de Eugenio Montes, aquel intelectual a quien José Antonio ofreciera una de sus más hermosas piezas literarias en el homenaje que le rindió la Falange antes del inicio de la guerra civil, pronunció el discurso de apertura.

Eugenio Montes recordó que José Antonio había rechazado constantemente la aceptación del término «fascista» para su movimiento. La Falange no era fascista, sino otra cosa. Y esa otra cosa, integrada en ese modo de ser serio y trágico que conlleva lo español, era lo que podría desplegar la nueva generación presente. Los más veteranos, entre ellos Raimundo Fernández Cuesta, que había vuelto a ser ministro secretario general del movimiento desde la crisis de julio de 1951, se preocupó más en sus intervenciones, como era lógico, de la tercera fuerza —tecnocracia cercana al Opus Dei— que de un estilo que él llevaba en sus propias entrañas. Las conferencias, las ponencias y el discurso se habían celebrado en la Universidad Central, en el caserón de la calle de San Bernardo. Pero la magnitud del acto de clausura dejó asombrados a los españoles, que, acostumbrados al silencio y a la discreción del aislamiento, se encontraron de nuevo con una Falange Española rediviva, madura y jovencísima. A la misma hora que el 29 de octubre de 1933 José Antonio iniciaba su discurso fundacional, compareció no ya ante aquel puñado de falangistas de 1933, sino ante doscientos mil, en cuya vanguardia formaban en perfectos bloques con unidad de mando, quince mil miembros de las Falanges Juveniles de Franco. Guiones y banderas recibieron a Francisco Franco, que vestía uniforme de jefe nacional de la Falange. Frente a todas las presiones del exterior, frente a las vacilaciones de algunos hombres de la propia Falange, frente a la sugerencia del bueno de Ramón, pidiendo al Caudillo «licenciar honrosamente a la Falange», Franco, superada la difícil andadura, comparecía en el estadio de Chamartín sonriente, pletórico. El congreso había aprobado veintitrés conclusiones. Y había concedido al Caudillo la Palma de Oro como máxima condecoración de la Junta Nacional de Recompensas del Partido. Sabiendo perfectamente el clima que el esplendor de España podía suscitar entre los viejos demonios familiares, Franco dijo en aquel discurso:

—La Falange está por encima de las contingencias, flanqueando y respaldando la fuerza constituyente de nuestro ejército... Le incumbe ahora dar nueva forma a sus principios permanentes.

El acto fue magnífico, bellísimo, emotivo. Desde la tribuna presidencial contemplaba aquel espectáculo de camisas azules y la silueta de aquella ciudad que nacía al norte de Madrid como símbolo de la España nueva y pensaba que más que

nunca tendría que recurrir a mi vieja y rural filosofía: «Ojo de lince, paso de buey, diente de lobo ¡y hacerse el bobo!» Miraba sobre todo a los jóvenes y pensaba que aquel fervor debería ser rectamente utilizado hasta mucho tiempo después de que se cumplieran las previsiones sucesorias.

Para mí la gran lección de aquellas jornadas fue contemplar que el hombre que en 1937 me había dicho «si un día ve usted que no soy fiel al mandato del Fundador, dígamelo», seguía defendiendo contra los cabileñismos, contra toda postura sectaria, contra todo egoísmo unipersonal, la empresa de España para cuya construcción hacía veinte años nos había convocado José Antonio Primo de Rivera. Los que creyeron que en 1945 Franco iba a clausurar a la Falange, se habían quedado con tres palmos de narices.

Personalmente no lo sentí nada.

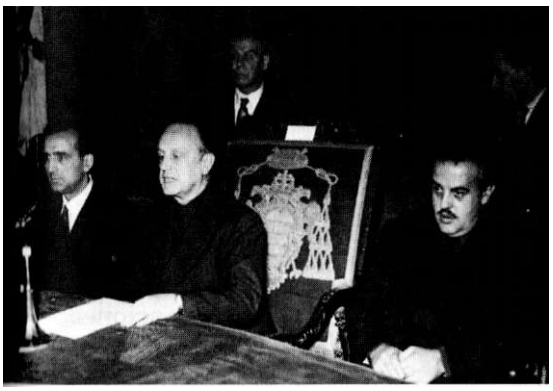
XII/Errores de cálculo

He aquí una duda que probablemente nunca pueda despejar: entre 1951 y 1956, superada la posguerra, el cerco internacional y hasta la meteorología adversa, todos los grupos que se habían sumado a FET y de las JONS a partir del Decreto de Unificación de 1937, habían supervivido a la sombra del Generalísimo y del sistema que poco a poco iba alcanzando sus cotas de aceptación y naturalidad. Se había conseguido sentar firmemente las bases del desarrollo, la transformación social —¡verdadera revolución si se contempla a la luz de la España recibida!—, la puesta en marcha de una industria como jamás tuvo otra nuestro pueblo y hasta el campo, que fue el hermano pobre, de la mano de Rafael Cabestany obtuvo puntos muy concretos de avance técnico y social: Instituto Nacional de Colonización, Capacitación Agraria, planes expresos de reforma, como Jaén y Badajoz... Todo había marchado muy por encima de las posibilidades teóricas que cualquier tratadista político señalaría en un estudio científico a la luz de los datos reales de aquella época. Los politólogos, sin embargo, son expertos en teorías y estadísticas, pero no en la fe ni en la bravura de quienes se habían propuesto definitivamente vivir. Esos grupos a los que aludo tuvieron la sabiduría de colaborar, pero sin entregar sus secretos... Participar sin romper su origen, ni el orden, en gran parte oculto en el arcano de sus propias estimaciones jerárquicas y personales: colaboraban, participaban, pero sin renunciar en la entrega a su origen, y, mucho menos, hipotecar su futuro. Falange Española hizo lo contrario: fiel a la voz de mando, vio en Franco al hombre predestinado para la ansiada transformación de España. Sus sugerencias fueron órdenes, sus intuiciones normas para la conducta de cada cual. Franco correspondió a esa lealtad que iba a ponerse al rojo vivo cuando la década de los cincuenta cruzó su ecuador.

Mientras...

Los grupos monárquicos, que pugnaban entre ellos para que se determinase la persona que en su día ceñiría la corona de España, no contaban con arraigo popular; pero sí con muy concretas directrices y obediencias. La Democracia Cristiana, al calor de la Iglesia, hacía lo propio. Los unos y los otros, que en el fondo habían supuesto que a partir de 1945 Falange se desvanecería como el azucarillo en el agua, se alarmaron al ver que, desde 1951, cuando el Generalísimo oteaba los caminos abiertos para España, volvía a ocupar un puesto preeminente cuando menos en la planificación futura. ¿Y la oposición? La guerrilla quedó fuera de combate, pero organizaciones vinculadas al Estado español —y en origen al régimen del 18 de julio— empezaban a mirarse sin rebozo como lo hicieron más discretamente en 1945.

De momento, aquel chispazo de huelgas al que aludía en un capítulo anterior tuvo el apoyo seráfico y discreto de las Hermandades Obreras de Acción Católicas y de sus alevines, las Juventudes Obreras Católicas. El Movimiento nacional era un estorbo como organización y las primeras avanzadillas de la «tercera fuerza», a la que había aludido Raimundo Fernández Cuesta durante uno de sus discursos en el Congreso Nacional de la Falange, empezaban a tomar cartas de naturaleza al aire libre. El Opus Dei operaba desde dos posiciones perfectamente definidas: la oposicionista de Rafael Calvo Serer y, muy poco después, la colaboracionista de Laureano López Rodó, que por aquellos años estaba a punto de dar su primer salto formal hacia el imperio del poder y de la gloria. Fue en 1954 cuando se produjo el primer choque en la universidad, ante el asombro de una notable mayoría activa del falangismo joven que aún ocupaba las aulas. Franco había vuelto a poner sobre el tapete universal el tema de Gibraltar y desde Asuntos Exteriores, regido por Martín Artajo, se puso en marcha, como en otra hora lo hiciera Ramón Serrano Suñer, el dispositivo universitario. El fervor juvenil saltó a la calle. Desde el palacio de Santa Cruz, Alberto Martín Artajo encandiló el corazón ardoroso de los muchachos, que, en una arrobadora manifestación —estoy seguro que el noventa por ciento de los participantes creía obedecer las mágicas órdenes del mando—, se puso en marcha hacia la embajada británica. En el paseo de Recoletos y la plaza de Colón, aquellos muchachos se encontraron con un escuadrón de policía armada, a caballo y con otros efectivos de a pie. No fue un enfrentamiento. Fue un escarmiento absurdo, injusto y hasta cruel.



Joaquín Ruiz-Giménez. (En la foto, con R. Fernández-Cuesta y el autor.)

Ismael Herraiz.

No sé sí por exceso de agotamiento o por otras razones, los falangistas no pudimos estar a la altura de las circunstancias. La gran perdedora fue la generación joven.

José **Luís de Arrese anunció on el discurso pronunciado on Valladolid (4 de marzo de 1956), tras los incidentes del mes de febrero,** RU **programa inmediato. Fue un error de táctica.** (En la foto, junto al autor.

No sé si los avances en tan larga negociación obtendrían algún beneficio. De lo que estoy seguro es de que la unidad universitaria, frágil ya por el desgaste de los años, se hizo añicos. El régimen había ofrecido a los vencidos, que ya iban tomando posiciones intramuros de la política española, su mejor baza. Los falangistas universitarios quedaron dialécticamente desarmados hasta lo inverosímil, porque nadie podía justificar aquel apaleamiento provocado con perversas intenciones. Se estaban poniendo los cimientos de lo que sería la gran crisis del régimen de Franco.

Por aquel tiempo escribí al Caudillo una larga carta, respetuosa y firme en la que le manifestaba mis preocupaciones, no sólo por la situación al día, sino porque a mi ver era preciso dar celeridad al lento proceso constituyente y dar respuesta a los problemas que surgían dentro y fuera del Movimiento Nacional, particularmente referidos a la juventud. La extensa carta no me fue contestada directamente, pero sí de una forma indirecta, en un discurso memorable que pronunciaría Franco en Sevilla unos meses después.

Otra cuestión fundamental para mí era poner al día el poder adquisitivo del trabajador español y compensar el colosal esfuerzo realizado por nuestras gentes a lo largo del tiempo inmediatamente anterior. Si bien toda la organización social, desde el SOE a las universidades laborales, pasando por montepíos y mutualidades, reglamentaciones laborales, seguros de accidente, participaciones en beneficios, retribuciones especiales, jurados de empresa, capacitación social, etc., estaba garantizada de cara al futuro, el ritmo de crecimiento podía descompensar el presente de cualquier trabajador. Así se produjo el decreto (26 de octubre de 1956) sobre salarios por el que se autorizaba al Ministerio de Trabajo para dictar cuantas disposiciones fueran necesarias sobre absorción de aumentos voluntarios y subidas de salarios. De esta forma se produjo el aumento de haberes más completo que ha conocido nuestro pueblo, toda vez que durante más de un año estuvieron publicándose en el *Boletín Oficial del Estado* los aumentos de remuneraciones que afectaron a todas y cada una de las actividades laborales del país.

Después de la crisis del 57, ya aludiré a ello, los nuevos equipos trataron de atribuir a esta decisión mía, el margen de desestabilización que pudo producirse dos años después y que sería corregido con bastante facilidad, hasta el extremo de que España había entrado en un tiempo de bienestar del

que no salió hasta los años ochenta... De todas formas, no era la política social la que inquietaba a la juventud. No eran los obreros los que cercaban al régimen de Franco. Intramuros del propio Estado, las «familias políticas» empezaban a apostar por el futuro que para la Falange se quería establecer en la inmediatez y para el sistema, cuando más, en la frontera cronológica determinada por la existencia del propio Franco. Los incidentes de febrero de 1956 no me cogieron de sorpresa, como no me habían cogido de sorpresa los que se produjeron en El Escorial tras los funerales de José Antonio el 20 de noviembre de 1955. En El Escorial y dentro de la basílica se habían celebrado las honras fúnebres por el fundador de Falange Española. Franco había acudido, como todos los años, acompañado por el gobierno y las más altas dignidades del Movimiento. En el patio de Reyes y en la lonja del monasterio formaban las centurias de las Falanges Juveniles, muchachos entre quince y veinte años, y la centuria de la guardia de Franco que rendían honores. Todo el cabildeo político de las camarillas tenía un reflejo, indudable, en la joven generación falangista, que veía con inquietud creciente la salida monárquica del régimen, cuando en rigor había sido formada, por razones que no alcanzo a valorar en una opción distinta, en medio de los vaivenes que los monárquicos llevaron a la vida española antes, durante y después del aislamiento. El profesor Luis Suárez, en una de sus obras, alude a estos hechos atribuyendo el malestar de aquel día a un discurso pronunciado tiempo atrás por Luis González Vicen, lugarteniente de la guardia de Franco, en el que se reivindicaban no sé qué extraños postulados del jonsismo. Tampoco creo que el detonante de los gritos juveniles fuese porque el Caudillo vistiese o no el uniforme de jefe nacional del Movimiento: esa generación le había visto más veces con los distintivos de capitán general y el uniforme del ejército que con el riguroso negro, la camisa azul y la boina roja del Movimiento. Como tantas veces he dicho a lo largo de estas páginas, Falange quedó discretamente arropada entre 1945 hasta que pasó el temporal del aislamiento. Franco no prescindió de ella, como querían muchos conspicuos incluso de la propia Falange; prefirió, sin embargo, no hacer alardes innecesarios hasta tener bien garantizado el porvenir de la patria.

No digo que el uniforme de capitán general conformase más a la juventud que formaba en el patio de Reyes que el de jefe nacional de FET y de las JONS. La juventud venía

clamando en desierto. Sus mandos naturales elevando estas quejas a la Secretaría General del Movimiento y la Secretaría General del Movimiento guardando un silencio riguroso. Soy testigo de un enfrentamiento dialéctico enorme entre Raimundo Fernández Cuesta y José Antonio Elola Olaso, cuando éste, a instancias al parecer del propio Francisco Franco, realizaba algunas relaciones de jóvenes de la organización para que se iniciasen operaciones de relevo generacional a lo largo y a lo ancho de España. El propio Elola Olaso, antes de morir, relató a personas cercanas a mí este propósito del Caudillo, la disposición del delegado nacional del Frente de Juventudes y el rechazo de Raimundo Fernández Cuesta a la operación. A lo que iba: después de celebrada la solemne misa de réquiem, cuando Franco compareció de nuevo en el patio de Reyes, un joven falangista salió de entre las unidades formadas y se acercó pausadamente hacia las escaleras. Se cuadró y en el primer tiempo del saludo, inició el *Cara al sol.* Franco, el gobierno y cuantas autoridades le acompañaban lo cantaron también. El jefe nacional hizo las invocaciones de ritual, que fueron contestadas como truenos, y, cuando iniciaba de nuevo los pasos hacia la salida, empezó la bronca. Los muchachos, sin moverse de sus puestos, gritaban todo lo posible. Sólo una centuria de la guardia de Franco inició un movimiento de «orden cerrado»: dio media vuelta para dar la espalda al Jefe del Estado. El Caudillo no se inmutó. Con el mismo paso solemne, caminó a lo largo de todo el patio hasta salir a la lonja y subir al automóvil. Cesó José Antonio Elola Olaso como delegado nacional del Frente de Juventudes, puesto que había ocupado desde la fundación de aquella inolvidable organización juvenil, cuyas huellas están latentes en el alma de millares de compatriotas nuestros. Elola Olaso no había estado en El Escorial, sino en Alicante. La concentración de El Escorial la mandó José María Mendoza Guinea, Vieja Guardia, ex director de la Academia Nacional de Mandos José Antonio y delegado provincial del Frente de Juventudes de Madrid, destino para el que Elola le había requerido sacrificando su propia carrera política, porque las Falanges Juveniles y la primera línea del SEU empezaban a tener un peso demasiado específico en el ámbito del Movimiento Nacional. Mendoza era un hombre de experiencia, maduro, conocedor del magisterio que había ejercido durante muchos años y miembro de la primera promoción de oficiales instructores.

De mal en peor se llegó a febrero de 1956. Eran ya otras

las «familias)) intervinientes. Izquierdistas y monárquicos unidos en un abanico de subversión que contaba en punta de lanza, por lo que a la Universidad de Madrid se refiere, con Dionisio Ridruejo. Los incidentes son conocidos. El 7, el 8 y el 9 de febrero de 1956 se fueron desarrollando una serie de enfrentamientos que culminaron con el tiro en la cabeza de Miguel Álvarez, el falangista de diecinueve años que cayó gravísimamente herido en el bulevar de Alberto Aguilera esquina a Guzmán el Bueno. Recibí la noticia y me personé en el palacio de El Pardo:

—Mi general, acaban de matar a un estudiante.

—¿Es de los nuestros?...

—Sí, es falangista.

—¡Menos mal...!

Durante veinte minutos Franco pasaba por un proceso insólito de desorientación. Jamás había visto cosa igual. Luego fue recobrando su aplomo, su serenidad y su silencio. Después empezaron las órdenes. Más o menos, todo volvía a la normalidad. ¡Difíciles momentos! Alguien había puesto, no se sabe cuándo, una bomba en las entrañas del edificio político español y esa bomba había hecho explosión en el momento menos esperado. Había estallado la crisis, como había estallado la paz en 1939, o como había estallado la guerra en 1936, o como había estallado la esperanza en 1933... Teléfonos, idas y venidas... Yo me situé en la clínica de la Concepción, donde aquel muchacho, en coma profundo, había sido sometido a un proceso de hibernación para ser operado por el doctor Obrador. Al lado de la puerta del herido, el ministro de Educación Joaquín Ruiz-Giménez, con los brazos en cruz, rezaba un piadoso rosario para procurar la curación del herido y para calmar, de paso, la mala leche que asomaba en los ojos de los más jóvenes camaradas, cuyas comisiones iban y venían para procurarse noticias. El Generalísimo se personó en la clínica muy alta ya la madrugada...

Hasta que me hablaron del libro de José Luis de Arrese *Una etapa constituyente,* escrito en 1962 y publicado en 1982, no conocí la versión dada por su autor de las gestiones de Franco para que se ocupara la Secretaría General del Movimiento, ni las conversaciones que me atribuye. Recuerdo que el día 15 de febrero de 1956 me estuvo buscando por todos lados. Y cuando me habló por teléfono, fui a verle a su casa. Me dijo:

— El Caudillo nos espera a las cinco de la tarde.

— ¿Para qué?

—Ahora te lo contaré.

Tal como lo dijo: poco después de las cinco de la tarde estábamos frente a Franco, José Luis de Arrese y yo. Pronto me di cuenta de que aquella reunión había sido fruto de una negociación que yo desconocía. El Jefe del Estado inició la reunión con estas palabras:

— Me hubiera gustado nombrar a José Luis de Arrese ministro secretario general del Movimiento, porque Arrese salió de la Secretaría General contra mi voluntad... Pero como sé que la mujer de José Luis de Arrese se encuentra en una situación de salud delicada, comprendo que él no desee ahora una responsabilidad como ésa en virtud del legítimo interés de su esposa. De forma que no me queda más remedio que pedirle que acepte usted la responsabilidad de la Secretaría General del Movimiento.

— Mire usted, mi general: no es momento de escurrir el bulto, ni mucho menos yo, que jamás lo hice ni lo haré; pero antes de que siga adelante permítame que le haga unas observaciones. La primera es que la Falange a todos nos exige que obremos, no en función de lo que valemos o de lo que seamos, sino de acuerdo con lo que los camaradas creen que somos. Por más vueltas que yo le dé al rodillo, a mí me consideran un hombre muy visceral: corazón y pelotas, y en esa línea me van a exigir que me comporte. Usted sabe que el momento actual es el menos adecuado para marchar en esa línea. Arrese es un hombre que está considerado como una persona serena, fría, intelectual, rigurosa... Creo que debe ser Arrese y no yo el ministro secretario.

— Pues tiene razón, Girón.

— La segunda objeción es ésta: yo tengo una especie de deformación profesional de la que usted es responsable, porque llevo quince años de ministro de Trabajo y sería lamentable que en la Secretaría General del Movimiento me encontrara, por ejemplo, con un conflicto entre un obispo y un capitán general y creyera que la culpa de todo la tenía el artículo sexto de la reglamentación laboral siderometalúrgica.

— Pues tiene razón, Girón —volvió a contestar Franco. Yo empezaba a sentirme incómodo. Me extrañaba de la facilidad con que mis argumentos convencían al Caudillo.

Insistí:

— Por otra parte, mi general, el momento que vive Espa-

El proyecto Arrese fue como un castillo de fuegos artificiales que se abrasaría en unos meses.

José Solís Ruiz se hacía cargo de la Secretaría General del Movimiento. Nunca había sido falangista y creo que murió —Dios le tenga en su gloria— sin saber con exactitud qué era la Falange. (En la foto, junto a J. L. de Arrese y R. Fernández-Cuesta.)

Para Trabajo fue dosignado Fermín Sanz Orrio, antiguo dolegado nacionnl
HA Qnnlfalta

ña tiene más de problemas intelectuales y universitarios que de otra cosa, y creo que para eso sí está Arrese más preparado.

—Pues tiene razón, Girón.

Franco cerró el tercio. Volviendo su cara hacia José Luis de Arrese y le dijo:

—Lo siento, pero tiene usted que aceptar la Secretaría General del Movimiento.

Arrese no movió ni un músculo de su cara. No puso ni un ápice de asombro en sus ojos, pero dijo:

—Bien, mi general. Lo que usted mande. Le debo la vida —alusión al indulto de Salamanca, supongo.

Tras hacer una pausa, añadió mirando a Franco:

—Una sola cosa quisiera pedir a su excelencia: que Girón acepte la Vicesecretaría General de Obras Sociales.

Franco me miró con un punto burlón en los ojos y me soltó:

—Eso no se lo podemos negar, ¿verdad, Girón?

¡Seré bobo! ¡Ya decía yo que estaba convenciendo muy fácilmente a Franco! Nada había que hacer. Arrese inició la formación de su equipo y yo me constituí en vicesecretario general de Obras Sociales. Tan en serio me lo tomé que cuando veía al vicesecretario general del Movimiento, Diego Salas Pombo, le saludaba con el mismo respeto con el que un «flecha» saludaría, por aquellos años, a su jefe de centuria.

Pronto advertí que aquello no iba a funcionar demasiado bien. Pero de cualquier forma no quise romper antes de tiempo la baraja. Recuerdo que me había propuesto complacer a Ismael Herraiz, el magnífico e inolvidable periodista que a la sazón desempeñaba la dirección de *Arriba* y que ante aquella sensación de resurgimiento falangista había decidido aceptar la Delegación Nacional de Prensa y Propaganda del Movimiento. «Para luego es tarde», pensé. Conque, aprovechando una de aquellas reuniones, me acerqué a Arrese y le pregunté delante de toda la plana mayor:

—Oye, José Luis, ¿tú tienes inconveniente en que se designe a Ismael Herraiz delegado nacional de Prensa del Movimiento?

—¡Ninguno! Si yo hubiera designado a alguien para ese puesto hubiera llamado a Ismael Herraiz. No creo que le gane nadie en méritos, en preparación ni en inteligencia para desempeñarlo.

Me dirigí entonces a Diego Salas Pombo:

—Ya lo has oído.

Unos momentos más tarde, caminando hacia su despacho, me dice: «Pasa, que tengo que hablar contigo.» Pasé a su despacho y, ya sentados, sigue:

—Mira, Girón: yo he parado el nombramiento de Ismael Herraiz porque Ismael Herraiz va hablando muy mal de ti...

—No sigas. Si es por eso no te preocupes. Ismael y yo somos amigos y nuestros problemas no le incumben a nadie.

—Es que, además, no se le puede nombrar por otras razones. Por ejemplo: está separado de su mujer.

—Oye, Diego: ésa es una cuestión privadísima en la que nadie tiene derecho a meter las narices...

—No, si es que, además, han escrito dos camaradas muy importantes diciendo que si se nombra a Ismael Herraiz, ellos se dan de baja en la Falange.

—Y ¿quiénes son esos camaradas tan importantes?

—Tarduchy y Salvador Vallina.

—¡Ah! No te preocupes. Si es por eso, yo escribo ahora mismo otra carta en la que diré que si no se nombra a Ismael Herraiz, el que se da de baja soy yo.

El nombramiento de delegado nacional de Prensa me trajo de cabeza, aunque a decir verdad todos los inconvenientes que me iba poniendo el vicesecretario general del Movimiento eran pura viruta. Uno de aquellos días me llama Lamo de Espinosa. Nos fuimos a comer a Chipén. Yo estaba irritado porque el nombramiento de Ismael se aplazaba indefinidamente... Salió la conversación y entonces el director del Instituto de Estudios Políticos dijo:

—José Antonio, si es que tú eres la leche. ¿O no te has dado cuenta todavía? Ministro de Trabajo, con toda la España obrera detrás de ti y con un prestigio que nadie tiene; vicesecretario general de Obras Sociales, con el resorte de la acción revolucionaria, incluidos los sindicatos cuya delegación te pertenece. ¡Y ahora quieres la Prensa y la Radio! Y ¿qué más?

—Ni una palabra. Desde este momento podéis quedaros todos tranquilos.

Llamé a Ismael Herraiz y le conté la historia.

—No te preocupes. ¡Mándalos al carajo! Yo ya he renunciado.

El nombramiento de Ismael Herraiz, que estuvo compuesto y en platina, no llegó a publicarse. Consecuentemente cesó en la dirección de *Arriba* y fue destinado donde él quiso, a Viena, como agregado de Prensa de nuestra embajada en Aus-

tria. Parece que el puesto no existía en esa representación diplomática, por lo que el Caudillo ordenó que se crease la plaza. Todo aquello me produjo un asco profundo. Me di cuenta de que a despecho de tantas y tantas insensateces como se han dicho después, Francisco Franco había jugado la última baza en defensa de la Falange, sin que los falangistas lo advirtiéramos. ¡No faltarán historiadores que así lo expliquen!

Me encerré en el Ministerio de Trabajo. Franco hizo sus memorables viajes junto a Arrese. No sé si por exceso de agotamiento o por otras razones, los falangistas no pudimos estar a la altura de las circunstancias. La gran perdedora fue la generación joven, la que había sido niña, adolescente y moza en las organizaciones juveniles donde había recibido, desde el manantial de la máxima pureza, el pensamiento de José Antonio y el ejemplo vivo de Francisco Franco.

XIII/Volver a vivir

¡Sucedió lo que tenía que suceder!...

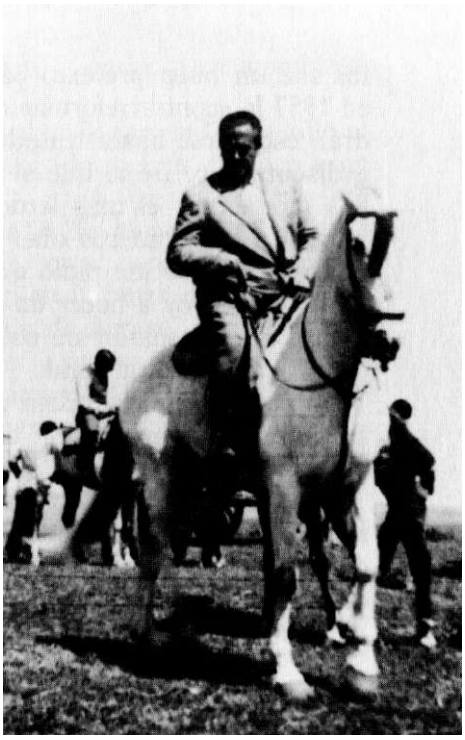
José Luis de Arrese anunció en el discurso pronunciado en Valladolid (4 de marzo de 1956), tras los incidentes del mes de febrero, su programa inmediato. Fue un error de táctica. Tenía aún sin resolver la consolidación del nuevo equipo de la Secretaría General del Movimiento. Con alguna antelación a todos aquellos acontecimientos le había enviado yo una carta al Caudillo mostrándole mi preocupación por algunas cuestiones y, en particular, por la lentitud con que venía ejecutándose el proceso institucionalizador del régimen. Terminado el cerco diplomático y superadas las etapas iniciales de dificultad, ese momento era, naturalmente, cuestión que no podía demorarse. Me extrañó que alguna de las cuestiones abordadas en el discurso de José Luis de Arrese coincidieran tan milimétricamente con mis observaciones al Jefe del Estado.

El ministro secretario general del Movimiento hizo un discurso brillante, cuya tesis, como un retablo de ejecución para el porvenir inmediato, residía en tres puntos: institucionalización, paso a la juventud y ganar la calle. Creo que la calle estaba ganada por Franco y que las «familias)) convergentes en el Movimiento Nacional empezaban a moverse en una acción radial que era exactamente lo contrario de lo que solicitaba Arrese. Unos y otros, dirigidos como he dicho por disciplinas ajenas a la de la Jefatura Nacional, buscaban incluso en el exterior la conexión con el exilio, pensando en que envejecía lentamente. Por el contrario, los falangistas estaban en la órbita del poder reclamados por la Jefatura Nacional o por los personajillos de turno o vivían a su aire, inmersos en unas fórmulas de encuadramiento obsoletas, a todas luces inoperantes, pero obedeciendo las órdenes que emanaban del poder, aunque el poder no estuviese protegido por la autenticidad falangista necesaria. Este hecho se acusaría después de

la crisis de 1957. Pues bien, Arrese puso las cartas boca arriba en Valladolid y a Franco no debió disgustarle el hecho. La Falange cobró en aquellos momentos de 1956 una singular actividad que se pondría de manifiesto en el viaje del Generalísimo por Andalucía. En un memorable discurso, el Caudillo se mostró vehemente: definió el Movimiento como democracia orgánica a la que el espíritu falangista daría su savia y su sangre. Hubo un momento de especial interés: «Somos, de hecho, una monarquía sin realeza. No somos una provisionalidad: el Movimiento encarna a la nación: la Falange puede vivir sin la monarquía; lo que no podría vivir sería ninguna monarquía sin la Falange...»

Sin embargo, aquella voluntad fue anegada por muchas corrientes contrarias, empezando por las que nacían en los propios manantiales de la Falange. La «tercera fuerza» a la que había aludido, como he dicho en uno de estos recuerdos, Raimundo Fernández Cuesta, en el Congreso Nacional de Falange Española, se puso en marcha de forma sinuosa, pero operante. Más allá de los Pirineos, los vencidos conectaban, por su parte, con grupos y organizaciones que en España funcionaban con absoluta normalidad. Esto es: en 1936 todas las familias políticas encontraron en la Falange el punto de apoyo para escalar el poder; veinte años más tarde esas mismas fuerzas miraban a la tecnocracia naciente como el nuevo sistema de supervivencia. Falange Española tampoco era, como digo y diré cuantas veces sea necesario, un ejemplo de coherencia... El proyecto Arrese fue como un castillo de fuegos artificiales que se abrasaría en unos meses. El discurso pronunciado por Franco en Sevilla tuvo todavía dos nuevas expresiones: el 17 de julio, ante el Consejo Nacional del Movimiento, y el 7 de octubre, al inaugurar uno de los pueblos del Plan Badajoz: Valdelacalzada. ¡Todo muy bien! Pero Arrese se equivocó, a mi ver, en dos cuestiones: no haber provocado la crisis a tiempo y adelantar el proyecto de reforma a ese hecho, que debió ser inicial. En febrero de 1956 habían cesado dos ministros, Raimundo Fernández Cuesta, en Secretaría General, y Joaquín Ruiz-Giménez, en Educación Nacional... Fue una faena de aliño ante los sucesos estudiantiles. Pero la crisis seguía latente. Preparar la reforma del sistema desde Alcalá, 44 en estas circunstancias era una ingenuidad. Lo que ocurre es que como en toda operación hay que buscar un chivo expiatorio, en cierto modo la subida de salarios que afrontaba el Ministerio de Trabajo en aquellos momen-

Lola Flores al autor: «Señor ministro, ¿quiere usted que yo le haga un beneficio?»



Al dejar el gobierno pude complacer dos aficiones que me acompañaron a lo largo de mi vida: los perros y los caballos.

El predominio de los hombres del Opus Dei garantizaba el quebranto ideológico.
(En la foto, el gobierno de febrero de 1957.)

tos fue un buen pretexto para que otras fuerzas plantearan en 1957 la «contrarreforma» de Arrese... De la crisis del 57 podrán escribirse hasta tratados de ciencia política. Yo no voy a discutir eso. De lo que sí estoy seguro es de que en aquellos momentos, el más lerdo pudo predecirla a un golpe de vista. En los primeros días de enero de 1957, al salir de un Consejo, Franco me pidió que me quedase.

—Girón, voy a hacer un reajuste profundo del gobierno y tendré que prescindir de usted.

—Gracias, mi general.

—Le ruego que no diga una sola palabra hasta que tenga más perfilada la solución de la crisis. Hasta ese momento, todo seguirá igual.

Me recluí en Trabajo y me dediqué de forma tranquila y sin dar muestras de emoción alguna a resolver asuntos pendientes para dejar libre el camino a quien me sucediera. La crisis fue, naturalmente, un zambombazo, que José Luis de Arrese, proponiéndoselo o sin proponérselo, complicó bastante. Se corrió la noticia de que había abandonado la Secretaría General y se había refugiado en su casa solariega de Corrella, Navarra. En Madrid, el vicesecretario general del Movimiento, Diego Salas Pombo, se reunió con la primera línea del SEU. Los jóvenes universitarios falangistas desbordaron, razonablemente, todos los límites de la disciplina, cayendo en una especie de santa ira, frente a la bondadosa figura de Salas Pombo. Desde el SEU se trasladó a la sede de la Secretaría. Allí le esperaban los delegados del Frente de Juventudes de todos los distritos de Madrid, muchachos entre los veintiuno y veinticinco años, nacidos, formados y crecidos en las filas falangistas. Con ellos, los jefes de centuria más caracterizados. Hace años que tengo amplios relatos de lo que allí sucedió. Cuando Diego Salas Pombo inició el diálogo, dijo, muy inoportunamente, por cierto:

—¡Camaradas..., vengo de que jueguen conmigo en el SEU al pim-pam-pum!

Del grupo que formaba la numerosa audiencia, salió una voz:

—¿Y por qué has dejado que jueguen contigo? ¿O es que estás jugando tú con nosotros?

En realidad, los mandos del Frente de Juventudes lo que querían era saber qué pasaba con el ministro. Salas Pombo trató de calmarlos de nuevo.

—El ministro no quiere que por su culpa se derrame una sola gota de sangre.

En ese momento, un muchacho delgado, y en aquel momento furioso, le dijo:

— ¡Ah! ¿Es que ahora os preocupa la sangre? Pues dile al ministro que en España se han vertido metros cúbicos y no gotas...

Aquello terminó como el rosario de la aurora. La tarde siguiente el Frente de Juventudes, ya al margen de la disciplina, organizó una manifestación en la plaza de Salamanca, para llegar a la casa de José Luis de Arrese. Fuerzas de la policía armada intentaron disolver a estacazos a los concentrados, pero los jefes de los distritos de Madrid se responsabilizaron de la concentración y fueron conducidos a la Dirección General de Seguridad, donde permanecieron detenidos a lo largo de la noche. Por la mañana se personó en la Puerta del Sol el delegado nacional de la organización, Jesús López Cancio, que había sustituido a José Antonio Elola en noviembre de 1955. Los jóvenes falangistas fueron saliendo a la calle. Uno de ellos se encaró con el delegado nacional y le sacudió dos castañazos.

Hasta mi despacho llegaban informaciones de toda índole, pero ni a los más íntimos iba a revelarles, como es lógico, aquello que el Jefe del Estado me había confiado a mí. Eso explica las distintas versiones que se han dado de mi cese. Por fin, la crisis se produjo. Lo más sorprendente de todo —lo más sorprendente para los que no estaban en algunos secretos— fue que José Luis de Arrese había aceptado la cartera de Vivienda, creada para él, que había sido el promotor de aquella efusión de entusiasmos y desengaños. José Solís Ruiz se hacía cargo de la Secretaría General del Movimiento. Nunca había sido falangista y creo que se murió —Dios le tenga en su gloria— sin saber con exactitud qué era la Falange. Todos los falangistas supieron sin embargo desde el primer instante que con Solís llegaba para la Falange Española la etapa más triste y oscura. Pasado algún tiempo, Franco lo definió, como creo haber dicho ya, con una frase rigurosamente exacta: «Luz en la calle y la casa a oscuras.» Para Trabajo fue designado Fermín Sanz Orrio, antiguo delegado nacional de Sindicatos. Solís mantenía como ministro la Delegación Nacional de Sindicatos. En una de sus primeras reuniones les dijo a sus colaboradores:

— Hasta ahora, de cada cien cosas que pedíamos, noventa y seis eran imposibles. De ahora en adelante será al revés: de cada cien cosas que solicitemos, sólo cuatro serán imposibles.

La toma de posesión en el Ministerio de Trabajo de Fermín Sanz Orrio fue tensa y estuvo a punto de ser violenta. Del mismo modo a como la joven Falange se revolvió en la Secretaría General, la Falange madura no aceptaba mi marcha. Hubo panfletos, reuniones y situaciones ciertamente delicadas. De todo ello me mantuve al margen. Para mí estaba bien claro que el mando me había encomendado una tarea y que yo la había cumplido. En el acto de toma de posesión pronuncié un discurso que los periódicos jamás publicarían y que ahora, al cabo de los años y como homenaje a cuantos colaboraron conmigo, camaradas o amigos, vivos o muertos, quiero dedicar con la serenidad de mi «alta cronología» y no digo de mi falta de pasión, porque el ideario joseantoniano es para mí —presente de indicativo— norma de conducta, santo y seña hasta que el Señor quiera cerrar mis ojos.

He aquí aquel texto:

«Durante dieciséis años, día por día, estas puertas han estado abiertas sin barreras y las luces de estos despachos no se han apagado ninguna noche antes de la madrugada. Si ha habido que velar, se ha velado; si ha habido que terciar las amarras en época de temporal, se han terciado. Y nadie ha pasado jamás por estas viejas calles madrileñas a cualquier hora de cualquier noche, de cualquier época del año, que no haya visto el fulgor de una luz: señal de vela, señal de vida, de pasión y de vigilancia en la guardia de la revolución.

»Esto ha sido un campamento y, como tal, ha sido incómodo. Hasta el aposentamiento material tal vez es feo y anticuado y duro. No lo sé. Ahora, al detenerme para pasar el umbral de esas puertas y mirar hacia atrás, por primera vez tengo tiempo para caer en la cuenta de que toda incomodidad tiene aquí su asiento. La verdad es que no habíamos caído. Pedimos perdón.

«Cuando el jefe nacional de la Falange, Jefe del Estado, Caudillo de España, se propuso acometer orgánicamente la lucha para instalar en la patria la justicia social y la paz entre los hombres de trabajo, aún no habíamos sacudido el polvo de la guerra. Como no hemos tenido tiempo en dieciséis años para quitárnoslo de encima, con el polvo de la guerra nos vamos. Porque nunca hemos parado de luchar. Aquí sólo se

ha hecho librar batallas. Una cada día. Aquí sólo se ha hecho vencer, y con psicosis de victoria nos vamos y dejamos a otras manos la administración de un triunfo de la revolución nacionalsindicalista, un triunfo de la Falange, un triunfo de los ex combatientes, un triunfo de Franco, a quien habéis servido, camaradas, sin un desfallecimiento y sin un distingo en la obediencia ciega a sus órdenes.

«Franco se propuso arrancar de manos de la subversión el arma parricida de la huelga, pero se propuso entregar al obrero, levadura de la patria española, un arma más poderosa y más lícita para defenderse contra el egoísmo y la injusticia de una sociedad feudal. Y a sus órdenes lo hicisteis. España se ha ido rehaciendo gracias a la disciplina y al patriotismo de los trabajadores que han dado ocasión al genio empresario para desarrollarse en libertad, y no es el momento de decir si al patriotismo de unos ha respondido en la misma medida el patriotismo y, sobre todo, el buen juicio de otros. Eso la Historia lo dirá, y ojalá diga que sí. Porque eso será una prueba de que no os equivocasteis al obedecer a Franco, ni vosotros, camaradas de los sindicatos, ni vosotros, camaradas del Ministerio de Trabajo, unidos fraternalmente. La bandera roja de la huelga ha sido arriada y en la cúpula del Estado nuevo habéis izado la bandera de la ley.

«Franco se propuso arrancar de la querella de los partidos la augusta función del trabajo y elevar a la condición de un derecho lo que la sociedad había hecho un castigo. Y nos mandó incorporarle al cuadro de los derechos del hombre. Y vosotros, a sus órdenes, lo hicisteis. Una magistratura ejemplar ha ido dotando de experiencia a la conciencia nacional y estableciendo una jurisprudencia sobre la que se asienta la paz en las relaciones laborales.

«Franco se propuso arrojar de los hogares el fantasma de la adversidad, que se instalaba en sus dinteles con la muerte, con la enfermedad y con el accidente. Y a sus órdenes lo hicisteis. Hasta la fisonomía exterior de la patria ha sido transformada; hasta su geografía turística ha sido revolucionada en el servicio titánico de obediencia que esta consigna os exigió. Ya no son como eran las ciudades españolas, porque acertasteis a obedecer a Franco, y junto a las catedrales, templos de la fe, y los castillos, alcázares de poder político de pasados tiempos, habéis alzado el obelisco atrevido y arrogante de las residencias sanitarias del Seguro Obligatorio de Enfermedad: monumento vivo e irrevocable a la victoria de

la revolución; sacro memorial de nuestros muertos por la justicia.

«Franco ordenó que el hombre español tuviera un hogar digno y saliera de la caverna en que toda incomodidad y todo peligro hacen su nido, en que toda inocencia está acechada y en que toda contaminación ronda. Y a sus órdenes lo hicisteis. La batalla de la vivienda que estáis dando desde hace dieciséis años ni cesa ni cesará, y hasta la seguridad de que es larga y es áspera, y de que la victoria es difícil y está lejos, agranda a los ojos de España la magnitud de vuestra hazaña en la obediencia a esta consigna. El hogar del español se va aclarando, y, gracias a la orden y gracias a la disciplina con que se está cumpliendo hasta la lejanía de los pueblos españoles, va siendo otra para los ojos del caminante, y la mancha blanca de las viviendas nuevas ondea en el horizonte de millares de pueblos como bandera de paz clavada en las posiciones de la miseria.

»Franco se propuso acudir, con la mano amiga de la patria en vela, allí donde el espectro del paro hace su aparición implacable con las sequías y con las temporadas neutras en que la vida del campo sestea, o allí donde la catástrofe o el meteoro inclemente azotaban parcelas doloridas de la Patria. Y en obediencia a Franco, lo hicisteis. Y las obras, al mismo tiempo que enjugaban el paro y ponían en marcha los brazos inertes por toda el área española, iban embelleciendo los pueblos de adobe y de bálago, convirtiendo en barriadas blancas las chozas de los labriegos, alumbrando aguas, abriendo caminos, haciendo la vida del español más bella y más digna hasta donde pudisteis materialmente llegar. Una gran parte de la reconstrucción de España se ha hecho con los auxilios contra el paro, en cumplimiento de la orden recibida. Y España, cada vez, se parece menos a aquella nación entristecida y mísera que atravesaban los turistas entre nubes de polvo, moscas y mendigos, y provincias enteras, como la provincia de Madrid, por ejemplo, han cambiado de rostro, y brilla en ellas la sonrisa del agua y de la cal, que hacen más noble la verticalidad del hombre.

»Franco se propuso dotar al trabajador de armamento intelectual propio para conocer sus derechos y defenderlos, y para conocer sus deberes y cumplirlos. Quiso hacer al español dueño de sus destinos y arrancarle de tutelas políticas que le esclavizaban a voluntades ajenas. Y en obediencia a este propósito, ahí están las escuelas de capacitación social,

Al apretar el gatillo la carga reventó la escopeta, que milagrosamente sólo le produjo a Franco heridas graves en la mano izquierda. No fue un accidente.

El volquetazo de la Iglesia fue otro de los golpes de muerte recibidos por el régimen.

que han lanzado sobre el mundo laboral español cien promociones de obreros instruidos en la doctrina social de la revolución. Un equipo de formadores, dirigidos por un hombre abnegado y lleno de pasión por la justicia, han conformado la solera de un ejército laboral que, agrupado en las Asociaciones de Antiguos Alumnos, constituyen hoy, para el progreso sindical de España, la tropa escogida, la guardia vieja, que muere pero no se rinde.

»Os mandó el jefe que empezarais a romper eslabones de esclavitud llevando al obrero a la jerarquía de protagonista de la empresa, entregándole el honor y la responsabilidad de dirigir para sentirse en el camino del poder. Y lo hicisteis. Están en marcha los jurados de empresa, dura y áspera victoria, para obtener la cual ha habido que romper parapetos de siglos, muros de prejuicios y derribar torres soberbias.

»Os mandó que liberarais al trabajador de la argolla de la ignorancia y que le incorporaseis de pronto al honor de la plena ciudadanía, poniéndole desde la sombra en la luz, sacándole de la caverna al ágora, entregándole el arma propia, invencible y duradera, de la cultura, mediante la cual llegara, por una escala de oro, al mando y al disfrute de los bienes de la civilización. Empresa abrumadora, camaradas, para la que había que sentirse cíclopes. Y lo hicisteis. Y ahí están, en funcionamiento, para la gloria de Franco y vuestra, esas cinco universidades piloto: Gijón, Zamora, Tarragona, Córdoba y Sevilla, cuya sola contemplación, como realización a beneficio del ser más desamparado de la patria, nos produce, por ser hija de vuestra obediencia a Franco, el orgullo necesario para no poder ocultarlo en este instante y sentirnos conmovidos de gozo hasta lo más profundo de nuestras entrañas.

»Se os mandó cerrar con un broche práctico y útil el ciclo de las libertades y dar al trabajador el arma sutil que parecía reservada precisamente a quienes menos la necesitaban: el crédito con el que elevar el nivel económico del trabajador, al mismo tiempo que se le pone en condiciones de vivir con dignidad y de cooperar al aumento y al abaratamiento de la producción. Y lo hicisteis. El crédito laboral funciona ya en su sentido ortodoxo, no como un préstamo piadoso, sino como un instrumento legítimo que se alcanza con la conducta y con la iniciativa desde cualquier posición económica, por modesta que sea. Y los ingenios que se perdían en la ignorancia y en la miseria, ya no se perderán más.

»0s mandó el jefe de la revolución que recorrierais España llevando a los trabajadores la solidaridad de la patria, la palabra veraz de la revolución, las consignas más duras y más difíciles, entre las que figuró alguna vez la de trabajar más y cobrar menos, porque así lo requería un momento de agobio de la patria. Y lo hicisteis. Y los obreros obedecieron, y aclamaron a Franco, y echaron el hombro con un coraje cuyo recuerdo nos hace ahora mismo que se nos anude la voz en la garganta ante tanta belleza moral.

»Pero cuidado, amigos, que yo no estoy echando cuentas. He dicho que esto no es una elegía ni es un himno. Es una simple y sobria acta de dieciséis años de obediencia y de rigor falangista, de los que quiero dejar constancia ante vosotros, antes de trasponer estos umbrales. Y ni acta habría de estos dieciséis años, y me marcharía con la misma sencillez de labriego con que entré en esta casa si esta obra, que acabo de enumerar a paso de carga, y que he querido meter en unos minutos tan vanamente como el ángel de san Agustín quería meter en una concha el agua del océano, no hubiera sido la obra exclusiva, personal, directa y tenaz del hombre que nos rige, del hombre que guerreó por la justicia, y si no hubierais contribuido a ella vosotros, con las mejores y más bravas voluntades, las inteligencias más preclaras, las técnicas más finas y los espíritus más acrisolados de España. Y representando estas cualidades excelsas figuran dos nombres que servirán de ejemplo en vuestra vida y que jamás se borrarán de mi corazón: Enrique Ojea y Salustiano Orejas, que, ansiosos de saber para mejor servir a España, murieron en acto de servicio, lejos de la patria. Vuestra es la satisfacción de haber obedecido a Franco, entrañables camaradas míos de tantos desvelos, de tantas congojas, los que hicisteis posible, en tiempos que serán durante siglos tiempos de récord, transformar el erial social de la patria española, donde estaba por hacer, en este vergel exuberante y grandioso. Llegasteis un buen día a ocupar una avanzadilla en un desierto, y el Caudillo os ha conducido a un paraíso lleno tal vez de espesura en algunos sitios, pero lleno también de vida y de savia pujante en todos. Habéis conquistado España, camaradas.

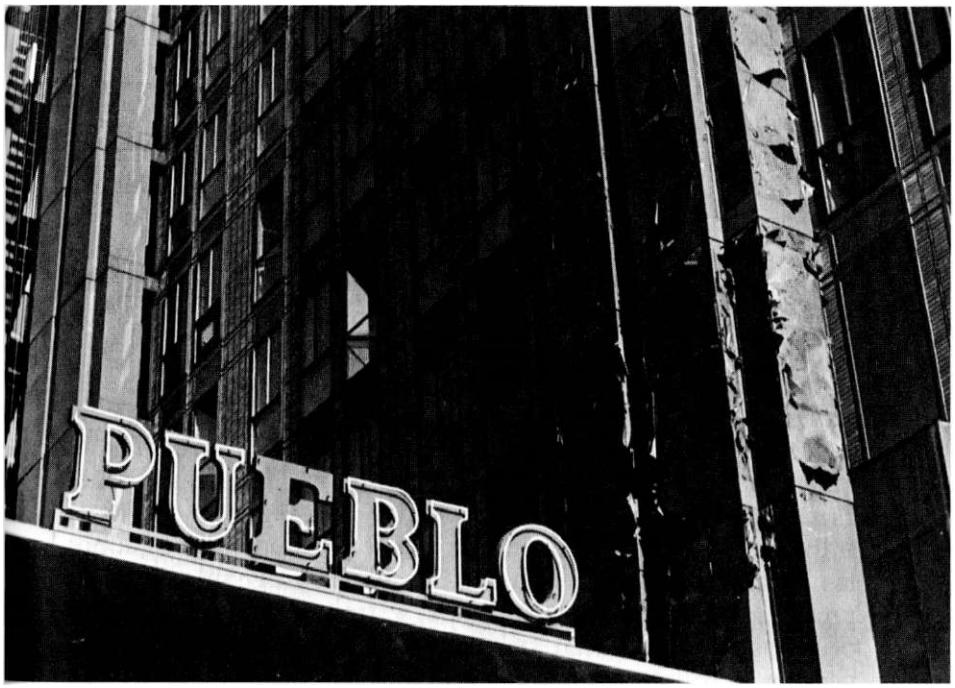
«Otra vez a las órdenes del mismo capitán, la habéis conquistado todos, los altos y los bajos, los subsecretarios, los directores generales, los subdirectores, los jefes de servicio, los jefes de negociado y de sección, los oficiales, los auxiliares y hasta los subalternos, como aquel bravo segoviano

Román Domingo, nudoso y enhiesto como una encina, que montó, octogenario imbatible, incansable, la guardia más incómoda que jamás subalterno alguno de ningún departamento haya montado a la puerta de un despacho ministerial y que algunas veces, terminada la jornada a las ocho de la mañana, seguía a su ministro a un viaje de cientos de kilómetros, atento a una orden, por minúscula que fuera, con la sonrisa en los labios y la satisfacción de haber cumplido con su deber. Estoy seguro, camaradas, de que os ha complacido el que haya personificado en vuestros fieles compañeros a quienes halló la muerte en su puesto de trabajo, las virtudes de un equipo de hombres que se extiende por toda la península y que hace posible que ante el nuevo ministro de Trabajo, nuestro camarada Fermín Sanz Orrio, se abra todo un mundo de esperanzas y de posibilidades.

»Señor ministro: Mío, nada dejo aquí. Todo lo que aquí queda es obra de estos hombres que dejo bajo tu mando con la cerrada fidelidad con que me han seguido. Con estos hombres y tu talento, con estos hombres y tu preparación puedes llegar donde tú quieras. Y si yo no he llegado más lejos es porque mi armamento intelectual es pobre y porque mis limitaciones son, desgraciadamente, muchas. Tantas, que no han acertado a neutralizar la capacidad de estos generosos colaboradores.

»Y ahora, camaradas, un ruego: que me perdonéis. He sido un ministro incómodo, ya lo sé; pero creo que he sido vuestro amigo, y ya sabéis a lo que yo llamo ser amigo. Os he querido como vosotros me habéis querido: con nuestros defectos y todo. Yo sé que los míos son enormes. Nada de esto se rompe, porque nada de esto depende de otra cosa que de nuestro propio corazón, que queda abierto, por lo menos el mío, para una amistad fraguada a lo largo de dieciséis años de común combate. Y nada de esto se rompe, porque el combate continúa y la causa es la misma, y el ministro nuevo trae de refresco su iniciativa, su potencia intelectual, y su capacidad de organización; trae la misma capacidad de obediencia a la revolución y a su Caudillo que yo traje aquí el día en que aquí entré. Y con la que he vivido hasta el día de hoy, y con la que viviré hasta el fin de mis días. Pero trae, además, la fuerza arrolladora de una preparación dirigida concretamente a la victoria en la política social de Franco.

«Ayudadle, camaradas, con denuedo y con fe, porque él os conducirá a la victoria. Esa victoria ni será la suya, ni la



***Pueblo*, en teoría, era el periódico sindical; en la práctica era un órgano de poder para Solís y para Emilio Romero que, inteligentemente, jugaba en el ajedrez de la política con una habilidad portentosa.**

Jaime Campmany.

Rafael García Serrano. (En la foto, condecorado por M. Valdés.)

mía, ni la vuestra. Será la victoria de la revolución nacionalsindicalista, que ha recorrido, por la aspereza de un desierto con el que se encontró, las primeras duras jornadas hacia la meta final. Será la victoria del Caudillo laboral de España, Francisco Franco, formulador, autor, ejecutor de todas las victorias que hemos ido obteniendo en colaboración con vosotros y con los trabajadores españoles, y que nos exige la victoria final con el establecimiento del reinado de la paz y de la justicia para no ser derrocado jamás. Y será, en fin, la victoria de ese ser entrañable, perpetuamente desconocido, sorprendente y magnífico, capaz de todas las inmolaciones, capaz de todos los holocaustos; ese ser a quien nos debemos, a quien tú te debes también, y desde ahora, más que nadie, camarada Fermín; ese ser sin pareja y sin segundo que es el trabajador español, a quien un día le pedimos que aguante las encarnizadas acometidas de la escasez, y aguanta; a quien un día pedimos que trabaje más, y trabaja; a quien un día pedimos que resista en su puesto las tentaciones de la subversión, y resiste, y que otro día, sin pedírselo nadie, porque le sale de las entrañas, ¡porque sí!, porque le espolea en el corazón el acicate del patriotismo, colma, como la lava de un volcán, las grandes plazas históricas de España, y vitorea hasta enronquecer a su Caudillo y a su Patria ante cualquier ataque al honor de España, que él quiere defender, con el sudor de su rostro, en el campo del trabajo, pero que defendería con su sangre, hasta la última gota, en el campo de batalla.

«Terminemos, amigos, que ha llegado la hora. Hora de trabajar, hora de combatir, hora de vencer, y no hora de separarse, sino hora de partir. Camaradas: aquí entramos desde el campamento y no hemos tenido tiempo de sacudir el polvo de la guerra, porque la guerra ha continuado. Tenemos a nuestros pies, sujeta, ahogada y sometida, a la sierpe del egoísmo y de la injusticia. Después de cientos de años de esclavitud, el trabajador español, ese ser que es el más responsable del mundo, empieza a ser libre. La guerra contra la injusticia prosigue victoriosa.»

Después de todo aquello, fui a despedirme del Caudillo. La verdad es que desde el día en que me enrolé en las Juntas Castellanas de Actuación Hispánica, no había hecho otra cosa que servir a mi ideal de España y de la revolución nacionalsindicalista. Tenía cuarenta y cinco años y una familia.

Iba a empezar una vida nueva. Franco me recibió con todo afecto, aunque, al iniciarse la conversación, probablemente le sorprendió mi brusquedad:

—Mi general, ha tenido usted muy mala suerte. Mi sustituto no es el adecuado.

Me despaché a gusto. Él apretaba los labios. Sabía que le molestaba bastante que le señalaran un desacierto o que se criticara a una persona que acababa de ser designada por él para ocupar un cargo. Después de oírme en silencio, dijo:

—Bien, Girón: esté usted tranquilo, porque la obra social no sufrirá ningún daño. Nos queda todavía mucho por delante.

—Eso espero.

—¿Qué piensa usted hacer?

—Ganarme la vida, como cada hijo de vecino.

—Bien. Pero he pensado que usted puede ir de embajador...

—Pero, mi general, ¡si yo antes de ver una alfombra, ya he patinado!

Franco se sonrió. Luego añadió:

—No tiene que ser necesariamente en Europa. Puede usted ir, por ejemplo, a Argentina, donde el régimen está más cerca de sus propias concepciones...

—Pues no, señor; es que, además, no quiero marcharme de España. Usted imagine que acepto, y me paso cinco o seis años allí. Cuando vuelva no tendré ni idea de lo que aquí sucede; y a mí me interesa mucho saber lo que va a pasar en España.

—Entonces acepte usted la presidencia de Butano, o de otra empresa nacional...

—Tampoco. Me explicaré: yo creo que tenemos que demostrar al pueblo español que cuando se ha prestado un servicio, no es necesario acogerse a la ubre del Estado para vivir.

Franco sonrió y, después de unas palabras que ahora mismo no recuerdo, dio por terminada la entrevista. Le noté emocionado. Me dio la mano con efusión y, tras la despedida, inicié mis pasos hacia la salida. De pronto oí que decía:

—Girón.

—A sus órdenes, mi general.

—Si en algún momento necesita algo, antes que a nadie, venga a decírmelo a mí.

—Gracias, mi general. ¡A sus órdenes!

Como nota más festiva y distendida de aquellas jornadas recuerdo que una de esas noches, cenando en Chipén, se acer-

có a mi mesa la popularísima artista Lola Flores, quien, con la simpatía y la gracia que la caracterizan, me dijo:

—Señor ministro, ¿quiere usted que yo le haga un beneficio?

—No, muchas gracias; se lo agradezco pero no es necesario.

A pesar de la actitud que claramente expuse al Caudillo, mi nombramiento de presidente de Butano salió publicado en el *Boletín Oficial del Estado,* pero mi rechazo siguió firme y no ocupé el cargo.

XIV/Un largo suplemento de vida

Desde el mismo instante de mi salida del gobierno me propuse dos cosas que he cumplido fielmente: no interferirme en la acción del mando en tanto y cuanto no fuera requerido y poner el mismo entusiasmo en cuantas actividades iniciase que el que había puesto en la vida política desde la hora fundacional hasta mi despedida en el palacio de El Pardo. Prescindiré en estas anotaciones de todo aquello que considere superfluo o que pertenezca exclusivamente al ámbito de mi vida íntima. Cuando se realizan cuestiones sustantivas en el ámbito público o privado, esas cosas pueden ser transmitidas por curiosidad o incluso como magisterio de maneras o formas de hacer. Lo íntimo se establece en una ecuación unipersonal que va del individuo al Creador, y, en esa ecuación, es de todo punto incorrecto introducir elementos de ((relaciones públicas» de cara al exterior. Uno de los síntomas más graves de hoy reside en que las grandes empresas informativas están dedicadas a quebrantar esa barrera, de forma que incluso los personajes del «gran mundo» son propensos a romper la norma si, a cambio de la popularidad y del dinero, se obtiene cualquier beneficio material. Por eso en nuestro tiempo no se habla de moral, sino de ética, lo cual no deja de ser significativo.

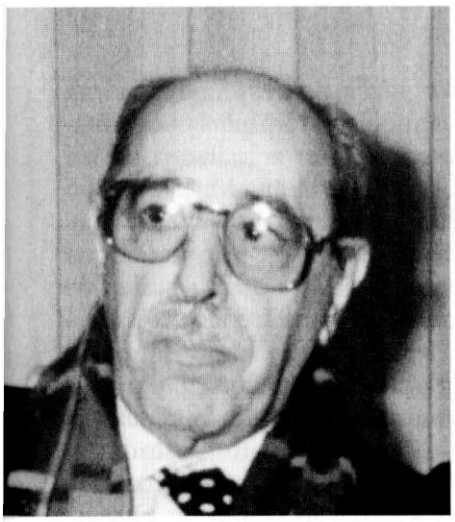
En el verano de 1957 iniciaba una etapa de hombre de empresa. No es una paradoja, aunque pudiera parecerlo, que quien había encabezado el liderazgo social de la Falange durante tantos años, entrara en el ámbito opuesto: en el del empresariado. Ésa es una de las cuestiones que me gustaría explicar desde estas líneas. La diferencia entre cualquier ideología de partido y nosotros reside en un principio puramente moral: no es nuestra forma de pensar lo que nos distingue del resto, sino nuestra forma de ser. Nuestro objetivo era España, en todos sus aspectos y necesidades. Lo importante, pues, estaba en irrumpir en el mundo del dinero con una men-

talidad tan ajustada al ideario que no se diferenciase en nada de la que había creado las universidades laborales, concebidas como el primer gran estadio de la revolución. Para mí —y para cualquier falangista— el dinero tiene una función social preeminente, incompatible con el sentido capitalista que considera al hombre como un elemento de producción y de consumo, al que se estimula con los bramidos de la publicidad para que cumpla su ciclo, inexorablemente, en servicio de la economía.

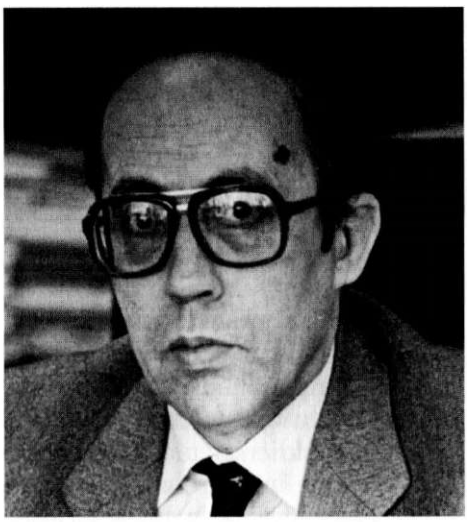
¡Crear! Con esa idea me puse manos a la obra e instalé —no es una metáfora— unas tiendas de campaña al aire libre, sobre los terrenos en que iba a trazar mi primera urbanización en la Costa del Sol.[1] Un grupo de técnicos —arquitectos, aparejadores, maestros de obra— iniciaron conmigo una serie de empresas que promocionarían más trabajo del estrictamente necesario —¡lo digo sin el menor énfasis!— y que colaborarían al portentoso desarrollo de la Costa del Sol. Mi vida daba un giro de muchos grados: al margen de la actividad política, pero sin descuidar la guardia ni la información, que siempre la tuve, permanecía desligado de cualquier actividad pública. Resulta chusco que el ministro de la Gobernación pusiera frente a mi residencia familiar de Fuengirola un servicio de vigilancia, para espiar las entradas y salidas de quienes, en una abundancia superior incluso a mis propios deseos, me visitaban por aquel tiempo. Tan chusco que un día decidí acabar con aquella estupidez. Planteé el tema con enérgica discreción de forma que la Guardia Civil y la Policía desaparecieron de mi entorno.

La vida privada tenía más atractivos que la vida pública. Adquirí unos terrenos en el término municipal de Fuengirola, donde creé una explotación agrícola, una granja y construí mi vivienda. En aquella época el terreno estaba francamente barato en esa zona; eran terrenos totalmente despreciados por aquella sociedad. El suelo era de arenisco, hasta el punto de que tuve que traer cantidades importantes de tierra buena para hacer posible la explotación. Introduje en la explotación avícola las razas necesarias para que el producto fuera de primera calidad. Muchos hoteles se servían de ellos, y sin yo proponérmelo, lo digo bajo palabra, por uso de la costumbre se introdujo una marca inexistente en el registro correspondiente: «Los huevos de Girón.» Introduje en esa microexplo-

1. «Los Monteros».

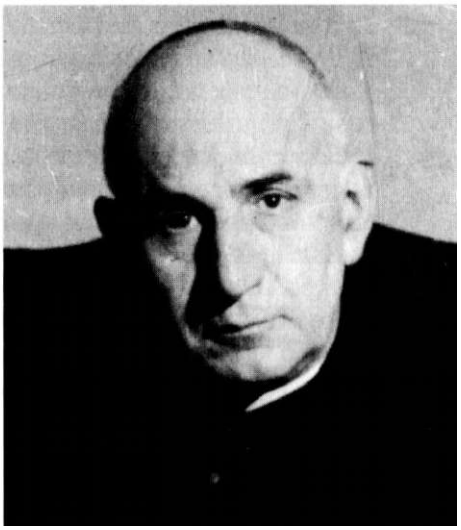


Aguinaga.



Antonio Izquierdo.

Gibello.



La crisis del cincuenta y siete fue, también, la sustitución de la influencia del cardenal Herrera Oria (arriba) **por monseñor Escrivá de Balaguer** (a la izquierda).

tación a muchas familias, que formaron una espléndida y pacífica avanzada de trabajadores agrícolas. También pude complacer dos aficiones que me acompañaron a lo largo de mi vida: los perros y los caballos. Una pequeña cuadra y un buen número de caninos entre los que siempre sobresalieron mis amigos los mastines castellano-leoneses, que, como aquel que lamía mis heridas infantiles en el internado de los jesuítas de Orduña cuando yo libraba mi primera batalla contra el separatismo en los patios de la señera institución docente, me acompañaban de aquí para allá. En una ocasión compré un mastín que venía precedido de una fama terrible. Quienes me lo vendieron me avisaron de su ferocidad y lo trasladaron hasta Fuengirola enjaulado y con toda suerte de precauciones. Llegó a la finca y ordené a los que lo traían en una especie de «conducción ordinaria» que abrieran los barrotes y lo dejaran en libertad. Me miraron con temor por mi integridad física. La verdad es que aquel animal imponía respeto. A través de sus ojos tristes y melancólicos, el bicho contemplaba la escena; al final le abrí. En mi vida había visto una cosa igual: el animal me miró, se acercó a mí y agachó la cabeza como mostrando una absoluta mansedumbre en la obediencia. Era una forma como otra cualquiera de demostrar que sabía perfectamente quién mandaba en el territorio.

Entre 1959, que registra desde la inauguración del Valle de los Caídos a la llegada a España del presidente de los Estados Unidos, el general Eisenhower, y 1969, en que fue designado el sucesor de Franco y el hombre se encaramó a la Luna, vivió España una de las etapas más felices de su historia, descontado todo lo descontable: desde el conflicto de Sidi-Ifni al contubernio de Munich... Personalmente y fiel a cuanto me había propuesto, vivía inmerso en mi nueva actividad. Franco me mantenía en el Consejo Nacional del Movimiento y yo procuraba mantenerme lo mejor informado posible de cuanto sucedía en España, pero alejado de toda intervención. De esta etapa quiero señalar exclusivamente dos hechos para mí consecuentes, aunque aparentemente contradictorios: Franco había ganado la partida interior, el pueblo sin distinción de colores ni de banderas estaba con él; las camarillas desalojadas de su influencia aceleraban su actividad en la medida que podían hacerse más evidentes las huellas del tiempo en el rostro infatigable del jefe del Estado. La tecnocracia había vaciado por completo el aparato ideológico y la universidad empezaba a ser tomada desde la cátedra por

la vanguardia remozada y joven de quienes habían sido vencidos por las armas en 1939.

Lo que era un éxito indiscutible podía convertirse en una catástrofe incontenible. La Falange no había hecho el relevo generacional, pero ya en las biografías de los nuevos ministros no aparecían los datos biográficos relativos a la preguerra ni a la guerra. El predominio de los hombres del Opus Dei garantizaba el quebranto ideológico. Que Franco se sintiese satisfecho y hasta supusiese que había vencido los gérmenes de la discordia o los «demonios familiares», como él los llamaba, era una cosa y la realidad otra. La generación de la guerra en plena madurez y las generaciones de la posguerra consumiendo los años postreros de juventud, disfrutaban de una paz y un bienestar como jamás se había conocido otro. Esto no bastaba sin embargo. Tampoco bastaba el hecho de que se siguiera hilvanando, con parsimonia, que en algunos casos se hacía irritante, el proceso constitucional que culminaría con la Ley Orgánica del Estado, en diciembre de 1966. Esta situación tuvo un primer aviso en diciembre de 1961. Se habían celebrado ese año dos acontecimientos importantes: el XXV aniversario del Alzamiento Nacional con un memorable desfile de los ex combatientes en Madrid —18 de julio 1961— y el XXV aniversario de la exaltación de Francisco Franco a la Jefatura del Estado, que se celebró en Burgos y donde el Caudillo, según mi información, se llevó la primera sorpresa: la casa estaba efectivamente a oscuras, aunque brillase mucho la luz en la calle. En El Parral de Burgos se celebraba la primera concentración de la Organización Juvenil Española, con que la tecnocracia había sustituido al Frente de Juventudes. Cuando el jefe nacional del Movimiento contempló la muchedumbre juvenil uniformada en caqui o cosa así, preguntó en voz alta:

—Y estos chicos, ¿por qué no llevan camisa azul?

He dicho que esa situación había tenido un primer aviso en diciembre de 1961, concretamente el día 24. Esa mañana salió el Generalísimo acompañado exclusivamente del chófer, a cazar en los montes de El Pardo. Al apretar el gatillo, la carga reventó la escopeta, que milagrosamente sólo le produjo heridas graves en la mano izquierda. No fue un accidente. Don Camilo Alonso Vega, ministro de la Gobernación, confirmaría ej 18 de enero de 1962 que al Jefe del Estado le habían suministrado una munición trucada, que hizo explosión en el momento del disparo. La reacción popular fue especta-

cular. Facilitada por Radio Nacional de España la noticia, puso en vilo el corazón de las buenas gentes de nuestro pueblo que celebraban la Nochebuena... Muchos intuían que el régimen era él y sólo él. Lo cierto es que fue el primer aviso de que la vida humana, incluida la de Francisco Franco, siempre tiene límite... Pero Franco, haciendo un esfuerzo, el 30 de ese mismo mes apareció ante las pantallas de televisión con el brazo y la mano cubiertos por vendajes y escayolas, para llevar su palabra y la tranquilidad a todos los hogares de España.

Este tiempo que, como digo, anota la franja del bienestar más generoso de la historia de nuestro pueblo, apunta a la vez, en su cuaderno de bitácora, los tres problemas que a largo plazo darían al traste con la descomunal empresa realizada. España se había movido en 1936 por la falta de justicia social, por el hambre y el egoísmo de siglos, por acabar con la pugna de los separatismos y por la defensa de la fe de Cristo, que a través de la Iglesia católica alumbró los destinos de España desde la unidad religiosa de los reinos, tras los concilios de Toledo. Se había ganado la batalla a la injusticia y el hambre se había tornado en bienestar, se habían adormecido las ambiciones de los geniecillos de la disgregación, que volvían a esconderse bajo los hongos de cada aldea... Pero el Concilio Vaticano II iba a desmantelar, en gran parte, la propia existencia metafísica de España. El concilio está por explicar y doctores tendrá la Iglesia que lo expliquen, pero como la Iglesia es madre y maestra que jamás padeció el ansia de la urgencia o de la prisa humana, no espero llegar a tiempo de conocer su versión oficial. De forma que, con los debidos respetos y consideraciones y desaparecidos ya aquellos ejemplares padres y prelados que fueron mis amigos y a quien hoy no puedo consultarlos, voy a trasladar a estas páginas una versión, tomada al oído, pero que, por parecerme razonable, intento hacer llegar a quienes pudiera servir de explicación para todo lo acontecido en el seno de la comunión de los vivos.

En una tertulia reducidísima, tan reducida que creo que éramos cuatro los que asistíamos a ella, le oí decir a una persona próxima al poder vaticano: «Mucho antes de que muriese Pío XII, la Iglesia había adquirido la conciencia de que el enfrentamiento cristianismo-comunismo sería inevitable.» Era

mejor prepararse con tiempo y plantear la confrontación en el lugar donde mayor fruto pudiera alcanzarse. Esa idea la alimentó ya el propio Montini, en sus tiempos de prelado doméstico de Pío XII, por lo que, a la muerte de aquel papa, el cónclave eligió, aunque ahora se diga otra cosa, a Juan XXIII como Papa de transición, y, en todo caso, para atribuir la «apertura» a una figura más cercana a la vieja Iglesia que a la Iglesia del *agiornamento.* Juan XXIII convocó el concilio, pero al mismo tiempo había creado cardenales a una serie de hombres claves, y, en particular, a Montini, que en 1963 le sucedería en la silla de Pedro con el nombre de Pablo VI y que enfilaría la nave de la Iglesia a los fines propuestos muchos años antes.

El Concilio Vaticano II se proponía como objetivo principal la unificación del cristianismo, para lo cual tenía que derribar gran parte de lo que el Concilio de Trento había levantado. Era tanto como dar la razón a Lutero o Calvino, o como reducir las conquistas del Imperio a través de sus más excelsos padres conciliares frente a la Reforma. De momento Roma renunciaba a la tiara. O lo que es igual: el Papa a ser la piedra, para establecer las conferencias episcopales sustitutivas del orden jerárquico por el poder democrático de su elección en cada territorio... La liturgia sufrió un repaso de abrigo, el latín se quedó en los órganos de los viejos templos y las tallas más representativas de la comunión de los santos empezaron a verse en los salones de paradores y hoteles de postín. Como fórmula de aproximación o de reajuste de otras iglesias era una buena fórmula. Pero ¿lo sería para la Iglesia católica apostólica y romana?

Pablo VI, la cabeza más lúcida de la Iglesia del siglo XX, había afrontado ya casi todo. Pero frenó en seco y, sin terminar la obra, puso punto final al desmantelamiento. La Santa Madre Iglesia nunca tiene prisa por reconstruir, si de verdad se reconstruye. La teología de la liberación, la pérdida de vocaciones sacerdotales, el cisma no declarado del cardenal Lefebvre... y tantas cosas quedaban confiadas a la divina voluntad. Tres veces advirtió Pablo VI, angustiado, que el humo de Satanás había entrado en los templos, y tres veces saludó a los participantes en audiencias colectivas procedentes de nuestra patria con un «¡Arriba España!» que nadie podía interpretar como gesto equívoco. El hombre que había remitido el telegrama a Franco y que había mostrado en ocasiones un cierto desdén por España parecía querer enviar con aquellos

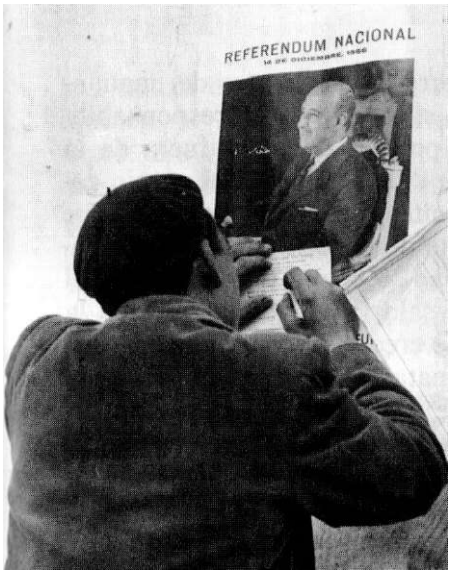
tres gritos un mensaje de atención al pueblo que siempre estuvo en la vanguardia de la fe católica... Nadie podía predecir entonces que mientras que la operación del Concilio Vaticano II fracasaba espectacularmente en su fin primario, la vieja fe, conservada a escondidas por la Iglesia del silencio, por la Iglesia mártir, generación tras generación, terminaría por derribar el Muro de Berlín y por reponer las imágenes y los iconos en las iglesias de Polonia, Rumania, Hungría y de la propia URSS... Seguramente esto se debe —añadió aquel conferenciante inesperado— a que existe un proverbio ruso que dice: «Si tienes fe, podrás encender la estufa con nieve.»

Hasta aquí, en la medida en que me lo ha permitido la memoria, el relato fundamental de aquella conversación que yo escuché en un respetuoso silencio. Lo que añada ahora es de mi personal responsabilidad. El volquetazo de la Iglesia fue otro de los golpes de muerte recibidos por el régimen. De una parte la Iglesia católica, apostólica y romana, que había declarado Cruzada de liberación la contienda civil, se apresuró, en algunos casos de forma innoble, a desengancharse de aquel a quien los benedictinos del Silos, en Burgos, habían aclamado

Caudillo Católico de España,
Padre de la Patria,
Vindicador de la Justicia,
Señor Francisco Franco;
Afirmador, con su Victoria,
del Orden Cristiano y de la Libertad Patria;
Séanle Concedidos Largos Años,
el Amor del Pueblo y la Bendición de Dios Omnipotente.

El volquetazo digo, y digo bien, fue tremendo, tan tremendo que incluso la España católica, la España más fervorosa, empezó en aquellos años a rebelarse contra cardenales, obispos y clérigos, cayendo ingenuamente en una trampa saducea: a los fines de la subversión, que se había introducido en la propia Iglesia, el que católicos, tan respetables y tan calificados como Blas Piñar y sus seguidores, gritaran «¡Tarancón al paredón!)) les venía como anillo al dedo. A Franco no, desde luego.

El tercer problema que yo advertí desde mi actividad ajena a la inmediatez de la política, era el rumbo que cogía la ju-



1966 asistió al más impresionante triunfo democrático de Franco.

José Solís Ruiz, ministro secretario general del Movimiento.

General Alonso Vega, ministro de la Gobernación.

Manuel Fraga Iribarne, ministro de Información

ventud, a quien se le habían cerrado las fuentes del manantial joseantoniano. Esa cuestión sí fue grave. Su responsabilidad tiene nombres y apellidos propios dentro y fuera de la Falange. Pero sobre todo dentro de las esferas del propio gobierno, donde, como he dicho antes, aparecían hombres que para mí resultaban rigurosamente desconocidos. Lo que la Falange abandonó en la universidad lo ocupó el adversario. El error de Franco —error del que saldría cuando se iniciaba la década de los años setenta— fue creer que con viviendas, frigoríficos y automóviles iban a matarse los virus de una revolución que, salvada la circunstancia de cada tiempo, obedecía a la pavorosa máquina de la anti-España. Por otra parte, el bienestar, la fructífera riada turística, la evolución de los sistemas de comunicación, habían relajado ampliamente la conducta de austeridad y en gran parte la integridad de la fe de nuestras gentes... Se apreciaba en todo, pero particularmente en el desgarro del pudor, en la volatilización del honor y en tantas cosas, que empezamos a ser entre nosotros mismos unos perfectos desconocidos.

Resuelta holgadamente mi vida privada, empezaba a mirar con atención al panorama político que seguía bullicioso en las pequeñas camarillas y escandalosamente monolítico —¡como nunca lo había sido!— en la consolidación de la «tercera fuerza». La «tercera fuerza» no inventaba nada: era una especie de despotismo ilustrado, sin peluca y sin polvos de rapé. Era más preocupante para mí lo que vislumbraba en la gente joven que bullía por España.

El día 18 de noviembre de 1962, un accidente me dejó fuera de combate. Regresaba a mi casa en la alta madrugada, conduciendo un Fiat 2 200. Cuando me aproximaba a Santa Amalia, choqué frontalmente con otro vehículo, cuyo conductor falleció en el acto. No recuerdo ahora cuántos días estuve en coma profundo. Sé, en cambio, que la primera noticia que llegó a los periódicos daba cuenta de mi fallecimiento, noticia que inmediatamente quedó desmentida por el establecimiento hospitalario al que fui trasladado. Tengo conciencia de que entré en coma algún tiempo después del accidente, que destrozado pedía un cigarro a alguien que estaba junto a mí. Luego me sumí en ese profundo sueño que no sé si llegó a alcanzar el nivel científico de muerte clínica. Dios quiso concederme un largo suplemento de vida. Cuando tuve concien-

cia exacta de la dimensión de las lesiones, me di cuenta de que en mi vida se había establecido una frontera. Superarla o no, era cuestión mía, pero sin la ayuda permanente, el desvelo y el cariño de mi mujer, acaso me hubiera sido imposible.

Al Caudillo le dieron la noticia el mismo día y me consta que se emocionó visiblemente. Preguntó por los grandes especialistas de las materias que más afectaban a las lesiones y me mandó dos médicos. Permanentemente estuvo informándose con llamadas de sus ayudantes a mi domicilio y unos meses después, cuando yo había sido trasladado a una habitación hospitalaria montada en mi casa, llamaron de su Secretaría para anunciarme que el Generalísimo quería visitarme. En la Semana Santa de 1963 llegó a mi domicilio acompañado de su esposa. En la finca no se alteró para nada la vida rutinaria. Mi mujer, acompañada de su madre y del más pequeño de mis hijos, los recibió. Doña Carmen, mi suegra y mi mujer permanecieron en el salón y Franco pasó a mi habitación, donde creo que lo único que no tenía escayolado era la cabeza. Me miró y dijo:

— ¡Vaya, por Dios, con lo que desmoraliza esto!

Luego se sentó y, durante media hora, estuvimos charlando. Nunca olvidaré aquel gesto de amistad de Franco, a quien noté ligeramente envejecido. Ya con canas en la cabeza, recordé con gratitud y una emoción íntima, silenciosa y sincera, el día que me presenté, ¡con veinticinco años!, en el Cuartel General de Salamanca, para decirle: «Los falangistas no estamos acostumbrados a que nos nombren los jefes por decreto.»

Tengo que decir, y con ello cierro esta breve evocación, que cuando le vi salir me prometí a mí mismo agudizar la vista para cumplir hasta el final mi compromiso de lealtad con aquel gigantesco hombrecillo, que pisaba ya la linde eterna de la ancianidad.

XV/Una ley de Referéndum

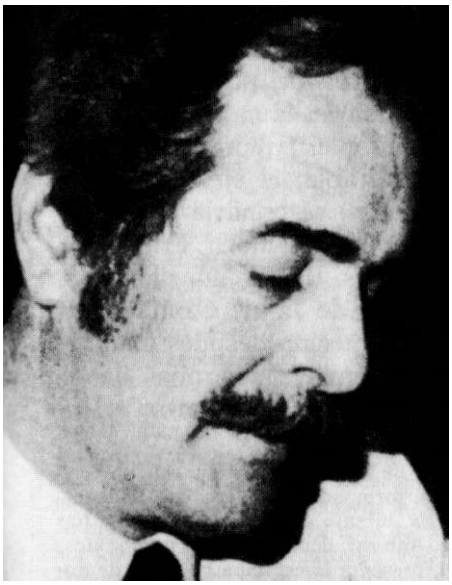
Al finalizar el verano de 1966, los médicos me aconsejaron una operación de vesícula. Me interné en una institución sanitaria de Madrid. Allí recibía las visitas de mis viejos amigos y colaboradores, de los antiguos camaradas, algunos de los cuales ocupaban todavía puestos políticos de segundo o tercer orden: pequeños gobiernos civiles y jefaturas provinciales del Movimiento, alcaldías de capitales o concejalías de Madrid. Todos vivían inmersos en una especie de paz paradisiaca, molestos, sí, con la preponderancia tecnocrática y el riguroso abandono con que José Solís Ruiz mantenía a la Falange, cuyo nombre aparecía *rara avis* en los periódicos. Los periódicos, las emisoras de radio y la televisión del Estado —en aquella época la televisión era estatal en casi toda Europa— vivían bajo el sortilegio de la libertad de prensa, establecida por la ley Fraga. La prensa falangista, que había inaugurado un espléndido edificio en la avenida del Generalísimo de Madrid, había caído en la órbita del poder del gobierno, sin demasiadas contemplaciones para la Secretaría General del Movimiento. Cuarenta diarios, ancabezados por *Arriba* y tres cadenas informativas de radio (La REN, la CAR y la Sindical) constituían de suyo un poder gigantesco de información, pero sin una línea de conducta clara y unificadora, languidecían sin oponer resistencia prácticamente, ni al poder ajeno al Movimiento ni a los periódicos que las otras «familias» del régimen mantenían en circulación *ABC, Ya* y su cadena de la Editorial Católica. *El Alcázar* y *El Madrid,* que en aquellos momentos estaban en manos de empresas vinculadas al Opus Dei. Solís tenía su «propio» periódico, *Pueblo*, en cuya dirección estaba Emilio Romero, repuesto en ella desde la crisis de 1957. *Pueblo,* en teoría, era el periódico sindical, en la práctica era un órgano de poder para Solís y para Emilio Romero, que inteligentemente, jugaba en el ajedrez de la política con una habilidad portentosa. Las viejas glorias de *Arriba* ha-

bían desaparecido o se hallaban lejos de un compromiso político —el falangista— que no parecía tener el menor porvenir en aquella hora. Ismael Herraiz, al que hemos dejado en este relato situado en Viena, tras su frustrada Delegación Nacional de Prensa, había sido posteriormente destinado a Lisboa. Ismael Herraiz, que fue una de las cabezas más brillantes y agudas del periodismo contemporáneo y que no había renunciado ni a su condición política ni a su personal admiración a Francisco Franco, vivía en el puro martirio. Cuando fue destinado a Portugal, se presentó a ver a Franco, según me contó en varias ocasiones, para agradecerle su ascenso a consejero de embajada y para prevenirle de que no consideraba la embajada de Lisboa como el destino más propio para su posición ideológica. Franco escuchó sus explicaciones con atención. Herraiz expuso al Caudillo su escrúpulo de poder perturbar con su presencia a la embajada, pues conocida era su animadversión monárquica y más particularmente al conde de Barcelona. Franco le escuchó con atención y se limitó a decirle: «Esté tranquilo, Herraiz: don Juan es inútil para España.»

Como tantos otros falangistas, Ismael quería ver en esta afirmación de Franco un «no» a la restauración, pero también, como todos ellos, se equivocaba. No quise sacarle de dudas porque, además, había estado muy pocos años en Portugal. La llegada de Mauel Fraga Iribarne al Ministerio de Información y Turismo, en 1962, iba a ser decisiva. Fraga no quería tener a Ismael en Lisboa como testigo, y por eso, con el pretexto de traerle a no sé qué extraña colaboración con el titular de Información y Turismo, le trasladó a Madrid. Luego quedó en expectación de destino *sine die.* Ésa fue otra de las consecuencias de la enorme radicalización que sufrió aquel formidable periodista: cuando se estableció de nuevo en Madrid, advirtió pronto la situación real del régimen y alzó bandera sin titubeos contra el sector político del Opus Dei inmerso en la vida española. Él me prestó un gran servicio llevando hasta mi habitación del sanatorio a la joven vanguardia de *Arriba,* hombres jóvenes que en la mayoría de los casos yo no conocía o conocía sólo por referencias: Jaime Campmany, que era de los veteranos del periódico y que había cogido la etapa de Isamel Herraiz como director y otros muchos entre los que figuraban Rafael García Serrano, Aguinaga, Izquierdo, Gibello, estos dos últimos pertenecían a la más joven generación de periodistas de la Falange, habían empezado su

Franco: «¡Tenemos un pueblo que no nos merecemos!»

Rodrigo Royo.



Lucio del Álamo.

Matesa.

LA VANGUARDIA
ESPAÑOLA

PRECIO DE ESTE EJEMPLAR 3 Pesetas — Director: Xavier de Echarri Gomundi — VIERNES, 15 de agosto de 1969

INFORME AL CONSEJO DE MINISTROS SOBRE EL ASUNTO «MATESA»

FONDOS DEL CREDITO DE PREFINANCIACI
HAN SIDO UTILIZADOS INDEBIDAMENTE

El Juzgado Especial de Delitos Monetarios ha ordenado la detención de los principales directivos de la empresa «Maquinaria Textil del Norte de España»

La Coruña, 14. — «El Gobierno ha sido ampliamente informado por los ministros de Hacienda y de Comercio, acerca de la situación por que atraviesa la empresa "Maquinaria Textil del Norte de España (Matesa)"», dijo hoy a los periodistas el ministro de Información y Turismo, don Manuel

El saldo actual del total de los créditos concedidos a «Matesa» los anteriormente mencionados de prefinanciación asciende a la 9.968.983.924,59 pesetas, cuyos vencimientos se encuentran escalon largo de los próximos cinco años. «El Gobierno —dijo el ministro

vida profesional bastante después de dejar yo el Ministerio de Trabajo. También me visitaban otros veteranos como Lucio del Álamo, Antonio Valencia, por ceñirme a los que a la Prensa del Movimiento se refería. El desánimo político era absoluto. Los más jóvenes se rebelaban contra todo y veían en Pepe Solís, como poco, un impostor. «Solís —me dijo un día uno de aquellos periodistas jóvenes— no ha visitado *Arriba* más que en una ocasión, con motivo del vigésimo segundo aniversario del periódico y ha llamado dos veces en nueve años para interesarse por estrenos de Emilio Romero.»

La verdad es que las cosas eran más o menos así. Otro de aquéllos comentó un día: «Solís huye de la Falange como de la peste y vive pensando en el 29 de octubre y el 20 de noviembre de cada año con verdadero pavor, porque en esas fechas, cuando asoma la gaita, alguien le llama cabrón y ya empieza el lío.» No era muy halagador el panorama. Yo los escuchaba y veía en ellos algo admirable: el ejemplo de la lealtad que, en la mayoría de los casos, se pondría a prueba hasta abrasarse, muchos años después de morir Francisco Franco, en la defensa de nuestros ideales. Uno de aquellos días publicó *Arriba* un espléndido artículo de Jaime Campmany, artículo que, como contraste de lo acontecido después y como muestra de la atención que sin proponérmelo mostraban hacia mí, me permito transcribir íntegramente en este libro.[1]

1. «Acabo de salir de la habitación 301 de una clínica de Madrid. He permanecido algunas horas en esa habitación, formando corro cordial alrededor de un hombre. El hombre tiene el pelo gris, hirsuto y como indomable, y todavía abundante. Es alto, grueso y fuerte. Aun así, desplomado en una butaca y vestido con un pijama de convaleciente, presenta la estampa vigorosa de un jefe de tribu o de un adalid. Parece un gladiador que se hubiese sometido, con risueña condescendencia, al trato de los médicos, a la cura de unas heridas sin importancia que él podría calificar desdeñosamente de rasguños.

»E1 hombre, el convaleciente, tiene la frente ancha, las facciones nobles, la mirada aguda, los ojos pequeños y penetrantes. Se mueve con ademanes lentos y poderosos, que parece obedecieran a un mecanismo que nace tanto en la cabeza como en el corazón, y en el cual se combinan la audacia y la prudencia, casi diría el arrojo y la astucia. Ofrece tabaco de una enorme petaca con la parsimonia de un campesino castellano; escucha concienzudamente, apoderándose de las palabras y sometiéndolas interiormente a un minucioso examen microscópico mental, mientras los ojos, refugiados en el guiño, escrutan los gestos de quien habla para sorprender vacilaciones, dudas o rodeos; cuando habla, a veces arenga, a veces sentencia, a veces destruye.

»No sé si os he hecho esperar demasiado: el hombre se llama José Antonio Girón. Ver a José Antonio Girón en el rincón de una habitación de clínica es algo así como contemplar un genio metido en una botella, como ver un gigante encadenado, como ver un rayo cautivo. Mirándole, es difícil creer que Girón deba estar en una clínica. Más bien podría parecer que se ha metido allí para hablar de política en el lugar más insospechado, en un lugar no sospechoso

Otro aspecto a reseñar era la toma de contacto con las personas que en aquellos momentos ocupaban los altos cargos en la Administración del Estado. De suyo, la crisis de 1957 no había sido exclusivamente la que nosotros podíamos advertir desde el ángulo de la propia Falange: la crisis del 57 fue también la sustitución de la influencia del cardenal Herrera Oria por monseñor Escrivá de Balaguer. Con monseñor Escrivá de Balaguer tuve una conversación larguísima y muy

---

para el ojo vigilante de un capitalismo siniestro. Naturalmente, esto es un decir. José Antonio Girón ha ido a la clínica a liberarse un poco del enorme peso de su humanidad. A hacerse una cura de vitalidad. A moderar esa humanidad desbordante que debe de estorbar algo la manipulación de los cirujanos que, más tarde, han de eliminar las últimas consecuencias de aquel accidente de automóvil que dejó unos días sin resuello a tantos millones de españoles.

»Fue un día de noviembre de 1962. España dio un grito de pasmo y consternación, cuyos ecos pude yo escuchar desde Italia. Somos muchos los españoles para quienes siempre ha sido una tranquilidad, una confiada esperanza saber que Girón "estaba ahí". Muchas veces los labios más desalentados pronunciaban su nombre, los ojos más desesperados se volvían hacia él, las más radicales exigencias nos impelían a que nos quedásemos mirándole. Y era natural. Fue él quien nos anunció la conquista de tantas cosas que hoy poseemos con naturalidad; fue él quien durante muchos años nos convocaba y encaminaba hacia metas sociales y políticas que, apenas alcanzadas, él mismo reemplazaba por otras más lejanas y hermosas; fue él quien simbolizó muchas ilusiones y precisamente aquellas ilusiones que han encontrado mayores y más difíciles obstáculos para hacerse realidad.

»Yo he ido a una clínica de Madrid y he penetrado en la habitación 301 con la memoria llena de la larga biografía de José Antonio Girón. Pero en cuanto he cruzado cuatro palabras con él, he olvidado esa biografía. Me he dado cuenta que tenía delante un hombre con mucha biografía por hacer. Girón no ha pronunciado una sola vez la palabra "ayer". Girón nos habla de hoy y de mañana. Su voz era y el tono de su voz y el entusiasmo de su voz eran los mismos que yo había escuchado desde la provincia, cuando aquel ministro de Trabajo ponía en pie, en las tabernas, a los mineros de Asturias, a los obreros de Cataluña, a los huertanos de Valencia y a los campesinos de Castilla. Pero Girón estaba tan lejos de aquel Girón como yo mismo lo estoy de aquel muchacho que le escuchaba.

»Por formación o por espíritu crítico, mantengo una primera defensa contra el entusiasmo. Prefiero llegar a las cosas por aquel derrotero que el otro José Antonio denominó "el amargo camino de la crítica". Pero, también por formación o por generosidad de espíritu, aborrezco el escepticismo y el descreimiento. Y hoy José Antonio Girón me ha despertado muchos anhelos que tenía dormidos o amilanados en el fondo más callado y fervoroso del alma. Desde la butaca de una clínica de Madrid, un hombre vestido con el pijama de los convalecientes me ha dado una lección difícil: la de alzar una fe limpia sobre el témpano de un realismo implacable. Una lección política que yo hubiese querido compartir con vosotros que me leéis.

»A1 despedirme, Girón me ha tendido una mano entera y verdadera. Una mano capaz de alzarse en el gesto de la promesa y capaz de descargarse, como un mazo, en el gesto afirmativo de la realización. Una mano que seguramente es capaz de derribar de un puñetazo algún tinglado y de elevar, en su sitio, un edificio amplio y hermoso. Hoy he salido de la habitación 301 de una clínica de Madrid sabiendo que José Antonio Girón "está ahí". JAIME CAMPMANY.»

agradable: era un hombre lleno de vitalidad, de ingenio y simpatía que irradiaba un indudable poder de captación. Y en honor a la verdad tengo que decir que conocí a gente muy buena perteneciente al Opus; sin embargo no llegaba a conectar con ellos en cuestiones, para mí, fundamentales. Con quien más relación tuve fue con López Bravo, al que me unió una sincera amistad. Era un hombre bueno, abierto y claro. De las personas más completas que he conocido. Procedía de Falange y con él sí conectaba. Recuerdo que en más de una ocasión le dije:

— ¡Qué pena! ¡Con las posibilidades que tienes tú, estás en un engranaje que no va contigo!

Él me respondía con buen humor:

—José Antonio, tú nunca te hagas del Opus, por favor...

— Déjalo por descontado. Ya buscaré otros caminos para salvar mi alma...

El día que murió en el extraño accidente de aviación del monte Oiz, España perdió un hombre de una vez.

Del Opus Dei distingo la parte eclesial y apostólica de la puramente política.

¿Había llegado el momento de retornar a la vida política? Desde mi mentalidad y desde el propósito formulado en 1957, no. El mando sería quien decidiera. De todas formas, una honda preocupación se abrió paso en mi vida. Si en 1945 no se había licenciado a la Falange, cuando una resolución de esa índole hubiera sido aplaudida por el mundo que se disponía a condenarnos y que nos condenó, en la plenitud de los años sesenta, esa posibilidad equivaldría a un acto de alta traición.

En 1966 estaba lista la Ley Orgánica del Estado, donde culminaba el proceso constituyente español. La Ley Orgánica del Estado sería sometida a referéndum y a partir de ahí sabríamos a qué atenernos de cara al futuro.

El hecho no admite ningún género de dudas: 1966 asistió al más impresionante triunfo democrático de Franco. El referéndum, abiertas las puertas de par en par a la curiosidad, a la indagación y al contraste de datos del mundo entero, fue tan espectacular que ni los más virulentos enemigos del sistema pudieron ponerle reparo. Tres fuerzas se habían movido en la campaña del «sí»: las sindicales, con el aparato envejecido del Movimiento, las alcaldías, a través del Minis-

terio de la Gobernación, y los medios de comunicación, dependientes en la práctica del Ministerio de Información y Turismo. Hubo como una plataforma, o cosa así, de fuerzas democráticas que también convocaron a los periodistas y que presidía el pobre Dionisio Ridruejo; pero lo cierto es que cuando se conocieron los aplastantes resultados del referéndum, José Solís Ruiz, ministro secretario general del Movimiento; el general Alonso Vega, ministro de la Gobernación, y Manuel Fraga Iribarne, ministro de Información y Turismo, comparecieron ante el Caudillo para hacer entrega de esos resultados y, de paso, para cada uno apuntarse, a su manera, el tanto. Franco los escuchó con atención y cuando terminaron sus exposiciones cada uno de los citados ministros, en lugar de contestarles con un discurso, se limitó a decir:

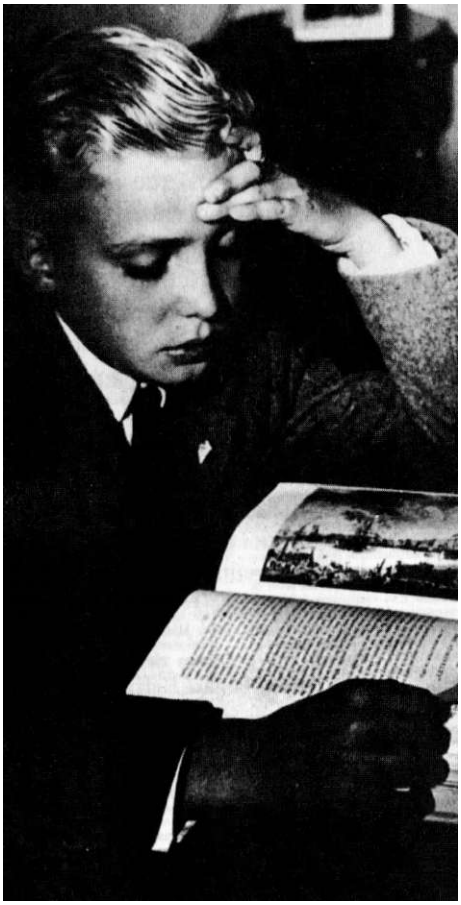
—¡Tenemos un pueblo que no nos lo merecemos!

La campaña por el «sí» fue tan intensa que empezó a producir efectos contrarios y llegó un momento en que el hastío podía imponerse frente a los beneficios que de la propia Ley Orgánica del Estado emanaban para el futuro de España. Fue entonces cuando el Caudillo, advertido del grave fenómeno sociológico que podía producirse, se asomó a las pantallas de televisión y, con su proverbial incapacidad para la oratoria, se limitó a decir a los españoles lo que los españoles de entonces querían escuchar: que él permanecería al frente del Estado mientras viviera, pero que más allá de la muerte sólo podía dejar las cosas lo suficientemente atadas, para que ningún sobresalto volviera a estremecer la vida española. Nunca os pedí nada, vino a decir, ¿es mucho que os pida el «sí» para una ley que os ofrezco para vuestro futuro? Hubiera bastado todo lo demás. Jamás volverá a conocerse un resultado tan limpio ni tan resolutivo. Franco había dicho en 1939: «Yo he ganado la guerra y ganaré la paz.» Aquel día los españoles certificaban en las urnas el testimonio de que el Generalísimo había cumplido su promesa. En 1966 no había en España monárquicos, salvo minorías calificadas por sus personalidades, pero sin arraigo alguno en el ámbito de la sociedad. Fue la decisión de Franco la que a partir de ese momento había suscrito el compromiso de ser sucedido en la Jefatura del Estado por un rey. Todo lo demás no tiene ningún sentido. Pronto veremos cómo, cuando llegó la hora de decidir el nombre de la persona llamada a la suprema magistratura de la nación, entre los pocos «noes» que se emitieron en el palacio de las Cortes Españolas, la mayoría eran de monárquicos.

La Ley Orgánica del Estado tuvo una virtud y un defecto. La virtud es que dio a España la garantía absoluta para una transición en paz. El defecto es que de su interpretación surgiría la Ley del Movimiento que, en la práctica, vendría a ser la cancelación de la Falange Española. Es más, la cancelación de la Falange Española y de lo que se conocía por aquellos años ya como «Movimiento Organización». Una nueva jerga: Movimiento como Comunión de Ideales en los Principios establecidos por la propia ley, concurrencia de criterios, contraste de pareceres, ¡bla, bla, bla.J En los primeros meses de 1969 se debatía en las Cortes el Estatuto del Movimiento Nacional. La prensa, que ejercía libérrimamente sus criterios, cercaba, cada vez más, el esqueleto de Alcalá, 44, y echaba sobre las espaldas de la vencida Falange Española el sustantivo de «Monopolio» como si la Falange no hubiera compartido el poder y la gloria, con cuantas familias políticas quisieron colaborar desde 1937 en adelante. Yo me daba cuenta de que el falangismo subyacente y entrañado en la vida de España ponía sus ojos en mí, como reclamando una presencia activa que yo no había solicitado. Cuando se discutía aquel estatuto, donde se debatieron con una inteligencia y una altura asombrosamente incuestionables, hombres de la Falange como Adolfo Muñoz Alonso, Jesús Fueyo Álvarez, Labadie Otermín y ¡tantos otros!, otro periodista que no había hecho nuestra guerra, pero sí la campaña de Rusia, Rodrigo Royo, que había sido también director de *Arriba* al inicio de esa década, en el periódico *Diario SP,* de su propiedad, publicó el artículo de Ismael «El totalitarismo sin rostro», parte del cual está reproducido en uno de los primeros capítulos de este libro. Fue un trallazo tan firme y enérgico que, por un momento, se tambalearon quienes en las Cortes Españolas cercaban a la brava avanzadilla falangista...

Pero Ismael Herraiz estaba tocado de muerte. El día 21 de junio de 1969 se marchó al macizo del Guadarrama para pasar unas horas de asueto... Yo había estado cenando con él. Nunca le había visto ni más feliz ni más risueño. ¡Qué misterios tiene la vida, Señor! Antonio Izquierdo, que estaba en la dirección del Gabinete de Información, en Educación y Ciencia, recibió el aviso de Jacqueline, periodista que acompañaba a Ismael para almorzar en el puerto de Navacerrada. Con su enorme acento, aquella francesa enamorada de España, le comunicó que Ismael estaba gravísimo en el sanatorio

Federico Silva Muñoz fue uno de los pocos ministros de la época que pronto advertiría que la crisis de 1957 había dejado malherida, también, a la Democracia Cristiana de Herrera Oria. (En la foto, con T. Garicano Goñi.)



El autor al príncipe Juan Carlos: «Para mí Franco decidió su nombre desde el momento en que le trajo a Madrid a estudiar.»

Villar Palasí.

Helios, de Guadarrama. La comunicación se cortó y Antonio, a través del Gabinete telegráfico del ministro, Villar Palasí, comunicó con la dirección del sanatorio. Ismael Herraiz había ingresado cadáver: su generoso corazón le había reventado como una granada en la linde de las dos Castillas, en la Venta Arias. Por Izquierdo supe la noticia. En el piso de Vicente Gaceo, en las inmediaciones del edificio *Arriba,* quedó instalada la capilla ardiente. Allí estaba toda la prensa falangista.

Llegaban desolados porque Ismael era, moralmente, el jefe de todos, el vigía incansable, el aguafiestas iluminado... Lucio del Álamo, prematuramente envejecido, mantenía la mirada perdida... Los hombres de la vieja guardia, encabezados por Raimundo Fernández Cuesta, pasaron aquellas últimas horas junto al cadáver del inolvidable camarada. Pero mi atención estaba fija en los jóvenes, en los que le habían conocido cuando regresó de Viena, en los que habían recibido su magisterio cuando eran mozos a través de las páginas de *Arriba...,* y algo me decía que era muy difícil acabar, con estatuto o sin estatuto, con la Falange. Lucio del Álamo publicaría unos días después, un comentario en *Hoja del Lunes,* de Madrid, que, en cierto modo, era un compromiso para mí y que no beneficiaba nada mi posición en aquellos momentos. Por lo que tiene de significativo, me permito también reproducir un pequeño fragmento.[2] El día 22 los restos mortales de Ismael Herraiz fueron inhumados en el cementerio de Nuestra Señora de la Almudena. Tras las oraciones, el *Cara al Sol* y el «Presente» que siguió a la invocación de su nombre «como símbolo de la lealtad falangista», hecha por Raimundo Fernández Cuesta.

2. «Los que juegan con garbanzos.

»En la mañana del sábado, marchando hacia arriba por una carretera de la sierra, a Ismael Herraiz se he había disparado el corazón. Atardecía ya cuando traían el cadáver a que pasase su noche final en el pisito iluminado de la calle de Vicente Gaceo, uno de los que quedaron en Rusia. En un rincón, la boca apretada, dorando silencios, estaba José Antonio Girón de Velasco.

«(Hace tres días, Herraiz me preguntaba por centésima vez en un año: "Es el segundo hombre de España con Franco; el primero, después de Franco, ¿no lo crees así?"... "Lo que yo crea —le dije— vale bien poco. Lo que cuenta para mañana es que hay millones de españoles que sí lo creen.")

"Llegaban los hombres de la funeraria. Había un tejemaneje de nervios, de pasmo, de lágrimas rotas. Desde la mesa de trabajo de Ismael resbaló una cuartilla y fue a caer a los pies de Girón. La recogió, la leyó y se quedó mirando como muy a lo lejos. De pronto me dijo: "Toma. Creo que ahora ya es todo tuyo..." Habla escrita una sola línea, y aun ésta, como emborronada por la muerte. Era la letra de Ismael, delgada y alta, entre pata de mosca y toca monjil. La más absurda letra para haber descargado con ella los tremendos mazazos de la Italia fuera de combate, de la Europa de las patrias, del totalitarismo sin rostro. Eran cinco palabras justas: "Los que juegan con garbanzos." Nada más. LUCIO DEL ÁLAMO.»

XVI/La Falange ha muerto, ¡viva la Falange!

En 1969 el Movimiento-Comunión había dejado fuera de combate al Movimiento-Organización. Fue un año decisivo, cuya tensión política no trascendía a la sociedad española, porque la sociedad española había sido previamente vacunada contra todo guirigay político. El escándalo de Matesa, escándalo que, contemplado a la luz de la España corrupta de hoy mismo, parece un juego de niños, pudo hacer que el prestigio del Generalísimo sufriera un importante deterioro, que acaso le serviría para volver a una realidad por él mismo descuidada. El agotamiento y el parkinson habían hecho alguna mella en su biología... Los que habían prescindido del Movimiento y se las prometían tan felices con su «apertura» —Solís con Tarragona; Fraga con su ley de Prensa e Imprenta y su eficacia turística— pronto verían que el nuevo totalitarismo, sin rostro ni distintivos, iba a ser mucho más duro e infecundo que aquel otro en el que tuvieron mando, voz y voto todas las familias del régimen. Federico Silva Muñoz fue uno de los pocos ministros de la época —ministro de Obras Públicas, a quien los periodistas apodaron *ministro Eficacia*— que pronto advertiría que la crisis de 1957 había dejado malherida también a la Democracia Cristiana de Herrera Oria... Federico Silva es un hombre inteligente en torno al cual habían bullido una serie de hombres jóvenes, entre los que destacaba Alberto Monreal Luque. Por eso Federico Silva no cayó en la trampa y se mantuvo al margen de la operación de escándalo promovida con la intención de dar «jaque mate» a los hombres del Opus Dei. La operación consistió en sacar a la luz pública un escándalo político-administrativo que perfectamente pudo resolverse con jueces y sin banderías.

El jefe del Estado vivía en aquellos momentos las tensiones de los grupos monárquicos que discutían el nombre del futuro rey de España. Por otra parte, el Mayo francés, del 68, había puesto a la universidad patas arriba. La había pues-

to patas arriba el eco del Mayo francés y el haberla dejado vacía de contenido. Villar Palasí jugaba desde Educación y Ciencia la carta más amarga de su vida: elaborar la ley de Educación, hacer frente al hecho subversivo que se concentraba exclusivamente en los campus universitarios y, ¡vaya por Dios!, el haber sido asesor jurídico de Vila Reyes, propietario de Maquinaria Textil del Norte de España. Fue una equivocación gravísima para quienes sacaron a la arena del ruedo el conflicto. Lo dije cuando los promotores del enfrentamiento se las tenían felices suponiendo que habían metido en el cepo al ratoncillo de la tecnocracia. ¡Qué error!

Hacía algún tiempo que yo había tenido mi primera conversación con quien iba a ser por la expresa voluntad de Franco su sucesor a título de rey: don Juan Carlos de Borbón y Borbón. Creo recordar que fue en Mayte Comodore, y de lo que estoy seguro es de que el intermediario del encuentro fue Nicolás Franco Pascual de Pobil, sobrino de Franco. El encuentro fue cordial, aunque pronto advertí que el príncipe se mostraba ante mí con excesiva cautela. Me preguntó si podía llamarme de tú, a lo que respondí, sonriendo: «Mientras no me insulte usted, puede llamarme como quiera.» Se habló de muchas cosas, pero el más lerdo se hubiera dado cuenta de que el propósito del almuerzo era conocer mi opinión para el momento en que Francisco Franco decidiese el nombre del sucesor. Como en tantas ocasiones de mi vida, fui directamente al fondo de la cuestión, sin rodeos, sin vender ni comprar favores. «Me limitaré a obedecer lo que Franco diga, porque sé que lo que Franco diga no estará en función de sus preferencias, sino en función de lo que él considere el interés de España.»

El príncipe pareció tranquilizarse como si esperase por mi parte alguna puntualización mayor. «Para mí —añadí—, Franco decidió su nombre desde el momento en que le trajo a Madrid a estudiar.»

Eso fue todo. También añadiré que el Jefe del Estado tuvo la cortesía de avisarme con alguna antelación al hecho. El Jefe del Estado suponía que mi voto arrastraría al de un número considerable de procuradores falangistas. No me pidió que luese muñidor de la operación, pero no quería llevarse sorpresas. Finalizaba junio de 1969 cuando el tema de Matesa dejaba de ser comidilla de tertulias y conciliábulos, para dar paso a los rumores de la sucesión, que cada cual contaba a su manera. En los primeros días de julio, un ministro parece

que se atrevió a preguntar algo. Franco se limitó a decirle: «¡No sé, no sé! La decisión que he de tomar quiero que coincida con el momento en que los españoles estén mirando a la Luna.» Más que una broma, era una predicción, porque la nave norteamericana tripulada llevaría a los hombres a la Luna el mismo día en que Francisco Franco proponía a las Cortes Españolas el nombre de don Juan Carlos de Borbón y Borbón como sucesor a título de rey en la Jefatura del Estado. Sobre mí cayeron unos días en que me vi precisado a permanecer permanentemente al teléfono. Cuantos camaradas me preguntaron oyeron la misma respuesta. Entre el «sí» o el «no», yo votaré «sí». Lo hago fundamentalmente porque la Falange tendrá que vivir en el futuro y no es cuestión de hacer que renazca con un borrón y cuenta nueva. Creo que todos me comprendieron y que ninguno votó en otro sentido. Tampoco sé en estos momentos el número de «noes» que se produjo en el hemiciclo de las Cortes Españolas. Lo que sí recuerdo es que de los once o doce que se escucharon, seis eran de monárquicos que no aceptaban a don Juan Carlos como rey. Los otros fueron de falangistas, falangistas que probablemente ese día renunciaron a seguir en la vida política. No era desde luego nuestra solución, pero era la solución que Franco ofrecía, y en este orden puedo añadir algún dato más: en una de las conversaciones que mantuve con él, me dijo taxativamente:

—Girón: yo pienso muchas veces que la España actual no es monárquica. Sobre todo no lo son las generaciones jóvenes; pero, mire usted, la monarquía puede ser una antigualla, pero un rey tendrá siempre una estrella más que el militar de más prestigio y graduación en su bocamanga. Por otra parte, no podemos meter a los españoles en la zarabanda de elegir un presidente de la república cada cuatro años... ¡Volverían a las andadas! Pronto se dará cuenta la juventud de que la monarquía que hemos instaurado con las Leyes Fundamentales, nada tiene que ver con el pasado y que España seguirá siendo una democracia social que no permitirá que le arrebaten al trabajador lo que ha obtenido hasta ahora y lo que obtendrá en el futuro.

Entre el 21 y 23 de julio se celebraron las tres ceremonias que dejarían «atado y bien atado» el régimen del 18 de julio para su futura singladura: propuesta de Franco a las Cortes del candidato. El Consejo del Reino y la mesa de las Cortes Españolas se trasladaron al palacio de la Zarzuela para solicitar la aceptación de don Juan Carlos de Borbón y Borbón,

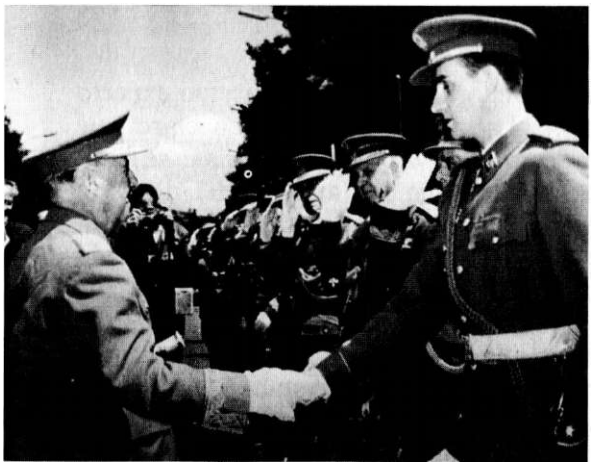
y el 23, en el palacio de la Carrera de San Jerónimo, el elegido formuló su juramento por Dios y ante los Santos Evangelios. Luego pronunció un discurso perfectamente matizado que en principio contentó a todos.

Entre bastidores hubo sus más y sus menos.

Franco emprendió sus vacaciones tras la conmemoración del 18 de julio y el conflicto de Matesa volvió a cobrar su más candente actualidad. El Consejo de Ministros de setiembre, celebrado en San Sebastián, duró tres días...

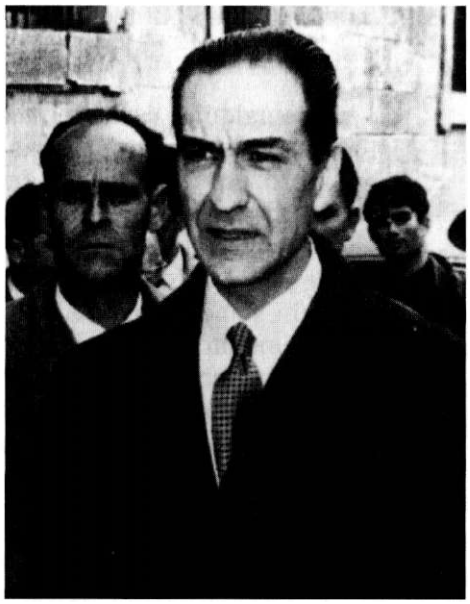
El 29 de octubre de ese mismo año se celebró por última vez el acto conmemorativo de la fundación de Falange Española en el teatro de la Comedia de Madrid. Pero ese día no estaba el horno para bollos. No sé de quién partió la idea, pero fue una idea tosca y grave. La crisis de gobierno, tras el escándalo de Matesa, se inclinaba en favor de los autores políticos del propio escándalo. La calle del Príncipe se llenó de una concurrencia joven, espoleada por aquella salida aparentemente inconcebible. Total, ¡que sucedió lo de siempre! Vinieron los sarracenos y nos molieron a palos... Pudo pensar aquella mañana cualquiera de los falangistas que sufrió sobre sus espaldas los estacazos de la fuerza pública. Por cierto que el apaleamiento alcanzó la cabeza de alguna jerarquía, de forma que alguien pudo decir que la Falange Española había concluido con la cachiporra de un guardia estrellándose contra la cabeza de Ezequiel Puig y Maestro Amado, secretario de las Cortes Españolas o cosa parecida y teniente de alcalde del Ayuntamiento de Madrid. Ezequiel se personó hecho un santo Cristo en el palacio de las Cortes para presentar una enérgica protesta ante su presidente, que le dio buenas palabras y le tranquilizó. También recibió asistencia en el botiquín del vetusto edificio.

Pero Falange Española no había concluido su andadura el 29 de octubre de 1969. Habían perdido una batalla dos hombres: José Solís Ruiz, ministro secretario general del Movimiento, y Manuel Fraga Iribarne, ministro de Información y Turismo. Eso era todo. Lo demás fue la versión triunfalista de los presuntos ganadores que no se habían enterado de que acababan de perder. Me explicaré: en alguna ocasión se ha dicho —y sobre todo se decía en aquella época— que Luis



No era desde luego nuestra solución, pero era la solución que Franco ofrecía.

Alberto Ullastres.



Franco al autor:
«La monarquía puede ser una antigualla, pero un Rey tendrá siempre una estrella más que el militar de más prestigio y graduación en su bocamanga.»

Vicente Enrique y Tarancón, el cardenal arzobispo, se convertía en el paladín de la Iglosln comprometida con ol nntllrnnquismo mlllt nnto.

Carrero Blanco era experto en guerra submarina y yo experto en francología. Tal vez, tal vez... Para mí estaba claro que Franco ni despachaba derrotas ni otorgaba victorias: se limitó a formar un gobierno para que los autores del desastre resolvieran el problema. El Jefe del Estado mantenía una conducta determinada por dos condicionamientos: el sentido común y su formación castrense. Nada había pasado. Los jueces intervinieron y procesaron a los ministros o ex ministros que tuvieron que procesar. El poder judicial era rigurosamente independiente, porque España era un estado de derecho. Los políticos que creyeron vencer en la crisis iban a entrar en un túnel de desaciertos tan enorme que ellos mismos se deshicieron como el agua en un azucarillo. Pero las burbujas del triunfo los enloquecieron...

En cualquier caso creí llegado el momento de volver a intervenir en política. En las elecciones de 1970 fui elegido miembro del Consejo del Reino como candidato del Consejo Nacional del Movimiento. Fue una pugna que la prensa hinchó tratando de presentarla como un mano a mano entre el poder político de López Rodó y el poder político mío. Gané la elección y me dispuse a pensar en lo que podía hacerse con el Movimiento Nacional. Torcuata Fernández Miranda, que se había apresurado con la supresión de las camisas azules, con la clausura del acto conmemorativo de La Comedia y su traslado al palacio del Consejo Nacional, para que la efemérides quedara reducida a lo puramente protocolario, se equivocó en otras muchas cosas probablemente por un exceso de talento. La ebullición de la universidad era de tinte rojizo; la ebullición en la calle era de tinte azul. Lógico lo uno y lo otro.

Por aquel tiempo decidí visitar a Franco.

Creí que había llegado el momento de cumplir lo que él mismo me había pedido en 1937, cuando yo era un muchacho: «Si ve usted que un día me aparto de la línea falangista, puede decírmelo.» Pues dicho y hecho: me presenté en El Pardo y le solté una bronca de tal categoría que, cuando salí del despacho, uno de sus ayudantes, teniente de navio, me dijo: «Jamás vi a un coronel echando una bronca a un recluta como la que tú acabas de echar a Franco.»

Efectivamente, había sido tremendo. Cuando estuve sentado frente a él le dije:

—Mi general, vengo a decirle adiós. Yo me marcho.

-No.

—Sí, mi general; me marcho porque han hecho de usted un prisionero; le tienen contra la pared, no quiero seguir, me marcho.

-No.

Aquello se hacía interminable, porque yo llegué a El Pardo con una leche de avispa. Y perdí seguramente el control. Pero es que, además, sus «noes» me sacaban de quicio. Después de soltar todo lo que llevaba dentro terminé diciéndole a gritos:

—Si no me marcho, me tendrá que fusilar, mi general. Me tendrá que fusilar para que vea usted cómo muere un falangista gritando: ¡Viva Franco!

Aquel hombre anciano y fatigado se estremeció en el asiento. Hubo un silencio largo y al final, cuando se levantó, nos dimos la mano.

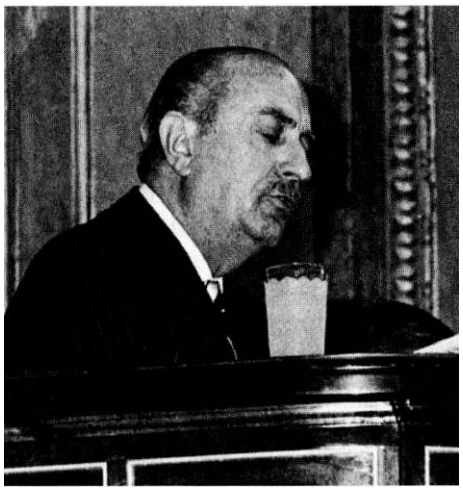
XVII/En Valladolid, camino de España

La conjura antiespañola se puso de nuevo en marcha. ETA había iniciado la «guerra sucia» en octubre de 1968. Desde entonces no ha parado. Para nadie constituye un secreto que, en aquel tiempo, la acción terrorista tenía como presunto objetivo el derrocamiento del régimen de Franco, cuestión propuesta por las fuerzas adversas a España desde los lejanos días de la victoria de 1939. En el gobierno sólo existían dos propósitos: el que agrupaba a los que se proponían preparar la transición política, dada la edad del Caudillo, y el de quienes deseaban hacer que la sucesión se produjera de acuerdo, con el sistema vigente. Pero esta última, según parece, sólo la alimentaba Luis Carrero Blanco, que desde la Vicepresidencia del Gobierno envió un amplio documento al Jefe del Estado. Silva Muñoz había permanecido en el Gabinete, pero se sentía ciertamente incómodo y por eso, en abril de 1970, presentó su dimisión con carácter irrevocable. Creo haber dicho que Federico Silva Muñoz era considerado como el jefe de la Democracia Cristiana, en sustitución de Ruiz-Giménez, que desde el exterior del aparato político, y más cercano a la subversión interior y exterior que otra cosa, había venido ejerciendo esa función desde que se le pasó el sofoco de 1956. Tengo para mí que el bueno de Federico veía, con una inteligencia que nadie puede negarle, que el Gabinete del 69 no tenía mucho porvenir y que su fin sería próximo. El tribunal Supremo se había declarado competente para, convertido en Sala de Justicia, juzgar el tema de Matesa. La tecnocracia tenía sobre su cabeza una «espada de Damocles» y sólo la actividad infatigable de Gregorio López Bravo consiguió para España un éxito de indiscutible valor político: el acuerdo preferencial con la Comunidad Económica Europea, acuerdo en el que por otra parte se recogían los esfuerzos silenciosos y tenaces de un hombre que sirvió con lealtad y sin alardes personales esa misma causa: Alberto Ullastres. La

Iglesia parecía decidida a romper amarras definitivamente con Franco. El golpe más espectacular fue, a mi ver, el promovido desde la silla metropolitana de Madrid, que ocupaba don Vicente Enrique y Tarancón, defendiendo de manera confusa la condena a la Asamblea Conjunta... Desde ese momento el cardenal arzobispo se convertía en el paladín de la Iglesia comprometida con el antifranquismo militante.

Había llegado el momento, así que, sin perder el rumbo ni los contactos con algunos de los nuevos ministros y con personalidades que, por su edad, eran para mí casi desconocidas, me encerré para abordar la tarea de hacer una puesta a punto de nuestra vieja doctrina. La clave para mí era sencilla, aunque su elaboración me llevó mucho tiempo: tenía que partir de la esencia ideológica del nacional sindicalismo; tenía a la vez que construir sobre la legislación generada en tantos años y, particularmente, en el orden institucional. Tenía la certidumbre de que ese discurso iba a ser la última posibilidad de reencauzar a la Falange dentro del régimen, como núcleo esencialmente ideológico y como organización dinámica capaz de generar un tiempo nuevo. En realidad se trataba de hacer posible lo mismo que había sido posible hacer en 1937. El Movimiento Nacional fue la suma de diversos partidos políticos que, en un momento determinado y por una consideración superior, se sumaban a Falange Española con la aceptación de la parafernalia en boga europea, pero sin dimitir de ninguna de sus convicciones esenciales. Me enfrentaba ahora a la cara opuesta de la moneda: los españoles no pedían pan o justicia social, porque la tenían, pero los más enterados decían, ¡qué cosas!, que los españoles lo darían todo por la libertad. Esto lo decían los políticos interesados en medrar, que en todo tiempo y lugar identificaban sus aspiraciones con las aspiraciones del pueblo. Era rigurosamente falso, como se vio en el referéndum de 1966, pero la agitación subversiva que volvía a provocar una sangría cotidiana, la animadversión europea y la falta de una generación que sirviera de eslabón con la última generación falangista, exigía esa maniobra que, por otra parte, no forzaba nada: se trataba de reconocer en el seno del Movimiento, en forma de partidos o tendencias perfectamente identificables, a todas aquellas que de suyo habían participado en la gobernación de España durante los últimos treinta años... La Hermandad de las Banderas de Castilla y en particular la 1.ª Bandera, que presidía mi

Alejandro Rodríguez de Valcárcel, presidente de las Cortes Españolas.



Teniente general Carlos Iniesta Cano, director general de la Guardia Civil.
(En la foto, con Carmen Polo.)

Francisco Ruiz Jarabo, presidente del Tribunal Supremo.

entrañable amigo y camarada de toda la vida, Cándido Sáenz de las Moras —un hombre dinámico y valeroso, un leal castellano de Torrelobatón— organizó un ciclo de conferencias y me pidió que lo inaugurarse yo. Bien: mi intención en cualquier caso era hablar en Valladolid, hablar desde el lugar que había partido para mi aventura al servicio de España. Le dije que sí y que tuviera paciencia, que yo le indicaría el momento idóneo para esa operación. Cuando terminé el borrador del discurso solicité el permiso del jefe nacional y le ofrecí el texto para que lo leyera. Era una conferencia densa, en la que me propuse proyectar las líneas maestras para un futuro de progreso y de ordenada concurrencia de criterios y ambiciones. El Caudillo aceptó íntegramente el texto y yo di vía libre a Cándido Sáenz de las Moras para que organizase el acto. Si se descuenta el acoso terrorista, que pretendía originar detenciones y juicios, para luego replicar en Europa con campañas por la aplicación de las condenas dictadas por la Justicia, todo lo demás parecía haber entrado en un periodo de sosiego. En los altos niveles políticos se especulaba con otro hecho evidente: Francisco Franco había nombrado a su sucesor institucional en la Jefatura del Estado, pero no había nombrado su sucesor en la Presidencia del Gobierno. El general Muñoz Grandes, que acababa de fallecer y que había sido vicepresidente del gobierno, fue durante algún tiempo uno de los puntos de referencia. Pero el jefe de la División Azul, no contento del todo con el rumbo que tomaba la vida española, había decidido abandonar la Vicepresidencia del Gobierno y mantenerse en la Jefatura del Alto Estado Mayor. Carrero Blanco había sido siempre hombre de confianza del Caudillo, una especie de eminencia gris o de secretario laborioso, honesto y leal, pero tampoco parecía contar con ningún grupo político expreso, salvo con la tecnocracia en la que él mismo se apoyaba en su acción de administrador de la cosa pública. Cada familia política acariciaba el sueño de ocupar con un hombre de sus filas el puesto. La Falange, que seguía manteniendo su proverbial incoherencia, no tenía ninguno. Yo llegué a sugerir al Caudillo el nombre de Ramón Serrano Suñer, y el Caudillo, en una prueba de magnanimidad admirable, con olvido de cuantos agravios pudo haber recibido por la inquina de su cuñado, no me dijo que no. Tanteé las posiciones y vi que a Ramón tampoco le desagradaba la idea. Lo que ocurre es que Ramón Serrano Suñer era mayor y las generaciones, no ya jóvenes sino maduras, vinculaban su nombre, justa o

injustamente, con la Alemania de Hitler o la Italia de Benito Mussolini.

El discurso estaba terminado y había llegado el momento de pronunciarlo. Entre los hombres que de algún modo podía considerar de mi influencia estaban Alejandro Rodríguez de Valcárcel, presidente de las Cortes Españolas, el teniente general Carlos Iniesta Cano, director general de la Guardia Civil, Francisco Ruiz Jarabo, presidente del Tribunal Supremo... Un joven camarada a quien yo le había dado a leer el texto me formuló este tremendo horóscopo:

—Mira, jefe: el discurso es cojonudo; pero ¿quiénes van a escucharlo? Si en la presidencia del acto de Valladolid están contigo los hombres que has llevado al poder, el futuro estará en nuestras manos. Si, por el contrario, allí estamos diez o doce mil camaradas de filas, todos vamos a aplaudir a rabiar, vamos a llorar a moco tendido y vamos a cantar el *Cara al sol* treinta veces. Pero luego, ¡nada! Todo seguirá más o menos como está, si es que no se pone peor.

El día 4 de Mayo de 1972, diez mil falangistas abarrotaron el teatro de la Feria y los más gigantescos pabellones, donde se instalaron pantallas de televisión en circuito cerrado, y otros muchos lo oyeron al aire libre a través de megafonía. El acto duró más de tres horas. Entre el público había algunos ex ministros, una nube de periodistas y los hombres de fila. En la presidencia del acto, ocupando la totalidad del escenario, los supervivientes de la 1.ª Bandera de Castilla, pero, como me había dicho aquel vehemente camarada, ni una sola jerarquía en activo, que era exactamente lo que yo esperaba.

El acto fue magnífico y emotivo. Un río de telegramas y de cartas de toda España llegaban a mi domicilio, y lo que para mí fue más sorprendente todavía: la prensa no sujeta a la disciplina del Movimiento, aplaudió unánimemente. La prensa afecta al gobierno —o sea, la Prensa y Radio del Movimiento— lo condenó unánimemente. El disgusto que pasaron mis camaradas se tornaba para mí en satisfacción: había dado en el clavo. ¿Por qué? Por lo que digo al pincipio de estas líneas: mi propuesta era hacer tan transparente como el aire la concurrencia política. Fue la primera propuesta formal y pública de apertura política. Permítaseme que de aquellos folios extraiga, escuetamente, los párrafos de aquella proposición:

»Dos veces, en el espacio de veinte años —los que abarcan la aquiescencia coexistente de tres generaciones—, el pueblo español se ha pronunciado, por medio de referéndum, a favor de la instauración de la monarquía como forma de gobierno. Nosotros debemos acatar —y exigir que se acate por todos— esta decisión de la voluntad abrumadoramente raayoritaria del pueblo español. Pero es que, además, tenemos conciencia de que lo que la voluntad de la nación ha decidido no es la restauración de la vieja institución monárquica, "gloriosamente fenecida", sino la instauración de una nueva monarquía de distinta hechura, que es al mismo tiempo fruto del Movimiento Nacional y garantía de los principios de ese Movimiento de cara al futuro. Una monarquía limitada —como recordó Raimundo Fernández Cuesta, ante el Consejo Nacional en el 38 aniversario de nuestra fundación— al libre y ordenado ejercicio de las instituciones que conforman el retablo político del Estado. Precisamente por eso, el rey que haya de sentarse, en su día, en el trono de España, entiéndase bien claro, no es, ni podrá ser de derechas ni de izquierdas. Será rey de todos los españoles por igual; sin distinción de vencedores ni vencidos; árbitro ecuánime, tutor de la libertad y de la justicia y fiel, más que nadie, a los ideales y los objetivos que presidieron, orientaron y posibilitaron el Alzamiento de 1936.»

Aquí sí que entramos de lleno en el tema de la estructura de las instituciones políticas españolas, cauce por el que debe discurrir la aspiración popular a las libertades enunciadas. La institución monárquica tendrá que estar asistida y condicionada por otras instituciones que la apoyen y la impulsen en su singladura hacia ese año 2000 que, a corto plazo, hemos colocado en nuestro punto de mira. Esas instituciones serán, en el plano político, las que estructuren orgánicamente a las masas laborales, en perfecta armonía y sincronización con los otros factores y sectores que juegan en el proceso de la producción, y el establecimiento de los canales por donde se deslicen con fluidez las interpretaciones de la ideología de los principios que producen, con el contraste de sus opiniones, el impulso motor de toda sociedad política bien organizada.

La sucesión de Franco no podrá funcionar, carecerá de savia, sin el encauzamiento ordenado de la diversidad de interpretaciones. El fenómeno de Franco es históricamente irrepetible. Pero también sabemos, por experiencia histórica, que el pluripartidismo o el multipartidismo político es, para la

mentalidad y la vehemencia del temperamento español, sencillamente catastrófico. Nos encontramos, aparentemente, en un callejón sin salida, en el puro centro de un círculo vicioso. Ese círculo se rompe con el funcionamiento de las tendencias que surgen de la interpretación de la ideología del Movimiento, que exige la máxima lealtad al Estado. Mientras en España no se comprenda, empezando por la clase política, que frente al Estado todos somos uno, que frente al Estado no hay posible oposición, sino que la oposición debe ejercerse frente a la Administración; mientras no se digiera y acepte esta verdad política tan elemental, ninguna generación podrá aspirar, ni en sueños, a una vida democrática, libre y apacible.

Precisamente porque nosotros aspiramos a esa clase de vida es por lo que recomendamos que la dialéctica del pueblo español, después del constructivo y eficacísimo periodo constituyente del Caudillo, debe orquestarse en forma de tres grandes tendencias que coincidan, por igual, en lo sustantivo y discrepen cuanto quieran en lo adjetivo; una mirando adelante y otra un poco más hacia atrás; la primera, más grotesca y revolucionaria; la segunda, más conservadora y tradicional, y la tercera, más templada. Menos radical, más en disposición de asumir la misión moderadora. Pero las tres, insisto, igualmente leales al Estado, a la Constitución, al sistema político que las cobija.

La guerra empezó de nuevo en Valladolid. De ella, la más alta y estúpida definición fue la del propio ministro secretario general del Movimiento, Torcuato Fernández Miranda, cuando dijo aquello que ya os he explicado de que según su criterio «Girón se había puesto al borde del Código Penal».

Una de las primeras cartas que recibí de felicitación y de reproche, al mismo tiempo, era la de Luis Carrero Blanco, que se detenía exclusivamente en el párrafo de las tendencias y que me preguntaba que cómo pensaba verificar ese supuesto dentro del marco institucional del régimen. Sin merma del afecto que siempre le mostré, y creo yo que recíproco, me limité a contestarle: «Las tendencias están previstas expresamente en el Estatuto Orgánico del Movimiento, aprobado por las Cortes Españolas.» Era curioso que quienes más habían subrayado lo monolítico del Movimiento, me afeaban que yo intentase aplicar aquella inquietud, que los representantes de la tecnocracia en las Cortes Españolas habían introducido en

el texto legal citado, mediante la dialéctica parlamentaria de acusar a la Falange de haberse convertido en el monopolio de la política del Estado... Aquella polémica que exigió a la recta conciencia de Ismael Herraiz la publicación del artículo «El totalitarismo sin rostro», donde, tras la introducción que he recogido en el capítulo quinto de estas anotaciones, demostraba, con la fuerza poderosa de su genio periodístico, que el único totalitarismo o monopolio existente en España nos había venido dado a partir de la crisis de 1957.

Resultaba, pues, cómico que la Secretaría General del Movimiento, que había arriado las más preciadas aspiraciones o desmontado las más queridas señas de identificación de Falange Española en servicio del Movimiento-Comunión, me acusaran a mí de heterodoxo... Fue tan brutal la campaña que *Arriba,* órgano del Movimiento Nacional y el periódico falangistas por antonomasia, a la cabeza de los treinta y ocho diarios de la cadena «gubernamental», como ya se la llamaba, la emprendiese a estacazos conmigo, de tal suerte que los falangistas de la redacción tenían que librar una lucha diaria contra el delegado nacional y sus acólitos y, particularmente, con los directores de los periódicos obligados a mantener esa línea de conducta. En provincias podían los directores evadir ciertas imposiciones, como hizo, por ejemplo, el entrañable Pancho Sanz Cagiga, en *Sur* de Málaga. Pero en Madrid el equipo de *Arriba* tuvo gravísimas confrontaciones con los equipos de mando en la dirección de la empresa. Se llegaron a ordenar editoriales contra el discurso de Valladolid, cuya ejecución, en algún caso, rechazó violentamente el propio editorialista. Eso le ocurrió a Izquierdo, que una noche le encomendaron la redacción de un editorial para el que previamente le dejaron en su despacho los puntos a desarrollar. El periodista se fue al restaurante donde cenaba el director de *Arriba* con sus hombres más allegados, e Izquierdo le mostró su disconformidad con el editorial y su rotunda negativa a escribirlo. Al día siguiente le llamaron al Ministerio de Educación, donde desempeñaba la dirección del Gabinete de Medios de Comunicación Social, para que se presentase al delegado nacional, lo que hizo inmediatamente. El delegado le recibió y le pidió explicaciones y el periodista, que como toda la gente nuestra estaba por aquellos días que echaba las muelas, terminó por mandarle al diablo. No pasó nada.

Todo aquello resultaba repugnante y yo me temía que en esta ocasión le había prestado un flaco servicio a la Falange.

El 29 de octubre de 1972, XXXIX aniversario de la fundación de Falange Española, fue una jornada de gran gala, los palcos y el anfiteatro atestados de falangistas de filas.

Mi discurso era bueno —perdóneseme la Inmodestia- pero yo estaba más atento que al recreo político-literario, a las miradas de Franco y del príncipe de España.

Cuando terminé el discurso, y tras ser cantado el *Cara al sol,* Franco echó a andar hacia la tribuna que yo había ocupado, con la mano tendida y una sonrisa de satisfacción en los labios.

La ancianidad de Franco se agudizaba por el parkinson, pero, sin embargo, el Generalísimo no perdía comba: había seguido por lo que se ve con minuciosidad la brutal campaña emprendida contra mí. Ya he relatado el incidente de la cacería, donde, ante el entusiasmo antigironista de algunos comensales, dejó la cuchara encima de la mesa para decir aquello de que Girón era un monumento humano a la lealtad. Por estos pensares andaría el viejo Generalísimo, cuando me hizo llegar su deseo de reunirse, antes de iniciar las vacaciones de verano, con los antiguos miembros de la 1.ª Bandera de Castilla —organizadores del acto de Valladolid— y que acudirían a los jardines del palacio de El Pardo acompañados por mí, como consejero del Reino y antiguo miembro de la citada unidad. El 2 de julio, la 1 ª Bandera de Castilla formó ante una pequeña tribuna instalada en los jardines de la residencia del Jefe del Estado. El Caudillo acudió con su esposa. Con los miembros de la citada unidad falangista estaba también el conde de Casaloja, que había sido comandante de esa misma bandera durante la contienda civil. Fue un acto simpático. Franco pronunció un discurso en el que naturalmente no hubo ninguna alusión directa al acto de Valladolid, pero sí «... a vuestra permanente atención a las cuestiones políticas que interesan a la patria». Ningún observador puso en duda que Francisco Franco subrayaba con aquella ceremonia mi actitud de Valladolid, y, de alguna manera, la virtualidad de mis propuestas. Los combatientes desfilaron después ante la tribuna. Luego, por iniciativa del jefe del Regimiento de la Guardia, se celebró una comida de hermandad en los comedores del acuartelamiento, a la que asistieron algunos tenientes generales, entre los que figuraba Carlos Iniesta Cano, director general de la Guardia Civil. La reunión de El Pardo puso nervioso a un buen sector político afecto al régimen y tuvo la virtud de cortar de raíz la actitud de los periódicos del régimen. Ya he dicho que la prensa ajena aplaudió la iniciativa, con mayor o menor calor, claro está. *El Alcázar,* que desde 1968 pertenecía a DYRSA, sociedad creada por Fraga Iribarne y Alejandro Rodríguez de Valcárcel, tras haberle sido suspendida la concesión a la empresa del Opus que lo explotaba, se puso incondicionalmente a mi lado. Dirigía en aquella época el periódico Antonio Gibello, que había sucedido en la dirección a Lucio del Álamo Urrutia. No se sabía bien cual sería el destino último del periódico, que había quedado descolgado tras la crisis del 69 y que se mantenía con una subvención del Ministerio de Información y Turismo...

El verano no iba a ser, sin embargo, cómodo del todo. Pocos días después recibí una comunicación de la Secretaría General del Movimiento que vino a confirmar mi sospecha de que Francisco Franco no estaba tan acabado como las gentes creían. El jefe nacional del Movimiento había resuelto que el discurso conmemorativo del XXXIX aniversario de la fundación de Falange Española lo pronunciase José Antonio Girón de Velasco. Supongo que la noticia debió de caer en Alcalá, 44 como una bomba.

El 29 de octubre de 1972, en la ceremonia de gran gala que presidió el jefe nacional, Francisco Franco, acompañado por el príncipe de España don Juan Carlos de Borbón y Borbón, pronuncié el discurso, al que había dedicado lo que me quedaba de verano y que fue trasunto fiel del pensamiento expuesto por mí en el discurso de 4 de mayo en Valladolid. Jornada de gran gala, los palcos y el anfiteatro atestado de falangistas de filas. Las ovaciones surgían arriba, porque los consejeros nacionales no ponían más entusiasmo en el aplauso que el exigido por una mínima corrección. El discurso era bueno —perdónese la inmodestia—, pero yo estaba más atento que al recreo político-literario, a las miradas de Franco y del príncipe de España, que vestía uniforme militar. Cuando terminé, y tras ser cantado el *Cara al Sol,* Franco echó a andar hacia la tribuna que yo había ocupado, con la mano tendida y una sonrisa de satisfacción en los labios. En ese momento, abajo, en los escaños, sonó una ovación como un trueno. La indecisión se había hecho añicos ante la actitud del jefe nacional del Movimiento.

XVIII/Donde todo se complica

El Jefe del Estado, que en 1969 había entregado el gobierno al grupo político menos vinculado al régimen del 18 de julio —grupo responsable del escándalo de Matesa—, había cumplido la primera parte de su previsión: no encargar la solución a quienes sacaron a la luz pública el problema como bandería para la gresca política. Pero el jefe del Estado había percibido que con la brusquedad de aquella maniobra dejaba la lealtad del régimen en la pura intemperie. Recuerdo que en diciembre de 1970, de pronto y sin que nadie conociese la paternidad de la iniciativa, se puso en marcha una convocatoria de manifestación en la plaza de Oriente. Curioso lugar este de Madrid, que tantas veces sirvió a Franco para comunicarse, sin intermediarios, con su pueblo. Nadie sabía, como digo, quién organizaba aquella manifestación; pero la intuición popular advertía que, por vez primera, se trataba de un hecho insólito: una manifestación de leales franquistas sin dirigentes, para protestar ante Franco por la política del gobierno y por la hegemonía de la tecnocracia.

La plaza de Oriente se llenó hasta la bandera. Como aparentemente nadie la convocaba, el pueblo allí representado por más de trescientas mil personas, coreaba el nombre del Jefe del Estado de manera estruendosa. Francisco Franco tardó mucho en llegar desde El Pardo a la plaza de Oriente. El príncipe de España llegó después del Caudillo; de forma que cuando comparecieron en el balcón del palacio Real, la plaza era un clamor ensordecedor. Había pancartas contra casi todo. Por ejemplo, contra el papa Pablo VI: «Paulo, Paulo, ¿por qué me persigues?» Había pancartas contra el marxismo: «Marx no es el quinto evangelista, es el quinto columnista»; o aquella otra de «Franco, sí; gobierno, no». No creo que haya existido otro gobierno de Franco con un mayor grado de desorientación. Muchos estuvieron indecisos de ir o no ir. Y no fueron, porque lo que menos podían esperar es que Franco

apareciera en el balcón para recoger el cabreo de los españoles. Pero Franco estaba sonriente, complacido, sintiéndose muy por encima de los políticos, para quienes mantenía un viejo desdén... Se cantó el *Cara al Sol* y hasta el príncipe de España pudo escuchar, alternativamente con el «¡Franco, Franco, Franco!», el novísimo de «¡Príncipe, Príncipe, Príncipe!». Pues bien: aquella manifestación la había organizado Francisco Franco a través de un grupo de jóvenes capitanes de los tres ejércitos. «Sabia manera», como dicen los yanquis. Sabía, simultáneamente, que el régimen no se salvaría sin aquel numeroso sector de la población española tan enormemente entrañado con la historia de la Falange. Tan cierto era esto, que cuando llegó la hora de la transición, para que fuese ajena a las previsiones del Caudillo, hubo que poner en la Presidencia de las Cortes a un falangista de la vieja guardia (Fernández Miranda), en la Presidencia del Gobierno a un falangista (Adolfo Suárez) y a un falangista, consejero nacional y sobrino de José Antonio (Miguel Primo de Rivera) para defender la Ley de Reforma Política. Y aun así, ¡no fue una reforma sino una ruptura!

Pero volvamos a 1973. En el mes de junio Franco resuelve la designación de Luis Carrero Blanco como presidente del gobierno. Carrero hace crisis y la presencia tecnocrática se reduce a la mínima expresión. Laureano López Rodó pasa a ser ministro de Asuntos Exteriores. Nadie puede decir cuál hubiera sido la línea de Carrero Blanco. Yo puedo sostener que no se hubiera apartado un ápice de las líneas fundamentales del Movimiento Nacional. Por lo pronto, Carrero incorporó a falangistas como Torcuato Fernández Miranda, que no sólo seguía al frente de la Secretaría General del Movimiento, sino que, además, le designaría vicepresidente del gobierno; Cruz Martínez Esteruelas, para el Plan de Desarrollo, o Utrera Molina para la Vivienda, Francisco Ruiz Jarabo, mi viejo colaborador y entrañable amigo, para Justicia... Era un gobierno con una característica concreta: que los hombres del Opus, salvo López Rodó, habían desaparecido del salón del Consejo de Ministros, y hubiera podido ser un gobierno apto para los años cuarenta o cincuenta.

El enemigo seguía acechando: el 20 de diciembre de 1973, al paso del coche en que viajaba Carrero Blanco por la calle de Claudio Coello, una explosión, provocada por un dispositivo desde el exterior, elevó el vehículo a más de treinta metros de altura, arrojándolo a la terraza interior de la residen-

El Jefe del Estado en 1969 había entregado el gobierno al grupo político menos vinculado al régimen del 18 de julio, grupo responsable del escándalo de Matesa.

20 de diciembre de 1973: aquello fue un trallazo que dejó sin respiración a España. El miedo se vio reflejado en muchas caras: ETA había dado un tiro de gracia al régimen.

Se nombró presidente a Carlos Arias, ante el asombro de propios y extraños

cia de los jesuítas. Murieron en el acto el presidente del Gobierno, Luis Carrero Blanco; el conductor del vehículo, José Luis Pérez Mojena, y el policía de escolta, Antonio Bueno Fernández. Indudablemente aquello fue un trallazo que dejó sin respiración a España. El miedo se vio reflejado en muchas caras: ETA había dado un tiro de gracia al régimen.

Recuerdo los funerales, donde el ministro de Educación, Julio Rodríguez, volvió la espalda al cardenal Enrique y Tarancón, cuando éste fue a darle el pésame. Recuerdo el desbordamiento incontrolado de las gentes tras el féretro, gritando contra esto y aquello. Franco volvía a encontrarse solo y cercado por la subversión internacional... Mas allá del estrecho de Gibraltar, Mohamed II iniciaba los tanteos para lo que se denominó la «Marcha Verde». La crisis fue compleja. Sería por mi parte ridículo ocultar a estas alturas que se me ofreció la posibilidad de ser el nuevo presidente del gobierno, cuestión que yo rechacé de plano. Los nombres de Fraga Iribarne, Silva Muñoz y otros circulaban por los mentideros políticos, que siempre los hubo y los habrá. Mi criterio era, y así lo manifesté ante un grupo de generales con quienes cené una de aquellas noches, que no había que precipitar nada, dada la gravedad de la situación interior y exterior. Franco podía reasumir, sin más trámite que la comunicación al Consejo del Reino, la Jefatura del Gobierno y tomarse el tiempo necesario para meditar, de acuerdo con el príncipe de España, en la solución más idónea... Quienes me empujaban a la Presidencia no pensaban como yo, pero afortunadamente mi entrañable amigo y camarada Alejandro Rodríguez de Valcárcel, presidente de las Cortes Españolas y como tal, presidente del Consejo del Reino, inició las consultas con el Jefe del Estado. Franco desechó el nombre de Torcuato Fernández Miranda, en funciones de jefe de gobierno, para cubrir la plaza tan dolorosamente arrancada por el terrorismo de ETA. Los demás nombres igual. Fraga Iribarne, Silva Muñoz, el propio Rodríguez de Valcárcel, parecían excluidos. Este último musitó mi nombre y Franco le contestó «¡No me quite usted al único oro que me queda!» Cuando citó el nombre de Carlos Arias Navarro, el Caudillo le contestó:

—¡Pero, Valcárcel..., si es el ministro de la Gobernación que ha tenido la desgracia de que le asesinen a su presidente del gobierno!

Alejandro Rodríguez de Valcárcel guardó silencio y no quiso sugerirle la reincorporación del propio Franco para que

se tomara el tiempo necesario y pudiera poner las ideas en orden. Luego no sé qué clase de influencias llegaron hasta su mesa. Lo cierto es que por fin resolvió la inclusión en la terna del nombre de Carlos Arias Navarro.

Se nombró presidente a Carlos Arias, ante el asombro de propios y extraños. Desde la inmediatez de Franco, doña Carmen, acaso por primera vez en su vida, quería aconsejar a su marido. Y a cuantas personas podían tener alguna ascendencia sobre el nuevo presidente del gobierno. Se trataba de que yo fuese a ocupar la Vicepresidencia, lo que al parecer los tranquilizaba. Tanto insistieron que, en la noche del 30 de diciembre, le dije al ayudante del Caudillo, Antonio Urcelay, que accedía a visitar, junto con él, al ex ministro de la Gobernación y ex alcalde de Madrid. Nos recibió amablemente. En rigor, diré que estaba eufórico, exultante... Pero cuando Urcelay le sugirió mi nombre para vicepresidente del gobierno, todo el júbilo de sus ojos se convirtió en una especie de locura, de ira incontenida. Empezó a levantar la voz y dijo:

—¿Qué queréis?... ¡Que me convierta en una marioneta movida por Girón!

—¡Calma, calma, Carlos!... He venido con Urcelay para convencerle a él y para que él convenza a doña Carmen de que ni a ti te interesa que yo sea vicepresidente, ni a mí tampoco el serlo contigo. Vamos a trabajar todo lo que haga falta por España y vamos a dejarnos de puñeterías. Vete a ver —dije refiriéndome a Urcelay— a la señora y dile, para su tranquilidad, que Carlos y yo vamos a colaborar cuanto sea necesario, para bien de todos, sin necesidad de nombramiento alguno.

El 12 de febrero, Arias Navarro pronunció un discurso híbrido y administrativista, exento de ambiciones y de interés políticos. Lo escribió, según he podido leer en algunos libros que aluden a la época, Gabriel Cisneros. Siguiendo la línea de colaboración solicitada por el presidente del gobierno, le había mandado yo algunas anotaciones. Ni una sola fue recogida en el texto, cuestión que tampoco me extrañó. José Utrera Molina, que había sido designado ministro secretario general del Movimiento, se convirtió en objeto del despotismo del ex ministro de la Gobernación. Meses antes, en la toma de posesión, había pronunciado un discurso muy bien construido y excesivamente literario, pero que tenía, cuanto menos,

la virtud de expresar un lenguaje de emociones necesarias para aquel momento.

Tuve mucho contacto con Utrera en aquel tiempo. El 28 de abril iba a celebrarse una de esas conmemoraciones tópicas del Movimiento Nacional: la efemérides de la epopeya de la Sierra de Alcubierre, pero unos días antes, concretamente el 25, se había producido el golpe militar en Portugal: la revolución de los claveles. La prensa hizo gala en algunos casos de una indignidad de tal calibre que la serenidad con que el pueblo español había cruzado la última década empezó a arruinarse de forma ostensible. Se daba entrada a ríos de prensa extranjera, maltratando brutalmente a la insigne figura del Caudillo. La prensa afecta al sector oposicionista del Opus Dei, seguida de una serie de nuevas publicaciones, arreciaba de forma inaceptable, sin que el gobierno tomase decisión alguna. Utrera Molina era destinatario de las iras de Carlos Arias Navarro, que veía en el Movimiento Nacional el mayor escollo para la política de entrega que se proponía. Franco vivía en cierto modo absorto por los problemas que rodeaban a España en aquellos instantes. Creo que fue el 26 de abril cuando Utrera solicitó mi ayuda para contener las iras y el despotismo con que Carlos Arias Navarro le trataba a él y a todo lo que se refería a nuestro origen. Me dijo: «Vivo en la permanente humillación, ya no sé qué hacer.» Le tranquilicé y le dije que podía contar conmigo. El día 27 por la mañana telefoneé en su domicilio privado al director de *Arriba:*

—Llama a tu secretaria y dile que esté a la una en el periódico. Yo llamaré a esa hora y le dictaré por teléfono una declaración política. Cuando te la pase a máquina la lees y me telefoneas.

Antonio Izquierdo hizo lo que le dije. Cuando llamé a la una de la tarde a su despacho, me pasó la conexión a su secretaria y dicté la declaración política que iba a originar, sin yo proponérmelo, una escandalera de padre y muy señor mío. Izquierdo me llamó poco después:

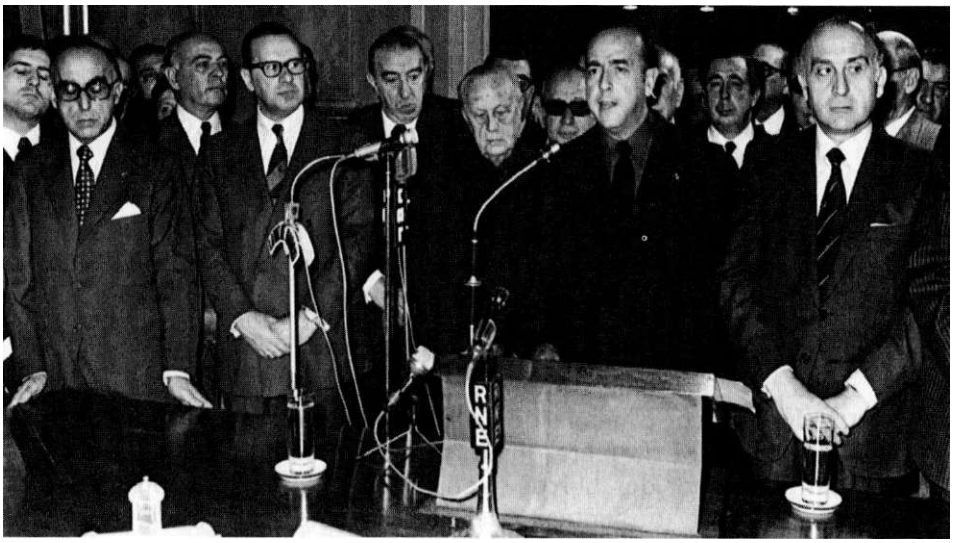
—Ya la he leído...

—¿Qué te parece?

—Buena..., pero un poco dura. Vamos, ¡la leche de dura! Esto es dinamita.

—¿Tienes algún inconveniente en publicarla?

—En absoluto. Me lo voy a pasar fenomenal. Pero ¿has hablado con el ministro secretario?



José Utrera Molina, que había sido designado ministro secretario general del Movimiento, se convirtió en sujeto del despotismo del ex ministro de la Gobernación.

DECLARACION POLITICA DE JOSE ANTONIO GIRON

Arriba

Madrid, domingo 28 de abril de 1974

Mi declaración política fue como un pepinazo del quince y medio en plena siesta.

Carlos Arias Navarro, aconsejado —según parece— por Antonio Carro, pretendió asumir la Jefatura del Movimiento para iniciar un proceso de declaración de incapacidad del viejo estadista.

En alguna ocasión que tuve de ver a Franco antes de su muerte le dije sin rodeos que Arias Navarro había

—No. Tú de eso no te preocupes. Se lo he comunicado al presidente del gobierno. A Utrera ya se lo diré, pero yo.

—Puedes estar tranquilo. ¿Qué más?

—Nada, que lo saques por encima de todo; pase lo que pase.

El director de *Arriba* cumplió gallardamente mis órdenes. No tenía por qué hacerlo, pero lo hizo. Dedicó prácticamente el número, con un alarde tipográfico espléndido si se considera que frente a aquel *Arriba* estaba toda la prensa... Una revista que se podía adquirir en los quioscos dedicaba la portada a Franco: el mapa de España era la efigie del Caudillo y, en su gorra de plato, los bastones de mando habían sido sustituidos por dos horcas. Naturalmente la declaración política fue como un pepinazo del quince y medio en plena siesta. Lo sorprendente es que el que se cogió el mayor cabreo fue Utrera, que destituyó por teléfono al director de *Arriba* cuatro veces esa mañana, aunque cinco veces le repuso en el mando. Izquierdo no mostró ningún enfado, cosa bastante rara por cierto. Me di cuenta de que tenía clara la conciencia de haber cumplido con su deber. Indudablemente en la historia de los directores de *Arriba,* «el gironazo», como lo calificó inmediatamente la prensa, y Antonio Izquierdo, tendrán siempre una referencia. Lo curioso es que Arias Navarro no se alborotó nada, quizá porque supusiera que tras «el gironazo» había algo más...

Una campaña infinitamente más dura que la que sufrí tras el discurso de Valladolid, cayó sobre mis espaldas, de suerte tal que me convertí en una especie de Juan Martín *el Empecinado.* Sin embargo no tuve que esperar mucho tiempo para que un ilustre periodista, miembro de una estirpe vinculada al periodismo español, calificase «el gironazo» «como aquel clarividente artículo de José Antonio Girón...». El propio Utrera Molina, que echó pestes, explica en un libro suyo de memorias que, leído el texto, estaba absolutamente de acuerdo con su contenido. Pero que lo que no podía aceptar era el alarde tipográfico con que lo trató *Arriba.* El pobre director empezó a sufrir toda suerte de trabas y zancadillas. Un día se enfadó y me dijo: «Me marcho, no aguanto un pelo más. Que le den aire al glorioso Movimiento Nacional y a mí que me borren del censo.»

—No hagas eso —le aconsejé—. Si quieres irte, te vas, pero escribiendo una carta razonada de dimisión.

La carta llegó a manos del ministro secretario general del

Movimiento, que se dio cuenta de la razón que asistía al director de *Arriba* y, al menos temporalmente, cambió de conducta con él.

En el mes de julio se produjo la primera enfermedad de Franco, una tromboflebitis que se complicó, gravísimamente, por la aplicación de un medicamento contraindicado a personas de edad avanzada. Franco se vio precisado a que entrara en funcionamiento el mecanismo de la ley, y el príncipe de España asumió las funciones del Jefe del Estado. Las intrigas aceleraron el proceso político y Carlos Arias Navarro, aconsejado, según parece, por Antonio Carro, pretendió asumir la Jefatura del Movimiento para iniciar un proceso de declaración de incapacidad del viejo estadista. Llegué al Hospital Provincial Francisco Franco, donde se encontraba postrado el Caudillo y le paré en seco los pies al presidente del gobierno. Nos enredamos en una bronca que alcanzó proporciones bastante serias. Hasta la habitación del Generalísimo llegaban, según parece, las voces.

—¿Qué sucede —preguntó el Caudillo.

—Están discutiendo el presidente del gobierno y el señor Girón de Velasco.

—Que pase Girón —dijo el enfermo.

Me vino a buscar el ayudante y junto a él entré en la habitación. Tumbado en la cama, desnudo y sólo cubierto por una sábana, daba una sensación de mayor salud de la que le suponíamos. Los brazos eran fuertes, y el pecho terso. Se puso a hablarme con un grato afecto y lo que dejó asombrado a todo el mundo ¡a tratarme de tú!, cosa que no había hecho en su vida con nadie. Yo no le di mayor importancia, pero quienes estaban más en su cercanía le dieron un valor que a mí me pareció excesivo. Claro está que Carlos Arias no asumió ni la Jefatura Nacional del Movimiento ni se le ocurrió iniciar el expediente de incapacidad.

Otro problema grave fue una declaración de Arias Navarro a la Agencia EFE, donde el presidente del gobierno la emprendía con el Movimiento Nacional. Nos reunimos varias personas con Utrera Molina, todas vinculadas al Consejo Nacional. Y con nosotros, Antonio Urcelay. Se llegó a una conclusión: la actitud de Arias Navarro no admitía más que una

salida: la dimisión del ministro secretario, pero en la conciencia de que, junto al ministro secretario, nos iríamos la inmensa mayoría. Cuando menos, los más cualificados, empezando, en orden de antigüedad, por mí. Cuando se disponía a salir camino de Ta Presidencia del Gobierno, le dije:

—Creo que no debes entrar en discusiones. Vas, le presentas la dimisión y te das la vuelta. Si entras en discusiones, malo.

Se marchó Utrera y empezó a transcurrir el tiempo, lenta, pausadamente. Unos a otros nos mirábamos. No sé con exactitud cuánto tuvimos que aguardar. Cuando volvió, nos dijo que no había podido dimitir. Se hizo el silencio y sólo se oyó la voz de Urcelay, que decía:

— Bueno, señores: discúlpenme, pero tengo prisa.

La agitación iba creciendo. En setiembre se produjo la matanza de la calle del Correo. Arias Navarro tuvo otro enfrentamiento con Alejandro Rodríguez de Valcárcel, presidente de las Cortes Españolas, y con Carlos Iniesta Cano, teniente general del ejército. El incidente fue en el mismo lugar de los hechos, lugar poco oportuno, por cierto. Las únicas noticias buenas llegaban de Galicia. El Caudillo se recuperaba activamente de su enfermedad. En octubre Cristóbal Martínez Bordiu, marqués de Villaverde, por indicación de su suegro, llamó al príncipe de España para comunicarle que el Caudillo volvía a asumir las funciones de Jefe del Estado.

XIX/El peso de un emblema

Con ser mucho lo que sucedió entre el 1 de enero y el 20 de noviembre de 1975, creo que este vuelo sobre las libres evocaciones de mi memoria podía haber terminado aquí. Sólo me limitaré, antes de llegar a la fecha del fallecimiento de Francisco Franco, a puntualizar que el acoso exterior e interior se hizo infatigable. El Caudillo había recuperado prácticamente su salud. La primavera y el verano no ofrecieron ninguna señal de alarma en este orden. Creo que como nunca me dispuse a hacer cuanto estuviera en mi mano para que las postreras palabras de Franco en diciembre de 1974, ante dieciocho mil jóvenes concentrados ante el palacio de El Pardo siguieran siendo norma de conducta para toda España. «La paz y el progreso son el esfuerzo de varias generaciones —les dijo el Caudillo. Y añadió—: No se puede renunciar jamás a la unidad entre los hombres y las tierras de España...» En alguna ocasión que tuve de verle antes de su muerte, le dije sin rodeos que Arias Navarro había traicionado al régimen. No le gustaba que se lo dijese. Sólo la última vez que le vi me contestó: «Sí.» Creo que el optimismo médico perjudicó la resolución que el Jefe del Estado hubiera dado al más acuciante de los problemas: la descomposición del sistema. Él volvió a mirar con calma a su reloj, pero su reloj, aquel que decían que era distinto al de todos los españoles porque medía otros cronos, ya no le pertenecía. Mis viejos camaradas de todas las ideologías que combatieron entre 1936 y 1939 se habían constituido en Confederación Nacional. Me llamaron y solicitaron mi presencia al frente de la organización. No quise o no supe decir no. A los hombres jóvenes que había conocido desde 1965 en adelante no les hizo ninguna gracia mi decisión. «¡Te has metido en el túnel del tiempo!», me dijo uno de ellos. Cuando Franco cayó enfermo el 17 de octubre pensé que, acaso, por un designio de la Providencia las circunstancias me habían llevado a ponerme al frente de lo que fue la

sacrificada, alegre y heroica tropa de aquel hombre para asistir a su final. No sé si fue por eso también por lo que la Secretaría General del Movimiento nos encomendó la organización de las honras fúnebres, lo cierto es que el 20 de noviembre de 1975 caía tristemente el telón sobre el teatro de la historia. Su agonía fue terrible. También la viví muy cerca del lugar donde se producía. El 23 de noviembre fue enterrado en la basílica de la Santa Cruz del Valle de los Caídos. Todo el escándalo que había soportado España en torno a sus embajadas en Europa, el clamor de aquella plaza de Oriente del día 1 de octubre, donde comparecería por última vez ante su pueblo, todo el trueno de las ametralladoras y de la goma 2, había dado paso a un silencio riguroso. El pueblo, que llegó a formar colas de treinta y dos kilómetros, creando inverosímiles laberintos urbanos, le lloró profundamente. Todo esto y otras muchas cosas las pensaba cuando, sentado en un banco de la basílica, con la mirada puesta en la lápida, esperaba a que vinieran a recogerme mis amigos y camaradas. Esa noche presté mi último acto de servicio al régimen del 18 de julio. Como presidente de la Confederación Nacional de Ex Combatientes, acompañado por los miembros de la Junta Nacional de todas las Hermandades Nacionales, acudí al palacio de la Zarzuela. Los reyes nos recibieron con muestras de afecto. Después de los saludos, cuando se hizo el silencio, pronuncié este breve discurso:

—Señor: Dios os guarde para España. Acabamos de depositar los restos mortales de Francisco Franco al amparo de la Santa Cruz del Valle de los Caídos, donde reposan quienes, desde una u otra trinchera, ofrendaron su vida por una patria mejor. Venimos de enterrar a quien nos condujo a la victoria y nos llevó a la paz. Francisco Franco ha traspasado el pórtico de la historia universal. Su recuerdo y su inmanencia pertenecen al patrimonio sentimental de España. Ya descansa en paz el tenaz vigía que resistió el cerco enemigo y el descanso de los españoles. El heroico soldado y el egregio estadista; el señero gobernante y el prudente político ya conforman un retazo de la crónica general de la patria renacida.

»La insigne voluntad del Caudillo fue adoptar para el Estado del 18 de julio la forma tradicional de la monarquía. Él dispuso que en la cumbre de ella figurase vuestra majestad. Fieles a su mandato venimos a proclamar abiertamente nuestra lealtad a cuanto representáis. En vuestra majestad coinciden la tradición histórica y la esperanza abrumadora de una

El 20 de noviembre de 1975 caía tristemente el telón sobre el teatro de la historia.

Como presidente de la Confederación Nacional de Ex combatientes, acompañado por los miembros de la Junta Nacional de todas las Hermandades Nacionales, acudí al palacio de la Zarzuela. Los reyes nos recibieron con muestras de afecto.

El Movimiento Nacional caería abatido por los votos de los propios procuradores en Cortes y consejeros nacionales.

España crecida a la sombra egregia del Caudillo Franco. Pertenecemos a una generación que quiso hacerse responsable de la historia de España. De una historia que registra glorias y miserias, aciertos y errores y que, desde el instante augural del régimen del 18 de julio, la sostiene un resuelto propósito de ambición y dignidad nacionales frente al lejano pesimismo de otros días o a la resignada actitud de decadencia que soportaron otros españoles.

»España vivió horas de luchas originadas por pequeños separatismos o las pugnas entre las clases, porque fue posible previamente el asiento de toda injusticia y de toda iniquidad y por el forcejeo, siempre estéril y demoledor, de los intereses de los partidos y de las banderías. Así se encontró nuestra generación con una España rota, escindida, en la que toda aberración fue posible y en la que fue menester el holocausto de una generación para purificar tanta vileza. De alguna manera, aquel forcejeo inútil, aquella atomización, desenlazaba en el aniquilamiento del Estado. Ese Estado resurgió y hoy os cabe el honor y la gloria de encarnarlo.

«Creemos que la monarquía conocerá con vuestra majestad días de gloria para España, y que será cristiana, con el viejo y entrañable acento de la fe, que resiste impávida la degradación de un mundo enloquecido, y que será social ahuyentando para siempre de nuestro pueblo tanta injusticia secular y elevando a los españoles a la máxima categoría de hombres libres y haciendo posible la conversión de una sociedad en la que superviven lejanas injusticias, en una fraterna democracia social y sindicalista, y que será representativa, porque sois el rey de todos los españoles, sin distinción de colores, castas o clases, y que haréis, con la ayuda de Dios, fértil la cosecha de esperanzas derramadas sobre vuestra persona.

«Sigue el futuro. Ésta es una obra en la que, junto a la inmensa tristeza de haber perdido al más glorioso Capitán de nuestra historia, a la espada más limpia de Europa, emerge la ilusión de inaugurar una etapa prometedora para España.

»Somos hombres a los que la lucha y el servicio nos endureció. Por eso nuestro lenguaje siempre es sincero. Sincera y dura como la roca es también nuestra lealtad. Así queremos seguir hasta el final, sin que la traición nos manche, el desencanto nos embauque, el egoísmo nos tiente, el cansancio nos derribe o nos desvanezca la melancolía. Queremos ser como los viejos soldados, que sólo saben morir de pie.

«Señor: tenemos un nudo en nuestras gargantas y una le-

gítima emoción en nuestros corazones. Por eso entenderéis que ponga fin a estas palabras mías haciendo vivo en el espíritu, con la fuerza de la fe, lo que en nuestro ritual es exigencia permanente de recuerdo. Por eso gritamos con congoja y respeto: ¡Viva Franco! ¡Viva el rey! ¡Arriba España! ¡Viva España!

Cuando abandonaba el palacio de la Zarzuela, no sabía aún que un año después en el palacio de las Cortes Españolas el Movimiento Nacional caería abatido por los votos de los propios procuradores en Cortes y consejeros nacionales. Tampoco sabía que unas horas antes de aquella fecha por llegar, daría su vida por España, en un pueblecito vasco, el último jefe de aquella organización que se suicidó sin que ningún código de honor se lo exigiera. Venticuatro horas después me llamó la duquesa de Franco. Fui al palacio de El Pardo y doña Carmen me dijo: «A Carmen le ha dado esto Paco para que se lo entregue a usted.» Dicho esto me entregó el Yugo y las Flechas y los Tres Luceros distintivos de la Jefatura Nacional que, tallados en rubíes, llevó Franco puestos en el pecho a lo largo de toda su vida.

Y durante el resto de vida que nos quede, seguiremos fieles a ese gesto que exige de todos los que vivimos seguir sirviendo a España con entereza y con honor.

A modo de epílogo

Han pasado muchos años: inútil resulta ahora evocar estos conceptos que, en cierto modo, parecían superados, al menos en una primera fase: la justicia social y el pan. Y sin embargo el fantasma del hambre asoma trágicamente en muchos lugares de nuestro pueblo. Las ciudades se llenan de desheredados y ofrecen escenas patéticas, como esa que describe a los hombres buscando un mínimo sustento entre los desperdicios arrojados a la basura en las inmediaciones de los restaurantes... El sistema socioeconómico vigente promueve millones de parados, y España ha dejado de ser una entidad estable para ser una sociedad desestabilizada y puesta al borde del más pavoroso hundimiento.

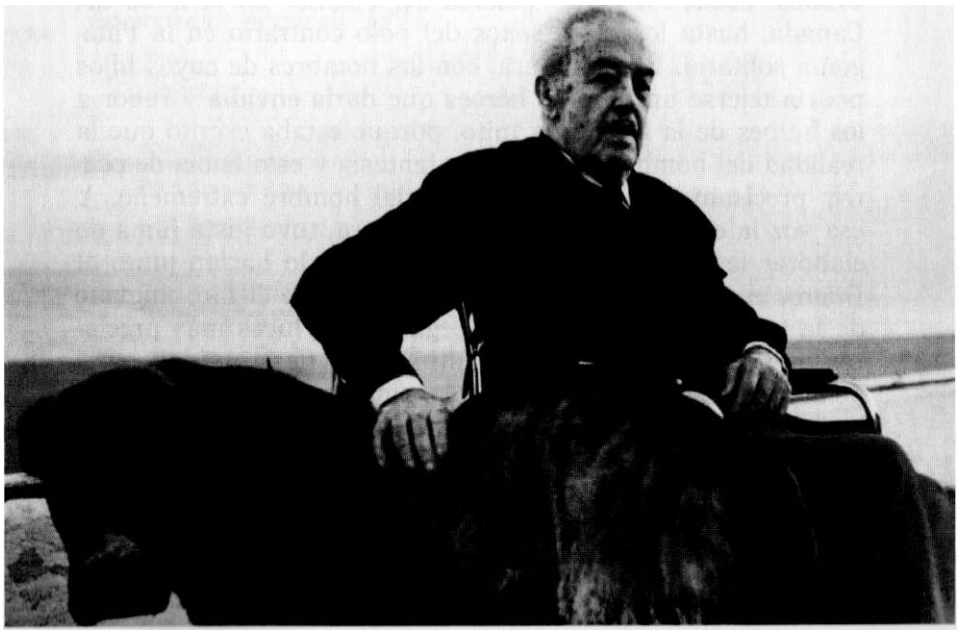
No existe política social. No existe política laboral, precisamente cuando la izquierda gobierna e impone sus criterios. No puede resultar paradójica esta situación para cualquiera que conozca, de una parte, la historia de España, y de otra las tácticas y los fines marxistas. Se ha dicho, y esto es cierto, que en España la política social la ejercieron casi siempre personas y grupos rabiosamente alejados de la izquierda. La izquierda, en definitiva —y me refiero, naturalmente, a sus líderes—, no aspira al imperio de la justicia social, porque esa conquista la dejaría sin banderas y sin metas teóricas que cumplir. Los hombres de la izquierda utilizan las masas desheredadas como trampolín para el poder y no para otra cosa.

¿Qué queda de la España que superó los planes de desarrollo para instalarse en uno de los mejores niveles del continente?... ¿Qué queda de la España, tan criticada, del consumismo y el pluriempleo? ¿Qué queda del ahorro modesto y de la sociedad de pequeños propietarios?... Todo ha ido cayendo irremediablemente en la misma medida, proporción y tiempo con que fuimos prediciéndolo muy a pesar nuestro. No tengo siquiera necesidad de poner el acento en esta verdad inconmovible: el primer objetivo es salvar la unidad de

España; el segundo, reconstruirla desde la raíz; el tercero, repartir el bienestar entre las gentes de nuestro pueblo. Ésa y no otra es la tarea apremiante a la que se deben disponer todos los españoles que se sientan llamados por una vocación de servicio a los demás: esto es, por la política. No hay que olvidar que los parados son la resaca de una manera turbulenta que se inicia en la caída vertical de las empresas, en la ascensión vertiginosa del gasto público y en el sostenimiento de una clase política dispuesta a extraer del cuerpo nacional todos los recursos para su omnímoda supervivencia. Nada de esto es bueno para España. Ni para la sociedad. Ni para el individuo. Por eso, desde la lejanía y de cara a un porvenir que sólo puede interesarme en el amor hacia la patria, me pregunto si todo fue vana ilusión o si una vez más hemos asistido a una inesperada derrota. No deseo que quienes llevan en el arcano del corazón la llama encendida de aquella fe religiosa, civil y política, puedan perderse vagando en el desierto sin guía que los oriente... Con García Serrano, que tantas veces se lo preguntó, pienso: ¿en qué oficina de paro, en qué despacho profesional, en qué atenta y estudiosa soledad, en qué cuartel, en qué lugar desconocido se encuentra el hombre destinado a repetir nuestro mensaje a España? El mensaje que, como os he dicho, me atreví a formular en el corazón de Castilla, cuando en 1972 se presagiaba la tormenta sobre la fecunda paz de nuestro tiempo. Aquel mensaje que esperaba Castilla, con su lengua universal, con su fe, con su austeridad, con su espíritu de unidad, de rigor y de tolerancia. Y que esperaba la valiente, iluminada y fuerte Galicia, pescadora, navegante, militar y labriega; la Galicia que saltó sobre el mar y creó junto al Plata la mayor ciudad de lengua castellana; y el bravio Aragón, áspero y dulce, áspero como sus cerros y sus páramos y sus altos secanos de Cinco Villas y dulce como la fruta de sus vegas y el azúcar de sus regadíos. Aragón mudéjar, Aragón cristiano, Aragón duro, invencible, seco, alegre. Aragón, que cuando sufre canta y rasga con la lanzada de una jota el aire tenebroso de cualquier adversidad y duerme sobre la espada y sobre la fe; ese llamamiento a la arrogante Asturias, pila bautismal de España, plataforma de partida de la nación, esencia de unidad, progresiva, amiga de la sabiduría, desparramada por el mundo entero en el genio de sus hijos emprendedores bajo todos los soles del universo; Asturias, donde vive y acampa y lucha la más brava legión de trabajadores: los broncos, inteligentes y no-

El autor con su esposa, hijos y nietos en Fuengirola, en 1991.

El autor, en la actualidad, con su mastín preferido, *Pitter.*



bles y los que trabajan junto al aliento ardoroso de los hornos en los que parecía labrarse el arma final de nuestra grandeza. Mensaje de amor y esperanza a los vascos, dura y viril presencia de España en el portillo de Europa; universal comarca. En la lengua de Cervantes bautizaron los vascos todos los senos de todos los mares del planeta. Vasconia de San Ignacio, de Legazpi, de Elcano, de Oquendo, de Churruca y de Unamuno. Llevémoslo a la culta y sensible Cataluña, industriosa y artista, soñadora junta a la cumbre nevada del Puigmal; poblada de leyenda, litúrgica en la sagrada montaña de Montserrat; labradora en el Ampurdán; artesana en el Pía; artista en Barcelona e industriosa y afanada en el cinturón de la ciudad; romana en Tarragona, visigótica en Tarrasa; almogávar en la Cerdeña, siempre española. Hagamos llegar nuestra voz a Levante, marinera, artesana y letrada; patria de filósofos como Luis Vives y de poetas como Ausias March, hija predilecta de una gran cultura y que envió al mundo de nuevo la primera imprenta. Y a Murcia, con sus llanas tierras manchegas de la Orden, patria de don Quijote, adelantamiento de España cristiana, erizada de castillos hasta la tierra verde y perfumada de sus huertas, donde el genio de los árabes inició la ciencia de la agricultura y donde el cartaginés prendió su mejor flor y desde donde la marina española ha partido para tantas heroicas singladuras. Lo espera Extremadura, patria de veinte patrias; cuadrilátero mágico en cuyo reducido espacio se gestaron las naciones americanas todas, desde las praderas frías de Nevada de los Estados Unidos, desde los senos polares del Pacífico en la linde del Canadá, hasta los otros senos del polo contrario en la Patagonia solitaria. Extremadura, con los nombres de cuyos hijos podría tejerse un friso de héroes que daría envidia y rubor a los héroes de la leyenda y mito, porque estaba escrito que la realidad del hombre superaría su fantasía y esto había de ocurrir precisamente con la realidad del hombre extremeño. Y esa voz la espera León, que, con Zamora, tuvo justa fama de elaborar las mejores leyes cuando las dos lo hacían junto al Duero, el río de la Ley. León y Zamora, con el faro augusto de la universidad salmantina, cegaban las luces más preclaras de Europa. Y Navarra, la última gala de la unidad española y por eso, acaso, la más tenazmente adherida a las entrañas de la Patria. Y lo espera Baleares, que con las más viejas culturas mediterráneas y los mayores adelantos de nuestro tiempo, siente el orgullo de haber alumbrado en su suelo

a Raimundo Lulio y a don Antonio Maura y que el primer almirante de Norteamérica, el héroe legendario de su marina de guerra, que paseó sus laureles por toda Europa, a finales del siglo pasado, después de haber ganado una guerra de libertad para su patria, llevaba el nombre de Ferragust y era hijo de un marino menorquín. Y lo espera Canarias, la heroica tierra, tan llena de amor y de lealtad a la península que, cuando ésta lo necesita, sabe vaciar las islas de hombres jóvenes y de bastimentos preciosos y en la que aún resuenan los alalaes de los indomables guanches, saltando de cumbre en cumbre; nudo de rumbos, en que ató Colón la primera etapa del descubrimiento de América. Y Andalucía, imperio de la cultura y reina del espíritu; porque de Andalucía se admira y lo que de Andalucía perdura en el ancho camino de los siglos, lo que de Andalucía cautiva no es la colorista interpretación convencional para recreo de turistas, ni la gracia eterna que en vano tratan de imitar todos los pueblos peninsulares y aun los ultramarinos; la esencia de Andalucía es su profunda seriedad y su profundo señorío; su alto sentido de la vida, la noción de los deberes que le competen como pueblo heredero de la más vieja cultura del mundo y como legado de la más asombrosa aventura de España.

Pero luego de pensar esto, os preguntaría a todos: ¿Y no será España, la irrevocable España, la universal España, la que esté esperando sumergida en una angustia metafísica la voz de todos los que la abandonaron?

Fuengirola, mayo de 1994.

ÍNDICE ONOMÁSTICO

Las cifras en cursiva remiten a las ilustraciones

Acerbo, Giacomo: 46.
Aguinaga: 198. — 757.
Álamo Urrutia, Lucio del: 200, 206, 224.-/99.
Alarcón de la Lastra, Luis: 54.
Albini: 46.
Albujan: 55.
Alfaro Polanco, José María: 53.
Alfieri, Diño Odoardo: 46.
Alfonso XII, rey de España: 62.
Alfonso XIII, rey de España: 105, 106.
Alonso Vega, Camilo: 189, 203. — *193.*
Álvarez, Miguel: 163.
Amor: 34.
Arana, Sabino: 20.
Arburúa de la Myñar, Manuel: 85.
Arias Navarro, Carlos: 143, 230, 231, 232, 234, 235, 236, 237. — *229, 233.*
Arrese Magra, José Luis de: 78, 79, 88, 96, 163, 164, 166, 168, 169, 170, 172, 173.— 77, *153,159,165.*
Arruza, Carlos: 148.
Aunós Pérez, Eduardo: 106.
Aznar, Agustín: 43. — *45.*

Balella: 46.
Bailarín Marcial, Alberto: 84.
Barcelona, conde de: *véase* Borbón y Battenberg, Juan de.
Bastianini: 46.
Benítez, padre: 140.
Benjumea Burin, Joaquín: 54, 78.
Bignardi: 46.
Bono, Emilio De: 46.
Borbón y Battenberg, Juan de: 68, 104, 198.— 97.
Bottai, Giuseppe: 46.
Bronchalo Lupesino, Antoñita: 136. — *115.*
Bueno Fernández, Antonio: 230.

Caballero (sacerdote): 88.
Calleja: 118.
Calvo, Armando; 148.
Calvino, Juan: 191.
Calvo Serer, Rafael: 154, 158. — *141.*
Cámara (apoderado de *Manolete*): 136.
Campmany, Jaime: 198, 200, 201. — *181.*
Cánovas del Castillo, Antonio: 20.
Carceller Segura, Demetrio: 107, 108. — *77.*
Carlos III, rey de España: 62.
Carrascal Antón, Francisco: 35, 98.
Carrero Blanco, Luis: 44, 47, 118, 119, 212, 215, 218, 221, 228, 230. — *51.*
Carro, Antonio: 235. — *233.*
Casaloja, conde de: 224.
Cavestany y de Anduaga, Rafael: 84, 85, 157. —77.
Chelo: 35.
Chomón Ruiz, Francisco: 98.
Chornet Capilla, José María: 116.
Churchill, Winston Spencer: 131.
Churruca y Elorza, Cosme Damián de: 246.
Cianetti: 46.
Ciano di Cortellazo, Galleazo: 46. — *51.*
Cid, Rodrigo Díaz de Vivar, *llamado* el: 32.
Cisneros Laborda, Gabriel: 231.
Colón, Cristóbal: 247.
Criado del Rey, Sebastián: 120.

Dávila, Sancho: 71.
Díaz Fanjul, Ramón: 120.
Domecq, Alvaro: 136.
Domingo, Román: 180.
Domínguez: 118.
Duarte de Perón, Eva: 131-144. — *121, 127.*

Eijo Garay, Leopoldo: 88, 89.
Eisenhower, Dvight Davis: 188.
Eizaguirre (futbolista): 148.

Elcano, Juan Sebastián: 246.
Elola Olaso, José Antonio: 139, 162, 173. —*153*.
Empecinado, Juan Martín Díaz, *llamado el:* 234.
Enrique III de Trastámara: 62.
Enrique y Tarancón, Vicente: 192, 216.— *211.*
Escrivá de Balaguer, José María, beato: 201. —*187.*

Federzoni, Luigi: 46.
Felipe II, rey de España: 61.
Felipe IV, rey de España: 132.
Fernández Cuesta, Raimundo: 43, 44, 46, 85, 104, 134, 155, 158, 162, 170, 206, 220. — *45, 159, 165.*
Fernández González, Víctor: 79, 80.
Fernández Miranda, Torcuato: 143, 212, 221, 228, 230. — *127.*
Fernando II el Católico, rey de Aragón: 28.
Ferragust: 247.
Finat y Escrivá de Romaní, José: 31, 94.-57.
Fleta, Miguel: 43, 44.
Flores, Lola: 184. — *171.*
Fraga Iribarne, Manuel: 197, 198, 203, 207,210, 224, 230. — *193.*
Franco Bahamonde, Francisco: 9, 11, 16, 17, 28, 42, 43, 49-59, 61, 62, 64, 65, 66, 68, 69, 70, 72, 73, 75, 76, 80, 84, 86, 88, 89, 91, 92, 94, 99, 101, 102, 104, 105, 106, 107, 108, 113, 114, 117, 118, 119, 123, 130, 131, 132, 134, 135, 138, 139, 142, 143, 146, 148, 149, 154, 156, 157, 158, 160, 161, 162, 163, 164, 166, 168, 169, 170, 172, 173, 174, 175, 176, 178, 179, 180, 182, 183, 184, 188, 189, 190, 191, 192, 194, 195, 197, 198, 200, 202, 203, 206, 207, 208, 209, 210, 212, 213, 215, 216, 218, 220, 221, 224, 225, 227, 228, 230, 231, 232, 234, 235, 236, 237, 238, 240,241 . — *19,39,51,57, 63,67, 71, 97,109,127,147,153,177,193,199, 205, 211,223,229.*
Franco, Carmen Franco Polo, duquesa de: 241. —*137*.
Franco Pascual de Pobil, Nicolás: 208.
Fresno,, Maruchi: 148.
Fueyo Álvarez, Jesús: 204.

Gaceo, Vicente: 206.
Galarza Morente, Valentín: 118.
Garcerán, Rafael: 64.
García Lorca, Federico: 31. — *33.*
García Rico, Miguel: 98, 108, 110.
García Serrano, Rafael: 50, 198, 244. - *181.*
García Valdecasas, Alfonso: 26. — 29, *63.*
Gardel, Carlos: 23.
Garicano Goñi, Tomás: *205.*
Gibello, Antonio: 198, 224. — *187.*
Girón y Gutiérrez, Justo: 20, 32, 110.
Girón Larrucea, Carlos: 110,195.
Girón Larrucea, Eduardo: 110.
Girón Larrucea, Javier: 110.
Girón Larrucea, José Antonio: 110.
Gitanillo de Triana: 148.
Gómez Sabugo, Francisco: 98.
Gómez Sabugo, José: 120.
González Bueno, Pedro: 55.
González Fausto, José Manuel: 124.
González Vicens, Luis: 58, 161.
Gos, general: 40.
Gottardi: 46.
Grandi, Diño: 46.
Guadalhorce, Rafael Benjumea y Burin, conde de: 78.

Hassan II de Marruecos: 230.
Hedilla Larrei, Manuel: 42, 50, 64, 75. — *63.*
Herraiz, Ismael: 84, 166, 167, 198, 204, 206, 222.-/59.
Herrera Oria, Ángel: 201, 207. — *187, 205,*
Himmler, Heinrich: 94, 95. — *87.*
Hitler, Adolf: 52, 70, 94, 95, 219.—*83, 87.*

Ignacio de Loyola, san: 246.
Infantado, duques del: 62.
Iniesta Cano, Carlos: 219, 236. —*217*.
Ipiña (futbolista): 148.
Isabel I la Católica, reina de Castilla: 28.
Isla, Julián: 98.
Iturrino, hermanos: 34.
Izquierdo, Antonio: 69, 143, 198, 204, 206, 222, 232, 234, 235. — *187.*

Jaqueline (periodista): 204.
Jiménez, Teodoro: 53.
Jordana de Pozas, Jorge: 120.
Juan XXIII: 191.
Juan Carlos I. rey de España: 208, 209, 210, 225, 236/238, 240, 241. — *147, 205,211,223,239.*

Kleinfeld, Gerald R.: 91, 92.

Labedi Otermín, Francisco: 204.
Lamo de Espinosa, Emilio: 167.
Lara (conserje): 101.
Largo Caballero, Francisco: 43.

Larraz López, José: 54, 78.
Larrucea y Lambarri, José de: 108, 110, 111, 112.
Larrucea Samaniego, Carlos: 110, 111, 112.
Larrucea Samaniego, Jaime: 110,112.
Larrucea Samaniego, Javier: 110, 111.
Larrucea Samaniego, María de los Angeles: 110.
Larrucea Samaniego, María Josefa: 108, 110, 152,195. —*137.*
Ledesma Ramos, Ramiro: 24, 50, 75. — *25.*
Lefevre, Marcel: 191.
Legazpi, Miguel López de: 246.
Llamazares, teniente: 41, 42.
Llórente, Daniel: 110.
Llull, Ramón: 247.
López Bravo, Gregorio: 202, 215.
López Cancio, Jesús: 173.
López Gallego, Ramiro: 89.
López Rodó, Laureano: 158, 212, 228. — *147.*
Lutero, Martín: 191.

Mac Arthur, Douglas: 146.
McKinley, William: 20.
Maeztu, Ramiro de: 151.
Manolete, Manuel Rodríguez, *llamado:* 86, 135, 136, 148 . — *115.*
Mantecón, teniente: 38.
Marañón Posadillo, Gregorio: 18.
March, Ausias: 246.
Marianelli: 46.
Marsico, De: 46.
Martín Artajo, Alberto: 85, 132, 154, 158. —*153.*
Martín Moreno, Francisco: 66.
Martínez de Bedoya, Javier: 53, 54, 55, 56,58.-57.
Martínez Esteruelas, Cruz: 228.
Marx, Karl: 227.
Maura y Muntaner, Antonio: 34, 247. — *33.*
Mavalde, conde de: *véase* Finat y Escrivá de Román, José.
Mellera, Raquel: 23.
Melón, Amadeo: 24.
Mendoza Guinea, José María: 162.
Milans del Bosch y Ussía, Jaime: 92.
Miura (ganadero): 135.
Moisés: 151.
Mola Vidal, Emilio: 151.
Monreal Luque, Alberto: 207.
Montero, Matías: 151.
Montes Domínguez, Eugenio: 53, 154, 155. — *147.*
Montgomery, Bernard Law: 131.
Montini, Giovanni: *véase* Pablo VI.
Mora: 101.
Moscardó Ituarte, José: 79. — *51.*
Muñoz Alonso, Adolfo: 204.
Muñoz Grandes, Agustín: 56, 58, 59, 92, 218. —*63, 83.*
Mussolini, Benito: 44, 46, 70, 72, 219. — 67.
Mussolini, Edda: 46.
Mussolini, Raquel: 46.

Nieto Calvo, *alias el Malo,* Luis: 34.
Nozal López, Luis: 124.

Ojea, Enrique: 179.
Ojeda, Pedro: 40.
Oquendo, Antonio de: 246.
Oreja Elósegui, Marcelino: 151.
Orejas, Salustiano: 179.
Ortega y Gasset, José: 18. — *127.*

Pablo VI: 152, 191,227. — *141.*
Pareschi: 46.
Patilla, Josina de: 32.
Patilla, conde de: 32.
Patton, George S.: 131.
Pemán, José María: 149, 151.
Peñaranda, capitán: 41, 42.
Pérez de Ayala, Ramón: 18.
Pérez González, Blas: 96.
Pérez González, Esteban: 96, 106, 107, 135.
Pérez Mojena, José Luis: 230.
Pérez Sáenz de Miera, Daniel: 120.
Pericles: 81.
Perón, Juan Domingo: 135, 138.
Pétain, Philippe: 72, 73, 132. — *67.*
Pinilla, Carlos: 107, 128. — 97.
Piñar, Blas: 192.
Pío X, san: 152.
Pío XII: 89, 142, 152, 190, 191. — *141.*
Piquer, Conchita: 86.
Polo y Martínez Valdés, Carmen: 142, 195,231,241 . — *121,217.*
Pomar, Arturo: 148. —*127.*
Pradera, Víctor: 151.
Prieto Tuero, Indalecio: 43.
Primo de Rivera y Orbaneja, Miguel: 26.
Primo de Rivera y Sáenz de Heredia, Fernando: 151.
Primo de Rivera y Sáenz de Heredia, José Antonio: 15, 16, 26, 27, 28, 30, 31, 32, 34, 35, 38, 40, 42, 43, 47, 49, 50, 62, 64, 65, 66, 68, 75, 80, 81, 95, 96, 99, 111, 130, 134, 151, 154, 155, 156, 161, 168, 228. — *29,39, 63, 71, 147.*
Primo de Rivera y Sáenz de Heredia, Miguel: 76, 78,79, 84.-7/.
Primo de Rivera y Sáenz de Heredia, Pilar: 76, 139.
Primo de Rivera y Urquijo, Miguel: 228.
Puig y Maestro Amado, Ezequiel: 210.

Queipo de Llano, Gonzalo: *45.*

Radío, doctor: 138.
Redondo, Andrés: 42, 43.
Redondo, Onésimo: 23, 24, 27, 34, 35, 38, 42,47,50, 75, 96.-25.
Redondo de Girón de Velasco, Amparo: 13.
Ridruejo, Dionisio: 66, 96, 163, 203. — *57,67, 93.*
Rivadulla: 118.
Rivero Meneses, Jesús: 58, 76.
Robles (hermano jesuita): 21.
Rodríguez, Julio: 230.
Rodríguez, JVtanuel: 136.
Rodríguez Álvarez, Jesús: 98.
Rodríguez Álvarez, Marcelino: 98.
Rodríguez, Angustias de: 136.
Rodríguez de Valcárcel, Alejandro: 219, 224, 230, 236.
Rodríguez de Valcárcel, Carlos María: 135. —*217.*
Romero, Emilio: 145, 197, 200. — *115, 181.*
Rossoni: 46.
Royo, Rodrigo: 204. — *199.*
Ruiz, Carlos: 102.
Ruiz de Alda, Julio: 26, 50, 75.
Ruiz-Giménez Cortés, Joaquín: 154, 163, 170, 215. — *141,159.*
Ruiz de la Hermosa, José: 27.
Ruiz Jarabo, Francisco: 219, 228. — *217.*

Sáez de Miera, José: 38, 40, 98.
Sáez de las Moras, Cándido: 98, 218.
Salas Pombo, Diego: 166, 167, 172.
Saliquet Zumeta, Ándrés: 38. — *45.*
Salvador Merino, Gerardo: 76.
Samaniego y Martínez Fortuni, baronesa de Camporrendo, María: 110, 195.
San Basilio, Paloma: 142.
Sánchez Mazas, Rafael: 44. — *63.*
Sanjurjo Sacaneü, José: 151.
Santos Conejo, Ángel: 98.
Sanz Cagiga, Francisco: 222.
Sanz Orrio, Fermín: 113, 124, 173, 174, 180, 182. — /09, 765.
Segura Sáez, Pedro: 152.
Serrano Suñer, Ramón: 52, 53, 54, 55, 56, 58, 61, 72, 75, 76, 78, 79, 91, 92, 95, 96, 117, 119, 148, 158, 218. — *51,57, 71,83, 87, 93,127.*
Silva Muñoz, Federico: 207, 215, 230. — *205.*
Silva Reoyo, Enrique: 98, 120.

Sofía de Grecia, reina de España: 238. — *239.*
Solchaga Zala, José: 151.
Solís Ruiz, José: 134, 173, 197, 200, 203, 207, 210. — *115,* 165, *181, 193.*
Stalin, Iósiv Vissariónovich Dzhugashvili, *llamado:* 131, 146. — *127.*
Stefano, De: 46.
Stohrer, E. von: *87.*
Suanzes Fernández, Juan Antonio: 82, 84, 85, 129, 146. — *51,77,127.*
Suárez Fernández, Luis: 66, 78, 119, 161.
Suárez González, Adolfo: 16, 228.
Suárez Granda, Alfonso: 27.

Tambs, Lewis A.: 91, 92.
Tardini, Domenico: 152.
Tarduchy: 167.
Tarragona, Eduardo: 207.
Tellería, Juan: 42.
Tobalina: 34.
Torrado, Adolfo: 148.
Torres Ruiz, Andrés: 24.
Tovar, Antonio: 50, 76. —57.
Truman, Harry S.: 138.

Ullastres, Alberto: 215.
Unamuno, Miguel de: 246.
Urcelay, Antonio: 231, 235, 236.
Utrera Molina, José: 228, 231, 232, 234,235,236 .—*233.*

Valdés Larrañaga, Manuel: 53, 95, 96. — 93, *181.*
Valencia, Antonio: 200.
Vallina, Salvador: 167.
Varela Iglesias, José Enrique: 117, 118.
Vecchi, De: 46.
Velasco, Clementina María de: 20.
Vierna, Maruxa: 108.
Vierna, almirante: 151.
Vigón Suero Díaz, Juan: 55.
Vita Reyes, Juan: 208.
Villar Palasí, José Luis: 206, 208. — *205.*
Villaverde, Cristóbal Martínez. Bordiu, marqués de: 236. — *137.*
Vivar Téllez, Rodrigo: 104.
Vives, Luis: 246.

Yagüe Blanco, Juan: 151.

Zamacola: 151.

Éstas son las tan esperadas Memorias de José Antonio Girón de Velasco, una de las personalidades políticas más importantes de la España de Franco, y una, también, de las más controvertidas desde determinados sectores de la derecha. Fundador de las JONS, falangista entusiasta, durante la guerra tuvo una intervención decidida, alcanzando el grado de capitán. A su término fue nombrado delegado nacional de Ex combatientes, y entre 1941 y 1957, los años más difíciles de la reconstrucción del país, desempeñó la cartera de Trabajo; entre otras muchas iniciativas de gran trascendencia social, a él se deben el Seguro Obligatorio de Enfermedad y las universidades laborales. De esta larga etapa al servicio del Estado Girón cuenta, principalmente, sus relaciones con el Generalísimo Franco, entreveradas muchas veces de anécdotas sabrosas y reveladoras; explica las pugnas internas dentro del Movimiento, narra sus estancias en Italia, donde tuvo ocasión de tratar a Benito Mussolini y a su ministro de Asuntos Exteriores conde Ciano, explica la entrevista Franco-Pétain, y, muy pormenorizadamente, la visita a España de Eva Perón; por las páginas de estas Memorias desfilan —desde Serrano Suñer hasta José Solís— los principales personajes de la vida política de cerca de cuarenta años. Su cese como ministro coincide con la entrada en el gobierno de los llamados **tecnócratas;** convencido de que se están traicionando los ideales por los que se luchó antes y durante la guerra, asiste cada vez más preocupado al fin del régimen de Franco, al que se mantiene inalterablemente fiel. Estas Memorias —que se prolongan con el recuerdo del denominado «gironazo» y con un epílogo que comenta la situación nacional desde la actualidad— constituyen un testimonio de primer orden que aclara muchas zonas oscuras de nuestra historia más reciente.